

JUAN ESTEBAN BELZA

**EL PASTOR
DE LOS
POBRES Y SU MITRA
DE PLOMO**

SEMBLANZA DE MONSEÑOR RICARDO PITTINI, ARZOBISPO CIEGO
QUE SIRVIO A SANTO DOMINGO EN LA ERA DE TRUJILLO



al mio caro D. Lupo
Eiburgio, questo ri-
cordo del mio com-
pagno.

D. Lupo Eiburgio

4-10-1977.

EL PASTOR DE LOS POBRES
Y SU MITRA DE PLOMO

Juan Esteban Belza

El
Pastor
de los
Pobres
y su Mitra de Plomo

Semblanza
de monseñor
Ricardo Pittini,
arzobispo ciego,
que sirvió a Santo Domingo
en la era de Trujillo.

Impreso en los Talleres Gráficos de ITESA
Santo Domingo, República Dominicana, 1976

A MANERA DE PROLOGO

Al pedirme el R. P. Sixto Pagani, S.D.B., entrañable amigo, que escribiera el prólogo de este libro, consagrado a hacer la semblanza de la vida extraordinaria de nuestro amado e inolvidable Arzobispo Metropolitano, Primado de Indias, Excelentísimo Monseñor Don Ricardo Pablo Pittini, me hice el propósito de hacerlo con la mayor amplitud posible, por haber sido yo uno de sus primeros y más íntimos colaboradores, —servidores, diría mejor— desde su arribo a este país. Pero luego de haber leído detenidamente esta magnífica y bien documentada obra, escrita por el notable historiador, R. P. Juan Esteban Belza, salesiano de pura cepa de la S.D.B., he cambiado de modo de pensar, pues muy poco puede agregarse a lo dicho por él tan magistralmente.

He deleitado mi espíritu, leyéndola. Además de haber refrescado mi memoria —ya octogenaria— de cuanto del ilustrísimo biografiado conocía por propia experiencia, aprendí muchas cosas más prodigiosas, ejecutadas por él.

La fluída narración de los hechos que constituyen la vida de Monseñor Pittini, que abarca desde su época de seminarista, hasta —para mí— su gloriosa muerte, es, nada menos y nada más, que un pormenorizado relato de la vida de un santo. Se necesitaría carecer de ese sentido que nos hace penetrar la palabra escrita hasta toda la profundidad de su significado y sacar en

claro la verdad. El insigne historiador Belza hizo un minucioso rastreo de la vida del gran salesiano, del inmejorable hijo de San Juan Bosco, del maravilloso misionero que cumplió a cabalidad, sin titubeos, con su obediencia característica, todas y cada una de las difíciles encomiendas que le confiaron sus superiores; y aquí, en este escrito, está todo eso.

No se requiere demasiado imaginación para darse cuenta de que su trabajo siempre estuvo iluminado y sostenido por la Providencia de Dios y que el Espíritu Santo no le falló jamás. Lo que en numerosas ocasiones pareció un imposible, una utopía, una lucha contra la corriente, supo y pudo llevarlo a buen puerto, en realizaciones casi inconcebibles. Nunca se arredró ante las dificultades y sus programas los vió cumplidos cabalmente. Fue un predestinado, inflexible ante las dificultades, sin perder nunca la fe en el éxito ni la paciencia. Venció la carencia de recursos materiales; dominó la inclemencia de la naturaleza; se enfrentó exitosamente, con tesonera decisión, a cuanto se oponía a sus objetivos de salvar almas y llevar alivio a las clases depauperadas, desheredadas de la veleidosa fortuna. Desde el Uruguay, donde realizó una obra portentosa, hasta el Chaco paraguayo; desde ahí hasta Nueva York, donde lo enviaron sus superiores para asumir la Inspectoría de la misión salesiana, culminó una fructífera e incansable labor misional, con resultados portentosos.

En Nueva York le sorprendió una orden de sus superiores: "Vete a Santo Domingo, estudia el medio y la oferta del Gobierno dominicano e infórmalos, para poder tomar una decisión definitiva".

Monseñor, conocedor de los proyectos de Don Bos-

co, sabía que entre éstos, figuraba este país, sin haber logrado su propósito, emprendió viaje: vino, vió y volvió.

Pero su triunfo estaba plagado de dificultades y ahí fue donde él demostró las facultades que Dios le había provisto a manos llenas. Por un lado, contó con la ayuda del Gobierno; pero por el reverso tropezó con las veleidades y mañas del mandatario, que jamás hacía un favor sin pretender cobrar con holgura su aparente generosidad, impregnada de su notoria megalomanía. Su vanidad exigía demasiado y fue en esa difícil situación, en la que Monseñor tuvo que moverse y echar manos de su asombrosa capacidad.

No obstante mi afirmación de que este libro es claro y preciso acerca de la vida de Monseñor Pittini, conviene que yo haga algunas consideraciones para completar el pensamiento del autor.

Debo ratificar que Monseñor no fue un político, ni mucho menos un trujillista, como se le quiso hacer pasar por algunas personas mal informadas o desaprensivas. Me consta que en modo alguno fue un "ista" de nadie y que sus relaciones con el mandatario que le tocó en suerte tratar, fueron decentes, limpias, exentas de toda intención proselitista. Tuvo que tratar con Trujillo los delicados problemas que le trajeron al país y no se benefició personalmente de ninguna dádiva o ayuda. Todo el dinero que lograba sacarle en alguna forma, había pertenecido al pueblo y se valió de los medios a su alcance, para restituirlo al mismo, en obras de bien, tanto en el orden educativo, cuanto en el espiritual y el material. Para lograrlo, tuvo que utilizar los métodos de que podía disponer, explotando, si cabe la expresión, la vanidad del mandatario, que era descomunal.

Muchas veces me dijo en confianza: "Lulú: hay que sacarle a ese hombre la mayor cantidad posible del dinero que con sus malas artes quita a las masas miseriosas". I me completaba el pensamiento con esta frase: "Dios me puso en su camino y debo cumplir esa sagrada misión. No es justo que él se quede con todo ese dinero". En todos los casos yo le daba la razón y lo instaba a continuar su estrategia, que consideraba muy acertada. No me arrepiento de haberlo hecho. Actuó como un sabio; y a fé que lo era.

Algo más. Nunca hizo una acción, para halagar al tirano, o para bienquistarse con él, que repugnara a su conciencia. Sus acciones las sometía a profunda meditación y minucioso examen, para estar seguro de no cometer un error.

En ocasiones me decía: "Lulú, voy a dar este paso. ¿Qué te parece?"; y me miraba a los ojos atentamente (antes de perder el precioso don de la vista). Yo me sonreía y le contestaba: "Monseñor, usted nunca se equivoca. Siempre acierta, porque cuando externa una idea, la tiene muy bien madurada".

La evidencia de que Monseñor no fue trujillista, se confirma con el hecho de que entre ellos surgieron graves desavenencias. I conviene hacer notar que siempre fue Trujillo quien dió el primer paso de acercamiento. Monseñor nunca torció su brazo en cuestiones de principios. Era inquebrantable en ese terreno. Lo arriesgaba todo antes que ceder a pretensiones irrazonables. I que conste que no lo defiendiendo, porque no lo necesita. Solo desvirtúo infundios y le hago justicia.

Evidentemente, las obras de Dios con frecuencia se ven obstaculizadas por las malas artes de Satanás. No podemos olvidar que San Juan Bosco se vió muy asediado en su portentosa obra y que estuvo a punto

de ser encerrado en un manicomio por considerársele loco, incluso por algunos de sus superiores. El demonio no duerme en su labor destructiva. No podía este hijo suyo, seguidor infatigable de su obra, librarse de tales asechanzas. Pero la fortaleza del Todopoderoso, es invencible y siempre triunfa. Así ha triunfado el ilustrísimo biografiado. Su obra está ahí, patente, hablando por él.

Concluyo este prólogo, afirmando que este libro, a mi juicio, constituye el primer paso hacia un eventual proceso de beatificación de nuestro inolvidable Arzobispo, quien actuó en un medio podrido, sin que una leve birzna salpicara su diáfana y extraordinaria actuación. ¡Tan difícil fue su portentosa obra en nuestro país!

Tal vez nuestras futuras generaciones podrán leer en el santoral de nuestra amada Iglesia: SAN RICARDO, MISIONERO Y ARZOBISPO. Es mi más ardiente deseo. Su vida fue una cadena ininterrumpida de logros portentosos, muy semejantes al milagro. RICARDO PITTINI merece el honor de los altares. Dios lo demostrará a su debido tiempo. Yo no lo veré, pero mis descendientes sí lo verán.

Un párrafo final, de efusiva admiración para el R. P. Belza y su meritoria obra. Este ilustre historiador ha realizado una brillante labor de investigación acerca de la vida extraordinaria de nuestro bienamado Arzobispo; y bien merece un elogio sincero y sin regateos. Para él, la gratitud imperecedera de cuantos conocimos de cerca a Monseñor Pittini. Su relato es serio, verídico, constructivo y muy digno de aprecio. ¡Que siga cosechando triunfos como éste, en su difícil trabajo de historiador!

LUIS E. POU HENRIQUEZ

Cien años han corrido desde el 14 de diciembre de 1875, cuando diez jóvenes misioneros italianos desembarcaron en el viejo muelle de las Catalinas del puerto de Santa María de los Buenos Aires.

Por la abertura del estuario del Plata penetraron en América los apóstoles, enrolados en la empresa eclesial que rejuvenecía el carisma de Don Bosco.

El acontecimiento, a la vuelta de los recuerdos centenarios, adquiere resonancias especiales. No sólo porque en la actualidad millares de salesianos americanos evangelizan las tierras nativas o porque sus pioneros conquistaron para Dios y las naciones de América multitud de jóvenes, sobretodo pertenecientes a los sectores más desamparados de la sociedad; sino también porque la remembranza exhibe un matiz de desafío para revitalizar en los herederos el espíritu que animó a la gesta y multiplicar el mensaje en proyección ecuménica de futuro.

De téjas abajo, el estallido misionero que detonó en 1875 en la intimidad de la obra salesiana, maduró uno de los sueños más acariciados por san Juan Bosco desde los albores de su camino apostólico; animó elementos ascéticos y místicos de su congregación naciente; verificó en todos los niveles la solidez formativa de la pedagogía espiritual del fundador e inauguró el proceso interno de universalización geográfica y cultural que ha de continuar enriqueciendo la conducta de integración salesiana.

Los carriles históricos evocadores del suceso marcan la ruta de las fuentes en la actuación ejemplar de las figuras que encarnaron esos momentos de espiritual euforia.

Por ello, la provincia salesiana de las Antillas decidió recrear la imagen del "fundador" de la obra en sus cálidas playas y esbozar una semblanza de monseñor Ricardo Pablo Pittini, arzobispo de Santo Domingo y adelantado salesiano de la isla.

La fundación dominicana ocurrió en época muy reciente; pero Pittini pertenecía a la generación de misioneros salesianos de las primeras décadas. Además, y por feliz coincidencia, el 25 de abril de 1976 se cumplirá el centenario de su nacimiento.

Las dos efemérides estimulan a recorrer sus huellas en busca de inspiración, aprendizaje y aliento.

A ello tiende este boceto biográfico, rigurosamente compilado, ya que no consigna dato alguno carente de la garantía de una certificación o compulsión documental. Cabe observar que lo reciente de algunos episodios aconsejó en muchos casos velar nombres, citas y circunstancias individuantes, salvo que gozaran del estado público que confieren la prensa, los medios de comunicación o las sentencias judiciales.

Parque del Plata (Canelones), Uruguay.
31 de Enero de 1976.

Juan E. Belza sdb.

Roncaban los motores del hidroplano de Pan-American en el dombo celeste caribeño. Al pie se adivinaba San Pedro de Macorís, una maraña de trazos blancos y bermejos, dibujada al borde de las aguas. El calendario señalaba el 16 de Agosto de 1933.

Repantigado en una butaca de la aeronave, con el breviario entre sus grandes manos, meditaba profundamente don Ricardo Pittini. El resplandor del medio-día destacaba el brillo de su inmensa frente sobre el fondo negro de la sotana. A los 57 años lucía agraciado, garboso y delgadísimo... Unos anteojos sin marco velaban dos ojos claros e inquietos.

Había partido de Miami veinticuatro horas antes para sobrevolar Cuba y amarar en Puerto Príncipe. Aprovechó la etapa y visitó la Catedral. Llegó a tiempo de asistir al pontifical del arzobispo Le Gouaze, celebrado ante el presidente de la República Haitiana. A la mañana siguiente enfilaba rumbo a Santo Domingo.

Llevaba una misión. En julio de ese año, el último de su mandato como inspector provincial de los Estados Unidos, había recibido carta del Superior General de los salesianos, entonces residente en la ciudad de Turín, que le ordenaba:

El señor Nuncio y el presidente de la República de Santo Domingo desean fundar allí una escuela agrícola o una de Artes y Oficios salesiana. Ve, observa e infórmanos...

Ricardo Pittini era hombre generoso en el sentir y el obrar, y en esos momentos vivía una esperanza responsable: Vislumbraba en el proyecto dominicano la semilla de una gran empresa. **Quiera Dios, escribía a un amigo americano, que pueda echar los cimientos de una inspección antillana.**

No se trataba del primer empeño salesiano en el norte del Caribe. Cincuenta y siete años antes, en agosto de 1876 el delegado apostólico de Santo Domingo, monseñor Roque Cocchia había visitado personalmente a Don Bosco para pedirle media docena de salesianos. Deseaba confiarles la administración de la catedral primada y la dirección del seminario metropolitano. A una promesa cortés de Don Bosco siguieron cuatro años de correspondencia entre Santo Domingo, Puerto Príncipe, Turín y Roma. Finalmente cuando ya el santo planeaba confiar la misión del Caribe a don Luis Guanella, fue absorbido por tal remolino de obligaciones que abandonó el proyecto.

El segundo intento ocurrió después de la muerte del Fundador. El 12 de Diciembre de 1901, cinco salesianos desembarcaron en Kingston, capital de Jamaica. El obispo de Tiatira monseñor Carlos Gordon, les había ofrecido la regencia de un asilo. Pero las promesas no cuajaron y debieron instalar una misión en el norte de la isla. Enseguida los asaltó el paludismo. Luego, cuando ya inauguraban una casita, el huracán del 11 de agosto de 1903 abatió las incipientes ilusiones. Recomenzaron los trabajos y la inundación de julio de 1904, el terremoto de enero de 1907 y los diez meses inmediatos de sequía apagaron definitivamente el ánimo de los expedicionarios. Por si algo faltara, una colisión de derechos con otra orden religiosa se convirtió

en la gota que desbordó el vaso. Y el 15 de abril de 1909 los hijos de Don Bosco dejaron Jamaica. Sólo en 1915 pudieron volver a la zona, al promoverse las fundaciones cubanas...

El avión acuatizaba en la boca del río Higuamo, setenta y cinco kilómetros al este de la capital. De la costa lo miraban somnolientas palmeras gigantes de tallo pelado. Pittini, de pie en la escalerilla del avión o en la barca de trasbordo contemplaba embelesado arenas y tierras, vegetación y plantíos.

Saltó a la playa y buscó la iglesia parroquial. Antes de pisar el atrio oyó las melodías del rutinario Te Deum de las fiestas patrias locales. Saludó al capuchino Fray Juan de Utrera que lo cumplimentó fraternalmente y enseguida se trasladó a la ciudad de Santo Domingo. Lo esperaba con los brazos abiertos y alegres noticias el Nuncio Apostólico monseñor José Fietta: acababa de ordenar, el día 13, a los sacerdotes autóctonos Octavio Antonio Beras Rojas y Ramón Aníbal Bobadilla, naturales de El Seybo y Manuel Rodríguez Canela, oriundo de La Vega.

Visitaron juntos al Administrador apostólico, monseñor Rafael Conrado Castellanos, que los recibió con gran amabilidad y hospedó a la visita.

Dos días después, el 18 de agosto, Fietta, Pittini y el Superintendente General de Escuelas de la Nación se dirigieron a Santiago, la segunda ciudad de la República, situada unos 170 kilómetros al noroeste de Santo Domingo, sobre la Vega real de Cristóbal Colón que los indígenas llamaban el Cibao. Por el momento servía de capital, mientras reconstruían a Santo Domingo, depredada por el huracán de san Zenón. Entre-

vistaron al presidente de la República, general Rafael Leonidas Trujillo y conversaron detenidamente acerca de la proyectada escuela de artes y oficios.

Los deseos de Trujillo brotaban de una vieja aspiración nacional. El 12 de setiembre de 1882, el sacerdote y educador don Francisco Xavier Billini (espíritu gigante, según Deligne, en donde fijaron solo/en cuan fecundo pero breve instante/ el norte, el bien y la virtud su polo), después de participar en las tratativas con Don Bosco, escribía en su periódico LA CRONICA:

Mucho se hace sentir en esta época de progreso la creación de un instituto de Artes y Oficios donde la juventud pueda practicar las profesiones naturales y mecánicas y muy especialmente la agricultura...

La República "vieja" con toda su pobreza y en medio de continuos apuros, atendiendo a las invasiones haitianas, pudo por un efecto de la voluntad patriótica y enérgica de aquellos hombres honrados y morales que la fundaron, crear y organizar una "maestranza" de Artes y Oficios...

¿Y podremos nosotros ser menos hoy?

El presidente Trujillo actualizó el propósito en el discurso de inauguración del Ateneo Dominicano, el 23 de Enero del 32. Yo no soy contrario, afirmaba, a la existencia de la Universidad de Santo Domingo... pero entiendo que más necesitan las escuelas de Artes y Oficios, que nunca hemos tenido...

La plática transcurrió cordialmente. Trujillo quedó prendado de la simpática disposición de Pittini.

Al presentarle mis propuestas y condiciones, infor-

ma éste, consistente en la necesidad de un amplio terreno en la Capital y una suma de dinero para la primera construcción, me dijo:

Vaya y elija el terreno que más le agrade. En cuanto a la suma; ¿Es mucho lo que necesita?

Le contesté: No se lo fijo yo, señor presidente. Ponga una mano en el corazón y otra en el bolsillo y escuche lo que ambos le digan...

Todo fue acordado de una asentada. Sólo faltaba algún detalle. Antes de separarse, Pittini solicitó una respuesta escrita al memorandum que había entregado. Los superiores salesianos, argüía, necesitaban una carta de intención del gobierno dominicano que asentara las conclusiones de la conferencia. Logrado el consentimiento de Trujillo, se dio por terminado el acuerdo.

Acto seguido, monseñor Fietta guió a don Ricardo a las alturas del Santo Cerro. Muy cerca de donde Colón había librado su primera batalla con el valiente Guarionex surgía el Santuario de nuestra Señora de la Merced, y allí mismo el sacerdote italiano Francisco Fantino "modelo de santidad y celo" había fundado el colegio de San Luis Gonzaga. Fantino los agasajó con un ágape fraterno.

Esa misma tarde Pittini regresó a Santo Domingo. Al día siguiente recibió la prometida carta de Trujillo, fechada en Santiago el 19 de agosto.

Enterado de los preliminares para la fundación de una Escuela de Artes y Oficios por la Sociedad Salesiana que Usted representa, decía el presidente, me es grato impartirle mi aprobación a dichos preli-

minares y al efecto, ofrezco una contribución nacional de \$20.000, en metálico, y dos hectáreas de terreno para la ubicación de la escuela. Me es grato asimismo participar a Ud., que además de la ayuda a que me refiero en los párrafos precedentes, prestaré a la fundación de la escuela cualquier otra ayuda si fuere necesario. ...

Pittini voló a Miami. Desde allí informó positivamente a los superiores mayores salesianos, sin dejar en el tintero los indicios del difícil panorama político.

El 30 de junio, justo un mes atrás, habían desembarcado en Santo Domingo los Hermanos de las Escuelas Cristianas, para abrir un establecimiento educativo y el ejemplo estimulaba.

2

Ololoi

“La tierra grande” del Taíno, la vieja isla Quisqueya, vista desde el cielo, parece una gigantesca esmeralda, irisada de esquiras de rubí y de topacio emergida sobre el azul de los mares. Sus setenta y siete mil kilómetros cuadrados alineados entre Cuba y Puerto Rico, completan el arco superior antillano y cubren un tercio del flanco del legendario Caribe en el cuadro de los 17 y 20 grados de latitud norte y los 68 y 74 de longitud oeste.

Entre los mares que bañan sus playas, pululan toda una lujuria de vida y color. Palmeras y pinedas, bosques de mangos, bananos y cocoteros, acacias “flamboyanes”, cajuiles y guayacanes, ébanos y caobas, crotones multicolores, tamarindos, pitas y naranjos...; enmarcan plantaciones de caña, yuca, maíz, café, tabaco y cacao, hincadas en tierras ocres, bermejas y negras. La vegetación tropical se descuelga de la altura, desde los 3.175 metros del pico Duarte, de las cordilleras del Norte y del Centro, de las sierras de Neiba, Ocoa, Batoruco y Quitaespuelas...; y tapiza los valles, camino de las cuencas de los dos Yagues, del Yuna, del Ozama...; corre hasta las honduras del Enriquillo, enorme lago dormido 42 metros bajo el nivel del mar, o se desliza en demanda del beso espumoso del océano.

El hechizo de tanta belleza vital, paraíso del indígena, defendido por la soledad de las aguas, se que-

bró un 5 de diciembre de 1492, cuando Cristóbal Colón divisó desde el norte a la **maravilla de la naturaleza** y la denominó **Española**. Con los restos naufragados de la carabela **Santa María** construyó el fuerte de Navidad. Luego volvió a Europa. Dos años después holló de nuevo la **tierra montañosa de Haití** (nombre repetido por las lenguas aborígenes), comprobó dolorosamente la destrucción del enclave navideño y la muerte de su guarnición y plantó el pueblo de Isabela en las cercanías de la actual Monte Cristi.

El 12 de marzo, Colón y sus huestes defloraron el misterio de la selva cibaeña. Retumbaron los timbales autóctonos con sorpresa lastimera, cuando la tropa avanzaba al compás de las reales trompetas. Y en La Vega surgió la primera fortaleza hispana.

Detrás de los soldados conquistadores, llegaron en tropel colonos, comerciantes, misioneros y maestros...

El hermano del Almirante, don Bartolomé Colón, rodeó con sus naos la costa sureña y se refugió en la embocadura del río Ozama. El 4 de Agosto de 1496 fundó las bases de la primera ciudad de Indias. Una cédula real del 1º de diciembre de 1509 legalizó el nombre de Santo Domingo de Guzmán y la corriente colonizadora la escogió como centro de irradiación de la conquista americana. La economía del oro, oculto en las inmediaciones del río Maimón, le regaló un efímero cuarto de hora brillante. Y con él, a pesar de las leyes de la Corona, del Breve del Papa Paulo III y las prédicas de fray Antón de Montesinos, se agotó la raza primigenia de Guarionex, Bohechío, Caonabo, Anacaona y Guarocuya o Enriquillo.

Cuando, tiempo después, floreció la economía del azúcar hubo que apelar al fruto amargo de las bodegas de los galeones, fletados desde Gana, Dahomey y Cabo Verde. Negros bozales suplantaron a los indígenas en repartimientos e ingenios.

La anchura del agua tibia que acariciaba las costas irregulares, la uniformidad de la caldeada temperatura, apenas movida por las lluvias de mayo o los turbiones de septiembre, la riqueza de sus filones y la feracidad de los suelos, empujaron un tiempo enervante que adelantaba sin prisas, mientras alternaban "decadencias y esplendores".

Sólo de cuando en cuando turbaron la siesta caribeña los asaltos de Francis Drake y las depredaciones de piratas y bucaneros. La mayor variedad de la vida quisqueyana consistió en rencillas lugareñas o en las alegrías festivas y bailes tradicionales.

Sin embargo la historia deparaba a la nación una terrible encrucijada, superior a las invasiones inglesas de 1586 o a los pillajes de los franceses en 1689. Las guerras europeas desembocaron en tratados y arreglos. En 1697 y en Ryswick España cedió a Francia los territorios occidentales del Haití, que ya se poblaban de colonos franceses y esclavos africanos. En 1777 y en Aranjuez se ensayó el trazado de ciertos límites imprecisos entre las zonas haitianas; pero de poco valieron porque en el artículo 9º del tratado de Basilea, firmado en 1795, España transfirió a Francia la totalidad de la isla. Sin embargo nunca se consiguió la unidad humana de Haití y Santo Domingo, a pesar de la uniformidad política y del número dominante de mulatos que integraban las fracciones.

En 1804 los esclavos haitianos se sublevaron y liquidaron a sus amos a filo de machete. Bajo la férula de rudos caudillos proclamaron la independencia el 1º de Enero de ese año y fundaron un estado soberano que guerreó largamente con la metrópoli. Tropas capitaneadas por Dessalines y Cristóbal, de negra tez y lengua **creole**, arrasaron a sangre y fuego la vertiente hispana. Un torrente de machetes y fusiles desbordó la frontera, cubrió el Cibao y alcanzó hasta San Cristóbal, Santo Domingo y el país entero. La ruta quedó jalonada por montañas de indefensos campesinos degollados, blancos, pálidos, **aindiados** y negros. Las llamas incineraron altares, sacerdotes y fieles encerrados en sus templos; plantaciones, conucos y bohíos... Los sobrevivientes se perdieron en el bosque y la montaña... Se agostaron cultivos, el **creole** matizó los nombres y sonidos castellanos y un color más prieto penetró impulsivamente en la sangre dominicana, para aflorar en la piel, los belfos, el **mal pelo**, y hasta en las costumbres y sentimientos. Un código napoleónico ajado ocupó nominalmente el lugar del derecho; el sortilegio y el **vudú** pulularon en campos y ciudades... Y desde entonces la vida, la propiedad y el decoro no valieron un centavo o un **chele**.

El 30 de noviembre de 1821 un grupo de patriotas dominicanos probó inútilmente de obtener la independencia del Haití español, bajo el amparo de la gran Colombia. Tres meses después, el 9 de febrero de 1822, las tropas haitianas de Juan Pedro Boyer repitieron incruentamente la invasión.

El hecho y la situación emergente dan la clave de los acontecimientos venideros.

El pueblo dominicano, para lograr fisonomía personal e independiente debió proceder en forma distinta de la mayoría de sus hermanos de América ya que no tuvo que emanciparse de la metrópoli, sino ahuyentar a sus opresores haitianos.

Podría haberse cantado entonces a modo de copla la famosa quintilla del padre Juan Vázquez:

**Ayer español nací
a la tarde fui francés,
a la noche etíope fui,
hoy dicen que soy inglés
¡no sé qué será de mí!**

El 27 de febrero de 1844 encendiéndose al fin, entre las ruinas, una llamarada con vocación de incendio. Un grupo de patriotas enarbolaron los símbolos nacionales, juraron reconquistar los 48.442 kilómetros cuadrados de suelo patrio y asumieron la tarea de dignificar el estilo que los identificaba. La faena guerrera se alargó visiblemente una veintena de años, pero la confusión desatada en la conciencia y en los sentimientos sobrevivió por mucho tiempo.

A partir del chispazo liberador, saltaron a la palestra multitud de adalides con ansias de guías. Unos, purificados en las ascuas del ideal de los pioneros Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez y Matías Ramón Mella; otros, como Pedro Santana o Ulises Heureaux con el estigma de los autócratas en la sangre y en la conducta. Todos juntos solventaron las primeras cuotas del proceso institucional que evo-

lucionó salpicado de sangre entre las angustias de convulsiones internas y las intervenciones de Francia, España y Estados Unidos. Hasta algunos de sus gobernantes más conspicuos, como el citado Santana o Buenaventura Báez alentaron la aventura anexionista de las potencias foráneas.

Don Gastón Fernando Deligne y Figueroa, el gran poeta dominicano que vivió entre 1861 y 1913, vibró al ritmo de tan inquietantes frecuencias y las expresó en medio de sus **Galaripsos**, junto al paisaje de la patria enferma. Con la distancia interior que justiprecia la perspectiva del caos, del **papiamento** jurídico y humano que lo ahogaba y de la barbarie personalista que se valía paranoicamente de la patria y sus ideales, comenzó a trovar:

**Yo, que observo con vista anodina
cual si fueran paisajes de China...**

y enseguida apostrofó a los fantasmas adormecedores del espíritu nativo:

**Tu, prudencia, que hablas muy quedo
y te abstienes, zebrada de miedo;
tú, pereza, que el alma te dejas
en un plato de chatas lentejas;
tu, apatía, rendida en tu empeño
por el mal africano del sueño
y oh tú, laxo no-importa! que aspiras
sin vigor, y mirando no miras...**

Vuélvese luego a contemplar el vacío engendrado y padecido a la sombra de los soberanos del halago y del miedo que exaltan su egoísmo a costa de vidas, dignidades e instituciones y pinta sin eufemismos la catadura del general Ulises Heureaux, el espi-

gado haitiano, nacido en Puerto Plata, que el pueblo apodaba Lilís, y que desde 1882 hasta 1899 manejó discrecionalmente la cosa pública dominicana y pretendió respaldar la desastrada economía con patíbulos.

**El, de un temple felino y zorruno,
halagüeño y feroz todo en uno;
por aquel y el de allá y otros modos,
se hizo dueño de todo y de todos.
Y redujo sus varias acciones
a una sola esencial: ¡violaciones!
Los preceptos del código citas
y las leyes sagradas no escritas;
la flor viva que el himen aureola
y el hogar y su honor... ¿Qué no viola?
Y pregona su orgullo inaudito,
que es mirar sus delitos, delito.
Y que de ello murmuérese y hable
es delito más grande y notable;
y prepara y acota y advierte:
para tales delitos la muerte.
Adulando a aquel ídolo falso
¡qué de veces irguióse el cadalso!
Y a nutrir su homofagia larvada
¡cuántas veces sinuó la emboscada!**

Lo patético del cuadro le arranca del alma el grito ancestral de la abatida Quisqueya, mezcla de horror, de miedo, de fastidio y de ruego: Ololoi! Ololoi! y prosigue:

**Ante el lago de sangre humeante
como ante una esperanza constante
exclamaba la eterna justicia:
¡Ololoi! ¡Ololoi!, (sea propicia).**

Y la eterna Equidad consternada
ante el pliegue de alguna emboscada,
tras el golpe clamaba y el ay:
¡Sea propicia! ¡Ololoi! ¡Ololoi!
Y clamando, clamaba no en vano.
Y aquel pueblo detesta al tirano;
y por más que indicándole actúe;
y por más que su estrella fluctúe,
augurando propincuos adioses,
no lo vió: ¡Lo impidieron los dioses!
Y por mucho que en gamas variables,
—no prudentes, mas no refrenables—
estallasen los odios en coro,
—como estalla en tal templo sonoro
un insólito enjambre de toses—
no lo oyó: ¡Lo impidieron los dioses!
Y pasó que la sangre vertida
con baldón de la luz y la vida,
trasponiendo el cadalso vetusto
se cuajó... se cuajó... ¡se hizo busto!
Y pasó que la ruín puñalada
a traición, o en la sombra vibrada
con su mismo diabólico trazo
se alargó... se alargó... ¡se hizo un brazo!,
cuyo extremo terrífico lanza
un gran gesto de muda venganza
y la ingente maldad vampirina
de aquella alma zorruna y felina,
de aquel hombre de sangre y pecado
viose frente del tubo argentado
de una maza que gira y que ruge.
¡Y ha caído el coloso al empuje
de un minuto y dos onzas de plomo!
Los que odiáis la opresión, ved ahí cómo...

La imagen poética responde a la ejecución del tirano en las calles de Moca el 26 de Julio de 1899. Cayó Liliis con la cabeza rota a balazos y un revólver humeante en la mano...

Uno de los atacantes, Ramón Cáceres, llegaría a ser presidente de la República para también rodar asesinado el 19 de Noviembre de 1911.

La angustia del poeta leproso no se agotó en el recuerdo del tiranicidio. Presentía la sombra de Liliis en acecho a cada vuelta del camino. Y sentenció:

**Si después no han de ver sus paisanos,
cual malaria de muerte y pantanos
otra peste brotar cual la suya:
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!
Si soltada la fuerza cautiva
ha de hacer que resurja y reviva
lo estancado, lo hundido, lo inerte:
¡Paz al muerto! ¡Llor a la muerte!**

Justo en 1905, cuando las musas de Gastón Deligne fulminaban a la dictadura, se disputaban el dominio del país los jimenistas o bolos y los horacistas o colúos. También cumplía 16 años Rafael Leonidas Trujillo, que en ese año iba a ocupar una plaza de telegrafista en la línea del sur.

Trujillo había nacido en San Cristóbal y en un hogar que se poblaría de once hermanos. Por sus venas también corría la sangre haitiana aportada por su madre, doña Julia. En 1913 desposó a Arminta Ledesma y en el 18 ingresaba, como Segundo Teniente en la Guardia Nacional, tropa organizada por la Marina Norteamericana, que ocupaba la República desde el 29 de noviembre de 1916. En 1921 se alistó en la Academia Militar de Haina y a fines del 24 pa-

só a ejercer la jefatura del estado mayor de la policía, con el grado de teniente coronel.

Cuando, de acuerdo con el plan de evacuación concertado por Hughes y Peynado, los norteamericanos se retiraron el 1º de octubre de 1922, el presidente provisional Juan Bautista Vicini organizó elecciones generales que se realizarían el 15 de marzo de 1923.

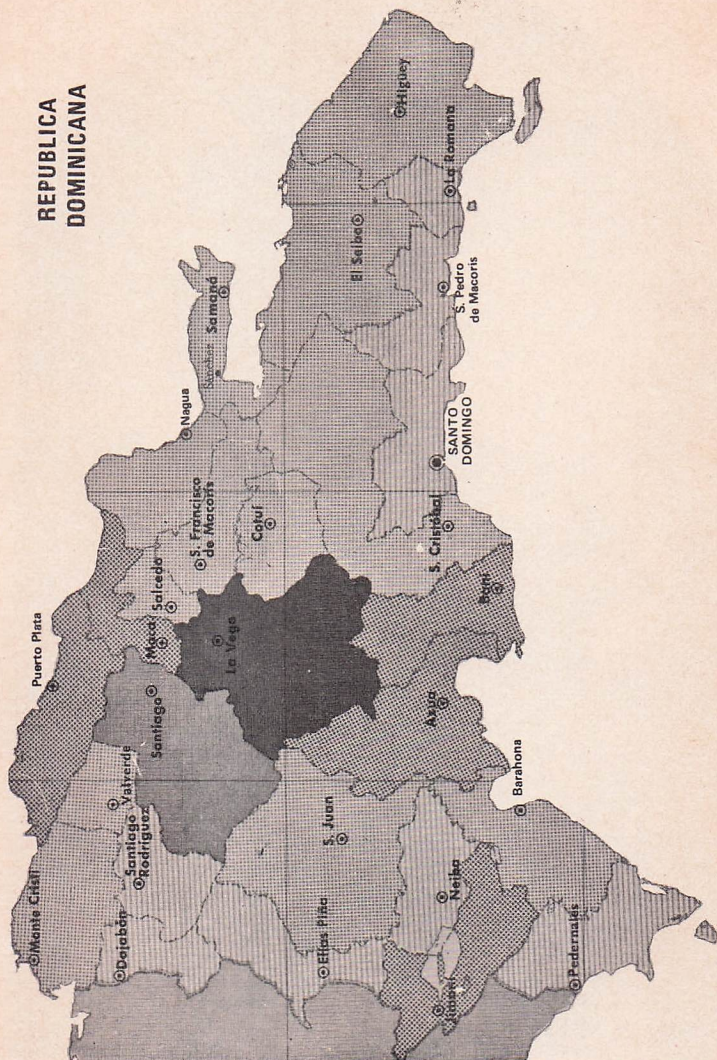
En ellas el general Horacio Vázquez derrotó al candidato de la Coalición Patriótica Francisco F. Peynado y asumió la primera magistratura el 12 de Julio de 1924.

Vázquez llenó un accidentado mandato. Cuando todo hacía suponer que triunfaba la tesis prorroguista y lo heredaría el vice-presidente José Dolores de Alfonseca, comenzó a urdirse un tejido de intrigas que envolvió a todo Santo Domingo.

En esas mallas estrenaba públicamente su astucia el comandante de la Guardia Nacional, general don Rafael Leonidas Trujillo. La trama, a veces sutil, a veces ruda, con marchas y contramarchas, fintas y retrocesos, promesas y desmentidos, conjuras y represiones, hábilmente aderezados, y de la que no pudo zafarse totalmente la legación americana, enredó de tal manera al poder gobernante que Vázquez y Alfonseca renunciaron el 23 de Febrero de 1930, después de nombrar sucesor legal al abogado santiaguero Rafael Estrella Ureña.

Este líder nacionalista revolucionario de tendencias fascistas actuó como testaferro de Trujillo sin advertirlo y fue abatido en una inmediata sesión de esgrima política. Otras elecciones amañadas entrega-

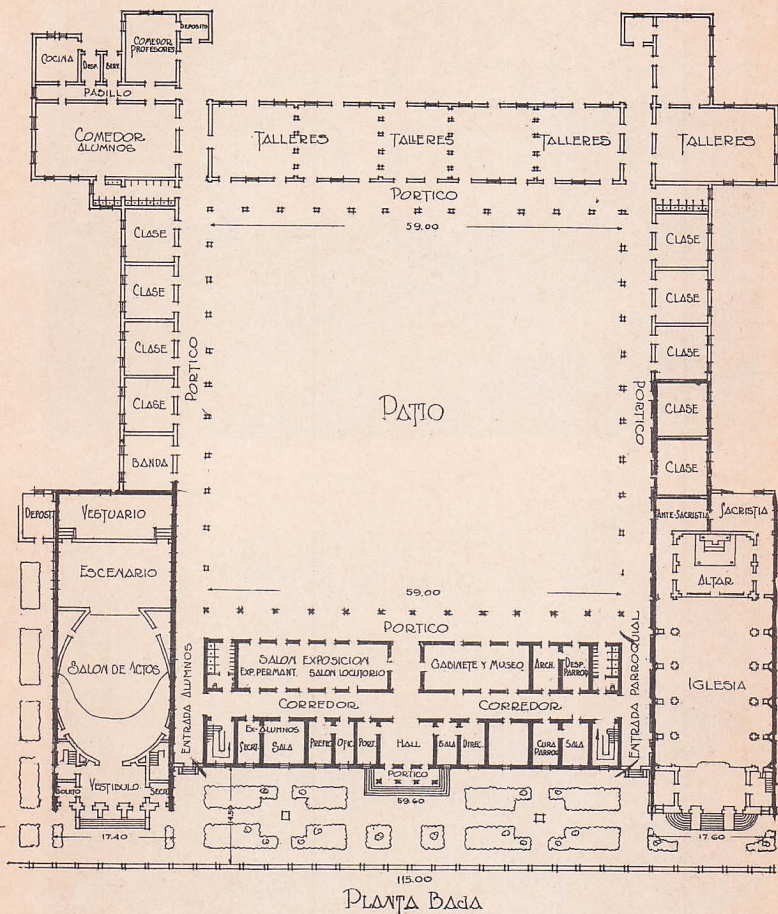
REPUBLICA DOMINICANA



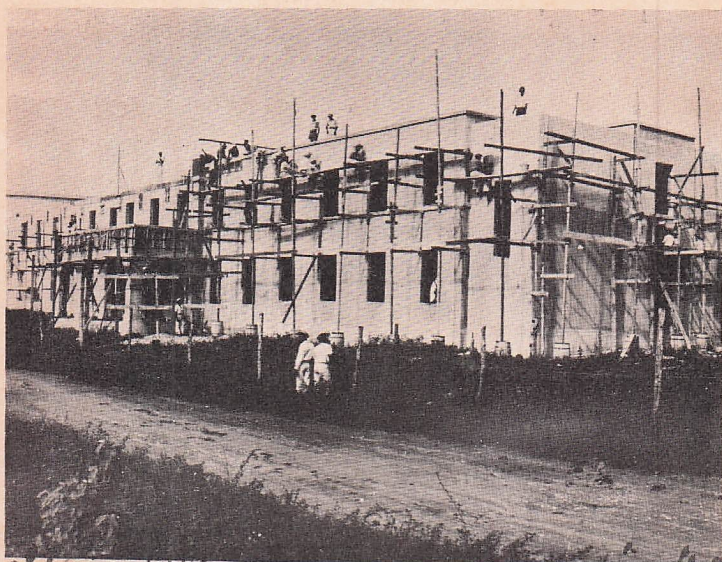
Mapa de la República Dominicana, tierra amada por Monseñor Pittini, bendecida y fecundada en toda su extensión en los 26 años de labor apostólica como Padre y Pastor - 1935 — 1961.



San Juan Bosco, apóstol de la juventud y amigo de los niños pobres.
Fundador de la Sociedad Salesiana.



Proyecto de la primera fundación salesiana en Santo Domingo, iniciada por el P. Pittini en 1934 e inaugurada la parte central en 1935. Posteriormente los talleres a la izquierda y la iglesia a la derecha.



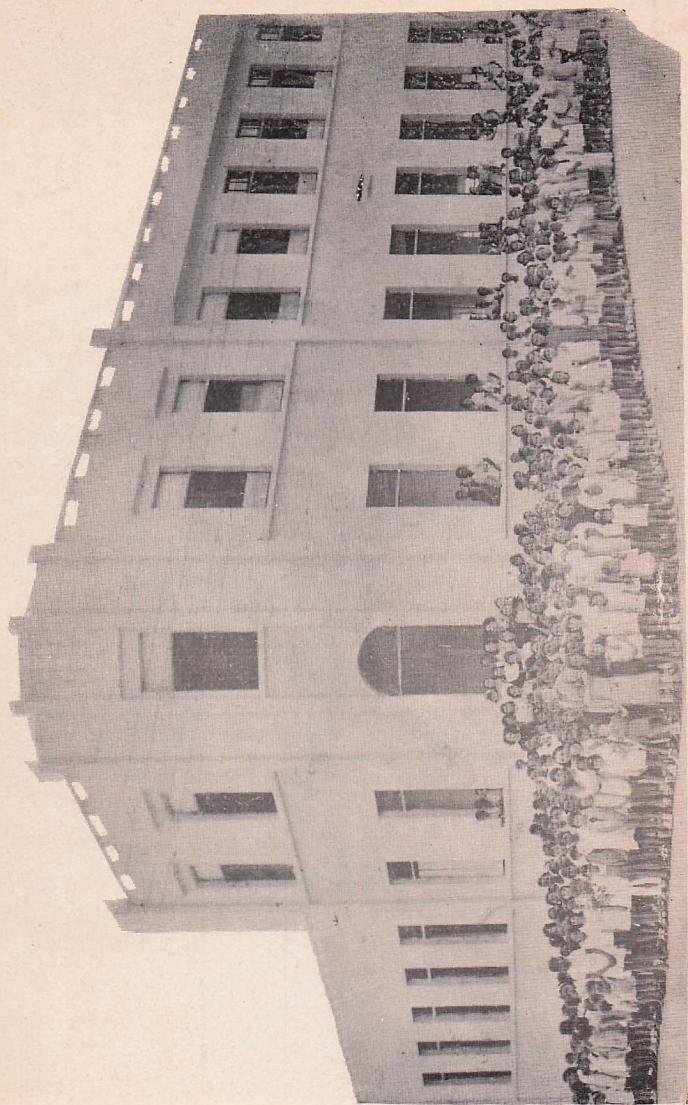
Dos vistas del inicio del Colegio Don Bosco: año 1934, en la parte alta de la ciudad, cerca del acueducto que se ve a la izquierda.



El Colegio Don Bosco en la actualidad - 1976, con anexa la Parroquia San Juan Bosco.



Grupo del primer personal salesiano en Santo Domingo y Haití.
1940.



Colegio María **Auxiliadora**, primera fundación en Santo Domingo
- 1937 - de las Hermanas Salesianas.



Grupo de Hermanas Salesianas con las Sisters Americanas.

ron al caudillo naciente, el poder que ya desempeñaba, para el período de 1930-34.

Trujillo recibió las insignias del mando el 16 de agosto de 1930. Andaba entonces por los 39 años de edad, mientras su opositor en las urnas, don Federico Vázquez Fernández había cumplido 62.

Las barriadas populares cantaron con ingenua alegría:

**Merengue, trópico mío
dame tu vieja canción:
la de zumo de albahaca,
esa que trajo el paisaje
donde se empina el arroz...**

En el lapso abierto entre las elecciones y la toma del mando cubrió al país la sombra de una banda tenebrosa que lo depuró de potenciales enemigos del nuevo gobernante. Con ella nació el imperio de la **lechuga**, el autito de los esbirros y de los **calié**, corrupción creole de **Carré de petites gerbes**, nombre popular de la policía correccional, que en Santo Domingo designaba a los pesquisas del SIM (Servicio de Información Militar).

Contemporáneamente Trujillo desplegaba todo un abanico de seducción para bienquistar a su régimen con la representación norteamericana, sus jefes de Washington, la opinión internacional y la de todos sus compatriotas.

Si hemos de creer a las listas y documentos, no desmentidos, que se publicaron durante la dictadura y después de ella, fueron muy pocos los que no cedieron al embrujo de la propaganda trujillista. No en va-

no se barajaba en la opinión, como signo de fracaso y cifra de la frustración nacional, el número de 50 presidentes para 86 años de vida libre, de ellos 21 en lo que iba del siglo. Y más de 30 revoluciones habían querido promover o derrocar a los gobernantes de turno. Por otra parte muchos acariciaban la ilusión de que se acabaría el caciquismo, los cargos públicos dejarían de ser hereditarios y no se repartirían más entre los aristócratas del Club Unión; empezaría a reinar el orden y el bienestar popular, etc.

Un testigo nada sospechoso, como J. Agustín Concepción pudo afirmar apodócticamente:

Contra todo lo que se piensa y aduzca, en la configuración del Trujillato participó lo más puro, honorable y conspicuo del país en las vísperas de 1930.

Los festejos de la coronación ocuparon tres jornadas. Y no se habían apagado todavía los ecos de tanto regocijo, cuando el terrible huracán de San Zenón, **de intensidad apocalíptica**, según el **Listín Diario** del día 10, azotó el Caribe y redujo a escombros a la mayor parte de la capital dominicana. El funesto 3 de septiembre de 1930, con sus ráfagas del medio día, arrojó un saldo de 4.000 muertos y 18.000 heridos en el circuito urbano.

El presidente de la República, señalaba la prensa que ganó la calle siete días después, **desafió las iras del temporal para socorrer a las víctimas**. Llegaron a patrullar las calles 60 marinos ingleses de la fragata Janas.

Y las autoridades eclesiásticas ordenaron trasladar a la desolada capital la imagen de Nuestra Señora de la Altagracia, a pesar de la resistencia de Higüey.

3

La Iglesia Dominicana

Las bonanzas y tormentas que sosegaron o revolvieron la historia dominicana, incidieron en la intimidad del pueblo cristiano y de la jerarquía católica, encarnados en la realidad de cada etapa.

Cuando alboreaba el descubrimiento y la conquista, surgieron los frailes y monjes, dominicos, franciscanos, y jerónimos, personificados posteriormente en las figuras señeras de Antón de Montesinos y Bartolomé de Las Casas, empeñados en adoctrinar a fieles e infieles, velar por la pureza de la fe y de las costumbres y proteger a los débiles.

El 8 de agosto de 1511 el Papa Paulo II, por Bula **Romanus Pontifex**, erigía las diócesis de Santo Domingo, Concepción de La Vega y San Juan de Puerto Rico, sufragáneas del Arzobispado de Sevilla. El documento pontificio corregía y ajustaba una bula anterior, la **Ilius fulciti praesidium** del 15 de Noviembre de 1504, impugnada por el rey Fernando, en la que se creaba para la Española la sede metropolitana **Hyguatense**, in qua est portus Sancti Dominici y las sufragáneas de Bayaguana y Magüey.

El franciscano García de Padilla, convertido en el primer obispo de Indias recibió de la tiara y de la corona la misión de presidir la naciente comunidad del nuevo mundo.

En 1518 se construyó el convento dominico que la bula **In apostolatus culmine**, emitida por Paulo III en 1538, convertiría en la Universidad de Santo Tomás de Aquino.

Y el 12 de Febrero de 1546, en alas del breve **Super universas orbis ecclesias** llegó a Santo Domingo el palio arzobispal y con él enramó la provincia eclesiástica que perduraría hasta 1865. El fin de la dominación española, decretada por las cortes peninsulares el 3 de mayo de 1865, coincidió con la retirada del arzobispo Bienvenido Monzón y Martín y la consiguiente viudez de la diócesis madre.

La situación se prolongó hasta 1885, con el agravante que Monzón se resistió ante el presidente, general Antonio Pimentel, a delegar funciones en el sacerdote dominicano Calixto María Pina, propuesto por el gobierno restaurador. Y el vacío jerárquico fue total.

Sin embargo, tanto durante la dominación francesa y las invasiones haitianas como en las angustias más diversas, los sacerdotes que no emigraron tras las huellas del arzobispo Portillo y Torres que lo hiciera en 1798, permanecieron junto al pueblo y a su frente para resistir a la descomposición. Más aún, cuando la Universidad se apagaba (prácticamente se extinguió en 1823 por despoblamiento de aulas), el seminario conciliar, creado en 1603 por el arzobispo Dávila y Padilla, se convirtió en la única escuela superior de la República, reducto de la nacionalidad y de la fe.

No bien proclamada la independencia, el arzobispo electo doctor Tomás de Portes e Infante logró la recreación del viejo centro de estudios por ley del 8 de mayo de 1848, que declaraba:

Se establece en esta capital un colegio seminario conforme a las disposiciones del Concilio Tridentino... Tendrá por patrono titular al angélico doctor Santo Tomás de Aquino.

A pesar del maltrato que el “cesarista” general Santana infligiera al arzobispo Portes, clérigos y laicos frecuentaron este único plantel educativo del que emergieron inevitablemente los futuros conductores del país. El 21 de agosto de 1858 el **Libertador** nombró vice-rector al padre Fernando Meriño y la casa reabrió sus puertas.

La promiscuidad y el ambiente del contorno influyeron notablemente en los pocos sacerdotes que egresaban de la casa. Y mientras algunos jóvenes se ordenaban demasiado mundanizados, ingresaban en la clericalura viudos con hijos, al tiempo que las crisis europeas bombardeaban a América con clérigos exclaustrados, no siempre de la mejor especie.

De cualquier manera, la evangelización resultaba por demás insuficiente y el pueblo en todos sus niveles practicaba la religiosidad tradicional, cada día más infiltrada de superstición y brujería, contagiada por los invasores.

Sin embargo y a pesar de sus falencias, el clero local ejercía notable señorío sobre el pueblo. Y por natural gravitación llenaba un cometido supletorio que se extendió hasta el sector político y social. El resultado no se debía únicamente al innegable interés por la cosa pública evidenciado por muchos clérigos o a la fogosidad o competencia personal de algunos otros. La organización eclesiástica, no obstante su precariedad reflejaba por momentos la instancia suprema del poder político. No se trataba como en el tiempo de la colonia y en un sistema de cristiandad, de legitimar con sus veredictos códigos y situaciones; sino de cubrir huecos y vacíos de poder o capacidad de arbitrar entre posiciones irreconciliables. Era, como se afirmó alguna

vez, la última línea de defensa frente al espectro de la desintegración.

De ahí que no se pensara, como en otras partes, que la provisión a los cargos superiores eclesiásticos fuera solamente un atributo de la soberanía; sino que (xenofobia, ambiciones y resentimientos aparte), se consideraba indispensable que funciones tan decisivas estuvieran ejercidas por dominicanos. Y el cesarismo llenó la República. Nótese que en su momento ocuparon la primera magistratura, para marcar sólo cumbres, el padre Meriño, monseñor Nouel y el ex-sacerdote Carlos E. Morales Languasco, mientras que otros clérigos estuvieron a punto de hacerlo, y los hábitos decoraron permanentemente cátedras, bancas parlamentarias y despachos ministeriales.

Tampoco debe olvidarse que las corrientes anticlericales de fines de siglo también germinaron en Santo Domingo. Tuvieron su máximo corifeo en Eugenio María de Hostos, insigne pedagogo y escritor portorriqueño, educado en España, que recorrió América proclamando la revolución. Sus dogmas iconoclastas exigieron el derrumbe de la aparente unidad cristiana de la sociedad, la liberación del tutelaje sagrado, la liquidación de los privilegios eclesiásticos y la autonomía de lo profano. En 1880 Hostos fundó en Santo Domingo la primera escuela normal del país y formó en sus entonces avanzadas ideas a un notable sector de la juventud. Este grupo, atrincherado en la masonería, mantuvo en el campo legal una subvaloración jurídica de la Iglesia y apuntó dardos en contra de sus mejores representantes. Y éstos, desde los tiempos de Francisco Billini, reaccionaron ardorosamente.

La postura preponderante de la Iglesia, aun perseguida, ocultaba los pies de barro de la base religiosa. La preocupación casi obsesiva de los eclesiásticos por los aspectos político patrióticos producía un cierto abandono de cuanto se refería a la interioridad personal. Faltaba una evangelización que asumiera la religiosidad popular y obtuviera un asentimiento progresivo de conciencia a las verdades y conductas del cristianismo. El pueblo suplía tal vacancia con una religiosidad emotiva adherida a dogmas desdibujados por el aluvión del fetichismo; practicaba externamente ritos oficiales, pero enfatizaba de hecho la acción particular y manejaba su proceder por las atracciones sensuales.

El alejamiento del último arzobispo, dejadas de lado las implicaciones políticas, había debilitado los vínculos con la Sede apostólica, y Roma no alcanzaba a establecer una comunicación coherente con un interlocutor válido, como para reanudar las relaciones oficiales y revivir la comunión semiinterrumpida. Agravaban la situación las reacciones del Estado frente a los tanteos de solución que se excogitaban.

En 1865 la Santa Sede ensayó un contacto. Envió a Santo Domingo al redentorista belga Luis Nicolás de Bouggenoms, vicario apostólico de Saint Thomas desde el 16 de junio de ese año. El gobierno dominicano del general Cabral, en cuanto detectó la presencia y su calidad de extranjero, impelido por las ambiciones de dos o tres sacerdotes locales que aspiraban a la mitra, rechazó todos sus títulos. Con todo Bouggenoms logró un enlace, y antes de partir nombró subdelegado al padre Billini. Enseguida, el 29 de setiembre de 1867, el general José María Cabral, presentó a la Sede Apostólica un candidato para la cátedra arzobispal en la per-

sona del padre Fernando Meriño. Pero el Papa no respondió, ni al gobierno ni a la comisión presidida por el mismo Meriño, que en abril viajara a Roma con el fin de lograr un concordato. El postulante debía previamente regularizar su conducta.

Pocos años después ocurrió una nueva tentativa. El 8 de enero de 1870 desembarcó en la isla el menor conventual Fray Leopoldo Angel Santanché de Aguasanta. Venía para conversar privadamente con el gobierno acerca de la fundación de un convento de franciscanos reformados. Cuando conquistó la benevolencia del presidente Buenaventura Báez, fue designado por la Santa Sede obispo titular de Acrida y Vicario Apostólico de Santo Domingo, por breve del 16 de agosto de ese año. Todo procedió honorablemente hasta la caída de Báez. Cuando retornaron los azules o liberales se le tachó de extranjero y debió emigrar del país. Antes de partir el 6 de agosto de 1874 constituyó Vicario General al presbítero Baltasar de la Mota.

Algún tiempo después, y parece que por sugerencias dominicanas, Roma excogitó un nuevo expediente. Destacó un delegado apostólico para negociar con los gobiernos de Haití, Santo Domingo y Venezuela. Confió el empleo al capuchino italiano Roque Cocchia, obispo titular de Cirace, desde el 7 de junio de 1874. Entre sus prerrogativas contaba la vicaría apostólica de Santo Domingo, a donde llegó el 19 de setiembre. Cocchia se condujo sagazmente, alentó diversas obras, reunió el sínodo diocesano e inició los trámites para restaurar la jerarquía religiosa local. Lo vimos más arriba en conversaciones con Don Bosco para organizar los servicios de la catedral y del seminario. Tuvo además la fortuna de que, durante su interinato en 1877,

el padre Francisco Xavier Billini hallara y reconociera bajo los pisos de la catedral metropolitana los restos de Cristóbal Colón (los españoles, al retirarse habían llevado por error a Cuba y luego a España los despojos de su hijo Diego).

Al retirarse el 18 de abril de 1882, dejó el puesto provisionalmente al canónigo Domingo B. de la Mota. Los esfuerzos de Cocchia hallaron una feliz coincidencia: presidía la República el padre Meriño y viajaba por Europa en gira de buena voluntad el ex presidente, general Gregorio Luperón. Este se acercó a Roma y se reanudaron las relaciones oficiales de la Iglesia y el Estado. El Ministro plenipotenciario Collin de Paradis firmó un **convenio especial** con el cardenal Jacobini en marzo de 1884. Entre otras cosas se ajustaba en su artículo 2º que el arzobispo de Santo Domingo sería un sacerdote dominicano, nombrado por la Santa Sede a presentación del gobierno.

Por bula del 3 de junio de 1885 fue preconizado arzobispo el mismo don Fernando Arturo Meriño, que ya había superado el tumultuoso período presidencial, comenzado en 1880. Consagrado en Roma el 6 de Junio de 1885 asumió el gobierno de la arquidiócesis el 12 de setiembre.

Meriño era una figura consular, tanto por sus condiciones intelectuales y humanas, como por su trayectoria pública. El mismo bocetó sintética y modestamente su biografía cuando dijo: **En pueblos como el nuestro, tan fácil es pasar del destierro al solio, como del solio a la barra del senado.**

Fuerte, enérgico, **cumbre mágica, nunca asilo de serpientes, sino cumbre de águilas.** El máximo orador do-

minicano, fue una de las figuras de mayor relieve del siglo pasado en los campos cultural, político y religioso. Dentro de la tónica de su época inició el proceso de reconstrucción de la comunidad católica. En general y según el juicio de Fray Cipriano de Utrera, no tuvo **suerte en la formación de un clero digno de ese estado.** Todavía en 1925 el arzobispo coadjutor, monseñor Luis Antonio de Mena exhortaba públicamente a los sacerdotes para que se consagraran a la enseñanza de la doctrina y al amor de Dios y del prójimo; se dedicaran al trabajo y abandonaran el concubinato. Diez años después el Boletín Eclesiástico difundía duras sanciones aplicadas a esta última irregularidad.

Estas experiencias llevaron a la sede romana a prevenir futuras dificultades y el 11 de octubre de 1904 eligió arzobispo coadjutor con derecho a sucesión en la persona del padre Adolfo Alejandro Nouel, que fue consagrado en Roma, Arzobispo de Metimna el 15 del mismo mes. Nouel asumió inmediatamente, no sin soportar una tremolina legislativa por escrúpulos legales. Meriño falleció el 20 de agosto de 1906, a los 73 años de edad y 21 de gobierno episcopal.

Nouel era tímido y generoso. Había crecido en un hogar culto y devoto. Su padre, Don Carlos, fue uno de los más insignes historiadores eclesiásticos del país y cuando enviudó recibió las órdenes sagradas. Desde el comienzo de su administración Nouel se esforzó en dotar al seminario de formadores competentes. En 1907 lo confió a la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María de los padres Eudistas que llegaron de Francia y de Colombia. Lamentablemente durante la guerra del 14, los padres franceses debieron repatriarse. Tras algunos años de funcionamiento precario, asu-

mieron la dirección los padres del Corazón de María que arribaron el 15 de Marzo de 1923.

También el 6 de agosto de 1909 habían llegado, a su pedido, cinco frailes capuchinos españoles. Y en 1927 pudo gozar del aporte de los Agustinos Recoletos. Al mismo tiempo arribaron congregaciones femeninas, como las Mercedarias de la Caridad o las Terciarias Franciscanas de los Sagrados Corazones. En 1923 la arquidiócesis disponía de unos 66 sacerdotes diocesanos, 20 religiosos y un centenar de religiosas. Nótese que para estas mismas fechas Haití poseía 5 obispos, 120 sacerdotes diocesanos y más de 650 religiosos, varones y mujeres.

Este esfuerzo apostólico, que se extendía a la prensa católica y a otras vertientes sufrió dos interrupciones. La primera, en 1912, cuando se lo llamó a la presidencia de la República, como **angel de paz**. Nouel carecía de los arrestos de Meriño y debió renunciar el 28 de marzo de 1913. La segunda vino por vía de enfermedad. Para el 15 de agosto de 1922, y cuando la arteriosclerosis ya lo cercaba, obtuvo la coronación pontificia de la imagen de Nuestra Señora de la Altagracia, una de sus tiernas devociones. En 1923 la Santa Sede apuntaló su gestión, con el nombramiento de un coadjutor, Monseñor Luis Antonio de Mena, Arzobispo titular de Parios desde el 23 de Diciembre. Desgraciadamente, cuando a mediados de 1931 la inhabilidad de Nouel urgía la dimisión, Mena, con la salud quebrantada había renunciado a sus derechos.

En esta ocasión ocupaba la Nunciatura de Haití y Santo Domingo, un activo prelado piamontés, monseñor José Fietta. Sus gestiones maniobraron en terreno fan-

goso. Ocupaba la primera magistratura dominicana el difícil general Trujillo. Con todo, Fietta alcanzó a nombrar Administrador Apostólico a Monseñor Armando Lamarche y Marchena. Pero las dolencias continuaron ensañándose con la arquidiócesis: Lamarche y Marchena falleció el 23 de septiembre del 32, después de varios meses de enfermedad.

Monseñor Fietta se constituyó en Santo Domingo. La mano venía mal barajada para solucionar el problema de la provisión del arzobispado.

Tras prudentes sondeos y a pesar de la callada resistencia de Trujillo, Fietta puso los ojos en el párroco de Puerto Plata Monseñor Rafael Conrado Castellanos, pequeño y delgado sacerdote, nacido en esa misma parroquia el 6 de agosto de 1875, disfrutaba de acendrada ilustración y espiritual nobleza. Era una de las personalidades eclesásticas más llenas de magnetismo. Enamorado de las cuestiones sociales y patrióticas, alimentaba un volcán en el pecho con el cráter abierto en la lengua y en la pluma. Era muy notoria su renuencia a aceptar los excesos de Trujillo y tenía razones para comentar que era muy corta la distancia de su parroquia al presidio de Nigua. Sabía además fehacientemente que su corazón enfermo no daba para mucho... Cada día el médico recetaba, sin éxito, mayores dosis de digitalina. Por eso respondió a la propuesta de Fietta con un no rotundo.

El Nuncio contraatacó: **Si Usted no acepta, tendré que recurrir a algún sacerdote extranjero...**

Castellanos reaccionó como un elástico: **—Entonces, monseñor, acepto... aunque me vaya en ello la vida.**

Y el 12 de octubre de 1932 asumió la administración apostólica. Enseguida se alborotó el avispero político y afloraron las artimañas de Trujillo. El generalísimo conocía a fondo la efervescencia de Castellanos y decidió exasperarlo. El anecdotario del proceso es copioso. Anotemos algunas muestras tomadas de relatos populares.

Los domingos Trujillo hacía anunciar al Administrador que asistiría a alguna Misa de horario en la Catedral. Castellanos, por cortesía, dilataba el comienzo del oficio hasta la llegada del presidente. Este llegaba intencionalmente tarde. Claro que pronto se agotó la paciencia de Castellanos y los horarios se cumplieron sin contemplaciones.

Cuando falleció Francisco José Peynado, el 23 de febrero de 1933, hubo una ceremonia en la Capilla de los Inmortales de la Catedral. Castellanos se había excusado de leer la oración fúnebre y Trujillo resolvió despedirlo personalmente. Al terminar uno de los párrafos del discurso, la turba de cortesanos que abarrotaban el recinto estalló en aplausos. No bien tornó el silencio se oyó la voz tonante y admonitoria de Castellanos: —**En la casa de Dios, exclamó no se aplaude a ningún mortal.** Luego miró a Trujillo y le ordenó —**Usted siga.** Y Trujillo prosiguió. El público quedó apabullado, Trujillo, furioso.

Unos días antes y en ocasión de una revista cívica efectuada en Santiago, el 21 de Enero, también en presencia de Trujillo, se encomendó a Castellanos una plegaria invocatoria. Entonces peroró una encendida oración a la Virgen de la Altagracia pidiendo para el pueblo y gobierno dominicanos **paz moral, paz jurídica, y paz sin sangre.** Luego bendijo al pueblo y a todas

las autoridades. Y omitió nombrar a Trujillo como se estilaba. Esta vez también perdió los estribos el presidente. Ahí mismo convocó al Nuncio que asistía al acto y lo amenazó de viva voz con romper relaciones con la Santa Sede, reponer al dimitido arzobispo Nouel y expulsar del país a Castellanos. Dícese que el robusto ministro Logroño probaba de calmarlo y gastó toda su dialéctica para convencer a Trujillo de que al gobierno no debían preocuparle los discursos y que sólo podrían abatirlo a tiros...

Pero no hubo caso. Se cursaron comunicados a la Santa Sede exigiendo la remoción de Castellanos, se interrumpieron los subsidios gubernamentales a todas las obras de la Iglesia, y el sector de la prensa domesticada ladró como cuzco azuzado.

Castellanos se aquietó, pero el corazón no toleraba más trajines y falleció el 21 de enero de 1934. La coyuntura excitó el chisme, probablemente falso, de que había sido envenenado. Fue elegido como sucesor el secretario del arzobispado, canónigo don Eliseo Pérez Sánchez.

Así bullían los acontecimientos cuando Ricardo Pittini recibió instrucciones de volver a Santo Domingo.

4

La Primera Campaña

Pittini aún residía en Nueva York, aunque estaba destinado a la casa generalicia de Turín. Había acreditado títulos como para convertirse en pieza clave de una organización internacional como era la obra de Don Bosco, y los superiores pensaban usufructuarlo.

En efecto, a la destreza probada en el manejo de los quehaceres religiosos y administrativos, sumaba un raro dominio de las lenguas más habladas de occidente. Por supuesto dominaba el friulano e italiano nativos; pero, además, poseía a fondo el castellano y lo hablaba con fluído acento rioplatense; construía con precisión el inglés americanizado; no desmerecía en el uso del francés y del portugués y hasta sostenía conversaciones en alemán.

Estaba despidiéndose de sus hermanos salesianos de Nueva Orleans, Luisiana, cuando lo sorprendió una carta de don Pedro Ricaldone, rector mayor de la sociedad. Venía fechada el 26 de noviembre de 1933 y le anunciaba:

Monseñor Fietta me telegrafía desde Santo Domingo que el presidente de la República lo presiona para que iniciemos cuanto antes la obra programada en ese país y me ruega que envíe allí, a la brevedad posible, a algún salesiano que pueda adoptar resoluciones.

Tú conoces perfectamente las intenciones del Nuncio y, además, eres el más idóneo que podría encontrar en el momento (para misión semejante).

Después de lamentar que el gobierno central de la congregación debiera privarse por ahora de su ayuda, exigido por la necesidad, pasó directamente a lo dispositivo:

Tú podrías dirigirte a Santo Domingo, continuaba, no bien termines de organizar la inspección norteamericana con el padre Rossi. Puedes hacerte acompañar de algún sacerdote que hable español... y hasta de algún coadjutor.

Antes de partir, ponte en contacto con monseñor Fietta y déjale aclarados los rubros siguientes:

La obra comenzará, siempre que podamos desempeñarnos con la mayor libertad posible. La casa futura y el terreno deben pertenecernos en propiedad.

Será bueno, además, que por ahora nuestras actividades se reduzcan al oratorio festivo y a las escuelas profesionales. Estas últimas, al comienzo, se limitarán a pocos talleres, por ejemplo, carpintería, sastretería y mecánica. En un segundo paso se podrá pensar en las artes gráficas...

La subsistencia tiene que depender de la ayuda benéfica de los cooperadores que convendrá crear y organizar enseguida.

No bien tengas todo listo (se entiende que no antes del fin del año escolar) te enviaremos el personal necesario. Y de esta manera tú quedarás libre para poder manejar la propaganda...

Los trámites insumieron algún tiempo, y Pittini zarpó de Nueva York en el vapor Coamo el 1º de febrero de 1934. Lo despidieron en los muelles el nuevo

inspector de Norteamérica, don Ambrosio Rossi y un grupito de salesianos.

Cuando la estatua de la Libertad se esfumaba en lontananza, descendió a su camarote y empezó a anudar reflexiones. Dejemos que él mismo las exprese:

Iba “solo”, escribió, a un país extraño, a un clima extraño y entre gente desconocida. Pensé que muchos otros salesianos, en particular los precursores, habían ido hacia lo desconocido, pero todos ellos habían ido en comunidad. Yo iba “solo”, a los 58 años de edad, después de 40 años de dulce convivencia con mis hermanos. Una ola de nostalgia salesiana se cruzó por mi ser. Nunca me pareció tan bella y tan dichosa la vida en la “familia”, ideada y plasmada por Don Bosco, sobre el modelo de la Familia de Betania...

¿Un salto en el vacío? No. Un acto de obediencia para establecer y afirmar junto a la tumba que guarda los restos del más grande descubridor, Cristóbal Colón, el altar del más grande santo moderno, san Juan Bosco. Lejos de ser un salto en el vacío, era una gloriosa misión la que me aguardaba...

El barco hizo una breve etapa en San Juan de Puerto Rico y atracó en Santo Domingo el 6 de febrero. Lo esperaba en el Puerto el administrador apostólico, Monseñor Eliseo Pérez Sánchez que lo acogió afectuosamente, lo acompañó a la curia y le ofreció alojamiento. Pittini prefirió albergarse en la sala del Capítulo que funcionaba en la bohardilla de la Catedral. Le pareció un lugar tranquilo y sumamente apropiado para su trabajo. Desde las telas colgadas de los muros lo observaban los retratos de todos los arzobispos de la sede

primada. Nunca habrá imaginado entonces que pronto debería ingresar en tan importante galería.

El 8 recibió un telegrama del presidente de la República, enviado desde Santiago. Decía, más o menos, lo siguiente:

Mantengo mi promesa sobre escuela de artes y oficios. Deseo que sea para bien del país su llegada a esta tierra...

Cumplidos los primeros saludos se abocó a sesiones de trabajo: largas conversaciones con el Nuncio, puntualización de pormenores del proyecto, aclaraciones y discusión con representantes gubernamentales y... manos a las obras preliminares.

Pronto, contó con la asesoría legal de don Luis E. Pou Henríquez, notario de la arquidiócesis desde el 6 de abril de 1930. Los presentó monseñor José Fietta.

Quiero ponerlo en contacto, le dijo a Pou, con un padre salesiano. Ustedes harán buena liga y usted podrá serle muy útil en la cristiana y patriótica empresa que él va a comenzar para bien de la clase pobre, tan necesitada de asistencia...

Enseguida, testifica Pou, entró un sacerdote bastante delgado, de mediana estatura, rostro enjuto y manos alargadas. Me levanté para saludarlo, extendiéndole la mano, pero él la tomó afectuosamente entre las suyas y me abrazó diciéndome: Ardía en deseos de verle porque ya le conozco desde que puse los pies en este bendito país...

Mantuvieron larga y animada conversación y desde ese momento Pou, además de asesor, fue uno de los

más fieles amigos de Pittini y gran cooperador salesiano.

Es interesante destacar el orden de prioridades que se fijó Pittini en el método y en la acción. Cualquiera se hubiera preocupado enseguida de los acuerdos legales o de la elección de medios y lugares para establecer el asiento de la obra. Sin embargo Pittini al reseñar sus primeros pasos en Santo Domingo, afirma categóricamente:

Mi primer deber era el de propagar el nombre, la vida y la obra de Don Bosco en donde él era apenas conocido. Para ello me serví de la lengua y de la pluma, con conferencias públicas en todo el país, artículos de prensa y folletos de propaganda...

Y no había en ello pizca de triunfalismo, salvo que se moteje de tal suerte, al impulso evangélico de **pre-
dicar sobre los hechos** o se proyecten a través de la etiqueta oscuros resentimientos. Se trataba simple y llanamente de potenciar con afecto la propaganda cristiana, que se vale de la atracción que engendra la vista y el ejemplo de los modelos humanos de santidad, imagen de la santidad de Cristo, para facilitar la imitación de sus virtudes y la colaboración en sus obras evangélicas.

En rigor Pittini apuntaba a despertar vocaciones que se enrolaran en la misión de la familia salesiana, tanto dentro del área sacerdotal, como en la vertiente religiosa o en el campo de los cooperadores espirituales y bienhechores materiales, dispuestos a posibilitar la predicación de la buena nueva.

Dentro del más puro estilo evangélico, (para él lo realmente importante era atraer las almas a la salva-

ción por el camino de una vida digna) los medios no pasaban de tales. Y aun entre ellos resultaban más importantes las personas que los bienes, sin que por eso los despreciara.

Dos meses después, anota con nostalgia, yo celebraba en el secreto de mi corazón la canonización de Don Bosco en la Pascua de aquel año... Al poco tiempo, continúa, se iniciaron las obras de la escuela salesiana de artes y oficios.

Resultaron inolvidables algunas de sus pláticas y homilías en la catedral, su misión a los presos de la fortaleza de Ozama y otras charlas catequéticas.

Mientras tanto disponía de los amigables servicios del cónsul honorario de Italia, representante de la General Motors y poderoso industrial don Amadeo Barletta, que, a pesar de sus absorbentes ocupaciones, se transformó en su asiduo chofer. Revisaron zonas y barrios, baldíos y rincones... Hasta que Pittini, y en contra de la opinión de muchos, eligió un prado de la periferia urbana, pegado al tanque del acueducto, en la parte más alta de la ciudad, son sus palabras, ventilado y panorámico, y lo que es más importante, la más necesitada de cuidado espiritual. El último detalle señala otra de sus prioridades, los pobres y desamparados. No hace mucho un eclesiástico local sugería observar con atención el mapa de la capital y comprobar el itinerario de crecimiento de la obra salesiana. Los salesianos, afirmaba enfáticamente, marcharon siempre hacia el norte (los barrios más pobres y más recientes). Yo casi afirmarí, continuaba, que para el sur no venían ni de paseo.

La primera dificultad sería que tuvo que desen-

marañar brotó donde menos se pensaba. Y tenía la cara fea del círculo vicioso. A pesar de las instrucciones que le impartiera el superior de Turín, Pittini seguía dependiendo de la inspección salesiana de San Felipe Apóstol en New Rochelle, que a los efectos civiles operaba como una asociación denominada **The Missionary Society of the Salesian Congregation of the state of New York**, fundada el 15 de febrero de 1907.

La comisión gubernamental con la que Pittini discutía las bases de la fundación, le exigió poderes que lo habilitaran para obligarse. Pittini los reclamó a Nueva York. Rossi, el inspector neoyorquino, se rehusó a emitirlos hasta que su Consejo aprobara la totalidad del proyecto, que decía desconocer y para el cual fijaba presupuestos ineludibles. El principal era taxativo: **No se coloque la primera piedra hasta que no se recoja el último dólar.**

Don Ricardo se sintió como de piedra. La correspondencia pittiniana de este período es digna de estudio. Resaltan principalmente la flexibilidad diplomática con que suaviza la firmeza de sus posturas en lo que atañe al fondo de la cuestión y la destreza con que amigora el volumen de las diferencias de planteo. Impresiona, además, el poliglotismo con que, para lograr sus fines, produce a vuelapluma documentos en cuatro idiomas.

Al fin, Rossi, oída la opinión del consejo del 26 de febrero, compareció ante el notario público don Luis de Maio el 6 de marzo y delegó en **Richard Pittini** la administración y disposición de los bienes salesianos de la isla de Santo Domingo. Pero el poder sólo llegó a su destinatario, después de muchos tironeos y acompañado

de severas instrucciones que se pueden resumir así: La escuela llevará el nombre de Don Bosco y nunca el de Trujillo como lo sugieren los dominicanos. En la construcción podrán usarse los planos trazados por el arquitecto salesiano argentino, padre Florencio Martínez, para una escuela equivalente del Perú. Pero no se dará ningún paso definitivo hasta que no se tenga en la mano el dinero necesario.

El cerrojo permanecía hermético. El gobierno exigía: no hay dinero sin obra. El inspector replicaba: no hay obra sin dinero.

De propina, y esto Rossi no debía saberlo porque Pittini no iba a correr el riesgo de escribirlo, en Santo Domingo nadie podía efectuar beneficencia fuera de Trujillo.

Pittini movilizó todos sus recursos políticos, económicos y eclesiásticos para armonizar posiciones. Informó cuidadosamente a Nueva York y terminó proponiendo una transacción: edificar por etapas de manera que, aun en el supuesto de un fracaso, las deudas y daños no asumieran volúmenes irreparables. El 6 de mayo se encontró **casualmente** con Trujillo y le expuso la situación. Este lo consoló: **No se desaliente por la dilación.** Y a los pocos días le hizo enviar una nota de la Secretaría de Hacienda por la que le asignaba veinte mil pesos oro para iniciar las obras.

Con estos fondos reforzó la posición ante Rossi. Entretanto solicitó ayuda a sus numerosas amistades norteamericanas y como remate expuso el caso al Nuncio Fietta que residía en Haití... Aprovechó la oportunidad de que éste le transmitiera el deseo de conse-

guir salesianos belgas para Puerto Príncipe para acortarle:

Siguiendo la línea trazada por el consejo inspectorial de Nueva York, mi aislamiento salesiano me convertirá en un Robinson Crusoe salesiano. No puedo recibir a una comunidad sin edificios convenientes y no me autorizan a colocar la primera piedra...

El 11 de mayo prosiguió la campaña y envió a Rossi una de sus tantas misivas, donde describía la posibilidad de convertir a Santo Domingo en cabecera de puente sobre Haití y Puerto Rico, para formar la inspección salesiana de las Antillas. De paso le subrayaba que sus prácticas no comenzaron seriamente sino a fines de abril, y no por la mentada **lentitud tropical**, sino por la **falta de poderes**.

Fietta desde Puerto Príncipe apoyó todas las diligencias ante Rossi y Trujillo con sendas cartas diplomáticas.

Superado el trance, prosiguieron las negociaciones con el gobierno. Pittini defendió a brazo partido su libertad de acción, se opuso a todo sistema de dependencia operativa y trató de limitar los derechos de supervisión estatal. También quedó aclarado que en caso de cierre de la escuela, los bienes del estado volverían al estado; pero los invertidos por los salesianos, a cualquier título, retornarían a sus legítimos dueños.

El 2 de noviembre por resolución No. 3585 del Procurador General de la Nación, publicada en la Gaceta Oficial 4734, fue autorizada la **"Sociedad Misionera"** que representaba Pittini **"a establecerse y funcionar legalmente en el país"**.

Trujillo refrendó el 13 de noviembre de 1934 la ley parlamentaria No. 778 por la que:

Se hace donación a la “Sociedad Misionera de los salesianos del estado de Nueva York” de la porción de terrenos del estado dominicano que se describe a continuación (enseguida se marcan los límites catastrales de un terreno de más de dos hectáreas, sito junto al tanque del acueducto) **para que organice y sostenga una escuela de artes y oficios y otras obras educativas complementarias a favor de las clases necesitadas...** El texto legal fue publicado en el No. 4736 de la Gaceta Oficial. Sin embargo el Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis en su entrega correspondiente al mes de noviembre y diciembre identificada con los números 128 y 129, muestra una fotografía del estado de las construcciones del Colegio Don Bosco, lo que permite calcular que habían comenzado varios meses antes. Contemporáneamente, el 23 de noviembre el administrador apostólico aprobaba y bendecía la fundación y las donaciones presidenciales se iban cobrando escaladamente.

A fines de año, más precisamente en octubre, Pittini recibió una invitación del presidente de Haití, Ste-nio Vicent, para planear una obra semejante a la que nacía en Santo Domingo. Se recordó entonces que treinta años antes, el arzobispo de Puerto Príncipe, monseñor Alfredo Conan había tentado de convencer al sucesor de Don Bosco, don Miguel Rúa, para que llevara salesianos a Haití. Las circunstancias liquidaron el proyecto general y una propuesta de fundar una escuela agrícola en Cap Haitien.

Pittini adelantó un memorandum de **preliminares**, semejante al que había presentado a Trujillo y se cru-

zaron cartas de intención **ad referendum** de los superiores de Turín. Estos enviaron en enero de 1935 a un visitador extraordinario, cargo que representa totalidad de poderes. El visitador don Antonio Candela inspeccionó Santo Domingo y Haití, revisó con Pittini los problemas de la nueva fundación y de las ofertas haitianas en la barriada popular de La Saline y aprobó las gestiones realizadas. Delegó a Pittini para refrendar los compromisos que se firmaron el 6 de abril de 1935 en Puerto Príncipe y autorizó el comienzo de las obras correspondientes.

Al volver a Italia tomó disposiciones para que fuera enviado a Santo Domingo el personal necesario.

En efecto, el 25 de febrero de ese año llegó desde Bogotá el primer colaborador, el padre Pascual Richetta, que acompañaría a Pittini por algún tiempo. Luego pasaría a dirigir la inspección mejicana. El 5 de agosto Pittini y Richetta comenzaron a residir definitivamente en la nueva escuela y el día 6 celebraron las primeras Misas del lugar.

El 26 del mismo mes se convirtió en un día memorable: ocho salesianos llegaron a Santo Domingo en el Vapor francés homónimo. Habían embarcado en Burdeos el 12 de agosto y venían a hacerse cargo de la escuela de artes y oficios. Formaban el grupo el sacerdote Francisco Coiazzi, los clérigos Francisco Bordín, Gerardo Borsbon y Gabino Sánchez, y los coadjutores Clemente Faccin, carpintero, Pedro Della Valle, sastre, Mario Veglia, zapatero, Celestino Dall'Alba, mecánico y Herminio Taglieri, proveedor y portero.

El secretario del arzobispado don Eduardo Ross les ofreció un almuerzo de recepción al que asistió el rector del seminario.

Luego, el 1º de setiembre, arribó desde Colombia el padre Sergio Carraglia para organizar la administración.

Pittini se desvivió para facilitar los primeros pasos de los nuevos compañeros. Les puso un profesor de castellano y los lanzó a la actividad apostólica que hasta entonces había ejercido solo. El 13 de octubre inauguró oficialmente el oratorio festivo que en pocos días se inundó de jóvenes y chiquilines de la barriada. Muchos de ellos conocían a Pittini con quien alternaban familiarmente mientras supervisaba la construcción. Personas prominentes del gobierno, la banca y el comercio que visitaban a menudo al director, se quedaban pasmados ante su habilidad para conversar por horas y horas con grupos de chicos desnudos, de vientres hinchados de parásitos, o con muchachotes descalzos y zaparrastrosos que lo rodeaban continuamente. Pittini manejaba un interminable repertorio de fábulas, juegos y entretenimientos para divertirlos, y sabía mecharlos con normas morales y nociones catequísticas. Siempre terminaba las reuniones enseñándoles a rezar y nunca necesitó de una clase sistemática para iniciar el adoctrinamiento.

En poco tiempo los niños y jóvenes del oratorio superaron el millar. Gozaban de la luna de miel de la obra, cuando el director recibió nueva llamada de Puerto Príncipe. Monseñor Fietta lo necesitaba con carácter urgente. Pensó Pittini que el aviso tendría relación con la naciente escuela salesiana de Haití y voló enseguida hacia el Oeste.

En el aeropuerto lo esperaban el Nuncio y el arzobispo Le Gouaze y lo invitaron a pasar algunos días

de retiro y reflexión en Kenscoff, encantadora plaza veraniega situada a 1.500 metros de altura en las montañas que rodean Puerto Príncipe.

Pasamos allí tres días, contará Pittini años más tarde, y fue tal y tan generoso el trato que se me dispensó, que ahora lo comparo con el que se da en los Estados Unidos a los condenados a la silla eléctrica en los tres días que preceden a la ejecución.

En efecto, el último día Fietta le comunicó que el Santo Padre acababa de elegirlo arzobispo de Santo Domingo. La bula de preconización había sido firmada el 11 de octubre de 1935 y con igual fecha se trasladaba a monseñor Nouel a la sede "in partibus" de Sergiópolis, recientemente vacante por la muerte del famoso misionero haitiano, ex arzobispo de Cap Haitien, monseñor Francisco Mario Kersuzán.

Pittini sorprendido sólo atinó a responder que antes de adoptar cualquier actitud necesitaba conocer la opinión del superior salesiano. Fietta, sonriente, le mostró la aprobación escrita del padre Ricaldone y el nombramiento del nuevo director del Colegio Don Bosco, padre Raimondi.

Pittini volvió silencioso a Santo Domingo y el 24 a la noche reunió a los salesianos y les comunicó la noticia. A la mañana del día siguiente los cablegramas de Roma anunciaban la novedad. Las campanas de la capital repicaron a fiesta. Los diarios del 26 de octubre anunciaron en primera página: **Monseñor Pittini ha sido designado por la Santa Sede arzobispo de Santo Domingo.** Los periodistas, ávidos de la primicia, corrieron a buscar declaraciones. Los del **Listín Diario** lo hallaron en la Dirección de Protocolo del Ministerio de

Relaciones Exteriores, en compañía del Inspector General de Legaciones y Consulados, don Rafael Paíno Pichardo y el director Enrique Aguiar. Oímos palabras suaves, sencillas, bondadosas y puras, anota el reportero. Santo Domingo será mi última patria, nos dijo el mitrado, y en esta tierra querida se abrirá mi tumba. Pero en el cielo de la entrevista aparece una nube: Nuestro deseo muy explicable hubiera sido que esta designación de la Santa Sede recayera en algún sacerdote dominicano, pero ya que se ha escogido para tan elevado cargo eclesiástico al padre Ricardo Pittini nos sentimos respetuosamente en homenaje de simpatía.

Esa misma mañana Pittini, después de recibir a Raimondi, telegrafió a Eliseo Pérez Sánchez que en esos momentos visitaba canónicamente a Monte Cristi. Le comunicó la novedad y le rogó convocara a una reunión de consultores en La Vega el día 29. Allí se encontró con Pérez Sánchez, Eduardo Ross, Felipe Sanabia y Manuel de Jesús González.

Pittini exhibió sus cartas credenciales y las hizo leer públicamente. Enseguida respondió Pérez Sánchez: Monseñor, acato reverentemente esta disposición de la Santa Sede y rindo obediencia a Vuestra Excelencia. Pero permítame expresarle mi pena profunda de que haya quedado interrumpida la sucesión de prelados dominicanos.

Pittini, sin inmutarse, contestó que también él lo lamentaba, pero que todos eran hijos de obediencia. Procedió luego a hacerse cargo de la sede y como primera medida dispuso la confirmación de Pérez Sánchez en la administración de la arquidiócesis hasta el 8 de diciembre, día en que pensaba recibir la consagración episcopal.

El 1º de noviembre partió para los Estados Unidos. Llevaba el propósito de visitar a sus amistades y recolectar fondos para los gastos de los hábitos prelatícios. Dejó en Santo Domingo la primera circular al clero y a los fieles. El Sumo Pontífice al enviarme, decía, ha querido daros un padre... para extender y consolidar el reinado de Nuestro Señor Jesucristo. Por tres medios: enseñanza de la doctrina de Cristo que es la verdad, inculcando la moral de Cristo que es el camino y llevándolos a los santos sacramentos instituídos por Cristo que es la vida. Mi programa es acercaros más y más a Jesucristo, nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección.

Con el auxilio de Dios, de la Virgen de la Altagracia y la cooperación de un clero escaso en número, pero celoso y activo, y la correspondencia de un pueblo bueno y bien dispuesto...

Sin embargo una duda flotaba en el ambiente: ¿Cómo se había gestado la candidatura de Pittini para el palio?

La totalidad del proceso no podrá ser develada hasta que la muestre el Archivo Secreto Vaticano cuyos documentos están librados a los investigadores hasta 1878, último año del reinado del Papa Pío IX. Sin embargo, se pueden recomponer parcialmente algunos fragmentos dispersos. Es cosa segura que desde la dimisión de monseñor Nouel la Santa Sede buscaba un candidato al arzobispado que respondiera a las expectativas de la hora. La enfermedad, la lucha y el fallecimiento de monseñor Castellanos complicaron el cuadro. Fietta cotejaba nombres y nombres y no terminaba de elegir. Los más piadosos le sugerían el nombre de

Pérez Sánchez o de Manuel González, los políticos pensaban en Sanabia y otros miraban a Fray Leopoldo de Ubrique o a Amado Andónequi, aunque fueran españoles.

Amadeo Barletta le susurró al oído en uno de sus viajes: —¿Y por qué no Pittini? Algún sacerdote ha peticionado firmas a su favor...

—No, no es dominicano, respondió Fietta secamente.

Así las cosas un buen día se inauguró uno de los puentes de hierro que Trujillo había comprado en los Estados Unidos, el que cruzaba el río Yuna por Bonaó, en el camino rumbo a La Vega. Tenía que hablar oficialmente el conocido delegado norteamericano Joseph E. Davies. Pero sólo a último momento se pensó en la traducción simultánea del discurso y no se hallaba a mano ningún traductor idóneo. Fietta, que estaba presente con el cuerpo diplomático, sugirió el nombre de Pittini. Se lo buscó entre el público y sirvió de maravillas. Trujillo quedó asombrado. Pocos días después se encontró con Fietta y éste requirió la opinión presidencial acerca de los eclesiásticos más indicados para ocupar la cátedra arzobispal. Después de algunos escarceos Trujillo se franqueó:

—Monseñor, yo tengo también mi candidato...

—Usted dirá...

—Pittini.

—No puede ser, es italiano.

—Eso lo arreglo yo en diez minutos...

Se hizo un largo silencio, hasta que Fietta concluyó:

—¿Podría Usted formularme la propuesta por escrito?

—Delo por hecho.

Llegó la propuesta y Roma sonrió. Y debió sonreír también porque Trujillo, a pesar de su astucia, había quedado envuelto en la red que el Nuncio tejó pacientemente. En efecto, años después y en la Nunciatura de Buenos Aires, Fietta mismo les comentó a dos superiores salesianos, que aún viven, los entretelones de la selección, más o menos de esta manera:

La situación eclesiástica de la República Dominicana me llevó a lúgubres conclusiones. Por diversos motivos el país carecía de un eclesiástico digno de asumir el arzobispado y, a su vez, un arzobispo extranjero sería asfixiado por el clero local. Pensé, y así lo comuniqué a la Santa Sede, que sólo podría sobrevivir un extraño, rico de brillantes cualidades religiosas y humanas y que gozara del respaldo y amparo de una fuerte institución religiosa.

Roma, sin más, conocedora del proyecto dominicano de la escuela de Artes y Oficios, ordenó a los superiores salesianos atender el ofrecimiento y enviar a Santo Domingo a un hombre con las dotes requeridas. Así fue como apareció en escena sin él saberlo, el padre Ricardo Pittini. Y lo bueno fue que superó con creces la prueba a la que lo semetieron.

Probablemente por eso el Superior General, don Pedro Ricaldone pudo escribir en carta pública el 31 de enero de 1949:

Por cierto (monseñor Pittini) me habrá perdonado ya, si a mí precisamente me tocó iniciarlo, sin que él lo sospechase, en un trabajo que había de ser sellado con la dorada cruz que ahora cuelga sobre su pecho.

Pero volvamos al relato en curso.

Yo me dirigí a los Estados Unidos, escribe Pittini, para recoger entre amigos y cooperadores la suma necesaria para los primeros gastos episcopales y conseguí mucho más de lo que necesitaba.

Una de las entrevistas más recordadas fue la del cardenal Patricio Hayes, arzobispo de Nueva York, viejo amigo de sus años americanos. Al llegar a su despacho, evoca él mismo, me felicitó y tomándome de la mano me llevó hasta su dormitorio... Querido monseñor, me dijo, como Obispo usted necesita un anillo, tome el mío. Y me lo puso en el dedo. Necesita también una cruz, prosiguió. Tome la mía. Y me la puso al cuello. Eminencia, le dije, ¿por qué es Usted tan bueno y generoso conmigo? Llevó el índice a los labios para invitarme al silencio... Me condujo a su escritorio y me extendió un cheque de quinientos dólares, diciendo: —Se que usted como salesiano es pobre y se que Don Bosco me está mirando desde el cielo...

El 4 de diciembre ya estaba de vuelta. Viajaban en el mismo avión monseñor José Le Gouaze, arzobispo de Puerto Príncipe, que había aceptado consagrarlo y monseñor Hugo O'Flaherty, secretario de la nunciatura. También arribó en esos días el obispo de San Juan de Puerto Rico, Eduino V. Byrnes que, con monseñor Luis Antonio de Mena, actuaría de co-consagrante. Las visitas se alojaron en el colegio Don Bosco.

La consagración se cumplió en la catedral primada el 8 de diciembre de 1935, día claro y despejado, después de varias jornadas de lloviznas cerradas. Asistían al oficio monseñor Nouel, el administrador apostólico, Pérez Sánchez, el vicario general de San Juan, José Torres Díaz, el vicepresidente de la República Jacinto B. Peynado, el encargado de negocios de los Estados Unidos de Norteamérica, el clero, los religiosos de la arquidiócesis y númeroso público.

El padre Atanasio y monseñor Ross armonizaron los coros... El almuerzo de gala se desarrolló en el Colegio Salesiano.

Los diarios, atosigados de noticias trujillescas (en esos momentos se iniciaba la campaña para cambiar el nombre de Santo Domingo en Ciudad Trujillo) y con pocos resquicios para reseñar la invasión de Mussolini en Abisinia, los problemas de Cárdenas en Méjico o la exhumación de los restos de Carlos Gardel para trasladarlos a Buenos Aires, dedicaron sin embargo fotos y crónicas al nuevo arzobispo.

5

Alma y Perfil

Acabamos de aludir a la cobertura periodística de los actos referentes a la elevación de Pittini a la cátedra primada.

Para estas fechas, solamente dos periódicos se editaban en Santo Domingo: **El Listín Diario**, el más importante, y el vespertino **La Opinión**.

En Santiago se imprimía un tercero llamado **La Información**.

Funcionaban todos acorralados por el régimen y debían llenar cuotas de noticias impuestas desde arriba.

Con todo, el 26 de octubre Pittini obtiene las dos medias columnas de **El Listín Diario** que ya hemos transcrito. Diez días después, el 5 de diciembre, merece alguna línea y el viernes siguiente, mientras el Benefactor juguetea con la opinión popular a irse o quedarse, se le dedica un reportaje más amplio y prolijo. El día de la consagración, 8 de diciembre, comparte con monseñor Fietta y Eliseo Pérez Sánchez un grabado de 20 x 30. Las personas (Fietta ya estaba ausente del país), los hábitos (Pittini vestía de negro) y la posición (Pérez Sánchez a la derecha del Nuncio y Pittini a la izquierda) denunciaban la antigüedad del enfoque.

Lo interesante de esta revista de prensa reside en que las crónicas relativas al Arzobispo señalan dos matices: por una parte, la importancia político-popular que se atribuye al evento y por otra en la entraña de

duda implícita, un interrogante casi quejoso acerca de la identidad y del origen de Pittini: ¿Quién es y por qué ocupa la sede primada este obispo extranjero?

Los únicos datos que en ese momento han alcanzado notoriedad son, más o menos los siguientes: Ricardo Pablo Pittini había nacido en Tricésimo, Italia, el 25 de abril de 1876; sus dos nombres y en ese orden habían sido estampados en el acta del bautismo de la iglesia arciprestal de Santa María de la Purificación, de Tricesimo (diócesis de Udine) mientras que en el certificado de nacimiento se inscribió únicamente el de Pablo.

De ahí en adelante todos los antecedentes resultan confusos. Parecía que a los 16 años abandonó el seminario de la diócesis nativa para enrolarse en la congregación religiosa fundada por Don Bosco, en donde profesó el 21 de noviembre de 1893. Luego viajó al Uruguay y fue ordenado sacerdote por el arzobispo de Montevideo, monseñor Mariano Soler, el 22 de Enero de 1899. A lo largo de los años sacerdotales y salesianos actuó como director, maestro de novicios e inspector provincial del Uruguay y Paraguay hasta 1927, fecha en que ocupó igual cargo en los Estados Unidos de Norteamérica. Finalmente aparecía como un relámpago su corta estada en Santo Domingo... y no afloraba mucho más.

En cambio flotaban en el aire demasiadas incógnitas que también ahora dificultan la prosecución del relato.

Vamos a intentar despejarlas a partir de lo concreto de la persona, del pensamiento y de las vivencias del Pittini que estrena el arzobispado. Este ensayo de es-

clarecimiento quisiera enhebrar el sentido de algunos sucesos pasados y futuros.

Pittini tenía adjudicada la cédula de identificación dominicana N° 28124, serie 1, y había obtenido instantáneamente la ciudadanía nacional por obra y gracia de la presidencia. El 8 de diciembre de 1943 y por Decreto 1588 se le otorgará naturalización privilegiada.

Siempre erguido en su estatura más que mediocre, medía un metro setenta y seis centímetros de alto, aparecía más esbeito por su extremada delgadez. Armonizaban con sus rubios cabellos dos ojos grises y bondadosos, algo refractados por los gruesos cristales de sus anteojos, que siempre miraban en profundidad. Lamentablemente estaban condenados a apagarse pronto y hundirse bajo las sombras de unas gafas ahumadas.

Frente socrática, dirá El Listín Diario del 14 de mayo del 37, descarnada hasta las sienes, de fuerte arquitectura ósea... y un rostro del más puro perfil itálico.

Conocía todos los secretos del difícil arte de saber escuchar, y al mismo tiempo conversaba afablemente con voz armoniosa, ademanes galanos y dicción pausada. No sólo fascinaba por las ocurrencias de su humor agudo, sino también por amplitud de cultura (no en vano había dictado cátedras de filosofía e historia toda su vida) y por todos los condimentos de su charla sencilla y amena, vertida sin esfuerzo y equilibradamente ante el sabio o el magnate, con la criatura de las calles o el obrero de las rutas.

¡Había que verlo durante la construcción del colegio de María Auxiliadora! Iba casi todos los días a vi-

gilar las obras y enseguida lo rodeaba un corro de chiquilines. Arremangaba la sotana y participaba de sus juegos. Luego consumía horas comentando la historia de un dedo de la mano, descifrando el lenguaje de la mirada a alguno de los oyentes o desgranando sabrosas anécdotas catequísticas que mantenían embobado al auditorio.

Con igual método, por ejemplo, procedía en los remates de becerros que se realizaban en el Santuario semiconstruido de Bayaguana, para coleccionar fondos en favor del Seminario, sentado en el toril o en alguna tranquera, colaboraba en la subasta con ofertas, chistes o donaires que festejaban estrepitosamente los buenos ganaderos.

Siempre contento y apacible, jocosos y hasta jugueteón, gustaba de bromas, chascos y apodosos inocentes. Cuando saludaba tendía generosamente ambas manos en afectuoso gesto.

Pero, en contra de todo lo que podría sugerir su aspecto, celaba las aptitudes típicas de los emotivo-activos, dueños de un temperamento que agita a la mayoría de los hombres que forjan la historia y se destacan en cualquier conjunto de individuos por sus condiciones de líder. Su amable cordialidad nunca le impidió que hablara, decidiera y hasta forzara con pertinacia la decisión, de acuerdo a sus propias convicciones. Pero la emotividad y capacidad de sentir que latían en su entraña nunca se estancaron en sí mismas, sino que animaron dinámicamente la acción, volcada más en el acontecimiento, en las cosas y personas que deseaba modelar, que en sí mismo o en sus preocupaciones.

A esta altura de la vida lucía en su conducta los efectos de un mecanismo de defensa plasmado para

encauzar la reciedumbre de su carácter. Se había habituado a **desimportantizar** o desinflar los problemas por medio de algún toque de humor que ayudara a calibrarlos, sobretodo cuando aparecían con cara de tragedia.

En esos mismos días, el 27 de setiembre de 1935 el brigadier general Federico Fiallo, jefe del estado mayor del ejército dominicano, agasajaba al jefe de policía de Puerto Rico, coronel Francis Riggs y deliraba refiriéndose al Benefactor: **Esta es la obra sobrehumana de una mano taumaturga, la mano prodigiosa del Generalísimo, doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, presidente de la República y Benefactor de la Patria, nuestro jefe amado y único...**

Pues a este solemne Trujillo, a quien nadie osaba nombrar sin el cortejo de tres o cuatro títulos, de acuerdo a las mejores tradiciones, a poco de conocerlo lo redujo a **Rafaelito**. Y nunca alteró el tratamiento, ni aún en los peores engorros. Pública y oficialmente lo llamaba **distinguido u honorable señor** (en la prensa dominicana de la época siempre se adjetivan los títulos y se adosan títulos a los nombres de las personas) o algo parecido; pero en privado las cosas no cambiaban.

—**No así, Rafaelito, no sea cruel...** le recomendó alguna vez cuando cacheteaba rudamente a un nieto por besar el anillo al arzobispo con las manos sucias.

—**Rafaelito, piense en las madres de esos muchachos...** le repitió hasta el cansancio después de las invasiones de Cayo Confites y Luperón.

—**Rafaelito, usted también tiene que salvar su alma...**

Cuando juzgaba necesario plantarse se afirmaba como una roca. Era indomable por naturaleza y alentaba una fortísima aspiración a no aceptar imposiciones ajenas, con acentuado espíritu de independencia y autarquía. En esas coyunturas usaba de franqueza paladina para expresar sin disfraz ideas y sentimientos. No era hombre manso de por sí. Su bondad era fruto de larga elaboración.

—**Dígale a Rafaelito, le espectó al ministro del interior y pariente de Trujillo, don Virgilio, Cucho, Alvarez Pina, que exigía el despido de su enfermera por razones políticas, que él arregle su casa, que yo me encargo de la mía y no me meto en la suya.**

En los primeros días de arzobispado, no más, se produjo un encontronazo con el Benefactor. Este le había tendido una red muy sutil.

Era sabido que Trujillo estaba casado por la Iglesia desde 1913 con Aminta Ledesma, una pequeña campesina de San Cristóbal que le regaló una hija. No tardó mucho Rafaelito en abandonarla, revoloteó sobre flores y nidos, y al cabo de dos divorcios, el segundo con Bienvenida Ricardo, fijó nuevo hogar, bien adornado de infidelidades, con María Martínez Alba. De ella tuvo tres hijos: Ramfis, Angelita y Radamés.

El primer acto de la treta de marras se representó el sábado 28 de setiembre de 1935 en la casa del vicepresidente de la Nación, doctor Jacinto Bienvenido Peynado. Pittini desempeñaba entonces la dirección de los salesianos, pero se puede barruntar que Trujillo ya sabía de su elección para el arzobispado.

Así las cosas, Peynado y señora, Mercedes Cusa Soler, invitaron a Pittini a una recepción familiar, a la

que prometía asistir el presidente. Don Ricardo vislumbró la oportunidad de anudar contactos y aceptó complacido. Los Peynado llevaron su amabilidad a ofrecerle el propio automóvil para trasladarlo a la residencia.

Pittini al principio no soñó con una encerrona. Menos, cuando advirtió que María Martínez vestía luto riguroso por un duelo reciente. Le asaltó cierta sospecha cuando contempló el centro de la mesa principal, decorado por un gran **pudding**, en forma de **dos corazones unidos y enlazados por la cinta de la felicidad** (la descripción corre por cuenta del diario del lunes). Unas preguntas exploratorias descubrieron el secreto: la reunión incluía la ceremonia del matrimonio civil de Trujillo y María Martínez Alba.

Palpar la jugarreta y probar de retirarse fue todo uno; pero le cerraron prácticamente el paso. Pretextó sentirse muy indispuerto y le hicieron notar lo imprudente que resultaba andar solo en esas condiciones. Lo acompañaron entonces, hasta una habitación interna para que se repusiera. Pittini trabó la puerta por dentro y se negó a recibir al médico que le buscaron. Permaneció aislado hasta el fin de la ceremonia, cumplida por el oficial del estado civil Emilio E. Ravelo con el padrinazgo del vicepresidente Peynado y del ministro del interior, general José García.

No se filtró noticia alguna de la celebración hasta el lunes 30. El país lo supo por la crónica de Diodoro Danilo.

No bien pudo evadirse, Pittini entrevistó al administrador apostólico y le refirió lo acontecido. Pérez Sánchez alarmado, se vio en el deber de amonestarlo.

A primera vista, las cosas no pasaron a mayores. El nombre de Pittini no apareció en las crónicas que se limitaron a elogiar **la más sencilla solemnidad... el ambiente aristocrático, distinguido y selectísimo... y la presencia del gran mundo oficial.**

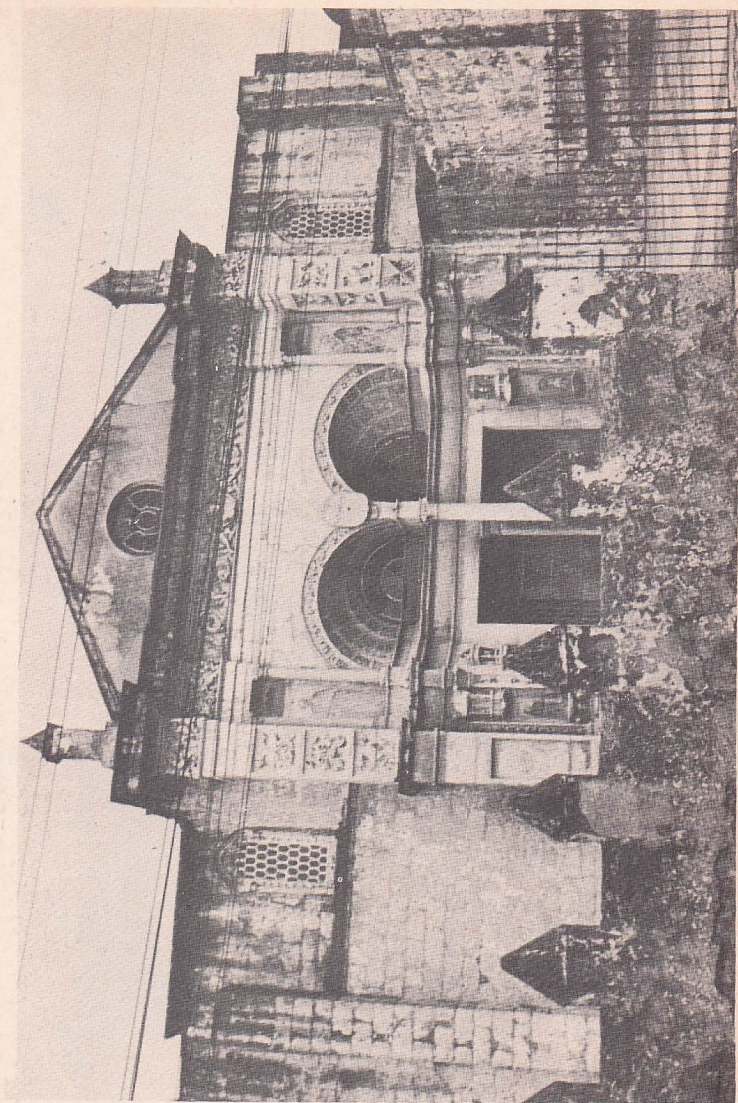
Sin embargo a la comedia le faltaban algunas secuencias. Pocos días después de la consagración del arzobispo, en diciembre del 35, se produjo la segunda embestida. El vicepresidente, según dicen empujado por su mujer, lo visitó para plantearle el caso del matrimonio religioso de Trujillo. Pittini lo escuchó sin decir palabra y luego pidió tiempo para considerarlo.

Ese mismo día convocó a sus asesores legales, que lo eran el notario de la curia, don Luis E. Pou Henríquez y el rector del seminario, el cordimariano don José María Bernard.

—Me dirán Ustedes qué les parece lo que les voy a contar, preludió Pittini en su pintoresco estilo. **Siéntense bien para no caerse. Acaba de salir por esa puerta el vicepresidente Peynado...**

Terminó el relato, se absolvieron posiciones y al fin todos acordaron redactar un memorandum escueto e impersonal y, por descontado, negativo.

A la respuesta sucedió un pesado silencio oficial, una semana de muda expectativa. Al fin se desató el contraataque y el espolonazo vino por los flancos. El secretario de relaciones exteriores, doctor Moisés García Mella, **inescrupuloso testafarro del régimen**, elevó al Congreso un proyecto de ley por el que se desconocía la personería jurídica o aptitud legal de la Iglesia para actuar como persona, derogada de hecho la ley decla-



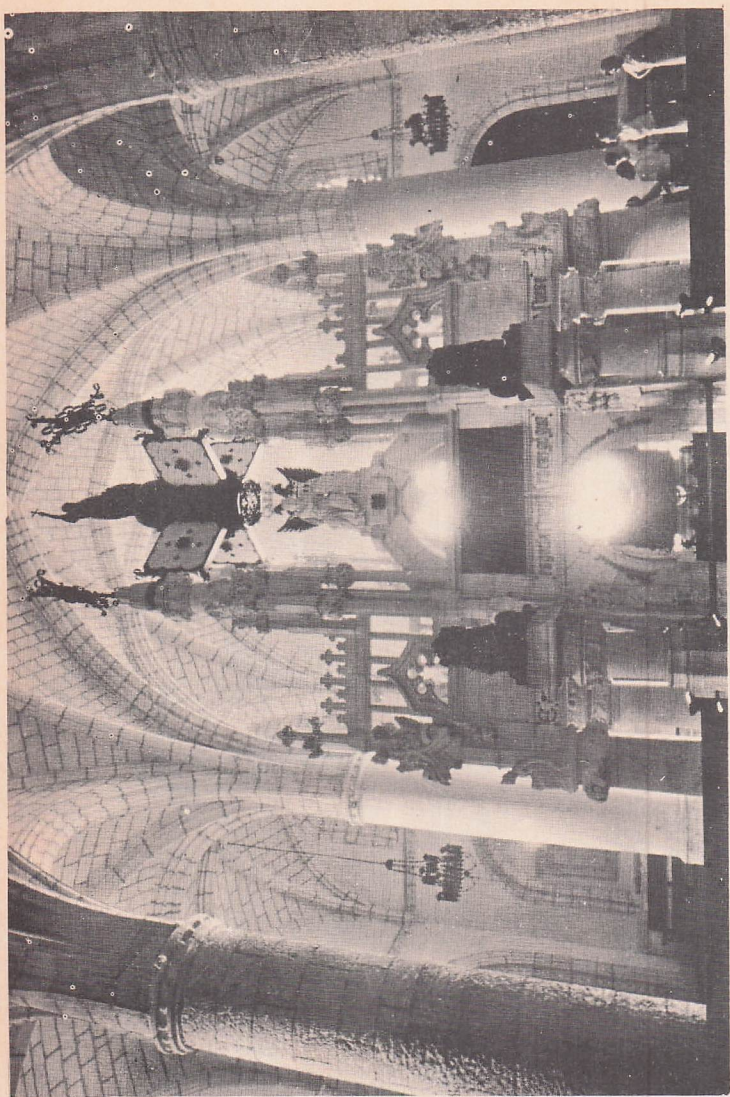
Catedral Primada de las Américas - Santo Domingo, R.D. donde se guardan los restos de Cristóbal Colón. (Cortesía del Diario El Caribe).



Después de la consagración de Monseñor Pittini en una puerta lateral de la Catedral Primada - 8 de Diciembre de 1935.



Obispos asistentes a la consagración de Monseñor: Mons. Louguaz, Arzobispo de Puerto Príncipe (Haití) consagrante; Mons. Dr. Adolfo A. Nouel, Arzobispo dimitente de Santo Domingo; Mons. Eliseo Pérez Sánchez Administrador Apostólico de la Arquidiócesis; Secretario de la Nunciatura; Mons. Byrne y Mons. Torres.



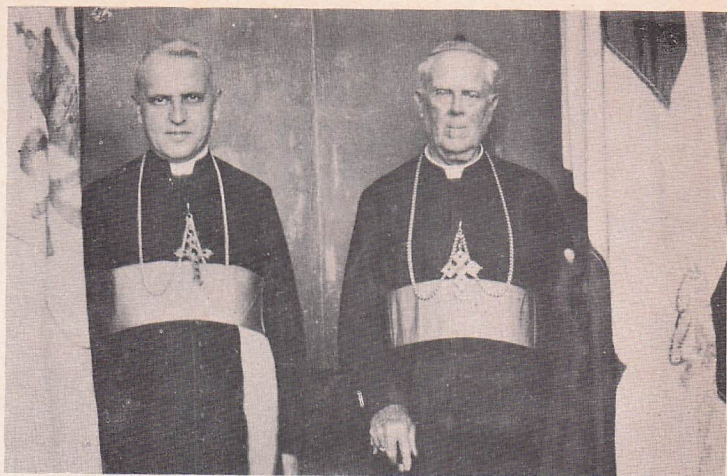
Mausoleo a la entrada de la Catedral de Santo Domingo, donde reposan los restos del Primer Almirante Don Cristóbal Colón.
(Cortesía del Diario El Caribe)



Regidores ante la tumba de Colón. Monseñor Pittini acompañando una visita, y haciendo de cicerone, ante el sarcófago de Colón.



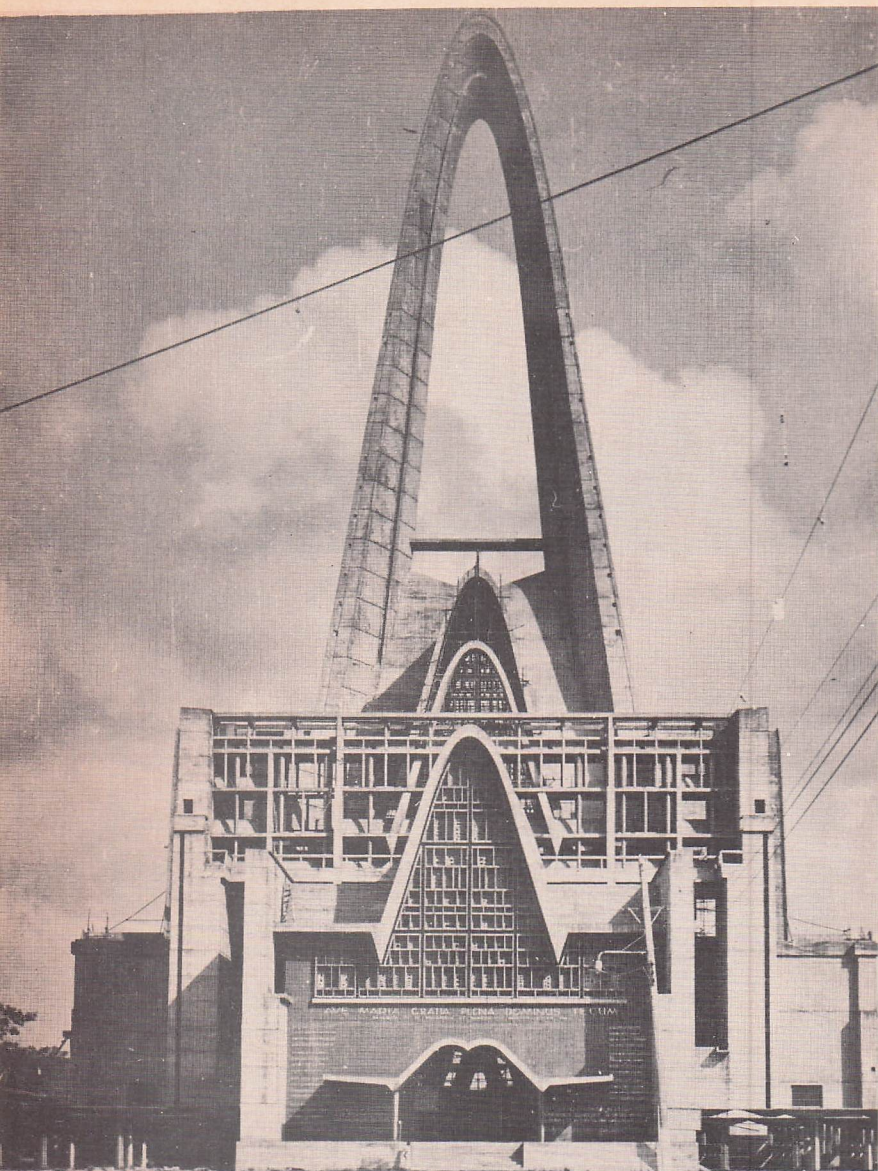
El primer retrato de Monseñor Pittini
como Arzobispo, y el más auténtico.



Mons. José Fietta, Nuncio Apostólico de Santo Domingo y Haití
con el Arzobispo Mons. Dr. Adolfo A. Nouel, a quien sucedió
Mons. Pittini.



Congreso Eucarístico en Santiago de los Caballeros, a la llegada del
Sr. Nuncio Mons. Silvani.



Fachada de la Basílica a la Virgen de la Altagracia en la Ciudad de Higüey.

rativa N° 117 del 30 de abril de 1931 y la exoneración del pago de impuesto de inmigración y como primera consecuencia preanunciaba la liquidación de las propiedades eclesiásticas al ordenar un inventario de sus bienes muebles e inmuebles.

Esta vez Pittini no alcanzó a dominarse. Rojo de coraje repetía al compás de sus largos pasos por el despacho: ¡Ignominioso, ignominioso...!

Serenado pidió urgente audiencia al presidente de la República por medio de una carta muy enérgica, y como le dieran la llamada por respuesta, llamó a Peynado y le apostrofó sin miramientos:

No me pida que le arregle nada... Y le adelanto que si la ley prospera solicitaré inmediatamente mi relevo al Sumo Pontífice...

La borrasca se apaciguó como por ensalmo. Al instante Peynado le garantizó que en el caso de que la ley progresara merecería el veto presidencial. El 21 de enero del 36 y a pedido del Generalísimo, Pittini bautizó a Ramfis que ya contaba seis años. El 8 de febrero Trujillo, acompañado del arzobispo, dedicó la mañana a visitar los talleres del colegio Don Bosco. Y también, gracias a los esfuerzos de Pou Henríquez y del licenciado Aníbal Sosa Ortiz, el 24 de febrero se confirmó judicialmente que el antiguo Palacio Arzobispal pertenecía a la Iglesia, aunque luego el gobierno opusiera recurso extraordinario.

Sin embargo, solo el 16 de setiembre de 1954 y por ley 3928, se aceptó la personalidad jurídica de las instituciones reconocidas por el derecho canónico.

Trujillo tascó pacientemente el freno a la espera de una nueva oportunidad. Años después y en ocasión

de la firma del Concordato con la Santa Sede, descubrió una rendija y con la ayuda de un sacerdote español, tomó directamente el camino de Roma y por algún atajo se salió con la suya. Tanto el arzobispado como la nunciatura se enteraron del proceso al recibir el decreto de nulidad de su matrimonio con la Ledesma que debían notificar a los interesados. El 9 de agosto de 1955 el nuncio, monseñor Salvador Siino bendijo las nupcias presidenciales delante del arzobispo, del arzobispo coadjutor y de otras autoridades eclesiásticas.

Tal vez, pocos supieron como Trujillo, de lo indoblegable que era Pittini. El caso de las exequias de Pedro Henríquez Ureña y otros que ya veremos se lo recordarían a menudo.

Claro que la mayoría de las veces la firmeza de Pittini avanzaba por otros cauces y con diverso ritmo. Normalmente se solía armar de infinita paciencia, más cuando el caso atañía a sacerdotes en situación irregular. Pero, era seguidor y cuando resolvía, definitivo, sin por eso dejar de ser humano. Ahora, el que atropellaba se exponía al escarmiento. A un grosero que replicaba soezmente a sus amonestaciones: —¿Qué se cree que no valgo para pisar a quien quiera?, le respondió sin pausa: —A usted lo va a pisar Dios, y lo suspendió de Misa.

A veces, dosificaba sagazmente tiempo y espacio, en especial cuando se trataba de Nuncios que iban y venían o de superiores salesianos que no residían en la isla. Negociaba, pero difícilmente se desviaba en un ápice de sus planes estratégicos. Tarde o temprano todo lo conseguía. Sin por ello omitir en algún caso de excepción las cajas destempladas.

Cómo usó de estas técnicas en el accidentado campo político, es tema que se irá ventilando, pero éste es el lugar del examen de la mente de Pittini en semejantes achaques.

Hay que partir del principio que los salesianos profesaban devoción enamorada a San Juan Bosco y a la totalidad de su pensamiento y conducta. Y uno de los axiomas dominantes de ese espíritu consistía en la fidelidad indestructible al Papa.

Pittini conocía a fondo y hasta había transpirado las pautas expresadas por Don Bosco en los tiempos críticos del **Risorgimento**. **Mi sistema**, insistía el fundador, estriba en mantenerme ajeno a estos vaivenes. La política del sacerdote, confesaba al Papa Pío IX, es la del Evangelio, la del Padrenuestro, que venga a nosotros su reino... Con nuestra obra, reiteraba, **no hacemos política... sólo formamos ciudadanos, para mantener a la sociedad en orden...**

Más aún, el 24 de mayo de 1877 aseguraba al rector del seminario de Faenza, monseñor Pablo Taroni, que **no tendría dificultad en sacarle el sombrero, en señal de saludo, al mismo diablo con tal que lo dejara pasar para salvar a un alma.**

Esta doctrina acababa de ser actualizada por el Papa Pío XI en 1929, mientras hervían las ansiedades del fascismo; había declarado a los alumnos del Colegio de Mondragón que **cuando se trata de salvar un alma o de evitar mayores daños a las mismas, tendríamos el coraje de negociar hasta con el mismo diablo.**

La mayor parte de la vida de Pittini había transcurrido en dos naciones, totalmente alejadas del esque-

ma de la vieja y de la nueva cristiandad. En Uruguay y en Norteamérica el estado funcionaba separado de la Iglesia. Esta se había habituado a exigir la libertad de evangelizar, como un derecho ciudadano carente de privilegios y prebendas; se esforzaba en mantener la presencia eclesial en la vida civil sin convertirse en grupo de presión y cifraba su mayor éxito en predicar la madurez de la fe.

Estos precedentes iluminan las respuestas de Pittini en una entrevista de prensa que mantuviera en Florida: **Mi política es lograr que me dejen hacer el bien, hacerles algo de bien a los que no lo hacen y conseguir de muchos de ellos que devuelvan al pueblo lo que al pueblo le quitaron.**

A comienzos del 37 debió definirse en un momento crítico. Durante el curso del 36 el coro adulatorio trujillesco había llegado a sus acordes más agudos. El 9 de enero Santo Domingo se había transformado en Ciudad Trujillo y, en setiembre el actual Pico Duarte tomaba el nombre del dictador. Se entronizaban bustos del César en ambas cámaras, se establecía el 11 de enero como día del Benefactor, se imprimían sellos postales conmemorativos, Ramfis es nominado **protector de los niños pobres**... Y un sector del clero que mariposeaba en la expectativa o en la erótica de alguna canongía oficial, comenzó a presionar al arzobispo para que la Iglesia integrara el gárrulo coro. Ya se esbozaba el proyecto de proclamar a Trujillo "Benefactor de la Iglesia". Cuando al pasar de los años, se leen los nombres de los agitadores de la empresa, sorprende que algunos coincidan con los que luego, al variar la moda, acusaran al arzobispo de trujillismo.

Además el nuevo Nuncio, Maurilio Silvani, arzobispo de Lepanto, presentó credenciales el 18 de diciembre y al día siguiente condecoraba al presidente con las insignias de la Orden de San Gregorio. Tal vez retribuía atenciones por la Gran Cruz con placa de la Orden del mérito de Juan Pablo Duarte otorgada a Monseñor Fietta cuando en julio partía para la Argentina.

Después de un año de fuertes presiones y cuando parecía difícil remontar la corriente, Pittini se pronunció a su manera en la Circular del 17 de enero de 1937.

Ha llegado el momento, para el clero de nuestra arquidiócesis, anunció, de rendir un homenaje que plenamente corresponda a nuestro carácter sacerdotal y no menos plenamente satisfaga los deseos del honorable señor Presidente. No encuentro una forma de homenaje que mejor llene este requisito que el de asociar la próxima celebración nacional de la fiesta de Nuestra Señora de la Altagracia a ese recuerdo. En ella clero y pueblo se unirán para pedir a esta dulce madre de los dominicanos, una protección especial a el que por la autoridad que inviste a todos representa, y por su excepcional labor gubernativa bien merece de la patria este homenaje que en el hondo silencio de la espiritualidad tiene elocuencia singular... Permítaseme insistir en lo que otras veces he afirmado de palabra y por escrito: la mejor, por no decir la única política del sacerdote consiste, además del cumplimiento estricto de sus deberes cívicos, en contribuir eficazmente con los poderes públicos en toda obra de progreso y bienestar, poniendo en esta contribución todo el prestigio, la cultura y el desinterés que deben ser propios del sacerdote. Como ta-

les, nosotros pertenecemos al pueblo y a la patria y nada que a ésta le interese debe dejarnos indiferentes.

Debe tenerse en cuenta, como en cualquier otro caso, que la aplicación de sus principios venía condicionada no sólo por el devenir de los hechos, sino también por el conocimiento gradual de las noticias que la mayoría de las veces sólo se adquirían por rumores. Vivía aislado en un país de información mutilada y dirigida por un sistema que no admitía discrepancias, sino en la puerta del cementerio.

En los procederes de Pittini el sentimiento de la justicia, tanto en lo público como en lo privado, llevaba siempre los toques luminosos de la caridad. Cada vez que debía ejercer el poder coactivo solía repetirse y repetir, como para recordar los límites de la firmeza:

—No hay que acorralar a nadie... Eso es muy peligroso para todos... Además el arzobispo es primero pastor y después, si no hay más remedio gobernante...

Y precisamente en el renglón de estas actitudes y en la correspondiente virtud de la generosidad es donde debía escribirse un poema. Con esta disposición del alma templó la pujanza de sus maneras y, tal vez, compensó una ardiente impulsividad afectiva, tan controlada por él y tan oculta a quienes no profundizaron su figura.

Esta generosidad floreció en el cultivo de la amistad y de los amigos, ayudándolos a superar las vallas que lo apartaban de los demás. Tanto en el Uruguay como en los Estados Unidos debió consagrarse sin tregua al estudio y manejo de un nuevo idioma y en tiempo record cumplió la hazaña de comunicarse sin barrera inicial alguna. Era maestro de relaciones públicas y

amigo potencial de cuantos cruzaban en su camino. Todavía lo recuerdan en el Paraguay como **“el hombre de la simpatía y la amistad”**. Lo mismo dialogaba con chiquillos abandonados que con presidentes, cancilleres u opositores. Quizá su único fracaso notorio se registró con un sector irreductible del clero dominicano. Las amistades más íntimas no reconocieron discriminación. Frecuentó en iguales términos el aprecio de Domingo Arena, presidente **“batllista”** del senado uruguayo y el de Emilio Frugoni, adalid del socialismo oriental, que el afecto de los católicos Juan Zorrilla de San Martín, Joaquín Secco Illa o Luis Pedro Lenguas. En los Estados Unidos intimó con Michael Mac Dermott y James Farley, asesores de Franklin Delano Roosevelt y por ellos se vinculó al presidente. Alternó con Dwight David Eisenhower y Richard Nixon, con el cual se cartearba. En 1959 asistió a comidas de trabajo programadas por el Conde Doria, animador político de los italoamericanos de Filadelfia y en Tampa contó con algunos colaboradores de dudosa extracción. En el hospital de Nueva York en donde lo operaron de la vista intimó con el famoso político socialista español Indalecio Prieto.

Vicente Llorens en su libro **Memoria de una Emigración**, publicado en Santo Domingo por editorial Ariel, consigna la confesión redactada por Indalecio Prieto en **El Socialista** de Toulouse el 25 de octubre de 1956. Vale la pena releerla. Dice así:

Pasé a verle en unión de mi hija y me encontré ante un anciano diminuto que tenía una careta de cartón idéntica a aquella con que cegué temporalmente. Le habían extirpado un ojo y hallábase aquejado de no sé qué otra grave dolencia. Nos acogió cariñosamente, hizo que nos colocáramos a ambos lados de la cama y to-

mando nuestras manos comenzó a hablar con voz dulce y queda. Era salesiano —lo es, porque todavía vive— y sus palabras más encendidas dedicólas a Don Bosco, fundador de la orden. Conocía al dedillo la política española, sobre la cual disertó, prodigándome alabanzas-pues compartía fundamentalmente mis aspiraciones de justicia social. (...) Después recaí y me encamaron. Hubo que hendir de nuevo mi ojo operado para desahuarlo, pues surgió un glaucoma, nombre poético de complicación muy grave. No podía yo visitar a monseñor Pittini, pero mi hija hacía lo a diario, leyéndole las cartas que llegaban de su archidiócesis y recibiendo el encargo de contestarlas. ¡Buen menester para quien acostumbraba no contestar siquiera las dirigidas a ella! Yo la saqué del atasco dictando las respuestas (...) Como Monseñor Pittini ni siquiera podía garrapatear su firma, la estampaba mi hija: una cruz, el nombre Ricardo y debajo “Arzobispo”. Al prelado le placían las contestaciones que le proponíamos y sobre todo elogió una felicitando y bendiciendo a aristocrática dama que le relató en términos conmovedores una primera comunión colectiva de niñas en Santiago de los Caballeros. Ni un solo instante mientras redacté aquellos renglones piadosos burbujearon dentro de mí burlas de incrédulo. Procuraba interpretar lo mejor posible el pensamiento prelatista. Supuse que el arzobispo estaba seguro de que era yo el autor de las respuestas. Es más, llegué a creer que el venerable pastor, para catequizarme, usaba de la hábil treta de darme a conocer los testimonios de auténtica fe que sus ovejas le ofrecían...

Al poco tiempo de poner pie en Santo Domingo ya había entablado amigables relaciones, no sólo con los miembros de la Acción Católica, sino con personajes

tan disímiles como el cónsul italiano Amadeo Barletta, los bancarios canadienses Rafael Cott y Patricio O'Connell, comerciantes como el hebreo S. Locke y el palestino Javier Abraham, o aventureros de la clase del inglés Kaid Andrew Belton... Y su amistad no se agotaba en el mutuo afecto y simpatía. El condimento sacerdotal, como lo adivinó Indalecio Prieto, estimulaba estas corrientes hacia el cauce de las buenas obras y de la salvación de las almas.

La generosidad de Pittini exhibía un matiz valorado con rara unanimidad y oficialmente reconocido por el documento pontificio que lo felicita en sus bodas de oro sacerdotales: el desapego personal del dinero y de los demás bienes.

Pocas personas manejaron tantos millones como él y nada se le adhirió a las manos. Todo fue directamente a las obras benéficas.

Se mantenía alarmantemente frugal en las comidas. La mayor licencia que se permitía era degustar algún vaso de vino o una copita de ron o coñac. Normalmente bebía jugos de guanábana o agua acidulada con limón. En cambio era sencillamente obsequioso con las visitas. A las Hermanas les ofrecía un helado o alguna fruta, a los periodistas y amigos los agasajaba con un trago. Dos reporteros de **El Listín Diario** lo certifican el 14 de mayo del 37. Al carraspear uno de ellos el arzobispo insinuó: **¿No creen que un poco de vino le aliviará la tos?** Y enseguida sirvió tres copas, dos llenas y una casi vacía.

La pobreza de su despacho era exagerada, confirma sor María del Refugio Ibarra al visitarlo el 20 de agosto de 1940, no era una sala humilde sino un triste

albergue de cuatro muebles viejos y de un escritorio apolillado. El marco destacaba la figura magnífica del Obispo al que se sentía necesidad de venerar.

A lo largo de los cinco lustros de mandato episcopal sólo adquirió tres sotanas. Dos las confeccionó en Montevideo el hermano salesiano Echeverría y la tercera la compro en París. Esta última servía para las grandes solemnidades y la distinguía con el título de **sotana de lujo**, a pesar de lucir bastante raída. Tal conducta evoca un soneto muy festejado que compuso en Las Piedras, Uruguay, en 1894 y que comenzaba así:

**O veste mia, sí povera e sdruscita,
Non v'a pregio per me che al tuo s'uguali:
Nera e povera sei, ma d'immortali
Speranza infiori tutta la mia vita.**

Alguien destacó su **escandalosa pobreza**. . . Uno de sus cooperadores Ernestico Freites, afirmaba estar convencido que **con cincuenta centavos diarios estaba listo.**

Luchó siempre con unos zapatos y una túnica, afirmó sin tropo en la oración fúnebre monseñor Octavio Antonio Beras. Y ya que de zapatos se habla, viene a pelo una evocación risueña. Un pintoresco mexicano, sedicente torero, quiso recompensar los favores que le dispensara el arzobispo con el regalo de un par de zapatos, que visiblemente necesitaba. El obsequio no resultó a la medida de sus pies y Pittini después de agradecerlo lo envió a engrosar el fondo de ayuda benéfica.

El entonces llamado Palacio Episcopal, hoy demolido, consistía en un pegote de piedras aplicadas al ábside de la Catedral, durante el gobierno de Nouel. No gastó un centavo en mejorarlo.

El inventario que hizo confeccionar al retirarse de las habitaciones curiales no llenaba una carilla y sólo consignaba chucherías. Los únicos valores relativos que debía contener, o sea, un cuadro de la Virgen de la Altagracia al oleo que le regalara monseñor Nouel; un jarrón, homenaje de la embajada de China, y dos candelabros de parecido origen, desaparecieron misteriosamente en la confusión de la partida.

Su generosidad se manifestó esplendorosa en la ayuda material y moral que repartió a manos llenas al que lo necesitara. Cuántos exilados, clérigos y laicos, algunos actualmente algo desmemoriados y cuyas listas constan en archivos, fueron acogidos en la patria y fuera de ella, sobre todo en los Estados Unidos, Canadá y Uruguay por amigos de Pittini que los auxiliaron en su nombre y a su pedido.

Fue un verdadero apóstol de la dignificación de los obreros y paño de lágrimas de las clases humildes, proclamaba El Caribe en su obituario del 11 de diciembre de 1961, a pesar de que debía cuidarse de no encelar a Trujillo. Para la Semana Santa que siguió a las huelgas del azúcar dio a luz una Circular de Cuaresma en defensa del contrato de trabajo, del salario mínimo familiar, y de los precios comerciales justos. Al mismo tiempo estigmatizaba a los buitres humanos de la injusticia y de la usura. Al poco tiempo obtuvo la colaboración del padre Pablo Steel, apóstol del cooperativismo, que alcanzó a dictar algunas conferencias antes de que Trujillo lo expulsara del país.

El 1º de mayo del 49 proclamó al día del trabajo, como el día de la dignificación y reivindicación social, condenó el contraste repugnante entre la riqueza y bie-

nestar excesivo de unos y la deficiencia, por no decir indigencia de los otros. Y aclaró que no son trabajadores dignos los que no saben o no quieren trabajar... los que malogran el fruto de su trabajo en el mostrador de una pulpería o entre las patas de un gallo de pelea o entre las manos sucias de una mujer de mala vida...

Recuerdo que en mis primeros años de seminario, testifica monseñor Pepén, íbamos los seminaristas a ver los trabajos de construcción del colegio Don Bosco, en el límite entonces de la ciudad de Santo Domingo. Allí se veía al “padre Pittini” (así lo llamaban) charlar con los obreros que le conocían y le tenían una confianza particular. Ya se dedicaba a organizar lo que luego sería un gran oratorio festivo... Al final hacía preparar refrescos y nos hacía reflexiones sobre la manera de trabajar con el pueblo y para el pueblo, ¡Fue un precursor!

Trataba a la gente sencilla con llaneza. En los pueblos de campaña al entrar al templo saludaba a todos con un buenos días o buenas tardes y esperaba la respuesta. Luego se esforzaba para que no se arrodillaran cuando los iba a bendecir...

Las ofensas parecían resbalarle por la piel, a pesar de que alguna vez lo hirieron arteramente. Basta un caso para ejemplo: cuatro o cinco sacerdotes lo acusaron ante la Santa Sede de haber vendido gemas de la corona de la Virgen de la Altagracia y sustituirlas por dobles, para financiar las obras salesianas. Se nos hace difícil aceptar la sinceridad de los denunciantes, después de pulsar documentalmente la historia de las piedras. Sin embargo Pittini jamás les demostró animosidad. Se limitó a aclarar a la Sede Romana que

cuando uno tiene una madre, le da lo mejor que posee. Pero yo sólo le doy lo mío o de lo que me dan para ella. Nunca le di nada de la Catedral o de la Iglesia. Y no añadió una palabra acerca de la historia económica del monumento funerario de Colón, ni se refirió a la manera con que Pérez Sánchez y él mismo cubrieron la cuantiosa deuda bancaria, contraída para reconstruir el Templo de Nuestra Señora de la Altagracia de las calles Mercedes y Hostos, o a cualquier situación que lo justificara aun indirectamente.

Usaba de extrema delicadeza en lo que tocaba a la fama de los demás. Claro que sus íntimos habían descifrado algunas claves: cuando elogiaba inesperadamente a la misericordia de Dios, la exclamación denunciaba problema en puertas, generalmente referido a irregularidades sacerdotales.

Ejercía tal dominio de sí mismo, que parecía incapaz de quejarse. Cuando en 1959 el médico argentino que asistía al oftalmólogo español Ramón Castroviejo en su clínica neoyorkina, lo llevó aparte para anunciarle que no vería más, respondió serenamente: **Me lo imaginaba... Dios lo quiere.** Y una lágrima le rodó por la mejilla.

No he de negar, escribió más tarde, que esa sombra perpetua tendida ante mis ojos, refleja un velo de tristeza en el fondo de mi ser. No puedo ya percibir la belleza resultante de las formas, las líneas y los colores. No puedo gozar de los espectáculos de la naturaleza y del arte, de las cosas bellas, que según la definición de Santo Tomás "vistas agradan"... Todo esto me entristece, pero no me hace infeliz. Ahora estoy convencido más que nunca que la verdadera felicidad emana

de una conciencia tranquila, en buenas relaciones con Dios y con el prójimo, que no penetran por los ojos, sino brotan con la voz... Además aun sin ojos se puede trabajar y hasta gozar de la belleza que nos llega a través del oído, envuelta en la armonía de los sonidos y en la casi divina expresión de la palabra...

Nunca lamentó resentidamente su ceguera. Más, se las ingenió para suplir la carencia sin molestar a nadie. Se afeitaba solo y diariamente con navaja, hacía personalmente los llamados telefónicos, dictaba correspondencia en varios idiomas, mientras caminaba por la habitación, rezaba Misa de memoria y, a veces hasta sin asistente, lo que excitó el celo legal del encargado de negocios de la Santa Sede que se lo reprochó el 20 de marzo del 60...

Al mismo tiempo no tenía empacho en evidenciar su estado cuando las circunstancias lo aconsejaban. A veces detenía su "carro" en la ruta porque oía el trabajo de alguna cuadrilla de peones, descendía del coche y llamaba en voz alta: —Vengan a saludar al arzobispo que está ciego y no puede ir hasta ustedes...

En el viejo aeropuerto del norte de la ciudad recibió a una delegación japonesa y como alguien le avisara que resultaba extraña alguna postura suya, comenzó a explicar en inglés y en voz muy alta: —Soy ciego... soy ciego. Ustedes sabrán disculpar...

En 1949 escribió un folleto, "Palabras de un ciego a los que ven", y un libro titulado: "Memorias salesianas de un arzobispo ciego".

Gozaba de una inteligencia razonadora y deductiva, a la que auxiliaba una memoria excelente. Entendía

enseguida las noticias y situaciones y solía balancear un poco la mandíbula cuando entraba a lucubrar. En un periquete pasaba a la acción como impulsado por una necesidad congénita. No precisaba aliento para emprender un trabajo; pero gustaba de conducir las iniciativas a su modo. Solamente lo detenía el sentido del orden y la disciplina...

Planificaba todo tan pormenorizadamente y lo describía con tanta viveza, que su palabra asumía apariencias proféticas. Así lo entendió en 1924 y en Asunción del Paraguay, el numeroso auditorio que le oyó electrizado retratar el futuro edificio de la casa de "Salesianitos". Igualmente, se impresionaron los que asistieron en Santo Domingo al anuncio de la escuela agrícola que se iba a edificar en La Vega y que, ya ciego, decía ver con pabellones, aulas y salesianos.

Esta poderosa naturaleza, siempre contenida y canalizada, disfrutaba de una fuente de enriquecimiento inagotable: una jugosa vida interior, que no estaba ceñida a lo intelectual por donde incursionaba permanentemente a través de libros y revistas, sino que vivía de la oración, meditación y sacramentos. Todas las mañanas, cuando los jóvenes seminaristas entraban en la catedral, para asistir a su Misa que rezaba a las 6 de la mañana en el altar de la Virgen, sabían que en los primeros bancos se arrodillaba el arzobispo y empleaba más de media hora en meditar, totalmente abstraído, con la frente sostenida por sus largos dedos y los labios en oración.

Este combustible encendía y alimentaba toda una jornada consagrada al amor que lo absorbía: Jesucristo, su santa Madre, Don Bosco, su misión, el Papa y sus

directivas, y sus hermanos comenzando por los más abandonados...

No se puede omitir aquí sin subrayarlo el cariño entrañable que respiraba por Don Bosco y su sistema. Las obras salesianas y su vocación de seguimiento de las huellas paternas. Parecía que necesitaba evidenciarlo y propagarlo.

Y tanto manifestó este afecto de las más diversas maneras que llamó la atención de algunos y fastidió a otros. Llegaron las quejas hasta Roma y algún curial le observó delicadamente que seguía demasiado apegado a Don Bosco y a su consagración. El monitor quedó estupefacto ante la respuesta del arzobispo:

—No sabe cuánto agradezco este elogio que tanto me halaga.

Todos estos impulsos y cauces marcaron sus opciones pastorales y vertebraron una actitud, que como humana, arrastraba también su cuota de residuos.

6

Juventud Salesiana y Misión Uruguaya

La etapa señalada en el epígrafe duró 35 años, y fue narrada con detalle por su protagonista en las **Memorias salesianas de un Arzobispo ciego**. Comienza así:

El año escolar de 1891-92 fue año de crisis aguda para mi vocación sacerdotal. Contaba 16 años y cursaba filosofía en el Seminario.

Influencias nocivas de algún compañero, lectura de clásicos y ensueños de carreras más brillantes por uno que otro éxito literario en los cursos de retórica, atenuando la voz de Dios, hacían palidecer en mí el ideal del sacerdocio.

Su madre, doña Agustina Piussi, había fallecido tres años antes. Cuando se produjo el deceso, por un descuido de sus parientes no se enteró de la mala noticia hasta quince días después. Al fin de la quincena lo visitaron sus hermanos, Pedro y Carolina. Cuando aparecieron solos en el locutorio del seminario, Ricardo preguntó por ella. Sorprendidos los muchachos se echaron a llorar.

Ricardo intuyó lo sucedido y huyó por los corredores gritando enloquecido de dolor. Esa tarde no fue a paseo con los compañeros. Quedó solo mucho tiempo. Luego penetró en la capilla solitaria y de rodillas ante el altar de la Virgen María le rogó con toda su alma: **—Señora, ampara mi orfandad.**

Dilucidó las dudas vocacionales con el confesor, monseñor Egiciano Pugnetti, con el profesor de historia, monseñor Scizzo y con un compañero, Della Pietra, más tarde jesuita y arzobispo delegado apostólico en Albania.

Durante las vacaciones del 92 cayó en sus manos un número del Boletín Salesiano con narraciones y cartas de la misión de los hijos de Don Bosco en las pampas y Patagonia argentina y se reavivó su vocación misionera incubada en la lectura de los **Anales de la Santa Infancia** y en un libro de Antonio Muratori, **El Cristianismo feliz**.

Sin consultar a nadie escribió al Director Espiritual de la Sociedad Salesiana, don Julio Barberis y solicitó ser admitido en la congregación domboscana. A vuelta de correo recibió una respuesta concebida más o menos en estos términos: No solemos recibir ex-seminaristas, pero contigo haremos una excepción. Ven con tu ajuar, las cartas testimoniales de tu obispo, una suma prudencial y las notas de exámenes de fin de año.

Su padre, don Pablo, le dió el permiso a regañadientes y se desligó de cualquier responsabilidad. El arzobispo, monseñor Juan María Barengo, que no simpatizaba mucho con los salesianos, le negó las cartas testimoniales. Total, que partió para Turín solamente con el boletín de calificaciones que eran excelentes.

Se presentó al padre Barberis. Este lo miró de arriba abajo, por encima de los anteojos. Como no traía completo todo lo pedido, le disparó a quemarropa:

—Sería mejor que volvieras a tu casa.

Pittini se ahogó y empezó a llorar silenciosamente. Barberis para salvar el paso ojeó las notas de los exámenes. Parecieron agradarle. Después de una pausa, que para el candidato resultó de un siglo, sin mayores explicaciones ordenó que lo acompañaran a Valsalice en donde funcionaba el Seminario para las Misiones extranjeras. Y Pittini prosiguió sus estudios.

A principios de 1893 el director de Valsalice, don Luis Piscetta, anunció a los postulantes la visita de monseñor Luis Lasagna, que acababa de ser consagrado obispo por orden del Papa León XIII, el 17 de marzo. Lasagna era inspector salesiano del Uruguay y fundador de la obra de Don Bosco en aquella república sudamericana, elevado al episcopado para organizar misiones en Brasil y Paraguay. Su elocuencia, simpatía y dotes persuasivas resultaban proverbiales. El magnetismo de Lasagna conquistó plenamente a todos los aspirantes. Habló con entusiasmo del **país encantado del Uruguay**, del colegio Pío de Villa Colón, de sus avenidas de eucaliptus, de los viñedos de la tierra prometida... y de las misiones. Y terminó con una invitación: **Tengo autorización de los Superiores para elegir entre ustedes a siete misioneros y llevarlos al Uruguay. Los que quieran seguirme pídanlo por escrito al padre Director.** Al día siguiente, después de las oraciones de la noche, el director leyó en público siete nombres escogidos entre más de un centenar de peticiones. Uno de ellos era el de Pittini.

Dispuso de tiempo para completar el curso escolar y durante las vacaciones fue a despedirse de los suyos. Cuando completó el año de noviciado se preparó a la profesión religiosa. No pudo realizarla con sus

campañeros porque le faltaban algunos días para cumplir el período canónico.

Esta pequeña contrariedad se tornó en circunstancia feliz cuando el 21 de noviembre de 1893 efectuó su consagración a Dios en manos del venerable sucesor de Don Bosco, don Miguel Rua, y en la intimidad de las habitaciones que el santo fundador ocupara hasta sus últimos días.

A fines de noviembre se efectuó una nueva despedida de misioneros en la Basílica de María Auxiliadora (monseñor Lasagna había partido el martes 4 de abril) y al día siguiente zarparon a bordo del Savoie rumbo a Montevideo los clérigos José Bettini, Luis Comoglio, Pedro Foglia, Marino Guerra, Ricardo Pittini y el coadjutor José Arlo.

A poco de llegar al Uruguay, celebró las primeras navidades americanas. Monseñor Lasagna volvió de Brasil el 10 de Enero y lo destinó a la casa de formación de Las Piedras, con el encargo de completar sus estudios eclesiásticos, asistir a los aspirantes y dictar algunas horas de clase. Enseguida se dedicó con empeño al estudio del nuevo idioma y en pocos meses pasó a dominarlo como propio.

Cuando sus alumnos lo vieron por vez primera, rubio, delgado y sonriente lo apodaron **el inglés**. El padre Ramón Montero y Brown, uno de esos discípulos, lo describe en esa ocasión, al presentarlo en 1922 como director del Colegio Pío de Villa Colón:

En el colegio de Las Piedras le admirábamos. Su nota característica fue el ansia de saber. Era un estudioso. En el amplio salón de estudio lo veíamos a menu-

do en su posición favorita: los codos en la mesa, las manos abiertas sobre la frente y los pulgares oprimiendo los oídos.

Sus bolsillos, prosigue, estaban convertidos en faltriqueras de libros... Recordamos la terminación del recreo. Al sonar la segunda campana lo veíamos extraer del bolsillo un libro... y dirigirse al comedor o al estudio leyendo atentamente. Así aprendió hasta el francés y el alemán.

Era maestro sacrificado... Quizá no poseyó, cuando joven, el don de hacer amar la asignatura, pero su dedicación... era extraordinaria... Se deshacía en repeticiones y prodigaba su típico ademán que consistía en oprimirse la frente con la palma de la mano izquierda y describir allí espirales que iban a terminar en los dos remolinos que formaban sus cabellos rubios.

Al padre Félix Guerra, después arzobispo en Cuba, continúa Montero y Brown, le oímos grandes ponderaciones de su inteligencia pronta y felicísima memoria en los estudios teológicos: "Todo lo sabe, no olvida nada"... "Sus exámenes son brillantes".

En la clase de canto fue el brazo derecho del padre Rota, compositor notable, en la preparación de los coros... Y muchas veces lo suplió en la batuta. No olvidaremos nunca aquellas famosas "academias", que preparaba en lo literario el padre Guerra —¿Habla el padre Pittini? nos preguntábamos. Cuando sabíamos que declamaría su poesía, ya teníamos asegurado un momento estético insuperable...

Y declamaba magistralmente composiciones realizadas por él mismo. Llegó a trasladar a versos italia-

nos los cantos magistrales de Tabaré, poema nacional de Juan Zorrilla de San Martín.

En este período, justamente el 6 de noviembre de 1895, y cuando cumplía una misión apostólica en tierras brasileñas, en Juiz de Fora, 280 kilómetros al noroeste de Río de Janeiro, perdió la vida en un horrible accidente ferroviario, monseñor Luis Lasagna, superior del Uruguay y del Brasil e ídolo de esa falange salesiana. El obispo tenía solo 45 años de edad. El fúnebre acontecimiento sumió a todos en la consternación más profunda.

El 18 de febrero de 1896, el superior general don Miguel Rua resolvió separar el gobierno de las casas salesianas del Uruguay y del Brasil y encomendó al padre José Gamba la regencia del sector uruguayo. Y éste se convirtió en el superior del clérigo Pittini.

Ricardo estudiaba y trabajaba. Atendía a las clases y a los oratorianos, y hasta manipulaba títeres o dirigía funciones teatrales.

Ya en 1897 aparecía en los catálogos salesianos como director del oratorio festivo, en la casa de formación de Las Piedras.

Allí discurrieron, rememora Pittini, en un lugar pobre y sin comodidades, pero lleno de trabajo y alegría, mis años de adolescencia y de la primera juventud, amargados tan solo por la muerte trágica de monseñor Lasagna e iluminados por el resplandor del sacerdocio que me fue conferido por el eminente arzobispo de Montevideo, monseñor Mariano Soler, el 22 de Enero de 1899.

No bien ordenado sacerdote pasó a ocupar oficialmente el cargo de consejero escolar de la casa, al tiempo que atendía a los alumnos externos del establecimiento y su vena periodística se manifestaba a través de artículos que vieron luz en publicaciones italianas y en diarios de Montevideo. Enseguida fue también cotizado predicador de ejercicios espirituales para colegios y comunidades.

Su excesivo trabajo aumentó con tanta nueva carga, comenta Montero y Brown... Allí se pudo barruntar lo que llegaría a ser este gran amigo de los niños, futuro adalid de los oratorios festivos...

En 1900, en ocasión de las Bodas de Plata de los Salesianos en la Argentina, debió participar con el coro del colegio San Isidro de Las Piedras en el grandioso Congreso Internacional de Cooperadores, celebrado en Buenos Aires y que terminó en el santuario de Nuestra Señora de Luján. Allí tuvo ocasión de alternar con los misioneros de la primera hora y conocer de cerca a los prohombres del catolicismo rioplatense Emilio Lamarca, Juan Zorrilla de San Martín y otros.

En 1902 pasó a ser confesor de la casa y de las Hermanas sin que por eso abandonara ninguna de las obligaciones anteriores.

Bajo las apariencias de debilidad, continúa Montero, fue siempre sano, fuerte y activísimo. Pero en Las Piedras el trabajo minó su salud, y por prescripción médica debió hacer vida de descanso en el Manga (Escuela Agrícola a quince kilómetros de Montevideo). Su convalecencia fue fructífera. De aquel tiempo data su precioso libro "Ecce Mater tua", que fue publicado en las Lecturas Católicas, de Buenos Aires.

Ya restablecido fue nombrado Director de los Talleres Don Bosco, casa inspectorial del Uruguay y Paraguay, en donde florecían las más señaladas obras salesianas. Estaba en plena construcción el entonces moderno y monumental edificio. Claro que la parte edilicia y financiera la supervisaba el mismo inspector don José Gamba que era minucioso administrador.

Tenía 34 años. El padre Montero resume su actuación como director en elocuentes renglones.

Idolo de los jóvenes, dice, los reunió con el nombre de “Centro Don Bosco”. Idolo del oratorio festivo, los niños recordarán como pasaba su figura amable y atractiva por los patios, rodeado de una turba de chiquillos que le preguntaban veinte cosas a la vez. Lo recordarán “sacando barro” a cada niño que saludaba y a quien apellidaba “mi amigo el rubio” o parecido (era una treta que usaba para hacer cosquillas).

Lo recordarán “espantando las moscas” del gran lienzo blanco de la linterna mágica o dialogando con el padre Charles ante la muchachada que escuchaba ansiosa las explicaciones de catecismo. Lo recordarán en el famoso “cuento de Don Bosco” los oratorianos y alumnos estudiantes, que con la boca abierta y sin pestañear veían al padre Pittini por todo lo ancho de la capilla tejer cada viraje y cada ademán como para embobar a cualquiera.

El padre Pittini fue el propulsor y organizador de la Federación de la Juventud Católica. Por eso para los jóvenes es imán y fuente de consejo.

En efecto, en 1905 organizó en los Talleres, el Centro Juvenil Monseñor Lasagna, núcleo de diversas or-

ganizaciones juveniles. Con él preparó la famosa manifestación de desagravio que concluyó en la iglesia del Cordón de Montevideo con una comunión reparadora de 400 jóvenes. En 1906 los muchachos peregrinaron al Santuario del Colegio Pío en número de 700. Y con este plantel y la asesoría del padre Camacho, sacerdote diocesano, que sería luego obispo de Salto, se constituyó la Federación Nacional de Juventudes, cuyo conferenciante sobresaliente en el Centro Balmes fue el padre Pittini.

Al finalizar el año de 1907 cuando acababa de fundar el Centro Don Bosco recibió una inesperada misión. Pasaba por Montevideo monseñor José Fagnano, Prefecto Apostólico de Magallanes y pidió al inspector don José Gamba un predicador de ejercicios espirituales para los salesianos de Punta Arenas. Este eligió a Pittini. El 3 de noviembre embarcó con Fagnano, rumbo al estrecho de Magallanes. Hicieron corta escala en Malvinas, Puerto Stanley, que apenas alcanzó para saludar al padre Mario Migone, un salesiano uruguayo que atendía a la comunidad de las Hijas de María Auxiliadora y a los católicos de las islas. Luego contempló admirado la abertura del estrecho y como siempre iluminó la visión con los recuerdos históricos y geográficos que poseía. Conoció Punta Arenas y Porvenir, población chilena en la isla Grande de la Tierra del Fuego. Visitó la próxima Laguna de los Cisnes, surcada por cándidas bandadas. Y finalmente cruzó hasta la isla Dawson en donde los salesianos se concentraban para hacer los ejercicios. Una mañana de diciembre la embarcación echó anclas en la bahía de Punta San Valentín, al norte de la isla. Pisó tierra y mientras Monseñor Fagnano seguía por mar hacia la misión de San Rafael, él conti-

nuó a caballo a través de un sendero que serpenteaba por las orillas del mar y el espesor de la selva virgen. Lo guiaron hermanos salesianos, mientras un grupo de indios alacalufes navegaban en canoas pescando moluscos con largas cañas puntiagudas.

Al llegar a San Rafael quedó boquiabierto. Nunca hubiera imaginado una población indígena tan grande y ordenada. Dictó sus pláticas a los religiosos y alternó con los indios, que lo acompañaron a pequeñas excursiones por los cerros adyacentes o por ríos y canales.

Una tarde monseñor ordenó ensillar caballos y lo encaminó hasta el cerro San José, a unos 700 metros de altura. Sentáronse ambos sobre la verde grama y contemplaron al este la Tierra del Fuego, al norte apreciaron la mancha blanca de la poblada Punta Arenas y vueltos al sur admiraron las nevadas estribaciones de la cordillera Darwin rodeando a su rey el monte Sarmiento. A los pies yacía una red de azules canales que envolvían infinitas islas e islotes.

Con el sol rojizo a las espaldas, camino del horizonte al fondo del océano Pacífico, pidió a Fagnano que le contara su historia de aventuras inauditas en tan heladas y desiertas regiones.

Bajamos del cerro concluye Pittini, cuando el sol se ponía. De repente (Fagnano) se detuvo frente a las casitas de los indios desde las que un grupo reducido de niños y niñas lo saludaban. Me tomó firmemente un brazo para decirme: Mira, solo hace doce o quince años centenares de ellos me rodeaban al llegar yo aquí. Hoy, como ves, su número se ha reducido. Ellos constituían mi esperanza de preservación de la raza.

La voz comenzó a temblar y los ojos se le llenaron de lágrimas cuando, apuntando a las muchas crucecitas del cementerio de la Misión, agregó: Casi todos duermen allí tronchados en flor por enfermedades pulmonares, heredadas y transmitidas a sus padres por la llamada civilización laica.

Vuelto a Montevideo prosiguió incansablemente su labor de promoción, cultura y educación cristiana. Dictó en públicos salones de la ciudad publicitados cursos de sociología, frecuentados por numeroso público, entre el que se contaban, más o menos recatadamente, conocidos personajes de la política, de la banca y el sindicalismo. La situación no era para menos.

Durante la segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez (1911-15) se planteó en agudos términos la cuestión social. El anarquismo conquistaba prosélitos y la conciencia obrera despertaba efervescente. El socialismo propagaba su credo marxista. Las **Uniones Gremiales** de los Demócratas Cristianos desarrollaban una acción vigorosa y su diario **El Demócrata** alcanzaba amplísima difusión. Las controversias religiosas y sociales brotaban continuamente en conferencias callejeras...

Los dirigentes católicos juveniles pensaron en la necesidad de una explanación científica y clara de las doctrinas en boga, algo más allá de las polémicas. Y pensaron de nuevo en Pittini.

El Centro Balmes se convirtió en hormiguero humano de oyentes de todos los colores. **Ninguno expuso con más precisión, claridad y alta pedagogía, afirmó un camarada de alto coturno. Si todos los curas fueran como Pittini, no habría anticlericales, decía otro. —¿Qué**

hacen, camaradas, por estos pagos?, se les preguntó a algunos advenedizos. Y como atestigua el diario El Bien Público, respondieron los ácratas: —Venimos a oír al cura Pittini. Además de exponer la doctrina mejor que nosotros, nos regala caramelos...

En efecto antes de comenzar la conferencia y en el intervalo entre la primera y segunda parte Pittini, con un gran bolsón en la mano, repartía caramelos y conversaba con los asistentes mientras pasaba entre las hileras de sillas.

Allí conoció a los más importantes dirigentes políticos y sociales del Uruguay. Entre los más conocidos y más fieles, a pesar de las diferencias ideológicas, se cuentan a Frugoni, Freyre y Arena.

De este último quedaron sabrosas anécdotas. Cierta vez invitó a Pittini a su granja. El batllista era fanático por la tierra y el campo. Pero la conversación agrícola la apuntalaba con recias y verdegueantes expresiones criollas. Su mujer, que en presencia de Pittini pasaba por todos los colores, le regañó:

—Pero Domingo, al menos delante de un sacerdote modera tu lenguaje...

Pittini replicó dulcemente:

—Señora...., ¿Cómo quiere que en tierras tan feraces no broten profusamente ajos y cebollas?

El doctor Arena se arrojó materialmente sobre Pittini, lo apretó entre sus brazos y sólo atinó a exclamar, con el valor campero rioplatense que tiene la expresión: —¡Hermano!, ¡Querido hermano!

Y siempre lo distinguió con ese tratamiento.

Naturalmente esto dejaba pasmado a ciertas personas... Durante el directorio en los Talleres Don Bosco sacó de pila a **El Amigo de la niñez**, simpático periodiquito que animaba a los colegios y oratorios festivos. Tiraba siete mil ejemplares semanales que recorrían el país. La mayoría de los artículos reconocían la autoría de **Chicharrita**, seudónimo con que firmaba el director. Incluía siempre algunos versos pegadizos, listos para ser aplicados a canciones populares en boga.

Como iremos viendo, sus habilidades oratorias y el don de gentes de que gozaba, determinaron que el superior lo enviara a menudo a representarlo en actos y circunstancias diversas. En 1909 debió intervenir con esa investidura en el congreso de cooperadores salesianos realizado en Santiago de Chile.

A fines del 10 efectuó una importante exposición profesional, exponente del trabajo educativo y técnico de los talleres de aprendices, que mereció unánimes aplausos. El trabajo era inmenso. Su esfuerzo, titánico. Dormía muy pocas horas y se alimentaba como un pajarito. Apenas lo frenaban un poco terribles dolores de cabeza. La jaqueca lo persiguió por muchos años. Al fin de 1911 fue trasladado con igual cargo a la casa del Manga, a donde se había trasladado en 1905 el vivero vocacional de Las Piedras, que disponía hasta de Estudiantado Teológico. Allí acumuló con el título de director, los cargos de párroco, maestro de novicios que se sumaron al de consejero inspectorial, que venía ejerciendo desde 1905. Consumió once años, dedicado a la preparación del personal religioso. Con los ya transcurridos en Las Piedras se puede decir que intervino en la formación de casi todos los salesianos de la inspec-

toría uruguaya de esa época. Además de sus condiciones de estudioso y del trato exquisitamente caritativo, impresionaba a los seminaristas por su participación cordial en juegos, diversiones y entretenimientos.

Durante las vacaciones, señala el padre Montero, acompañaba a los estudiantes del Manga a pescar en el arroyo Toledo o en los bañados de Carrasco. Pittini era un pescador de ley. No lo cansaban las distancias, no lo molestaban los mosquitos ni los tábanos, ni temía a los solazos. Y contaban que era un pescador de fortuna, abroquelado en una paciencia benedictina.

Aparte usaba de sagacidad para volver simpática la casa de formación a todos los visitantes, principalmente juveniles. El Padre Montero lo certifica en el citado perfil trazado en la Revista Juventud: Nos recibió siempre con amabilidad, cuando con todos los alumnos (del colegio Pío) íbamos al Manga en el clásico (paseo del) día de la Raza ¿Quién no rememora aquellas incomparables horas de regocijo...? Su aprecio hacia nosotros le llevaba a sacrificarse viniéndose desde el Manga (al lugar de la acampada) a contarnos uno de sus famosos cuentos. Apéndice de aquel paseo era el cuento del padre Pittini. Nos reunía en el teatrillo y allí pasaban sin sentir las horas. ¡La Reina Mártir! ¡El negro Olombo! ¡El cuento de las agujas!...

En noviembre 1915 conmemoraban en San Pablo del Brasil el vigésimo aniversario del fallecimiento de Monseñor Lasagna con un doble acto: un Congreso Internacional de Cooperadores salesianos en la capital paulista y la inauguración de un pequeño monumento a las víctimas en Juiz de Fora, en el lugar del desastre.



El clérigo Pittini - 17 años - a su llegada al Uruguay. Dic. 1893.

El P. Pittini ya sacerdote, en los 34 años pasados en el Uruguay - 1899 - 1927: profesor, Director, Conferenciante, Inspector - Provincial.



El P. Pittini, director de la Casa de Formación del Manga (Montevideo): Aspirantes, Novicios, Filósofos, Teólogos y Personal docente. 1914 al comenzar la guerra europea.



Manga (Montevideo) Estudiantes salesianos de teología, próximos a recibir el presbiterado. - 1912.



El primer grupo de Novicios con su Director y Maestro - 1913.



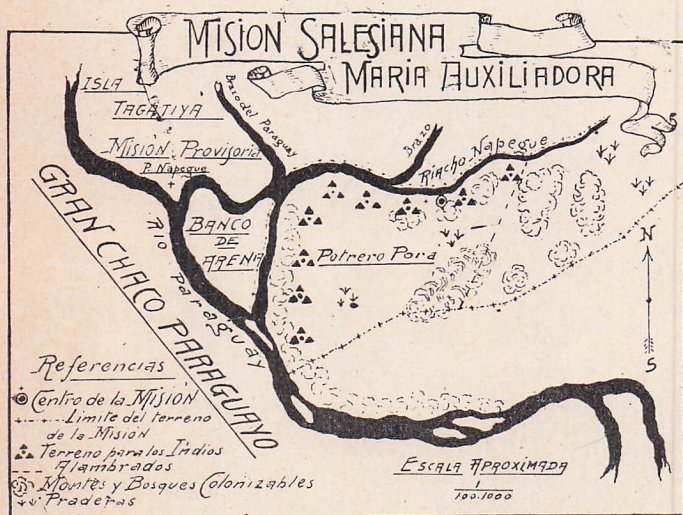
Uno de los tantos paseos llamados de "Providencia" que organizaba el P. Pittini, en aquellos años de carestía, durante las vacaciones por los alrededores del Manga. 1912.



Inicio de la Misión Salesiana del Chaco Paraguayo. Se distingue al lado del P. Pittini, al P. Emilio Sosa Gaona, primer Superior de la Misión y luego primer Obispo de Concepción y Chaco.

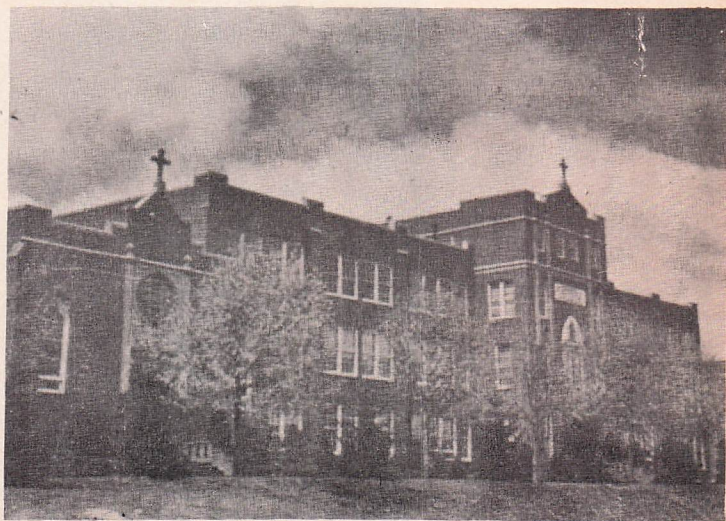


Tomasito
el indio que
acompañó
al P. Pittini
a Montevideo,
fruto de la
Misión.



Mapa de la Mision Salesiana de Puerto Napegue Chaco Paraguayo.
1924

El P. Pittini
al ser nombrado
Inspector-Provincial
de la Obra Salesiana
en los Estados Unidos
1927-1933
dando un gran impulso
a la obra salesiana
en aquel país.



Seminario salesiano en Newton N. J. fundado por el P. Pittini.



Mons. Pittini
en medio
de sus niños
durante
un recreo.



Con Mons.
Ricardo Cushing,
Arzobispo de Boston
más tarde Cardenal,
gran amigo
y cooperador
desde los primeros
momentos.

Pittini, delegado por el padre Gamba, representó al Uruguay salesiano. Llegó a Río de Janeiro en la vigilia de las fiestas jubilares del cardenal Don Joaquín Arcoverde de Alburquerque Cavalcanti, en las que intervinieron uniformados los 300 alumnos del Colegio Santa Rosa de los salesianos de Niteroi. El director premió el buen comportamiento de los muchachos con un paseo por la bahía de Guanabara. Un descuido del piloto los estrelló contra un escollo y en pocos minutos se hundió la embarcación. A pesar de todos los esfuerzos se ahogaron 27 alumnos y un salesiano.

Todas las celebraciones llevaron cenefa de luto. Llegó a San Pablo dos días después con la tristeza de todos. El congreso resultó brillante, lo mismo que el acto en Juiz de Fora. En este lugar mientras Pittini hablaba cruzó por las vías una locomotora seguida de un tren de mercancías que llevaba en el frontis el nombre de Monseñor Lasagna. Así había sido denominada por el gobierno brasileño en recuerdo de la ilustre víctima.

El 29 de Enero de 1922 fue trasladado a la dirección del Colegio Pío de Villa Colón, el primero que habían fundado los salesianos en el Uruguay.

Allí en pleno hervor del trabajo educativo y cuando ya había organizado el centro de exalumnos externos y un sindicato de agricultores, con su caja de ahorro autónoma, lo sorprendió una pesada responsabilidad.

Anotemos previamente que esta obra de los sindicatos agrícolas, iniciada unos meses antes en Paysandú por el padre Juan de Dios Moratorio, bendecida por monseñor Camacho e impulsada por Pittini fue conti-

nuada fogosamente por el padre Horacio Meriggi y adquirió insospechado volumen y resonancia en el ámbito nacional. Ya el 27 de marzo de 1923 el Boletín Eclesiástico publicaba un suelto, escrito por Pittini en el que se refería a la Unión Agrícola naciente que ya contaba con tres sindicatos: uno en el Manga, otro en Colón y un tercero en Colonia Porvenir.

En ese año de 1923 el padre Gamba había cumplido veintiocho años de inspector del Uruguay y Paraguay. Los superiores mayores, vista su renuncia y por razones de edad y salud, resolvieron liberarlo de tanta preocupación. Para sustituirlo pensaron en Ricardo Pittini. El nombramiento del sucesor llegó a fines de febrero de 1923. Pittini de acuerdo con el inspector saliente, asumió el 6 de mayo. Ese día su antecesor lo presentó de esta manera en pública circular: **Buena edad, buena salud, buen corazón, inteligencia preclara, celo por las almas, amor a la congregación, don de gentes... Todo lo tiene para el cargo.**

De inmediato, y como siempre, puso alma y vida en el empeño. Visitó continuamente las casas religiosas y sus obras, conversó con los hermanos, alumnos, exalumnos y cooperadores y se esforzó en poner remedio a los naturales defectos que siempre germinan en las instituciones. Pero su espíritu quijotesco ansió, reemprender el camino impetuoso inaugurado por monseñor Lasagna. Felizmente había elegido para su **alter ego** al padre Bernardino Harispuru que equilibraba perfectamente la audacia del superior con su aplomo realista. Debió soportar contradicciones y luchas, pero y lo confirma un excepcional testigo, el padre Herman Horne **“nunca se vió mayor caridad en el tratamiento de problemas difíciles.**

La inspección, que en los 28 años del padre Gamba había visto nacer nueve establecimientos, en los 4 de Pittini se vió acrecentada en 8 unidades:

La Teja, de Montevideo, la Misión de Napegue en el Chaco Paraguayo, el colegio del Sagrado Corazón en Asunción, la escuela agrícola de Ypacaraí en el Paraguay, la casa de San Juan Bautista de Sayago, suburbio de Montevideo y las residencias misioneras del alto Paraguay en los puertos de Sastre, Pinasco y Casado. Los que lo sucedieron debieron descansar para consolidar las obras, y por una década no se vieron nuevas fundaciones.

Merecen tratamiento aparte sus actividades en el Paraguay. Le dejaron en herencia dos casas: la de Monseñor Lasagna en Asunción, inaugurada en 1896 y el Instituto San José de Concepción, abierto en 1900. Había además un proyecto por el que empezaban a brotar las misiones del Chaco. En agosto del 23 se dirigió al campo de acción, a donde ya había viajado en 1920 para acompañar al padre Gamba. Desde los tiempos del padre Savio y de monseñor Lasagna el Chaco Paraguayo, con sus 270.000 kilómetros desiertos y unos treinta o cuarenta mil indios, según las presunciones de la época, era un imán que atraía los deseos misioneros de los salesianos, hacia el noroeste de la República.

El Chaco, dirá Pittini en una conferencia, inmensa región poblada de bosques vírgenes y palmares ha opuesto siempre tantas dificultades al paso de la civilización que hoy después de cuatro siglos, es tan poco conocido como en el tiempo del descubrimiento. Sequías abrasadoras se alternan con inundaciones y desbordamientos del río Paraguay para crear obstáculos

a la vida humana. A ello deben añadirse los peligros y las molestias de bestias feroces, de víboras, de insectos y de la misma fiereza de las tribus indias.

Los primeros salesianos instalados en Asunción ensayaron algunas incursiones en 1896 capitaneados por el padre Turriccia y luego insistieron desde Concepción, más cerca del teatro de los hechos. Sentían la manda de un legado.

El 19 de marzo de 1917 el obispo de Asunción, monseñor Sinforiano Bogarín, produjo un auto episcopal que llevaba el número 513 por el que adjudicaba a los salesianos, que ya regentaban la parroquia de Concepción, la responsabilidad pastoral del Chaco. Enseguida el padre Domingo Queirolo visitó la costa del río Paraguay hasta Fuerte Olimpo: Bahía Negra, Puerto Diana, Puerto Esperanza, Puerto Nuevo, Fuerte Olimpo, Puerto Guaraní, Palmas Chicas, Puerto Sastre, Puerto Casado, Saladero Risso, Puerto Max, Puerto Pinasco, Itápucumi, Pedernal y Monte Lindo. Predicó, administró 799 bautismos y rindió cuenta al arzobispo.

Realizó luego otras giras costeras y acarició el sueño que por el momento parecía irrealizable de visitar el corazón del Chaco. Pero debía limitarse a los indios del litoral, vinculados a poblaciones y obrajes blancos.

El 30 de agosto se firmó un convenio entre el obispo y los representantes de la inspección salesiana que mereció la aprobación de la Santa Sede el 28 de noviembre de 1918.

Y al poco tiempo se eligió al padre Emilio Sosa Gaona, eminente y primer sacerdote salesiano paraguayo que luego accedería al episcopado, para administrar la obra misionera.

El 19 de Marzo de 1920 se efectuó en Asunción la despedida solemne de los misioneros chaqueños, al estilo de las que se realizaban en Turín y el miércoles 31 partieron para Fuerte Olimpo a bordo del Humaitá el padre Sosa, el sacerdote uruguayo José M. Drago y el Hno. Juan A. González.

Tres años llevaban trabajando sacrificadamente cuando llegó Pittini. Misionaban en los puertos norteros a 700 kilómetros de Asunción y recorrían sus inmediaciones. Eran misioneros de canoa, barco y cabalgadura.

El 30 de agosto de 1923 Pittini escribió al superior general desde Fuerte Olimpo: **Conforme a sus deseos aprovecho mi visita al Paraguay, para estudiar sobre el terreno la posibilidad de comenzar a fondo la evangelización de los indios del Chaco paraguayo.**

Los misioneros, ya probaban peligrosas correrías por la floresta. Pero Pittini soñaba con alguna reducción estable para proveer mejor a una educación y civilización cristiana más sólida del indígena.

Con el auxilio del padre Sosa examinó la situación, visitó Sastre y Pinasco, recorrió a caballo las florestas y comenzó a planear la reducción de los **chamococos**.

Al fin eligieron Puerto Napegue en la isla Tagatiyá 500 kilómetros al norte de Asunción y decidieron comprar a la compañía Zavala la estancia Diego-cué. Como la única entrada que disponían para solventar gastos eran las 15.000 libras que les enviaba la **Congregación de Propaganda Fide**, ya que el gobierno paraguayo vivía constreñido por la amenaza continua de guerra con Bolivia, Pittini gestionó en el Banco de Montevideo un crédito de 50,000 pesos uruguayos (Cerca de 1.000

000 de liras) para adquirir los terrenos escogidos y en febrero del 25 se instalaron allí el padre Sosa y el coadjutor Gregorio Acosta. Construyeron una capilla de 4 x 12 con troncos de palma y comenzaron a vincularse con unos 60 indios Lenguas que acampaban a medio kilómetro de la base. Les enseñaron castellano, rudimentos de agricultura y doctrina y conducta cristiana.

Pittini escribió un librito de 118 páginas sobre las Misiones del Chaco, titulado **El Chaco Paraguayo y sus indios**, para allegar fondos, oraciones y simpatías. La difusión fue notable. Para intensificar la propaganda ideó una serie de jornadas y congresos misioneros que se efectuaron en Asunción y en todo el Uruguay. Buscaba de alentar la colaboración de los fieles y despertar vocaciones. Tiempo después logró que los superiores de Turín le enviaran al padre Livio Farina para recorrer sistemáticamente los puertos del Alto Paraguay y completar la construcción de capillas en los puertos de Pinasco, Casado y Sastre. Con este aporte humano quedó armada establemente la Misión de María Auxiliadora.

En la misma visita dejó organizado en Asunción el colegio naciente de Vista Alegre, llamado del Sagrado Corazón y que los asunceños denominaron "Salesianitos", en comparación con el de monseñor Lasagna que era el "Salesiano". Además comenzó a estudiar las posibilidades de abrir una escuela agrícola en Ypacaraí a 50 kilómetros de Asunción, e inició los trámites para adquirir los terrenos indispensables.

Al año siguiente volvió a recorrer la ciudad y el desierto. Durmió al descampado y en la floresta, apoyó las obras y alternó con blancos e indios. Con su plu-

ma ágil difundió sueños y esperanzas por todo el mundo. Un claro resplandor de luna, escribía en el Boletín Salesiano, caía sobre el sendero desierto que nos conducía, ya entrada la noche, hacia la orilla del río Paraguay. El espíritu recogido en aquella vasta y misteriosa soledad busca instintivamente las alturas donde brillan en un cielo purísimo innumerables estrellas. Y una dulce esperanza brota de sus intimidades, se convierte en voto ferviente para que la luz de los astros sea como una aurora de próxima y definitiva redención de las pobres razas chaqueñas. Pero los mejores esfuerzos salesianos chocaban con la costumbre ancestral del nomadismo impenitente de Lenguas, Guanás, Sanapanás y Chamacocos; con el aluvión arrasador de las crecientes del río; con el calor de los vientos y el sol, las lluvias tropicales del cielo, las bestias y sabandijas de la floresta, el primitivismo de las tribus y la insensibilidad de los civilizados.

Más o menos de esta época son los muchos episodios que dejó escritos y que señalaban el eco que encontraban en esas almas rudas las bondades del misionero. Insinuaremos sólo dos.

Sugestivo fue el baile en el bosque, que los indígenas ofrecieron a las Hermanitas de **María Auxiliadora**. Llegó la invitación y las Hermanas temblaron. Las acompañaron Pittini y los misioneros. Caminaron un rato por senderos tortuosos a la luz de la luna. En un claro del bosque brillaba una fogata. Cuando llegaron los invitados, todos los indígenas varones pusieron una mano en el hombro del vecino, formaron un círculo alrededor del fuego y comenzaron a girar de izquierda a derecha acompasadamente, cada vez a mayor velocidad.

Repitieron varias veces la danza con ligeras variantes y al fin quedaron satisfechos. Se lo manifestaron a las Hermanas y a Pittini que desde un costado, junto con las mujeres de la tribu contemplaban el espectáculo.

Nunca olvidó Pittini la amistad que le dispensara Tomasito, un ex cacique de Bahía Negra que después de un año de bautizado y ya con costumbres civilizadas lo acompañó hasta Asunción, Buenos Aires y Montevideo. Cuando muchos años después debió partir de Santo Domingo para entrevistar a los jefes de estado de América, declaró Pittini a los periodistas que lo asediaban: **También tendré el gusto de abrazar a mi inolvidable amigo Tomasito...** y tuvo que explicarse.

Tomasito se comportó adecuadamente durante el viaje hacia el Sur, a pesar de algunos contratiempos, y nunca se apartó del sacerdote. Coincidió su presencia en Montevideo con la del príncipe Humberto de Saboya, heredero del trono de Italia. Los presentaron y Tomasito dignamente le tendió la mano y le dijo en tono solemne: —¿Cómo te va?

Este cacique inició a los salesianos en muchos secretos y hábitos de las tribus, y la información fue muy útil. Cuando se desprendió de mí en la estación de Concordia (ciudad argentina sobre el río Uruguay), refiere Pittini, para regresar a sus florestas con el padre salesiano Benito Conte Grand, me echó los brazos al cuello, se le humedecieron los ojos y con voz temblorosa me dijo: Adiós, padrecito.

Yo también me emocioné ante aquella expansión excepcional en la frialdad del indio.

En junio del 26 el inspector volvió a las tierras guaraníes. Digamos de paso que su erudición histórica y el afecto eclesial le hacían recordar continuamente las hazañas jesuíticas de otrora en las misiones de Guaranía y alguna vez expresó poéticamente que, como los desterrados de Babilonia, estos héroes habían colgado sus arpas junto a los ríos y que ahora no debían permanecer mudas. Se necesitaban nuevas manos apostólicas para pulsarlas.

En esta ocasión traía al nuevo director de Ypacaraí, Benito Conte Grand, a su ayudante José Romano y cuarenta mil pesos uruguayos destinados a adquirir campos y útiles necesarios para poner en marcha la escuela agrícola.

Recorrió las misiones y tuvo el gusto de bendecir la banda de los exploradores de Don Bosco de Asunción que llegaba hasta Puerto Napegue para regalar a los misioneros e indígenas la alegría de su música, de sus formaciones y cantos.

Al bajar a Asunción, tras resolver los problemas de las casas locales, dictó una conferencia misionera en el teatro Granados. Expuso ante numeroso y calificado auditorio el problema religioso y patriótico que entrañaban las misiones Chaqueñas.

En junio de 1927, subraya él mismo, experimenté el más grande placer de mis actividades en el Chaco, al bautizar a 27 indios “guanás”, preparados por el padre Farina y el hermano Acosta en la región de Puerto Sastre.

Si por unidad de materia hemos avanzado algunos años en la vida de Pittini, con olvido de sus actividades

Uruguayas, ahora resulta indispensable volver algunos pasos atrás.

En 1925 se cumplía en Buenos Aires el cincuentenario del desembarco de los primeros misioneros salesianos que arribaron a América. No podía faltar el aporte uruguayo y Pittini participó con nutrida delegación en el desfile efectuado ante la casa de gobierno y luego desarrolló un tema en la gran Asamblea del teatro Colón. A su vez aprovechó para husmear por todas partes y anotar lo utilizable en los próximos festejos de las bodas de oro montevidéanas, que debían celebrar un año después, en 1926.

Contaba 50 años yo también, narra Pittini, siendo inspector del Uruguay y Paraguay. Y me olvidé de esa edad al marchar juvenilmente por la avenida 18 de julio al frente de 3.000 alumnos y alumnas salesianos de los doce colegios de la capital montevidéana y alrededores.

El pueblo se apiñaba en las aceras admirando y aplaudiendo. Desde un balcón del diario El Día, el mismo ex presidente de la República don José Battle y Ordóñez, el anticlerical, que había dado tanto qué hacer a la misma sociedad salesiana miraba y admiraba el desfile. Lo que pasaría en su alma sólo Dios lo vió. Yo sé que en adelante cambió de actitud ante la obra de Don Bosco.

Consecuente con su predilección por las obras juveniles fundó en esos años la Federación de los Ex Alumnos de colegios salesianos del Uruguay y los Centros de Ex Alumnos y la Federación de la Juventud Católica en el Paraguay. Como ya se dijo, apoyó el movimiento

misionero activo con una serie de jornadas y congresos, que difundían los ideales de las misiones por doquier. En 1924 arrancaron en Paysandú, siguieron en 1925 por el colegio Pío de Villa Colón y otros oratorios y escuelas. En agosto de 1927 inauguró en Salesiano el primer Congreso Misionero Paraguayo que duró varios días. Sirvieron de estímulo a sus fines no sólo las misiones recientes del Chaco paraguayo, sino que la presencia de un salesiano uruguayo, el padre Domingo Correa, en las misiones de la China los hizo dirigir las miradas al Celeste Imperio. Al padre Correa le colectaron suficientes dólares como para costear una escuela que llevaría el nombre de Uruguay en la República de China.

Toda esta campaña culminará con un fervoroso Congreso Misionero Nacional que se realizó en los Talleres Don Bosco de Montevideo.

El 4 de septiembre de 1927 volvió de Paraguay y el día 11 asistió en el noviciado del Manga al festejo de bienvenida que se brindaba a seis noveles sacerdotes uruguayos, formados y ordenados en Italia. En el acto también se despedían a los ocho clérigos destinados a seguir sus estudios en Europa. A los postres del almuerzo y cuando todo era alegría y entusiasmo expresado en fogosos discursos, Pittini cerró la lista de oradores. Después de las consideraciones del caso, inesperadamente comunicó al auditorio que había dejado de ser inspector local para continuar en igual misión en la inspección del este de los Estados Unidos de Norteamérica. Al mismo tiempo informó que lo sustituiría en el cargo el padre Bernardino Harispuru. La noticia había llegado oficialmente unos días antes.

A la consternación del primer momento, siguieron las despedidas, algunas de las cuales resultaron apoteóticas.

El gobierno italiano, en reconocimiento de sus méritos y por iniciativa del encargado de negocios en el Uruguay, don Pedro Toni, le confirió la **Cruz de Caballero de la Corona Real**. La ceremonia se efectuó en el salón de actos de los Talleres Don Bosco. El decreto llevaba las firmas del rey Víctor Manuel y del primer ministro Benito Mussolini.

Se despidió personalmente de todas las casas salesianas. Y en el solemne homenaje que se le tributó en Montevideo el 12 de octubre, se vió acompañado por el arzobispo monseñor Juan Francisco Aragone y destacadas personalidades del clero, del gobierno, del foro, de las fuerzas armadas y de la familia salesiana.

Más de quinientos comensales, espontáneamente reunidos lo acompañaron en el almuerzo.

El plato fuerte lo constituyó el discurso del insigne vate uruguayo don Juan Zorrilla de San Martín. El diplomático, académico y paladín católico ilustró la labor de Pittini, destacó la pérdida que sufría la jerarquía uruguaya (el arzobispo acababa de afirmar que le robaban la mejor perla de su mitra) y aludiendo al entusiasmo misionero del inspector saliente y a una escena del inmortal **Tabaré**, afirmó que **como el beso de Blanca** (la heroína del poema) **había hecho venir a los españoles, el beso del indio paraguayo atraería de nuevo a nuestras tierras al inolvidable padre Pittini.**

7

De los Bosques a los Rascacielos

Salto casi mortal, afirmó Pittini, es el paso repentino de los bosques chaqueños a los rascacielos de Nueva York, de la primavera florida del Uruguay en noviembre, al preludio frío y húmedo del invierno de aquella metrópoli; de la vida pausada y alegre del ambiente latino, al vértigo de la vida febril y aguijoneada por el “negocio” en aquella tierra; del melodioso decir romántico-hispano, al gutural y áspero anglo sajón; de la red de oro de relaciones y amistades, efecto de una convivencia de 34 años en el Uruguay a lo social enteramente desconocido de Estados Unidos...

Por cierto en lo humano sentí el duro contraste entre el desembarque en lugares desconocidos y la despedida afectuosa de alumnos, exalumnos, cooperadores y amigos alineados en el muelle de Montevideo agitando blancos pañuelos mientras el barco se alejaba conmigo y seguían las notas tan familiares de la banda de música de los Talleres Don Bosco.

Se hizo acompañar en la aventura por el padre Guillermo Grant, distinguido salesiano irlandés que misionaba en Sudamérica.

Durante los treinta días de viaje se obligó a rumiar inglés continua y asiduamente con su ocasional interlocutor y maestro. Los estudios cumplidos anteriormente, su memoria fotográfica y fino oído musical, unidos a una constancia invariable, produjeron milagros.

El mismo observa: Para los órganos vocales, a los 52 años no es fácil masticar inglés. Pero la necesidad tiene cara de hereje. Ni podía yo cumplir con mis deberes, ni podía atraer la simpatía de la gente, sino hablándoles en su idioma, ya que el idioma es el mejor lazo entre las almas.

No sabemos cuánto llegó a dominar la nueva lengua, pero aunque él a menudo hable de sus rudimentos de inglés las opiniones que hemos pulsado aseguran lo contrario. Consultados sobre el particular varios misioneros y misioneras americanos y canadienses que trabajaban en Santo Domingo, todos afirmaron unánimemente que lo hablaba bien. Interrogados si se le notaba acento extranjero, respondieron: **Hablaba como uno de nosotros.**

¡Cuál no fue la sorpresa de este orden que le depa-
raba Nueva York! Lo emocionaron los abrazos y sonrisas fraternas de los Hermanos salesianos que en nombre y en amor de Don Bosco habían venido a recibirlo, pero le extrañó sobremanera que sólo hablaran italiano. Creyó al principio que se trataba de una deferencia de quienes estimaban que no entendería otra lengua y rompió a conversar en inglés. Como vió que insistían, sospechó que no dominaban el idioma e hizo el propósito íntimo, que siempre cumplió indefectiblemente, de no hablar más en italiano, salvo en excepcionales circunstancias. Y exigió que todos lo hicieran aún en la vida de la comunidad, medida que a muchos no resultó muy simpática.

Enseguida, según su concepto, detectó varias anormalidades: Los salesianos vivían y trabajaban enquistados en comunidades italianas, carecían de una

casa de formación de nativos y en los Estados Unidos casi no se conocía a Don Bosco.

En cuanto se sintió más expedito en la lengua, salió a recorrer personalmente los seminarios de Nueva York, Newart, Rochester, Toronto (Canadá), Milwaukee, Chicago, Baltimore y otros. La proximidad de la beatificación de Don Bosco, fijada para el 2 de junio de 1929, le ofreció magnífica oportunidad para pronunciar multitud de conferencias, charlas públicas o reducidas y privadas a seminaristas, clero y laicos sobre la historia del Beato, su obra y su espíritu.

Alentó al padre jesuita Neil Boyton para que trazara una biografía de Don Bosco, la primera que se conoció en inglés. La difundió a manos llenas y la obra no sólo mereció repetidas ediciones sino que fue premiada por el conocido hombre político Al Smith.

La atracción que ejercía la figura de Don Bosco, la eficacia apostólica y la misión específica del Beato y la simpatía del conferencista, suscitaron la atención y el apoyo de muchos americanos, católicos y de los otros, y el nacimiento de vocaciones salesianas.

Esto lo urgió a poner manos a las obras indispensables para arraigar la congregación en la realidad americana. Solo un grupito de novicios, casi todos extranjeros, se apiñaban en un rincón del colegio que funcionaba en Goshen N. Y. Enseguida adquirió con grandes sacrificios una hermosa propiedad, cercana a la ciudad de Newton, en las alturas del estado de Nueva Jersey. Dos años después el Delegado Apostólico, monseñor Fumasoni Biondi, bendijo el edificio, recién construido en el que se formarían los futuros apóstoles salesianos de los Estados Unidos...

Otro planteo que le angustiaba era lograr encuadrar la idea del oratorio festivo en un sistema que le permitiera convivir con la rígida organización parroquial americana. Al fin encontró un sucedáneo en los "Campos de Verano" y se organizaron varios de ellos en el espíritu del sistema preventivo...

Toda esta acción y propaganda salesiana desembocó en la glorificación de Don Bosco celebrada en vísperas de su beatificación en la catedral de San Patricio con la bendición del cardenal Hayes, arzobispo de Nueva York. El panegírico estuvo a cargo del sabio obispo de Búfalo monseñor W. Turner. Los festejos concluyeron con un ágape fraterno realizado en uno de los grandes hoteles de la ciudad.

Las ceremonias de la beatificación cumplidas en Roma y en Turín, a las que fue invitado por el superior general, le permitieron volver a Italia después de 35 años de ausencia. Llegaba a la tierra materna vestido de clergyman y oreado por los vientos de toda América. El vapor Roma lo depositó en Nápoles. Asistió en Roma a las ceremonias pontificias del 2 de junio de 1929. Se hospedó en la Casa Generalicia de la Compañía de Jesús y allí conoció al padre Ledochowski con quien años más tarde convendría una presencia más plena de los jesuitas en Santo Domingo.

Luego siguió a Turín para presenciar el día 9 el traslado triunfal de los restos del Beato, desde Valsállice, en donde estaba sepultado, hasta la Basílica de María Auxiliadora en donde quedarían expuestos a la veneración de los fieles.

Después de algunas pequeñas giras afectivas por Italia, volvió a su inspección en julio. Pero antes pasó

por Inglaterra e Irlanda. Visitó las obras salesianas de Londres y cruzó el canal de San Jorge.

Deseaba lograr algunas vocaciones de la fecunda Irlanda más acordes con la modalidad de su inspección americana. Visitó Limeryck para saludar a un alto empleado municipal que tenía un hijo salesiano en Nueva York. El irlandés le devolvió la atención otorgándole el título de **Síndico** de uno de los más antiguos municipios de su patria.

Celebró misa en el santuario en donde San Patricio cumplía sus penitencias cuaresmales y volvió a Nueva York.

No pasaron tres años y debió tornar a Italia. Había fallecido el Superior General y como inspector le correspondía el derecho y el deber de participar en las elecciones del sucesor. De esta asamblea salió ungido Rector Mayor don Pedro Ricaldone.

Por estos años fundó los cimientos de dos nuevas obras, ambas con pintorescos contornos: la casa de Tampa en Florida y el asilo salesiano de Nueva Orleans, junto al **padre de los ríos**. Así denominaba Pittini al Missisipí, rememorando a la novela de Chateaubriand que había leído en su infancia.

Ya el sexenio de inspector tocaba a su término, cuando lo asaltaron inexorablemente los acontecimientos dominicanos que estamos relatando.

8

La Mitra de Plomo

La reseña de los primeros ensayos apostólicos del arzobispo podría encabezarse con un título novelesco: la feria de las desilusiones. No ocurrirá así porque pinta muy difícil la evaluación del fenómeno íntimo experimentado por Pittini y su reducción a expresiones concretas. Más, si se tiene en cuenta la modalidad peculiar del interesado que aparentó recorrerlos con la sonrisa en los labios.

A la verdad que la mitra, en perspectiva, es un adorno atractivo, afirmó en las primeras líneas del capítulo XVIº de su relato autobiográfico; pero puesta en la cabeza es pesada y cansa.

Desde antiguo los obispos acostumbraron a escoger un escudo de armas a la usanza caballeresca. Y a medida que adelantaron los tiempos también en estas manifestaciones se independizaron de las rutinas, enquistadas en las normas heráldicas y convirtieron a los emblemas en algo parecido a lo que los publicitarios modernos designan como **logotipo**, o sea, programa gráfico de las aspiraciones pastorales, asociado a los propios sentimientos. En rigor volvieron al pristino espíritu de las viejas insignias.

En el de Pittini una carabela y una estrella resaltan sobre fondo de cielo y mar. La nave es la Santa María de Cristóbal Colón. Dos leyendas expresan el contenido religioso y patriótico de los emblemas, **Chistum fero** (llevo a Cristo) y a **Jesús por María**. La referen-

cia a Colón, en la nao y en la leyenda *Christum fero* (Cristóbal) connota su adhesión afectuosa a la tierra dominicana de los Colones y tal vez rememora delicadamente su origen itálico; pero también subraya una misión descubridora y evangelizante. Traía a Cristo y por el camino de María, ruta muy discurrida por el pueblo dominicano que veneraba a Nuestra Señora de la Altagracia. Todo esto había sido explicado en su primera circular al decir: **Mi sueño es traerlos a Jesús y llevarlos a El, por medio de María.**

Hasta aquí la mitra resultaba atrayente. El privilegio de empuñar el cayado de pastor es un hecho estimulante.

La responsabilidad y eficacia del poder, aun cuando se ejerza a la perfección (permítaseme el supuesto ideal) sufre el contraste que le pueden brindar los hombres y las circunstancias en juego. De ahí que encasquetar la mitra, ponerla en uso, en el paso de los ideales a la realidad de lo propio y ajeno, es una situación que cuesta vivir, ya que, en gran parte, está supeditada a la espontánea aceptación del pueblo de Dios concreto, al que se debe presidir, animar, conducir, enseñar y hasta corregir en orden a la salvación del alma.

La circular inaugural convocó paternalmente bajo el estandarte de sus ideales a todos los cuadros apostólicos, al clero diocesano, al religioso y al laicado católico. Y no pudo evitar de tener en cuenta al estado que todo lo absorbía. Pero enseguida comenzó la ronda por la feria de las desilusiones. El cuadro mental que poseía de Santo Domingo, por completo que pareciera, permanecía desencarnado hasta la inmersión en la realidad viviente.

El primer gran desengaño nació del lado de Trujillo. Estaba informado de su astucia, dureza y megalomanía y hasta de las supersticiones cultivadas, pero no imaginaba el grado de sus ensañamientos. Mientras oficiaban en la Catedral los ritos de la consagración, se debatía con la muerte, podrido en vida en la fortaleza de Ozama, en donde vegetó 47 días, su amigo Amadeo Barletta. Fue uno de los incidentes más sonados de la época del régimen, debido a las vinculaciones internacionales de la víctima. Pittini probó de visitarlo. Tarea imposible. Alcanzó a informarse por el hermano Antonio que Amadeo sobrevivía en Ozama en la primera celda de la izquierda, a partir de la oficina del alcaide.

Y a ese vestíbulo fue Pittini con cualquier excusa y comenzó a dialogar con el morocho soldado de guardia. El pobre recluta no alcanzaba a entender lo que el arzobispo le decía casi a gritos:

—¡Tus hijos están muy bien!...

—Si yo no tengo hijos, monseñor...

—Ya le hice avisar a tu jefe y te van a ayudar...

—Yo no necesito nada, monseñor...

—Tu mujer también se ocupa de tí...

Y así prosiguió por un rato el diálogo de sordos. Barletta captó el mensaje, las primeras noticias que recibía desde que estaba preso. Y así lo atestiguó toda la vida. El caso inquietó a Pittini por la gran amistad que lo unía a Barletta. Pero no pudo descifrarlo hasta muchos años después, cuando se enteró que se trataba de una venganza. Amadeo se había negado a vender, en las condiciones que querían imponerle, el paquete ma-

yoritario de acciones de la **Compañía Tabacalera** y siguió compitiendo con la **Dominican Tobacco Company**.

Tampoco Pittini alcanzaba a comprender por qué Trujillo se sentía inmensamente feliz cuando podía humillar a los encumbrados y compensar sus agudos resentimientos. No debe extrañar semejante actitud arzobispal, cuando el senador norteamericano de Massachusetts David I. Walsh, aún después de las matanzas haitianas, proclamaba que no calificaría como dictadura al gobierno de Trujillo.

En esos mismos días y cuando el arzobispo ya ocupaba el despacho del primer piso del palacio Nouel (el verdadero palacio arzobispal se erguía en frente, calle Isabel la Católica por medio) mientras atisbaba el tránsito detrás de una persiana, distinguió al presidente cabalgando por la calzada. En ese preciso instante un beodo vociferó desde la acera: —**No te vayas a caer del caballo, chapita.**

Trujillo se revolvió como una fiera sobre la montura, empuñó la fusta y mientras borbataba **te voy a enseñar, caray...** cruzó con un latigazo la cara del borracho. Incontinenti se apeó y lo molió a golpes y puntapiés, hasta que se lo sacaron de las manos.

Pittini quedó de piedra. Se apartó de la ventana y como hablando a solas, masculló: **¿En qué país he caído?** Cuando comentaba el suceso solía recordar un episodio pasado.

El 10 de junio del 35 falleció don José Trujillo Valdez, padre del Presidente y diputado nacional. Enseguida Pittini se presentó en la casa mortuoria en donde instalaban la capilla ardiente. Saludó a algunos familia-

res y en medio del plañimiento general averiguó que Trujillo se había recluso en una pieza de arriba. Sin más enfiló hacia la escalera. Abajo hervía un aquelarre de llantos, gritos y escenas, apenas interrumpido por su paso. Llamó con los nudillos a la primera puerta. Como nadie contestara, insistió: —**Rafaelito, le llama el padre Pittini.** Chirrió un cerrojo y Trujillo cayó en sus brazos. Apoyó la cabeza sobre el hombro del sacerdote y lloró convulsivamente. Palabras suaves lo fueron calmando. Al fin Pittini palmeó las espaldas de Trujillo y le susurró al oído: **Rafaelito, ya empieza a venir gente. . . Hay que poner orden entre las mujeres. . .** Trujillo, sumiso como un cachorro, volvió a la habitación y se enjugó la cara. Agarró una fusta que colgaba detrás de la puerta y bajó la escalera a zancadas. En la sala reinaba la bullanga. De tres fustazos repartidos al que tocara arreó a todas las mujeres contra una pared, mientras les gritaba: —**Basta, locas, caray. . . A rezar.** Y comenzó a machacar un Padrenuestro al que se aco-
pló el coro de las plañideras.

Parecióle entonces que lo rescatable de Rafaelito actuaba sólo en la vertiente benéfica. En efecto ayudaba con gusto no exento de vanidad. Bastaba que el arzobispo le comentara que estaba juntando algunos dineros para alguna obra, que respondía al instante: —**Devuélvalos y mándeme el plano con el pedido.** Al poco tiempo llegaba un cheque rubricado con su firma. A veces él mismo se adelantaba:

—**Monseñor, qué proyectos lleva entre manos?**

—**¿Cómo lo ha adivinado, Rafaelito, respondía con picardía el arzobispo, si no he expuesto a nadie mi preocupación?**

Y vuelta al envío de planos y la correspondencia de cheques... Sin embargo Pittini le confió cierta vez a Pou Henríquez con toda franqueza: —Trujillo explota a su pueblo sin misericordia. Alguien tiene que recuperar de alguna manera parte del botín, alguien que devuelva a ese pueblo empobrecido por su rapiña, cuanto pueda en obras de bien público...

Con el tiempo comprendió que no había calculado exactamente los riesgos de la aventura. Trujillo exigía celosamente gratitud y en los términos que él establecía: quería una Iglesia domesticada en ejercicio de funciones que no molestaran a sus planes.

La otra evaluación dolorosa que redondeó en los primeros días de gobierno, fue la resistencia que en los clérigos despertaba su condición de extranjero. Y por cierto que no le molestaban las posiciones nobles como la que expresara Pérez Sánchez. Había de las otras: xenófobos que nunca le perdonarían su origen, aun antes de actuar, y que a través de la segregación nacionalista encauzaban todos sus resentimientos.

Una mañana el hermano salesiano Clemente Faccín estaba en la catedral pintando el escudo del arzobispo cuando apareció Pittini. Después de algún cambio de observaciones Faccín se animó a decirle:

—¿Sabe usted que muchos sacerdotes no están conformes con su elección?

—¿Por qué?

—Porque Usted es extranjero. Esperaban a uno de ellos...

—Tienen razón... Realmente yo no merezco ese honor. Pero el Santo Padre me ha elegido y yo trata-

ré de corresponder... Soy extranjero, pero aquí dejaré mis sudores y mis huesos... Me esforzaré en ser hermano mayor de mis sacerdotes, en ayudarlos y hacerles menos pesado el sagrado ministerio.

Evidentemente lo que más le preocupaba de la grey diocesana eran los sacerdotes. A los pocos días de su asunción a la cátedra, el 19 de diciembre de 1935, su antecesor, monseñor Nouel festejaba las bodas de oro sacerdotales. Pittini adhirió calurosamente a los actos programados y los auspició con una circular sobre los valores del sacerdocio católico.

Pero ciertamente debió efectuar un examen numérico y cualitativo de su clero. Las estadísticas eclesásticas y civiles de esa época no son un dechado de perfección, pero ofrecen aproximaciones que, aunque dejen un resquicio para la duda, no parece que invaliden los juicios principales que se formulen. Actualmente la opinión generalizada es que en esos años se disponía de **poquísimo** clero y cuando se la traduce a números estos resultan ínfimos.

Por eso, a primera vista, puede sonar exagerada la afirmación de J. Verschueren (*La Republique d' Haïti*) cuando asegura que en 1932 había en Santo Domingo 58 parroquias y 13 capillas urbanas con un total de 64 sacerdotes, casi todos nativos. Sin embargo parecen darle razón los recuentos, fáciles de practicar, por ejemplo, en listas o grupos fotográficos de los ejercicios espirituales del clero, publicadas por la Verdad Católica. El Boletín Eclesiástico de diciembre de 1935 confirma estos datos: según él, en ese momento había en la República 12 vicarías, 57 parroquias y 45 párrocos, algunos religiosos. Estos últimos son 4 capuchinos,

6 claretianos con 21 seminaristas diocesanos, 6 agustinos recoletos, 4 misioneros canadienses del Sagrado Corazón y 3 salesianos. Podrían sumarse también los Hermanos de La Salle y las congregaciones femeninas.

Simplificando cifras puede quedar firme, sin notable margen de error, que al asumir Pittini la cátedra arzobispal contaba con unos 50 sacerdotes diocesanos y 20 regulares. O sea, un sacerdote por cada 22.000 habitantes.

Los censos civiles, por otra parte, denunciaban que los 1.157 vecinos y 9.648 esclavos de 1606, se habían convertido en 1.479.417 habitantes, 44 por kilómetro cuadrado, guarismos que se van a triplicar en el lapso de los próximos 10 años. El 98.47% de la población se consideraba nativa. La mitad de los extranjeros eran haitianos y tras este grupo seguían en importancia los ingleses. El 98.25% profesaba la religión católica y el 73.51% era analfabeto. Las tasas de crecimiento se acercaban a las más elevadas del mundo (46 por 1000) y cuadruplicaban a los índices de mortalidad (13 por 1000).

Si el panorama cuantitativo del clero dominicano no aparecía regocijante, un examen más prolijo descubriría otros índices vitales bastante deteriorados.

La principal dolencia canónica acometía a los clérigos locales por dos tipos de irregularidad: el amancebamiento y el comercio o simonía.

La primera impresión deprimente que acusó el arzobispo fue la indiferencia, desdén y hasta menosprecio con que se encaraban estos temas en los niveles populares. Al llegar a Hato Mayor, por ejemplo, recibió

denuncias sobre las fechorías de un hijo del cura, que apedreaba los techos. En otra localidad, y visitó hasta el último villorrio del país, elogiaban la hombría de un eclesiástico que se había tiroteado por cuestiones de faldas. Aquí le presentaban a un novio o a un confirmando, del que denunciaban como si tal cosa el origen sacrílego. En Bonao le señalaron a un sacerdote, contrincante amoroso de Petán (José Arismendi Trujillo Molina) dispuesto a batirse con el caudillo por una misma prenda. En la ciudad de Santo Domingo suurraban el nombre de un ministro del gobierno, cuya paternidad o ascendencia atribuían con motivo a un alto prelado...

Algo parecido ocurría con los dados escandalosamente a la bebida o metidos en el manejo de los negocios.

Después de este chapuzón Pittini se puso a enfriar la cabeza para calibrar el problema y reducirlo a su estricta dimensión. Volvió a visitar toda la diócesis. Vivió meses en la carretera. Puso bajo lupa a todas las parroquias, escuchó cargos y descargos, se hizo acompañar por sacerdotes y laicos criteriosos, efectuó comprobaciones y al fin estableció una pauta inamovible: **Borrón y cuenta nueva. Pero de aquí en adelante, basta.** Sembró y hasta derrochó, amonestaciones paternas, inspecciones oculares e inesperadas, misiones de terceros, etc. Pero luego de un tiempo razonable procedió enérgicamente. Sobretudo al volver del primer viaje de propaganda por el faro de Colón, que aprovechó como pausa para dar tiempo a ciertos cambios de rumbo. En esto, como en política y otros pacientes menesteres, sabía acercarse peligrosamente al límite; pero en el momento crítico elegía siempre la Iglesia y la dignidad.

Se publicaron entonces en los órganos eclesiásticos sentencias judiciales y administrativas sobre unos siete u ocho casos, considerados irreducibles, y que se cerraban con penas canónicas. Estos datos nos permiten colegir que la problemática debía ser algo más amplia y podría abarcar por lo menos de un 15 a 20 por ciento del clero diocesano.

También en el rubro negocios indebidos se aplicaron sanciones episcopales por contumacia o rebeldía.

A algunos extranjeros los devolvió a sus diócesis de origen y se los alejó del país y varios nativos ahorcaron los hábitos.

Por otra parte era fácil comprobar que la mitad de los sacerdotes diocesanos sobrepasaban los sesenta años y que el seminario producía insignificantes relevos.

Con todo, los males de la cleratura no se agotaban en las deformaciones que venimos describiendo. También influía en los efectos evangélicos el volumen de clérigos que actuaban en política oficial y no se incluyen en este porcentaje de más de un 5% a los que debieron aceptar puestos como carga pública, insoslayable en los tiempos que corrían. La deficiencia de estos clérigos se computaba en el tiempo que dedicaban al menester político y a cierto grado de mundanización que los alejaba de las tareas específicas. Pero en este sector pululaba otro fermento más riesgoso que, en general no surgía de los que ocupaban prominentes cargos nacionales o locales, sino de los autocandidatos a la promoción. De este grupito le sobrevinieron al arzobispo los peores disgustos, porque los expectantes a las

gracias del regimen ardían por acreditar méritos e incurrían en el juego del reporte y la delación. Pittini no podía mover una paja o emitir una opinión sin que se enteraran las altas esferas. Cuando advirtió el espionaje se retrajo totalmente y si no tenía más remedio que efectuar consultas, las limitaba al círculo reducidísimo de Pou Henríquez, Octavio Beras y el arquitecto Humberto Ruiz Castillo.

En materia de apreciaciones de actos oficiales, sólo se permitió algún comentario con sacerdotes extranjeros como Sixto Pagani, Enrique Mellano, Robert Haymus o Sister Susanne O.P., que le hizo de chofer en las circunstancias políticas más difíciles. Cuando cambió la moda política muchos de sus detractores afirmaron con admirable soltura que nunca oyeron al arzobispo observación alguna al trujillismo y lo motejaron de **Mario Fermín Pittini, o de más movilidad que el mercurio en pro de la causa de su señor, que no era Dios, sino Trujillo.** Las frases subrayadas han sido copiadas textualmente de algunas apreciaciones escritas en difundidos folletos.

Finalmente se podían concentrar en un solo bloque los ignorantes (de un cura de Moca se afirmaba, tal vez con exageración, que no sabía ni el catecismo), los xenófobos ya citados y los descolocados por su afiliación a la masonería, cosa bastante común, o por fastidios personales con el arzobispo u otros motivos que los unificaba en la oposición. Uno de estos afirmaba fanfarronamente en rueda de amigos que **tenía un garrotico para romperle las costillas al viejo**, así apodaban a Pittini, cuando cayera Trujillo.

Este ambiente engendró una atmósfera tan de-

sagradable que hubo gente que rehuía del arzobispo y otra que echaba por la tremenda todas sus actitudes. Sirvan dos hechos para ilustrarlo. Años después, el **Chelo Sánchez**, dirigente opositor a Trujillo, entrevistó a Pittini reservadamente junto con otros abogados. Al salir de la reunión exclamó con fastidio: **Nunca perdonaré al clero dominicano que nos haya presentado tan mala imagen del arzobispo y que nos haya hecho perder tanto tiempo sin conocerle.**

En junio del 37 agonizaba monseñor Nouel. Pittini lo visitó afectuosamente y le administró los últimos consuelos religiosos. En esa ocasión el ex arzobispo de Santo Domingo susurró al oído de Pittini: —**Monseñor cómo es bueno morir!**

Falleció el día 26 a las 2 y 25 de la madrugada.

Una de sus últimas voluntades fue ser enterrado en la iglesia de la Altagracia. Y entre sus cosas se encontró una placa mandada grabar ocho años antes, cuando era arzobispo de Santo Domingo y padecía una grave enfermedad cuya leyenda decía más o menos lo siguiente: **Aquí yace el arzobispo de Santo Domingo, que no quiere honras sino oraciones...**

Mientras se preparaba la inhumación, Pittini hizo un comentario que podría concretarse así: **Pobre Monseñor Nouel, había preparado su placa para morir como arzobispo de Santo Domingo... Ahora tendría que corregirla porque ya hay otro en su lugar... De propina hay que subsanar algunas disposiciones del canon 1205, para cumplir su voluntad de ser enterrado en el templo...**

No lo hubiera dicho. Se encrespó una tempestad en contra de un **monstruo del egoísmo y de la indiscreción.**

Después de este croquis de sombras parece un eufemismo la apreciación de J. Verschueren: **El exterior de ciertos eclesiásticos dominicanos contrasta con el ascetismo de los sacerdotes franceses de Haití.**

Sobre este fondo gris resaltan el celo y virtud de un grupo espléndido de sacerdotes. **Honrosísimas excepciones**, declara Pou Henríquez, **cumplían sus deberes sacerdotales y cooperan con él en la intensa labor que tuvo que sostener para crear un ambiente de dignidad y trabajo constructivo.** Entre la gente mayor sobresalían por sus virtudes y empresas Eliseo Pérez Sánchez, **Camarero secreto y supernumerario de Su Santidad**, que pasó a ejercer eficaz apostolado en la parroquia del Sagrado Corazón de Moca; Francisco Fantino, fundador de planteles educativos y administrador del Santuario de Cristo Rey en el Santo Cerro que Pittini consagrara el 13 de septiembre del 36, y otros más. El grupo joven tenía su principal exponente en Octavio Antonio Beras, capellán del Hospicio de San Vicente, del colegio Sagrado Corazón de Santiago y párroco de Nuestra Señora del Carmen. Pittini lo llamó muy pronto a la secretaría general de la minicuria que lo auxiliaba, para sustituir al padre Eduardo Ross, y en la que Oscar Robles Toledano, ordenado en Roma el 25 de octubre del 35, ocupó la prosecretaría. Beras deseaba de corazón mantenerse en el ministerio de la parroquia, a causa de una promesa formulada en Roma por un problema de salud, pero Pittini lo fue poco a poco asociando al gobierno pastoral. Lo llevó de acompañante a numerosas misiones apostólicas y cuando se retiró el padre José Bernard lo encargó del Boletín Eclesiástico y de las publicaciones católicas... Hasta que un día, al volver

de Bayaguana le comunicó a Pou Henríquez:

—Sabe Lulú, que estoy pensando en mi sustituto..

—Usted tiene muchos años de vida, Monseñor.

—Pero no de vista... Y estoy poniendo el ojo en Octavio Antonio. Lo tengo que preparar para arzobispo, a pesar de su resistencia. Ayúdeme a convencerlo.

Y desde ese momento no hizo casi nada sin darle intervención a Beras.

Con este núcleo Pittini fue vertebrando eclesiásticamente al país. Insufló nuevas fuerzas y entusiasmos en la Acción Católica, vitalizó la prensa y las publicaciones de la curia, Boletín Eclesiástico, La Verdad Católica y La Acción Católica y esbozó un plan de vasto alcance, consistente en animar y ampliar el actual seminario y atraer a congregaciones religiosas, educativas y misioneras.

Necesito sacerdotes, como agua el campo, respondió al superior de los padres canadienses de Scarboro cuando le transmitieron sus deseos de trabajar en Santo Domingo.

Meticuloso como era inició los trabajos posibles y programó los que necesitaban otros apoyos. Gran parte de ellos recibieron el cúmplanse en la visita **ad límina** que **gracias al código** pudo efectuar al Santo Padre y a los dicasterios romanos en abril de 1939.

Pero desde los comienzos la mayor de las solicitudes las consagró al Seminario Conciliar Santo Tomás de Aquino y a sus dos docenas de seminaristas. Lo visitaba todas las tardes que estaba en la ciudad. A eso de las ocho de la noche se llegaba hasta sus puertas. Lo

hacía caminando, solo o acompañado de viejos o nuevos amigos. Uno de los más asiduos era don Octavio Beras, padre del futuro arzobispo. Entraba en el salón de estudio o a la capilla y enseguida daba a los jóvenes estudiantes una charla que duraba de veinte minutos a media hora. Luego salía con ellos al patio y se entretenía paseando con el grupo, camino de la portería, e interesándose por cada uno de ellos. A la mañana bien temprano les solía rezar la Misa en la Catedral. Así fue aumentando y perfeccionando gradualmente a su clero que en ocasión de la revolución cubana sufrió un brusco crecimiento, debido a la cantidad de sacerdotes que se refugiaron en la arquidiócesis.

9

El Quinquenio Fundamental

La primera circular del arzobispo Pittini anunció un plan de labor claro y nutrido: evangelización personal y popular de la arquidiócesis para llevarla a Cristo por la palabra, la gracia y los sacramentos.

Para ello descontaba la contribución de los sacerdotes, de la acción católica y del pueblo todo.

Como no era hombre de diluirse en especulaciones estériles, al instante puso manos a la obra con los elementos que tenía a su alcance. Y sobre la marcha señaló metas de mediano y largo plazo y escogió los instrumentos para alcanzarlas.

Con el escaso clero que disponía concentró todos sus esfuerzos en los nucleamientos de Acción Católica. Era la herramienta de formación y apostolado oficializada por el Papa Pío XI.

Esta entidad que no pasó inadvertida a la mente iluminada de nuestro predecesor, monseñor Nouel, afirmó Pittini en 1941, ni al celo de monseñor Pérez Sánchez, debe ser la matriz de nuestras obras de apostolado.

En efecto monseñor Nouel, auxiliado por los padres capuchinos, principalmente por fray Leopoldo María Ubrique, había bendecido el nacimiento de **la participación del laicado en el apostolado jerárquico de la Iglesia.**

En agosto del 35 un núcleo de dirigentes practica-

ban ejercicios espirituales en el colegio Lasalle de la capital dominicana. Y un mes después, el 15 de septiembre, Eliseo Pérez Sánchez ajustaba la organización a las disposiciones trazadas en la circular N° 30.

Sobre esta plataforma, reconstruyó Pittini los cuadros activos del laicado, y extendió el campo de la acción católica a todo el país, al que insufló nuevo espíritu y nuevos entusiasmos.

Las parroquias renovaron o crearon centros de irradiación catequética, social y religiosa con la participación de los laicos asociados a la misión pastoral. En Santo Domingo se instaló el núcleo directivo formado por las personas más distinguidas en preparación y testimonio cristiano.

De acuerdo a las directivas arzobispaes las manifestaciones públicas tanto en el centro como en la periferia, solo tenían por objeto llamar a los remisos y dar impulso al trabajo personal y formativo. Exteriorizaciones de tal monta como los Congresos Eucarísticos zonales (de La Vega en junio del 37, del Cibao en abril del 38, de Azua en abril del 40, de Sánchez en septiembre del 40 y de Higüey) fueron ejercitando a las falanges católicas en estimulantes movimientos colectivos y, al rendir cumplido homenaje a Cristo Eucaristía, enfervorizaron al pueblo y lo prepararon para el gran Congreso Eucarístico Nacional.

Semejantes manifestaciones nunca vinieron signadas por orgullos triunfales. Sólo querían ser proclamación evangélica y **predicación sobre los techos**, ilustración de ojos y gancho para atrapar a los candidatos a la iniciación.

Por eso la catequesis bullía en todos los niveles. El

mismo Arzobispo dictaba un ciclo de conferencias en la Universidad Nacional y todos los domingos predicaba con un plan catequético en su concurrida Misa de 12 en la catedral.

Muchas publicaciones mostraban la gallardía de su pluma. La Verdad Católica, semanario dominical creado por Pérez Sánchez el 8 de junio de 1935, transformada en cátedra arzobispal, se llenó de homilías, comentarios e instrucciones, dirigidas principalmente a la Acción Católica. Y tanto fue así que al fin el periódico cambió de nombre y se llamó directamente La Acción Católica. Igualmente se ocupó del Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis reservado a la información y actualización sacerdotal. Para ello en marzo del 38 entregó la dirección a Octavio Antonio Beras con una carta de instrucciones operativas.

Y hasta ideó y auspició una editorial de inspiración católica, dirigida por sacerdotes y laicos, que moviera el apostolado del buen libro y de la buena prensa.

Por todo esto, años después la Nunciatura subrayará en un documento oficial referente a la actuación de Pittini que **no se podrá olvidar la ingente labor arzobispal llevada a cabo por la prensa.**

Tampoco desestimó las manifestaciones de la religiosidad popular, pero trató de inyectarlas con madurez cristiana. Fomentó la erección de ermitas y alentó las peregrinaciones tradicionales, mientras advertía, por ejemplo, en La Verdad Católica del 22 de enero de 1938 que: **Llevar encima una medalla o una imagen de la Altagracia es cosa buena. Peregrinar a un santuario es cosa buena. Pero si se pretende terminar allí nuestro catolicismo, estamos del todo equivocados y nues-**

tra devoción adquiere todos los caracteres de una superstición... “La devoción sin la acción no basta, explicaba en mayo del 41...

En los días de semana y **mientras tuviera gasolina y salud**, visitaba a todas las parroquias y pueblos de la arquidiócesis, en el Buick que guiaba Ramoncito, fiel chofer que para 1940 había recorrido más de 102.000 kilómetros en compañía del arzobispo. Con él confería sobre los más variados problemas. —**Miren que sabe este Ramoncito**, solía exclamar Pittini cuando se trenzaban en amable discusión.

La dinámica de la nueva organización laical asumirá caracteres de potencia y lo llevará a crear la Federación de la Juventud Católica cuya asesoría entregará a Beras...

Una pausa muy breve la determinó el periplo sudamericano que efectuó **en misión oficial para la pronta realización del Faro de Colón**. Cuando lo anunció a los periodistas el 28 de febrero de 1937 pudo asegurar: —**Hablaré con orgullo en todas partes de nuestra acción católica...**

La edificación del faro colombiano obedecía a una vieja aspiración aprobada por la 5ta. Conferencia Internacional Panamericana de abril de 1923, a propuesta del delegado norteamericano Williams Pawley. El decreto recomendaba **a los gobiernos del continente honrar la memoria de Cristóbal Colón, descubridor de América, con la erección de un faro monumental, llamado de Colón, sobre la costa de la ciudad de Santo Domingo**, que sería costeadado por los gobiernos y pueblos americanos.

Seis años después el gobierno dominicano organi-

zó en Madrid un concurso mundial de proyectos arquitectónicos. Se presentaron 455. De ellos se eligieron diez cuyos autores fueron invitados a nueva oposición, clausurada el 31 de octubre en la ciudad de Río de Janeiro. El premio mayor correspondió al joven proyectista inglés, oriundo de Nottingham, J.L. Gleave. El artista ideó una gigantesca cruz yacente, cuyo brazo mayor medía 350 metros de largo y el transversal 120. La altura máxima se alcanzaba gradualmente a los 60 metros del suelo y venía coronada por dos potentes faros. El proyecto fue aprobado por la Sociedad de Naciones en 1931; en 1933 la conferencia Panamericana de Montevideo le testimonió su adhesión y la maqueta fue laureada en 1945 por la organización de las Naciones Unidas en San Francisco. En Santo Domingo se había organizado un Comité pro Faro de Colón que hasta comienzos de septiembre de 1939 presidió Ernesto Bonetti Burgos. En esa fecha y ante la renuncia del titular fue elegido presidente por unanimidad monseñor Adolfo Alejandro Nouel.

Pittini, tan devoto de Colón, una vez ubicado en el cargo pensó en revitalizar el proyecto. El 12 de Octubre de 1939 invitó al pueblo a adherirse al acto pro **Faro de Colón** que presidiría el **honorable presidente**. Luego sugirió a las autoridades una gira de buena voluntad para interesar en la materialización de la idea a todos los gobiernos de América. El gobierno dominicano aprobó la insinuación y dispuso los fondos y nombramientos indispensables. La oportunidad venía de perlas para otorgar plazos y permitir resoluciones a algunos clérigos puestos en observación y, de tejas abajo, para vacaciones útiles para el arzobispo. **Debo confesar, escribe Pittini, que junto al motivo público, yo tenía otro**

personal, pero muy poderoso: de poder visitar de nuevo, después de diez años las personas y lugares, escenario de lo mejor de mi vida salesiana.

Entregó el gobierno a Eliseo Pérez Sánchez, rezó una Misa de despedida en la Catedral y partió por vía aérea el 28 de febrero a las 16. Tocó Puerto Rico, Trinidad, Belén, Recife, Río de Janeiro, San Pablo, Corumbá, Asunción, Buenos Aires, Montevideo, Santiago de Chile, Lima, Guayaquil, Panamá, Kingston y retornó a Santo Domingo. Vió a los presidentes y cancilleres de todos los países visitados, menos de Argentina y Brasil, cuyos primeros Mandatarios estaban ausentes de su sede. Recorrió 30.000 kilómetros y el 14 de mayo estaba de vuelta en casa. Las presidencias y cancillerías de toda América abrieron las puertas de par en par al embajador dominicano; pero su incomparable simpatía y condición de salesiano le franquearon los corazones de todos sus interlocutores.

En Río de Janeiro, anota en sus Memorias, la conversación (con el canciller) se tornó enseguida a las grandes misiones del Matto Grosso y del Río Negro. . . El coronel Franco, presidente del Paraguay y héroe de la guerra del Chaco, se refirió luego a la participación heroica de los salesianos en esa ruda campaña, a las muchedumbres de alumnos y exalumnos de nuestros colegios. . . y a la misión entre los indios del Chaco.

En Buenos Aires el nombre salesiano es tan familiar y corriente que formó el tema principal de nuestra conversación. . . El doctor Espalter, ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, ex alumno de nuestro colegio Pío, me llevó a la residencia particular del presidente Gabriel Terra y cuál fue mi sorpresa al encon-

trarle en conversación íntima con Luis Alberto de Herrera su opositor... Felicité a ambos por la reconciliación... y en seguida se trató de la obra salesiana. En Santiago de Chile, el director de El Mercurio, ex-alumno salesiano... me llevó al Palacio de la Moneda, donde fui recibido por el presidente Alessandri, quien se extendió en grandes elogios de la obra salesiana en todo Chile, desde el norte hasta Magallanes. El general Benavides, presidente del Perú... me colmó de atenciones por ser yo salesiano... El doctor Arosemena, presidente de Panamá me habló con verdadero cariño de la obra de los salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora...

El único presidente de América que no conocía la obra salesiana y que visitó en oportunidad inmediata era Franklin Delano Roosevelt. Recibiéndome, sigue Pittini, en presencia del Embajador de la República Dominicana y de Mr. Summer Welles subsecretario de estado... con una cordialidad que se reflejaba en el rostro y en su franca sonrisa. Me dijo: Su visita, señor Arzobispo, renueva el placer de la del arzobispo de Chicago, Cardenal Mundelein, quien vino ayer a despedirse antes de ir al Vaticano. Le pedí que llevase mi afectuoso y respetuoso saludo al Santo Padre Pío XI...

La conversación giró a otros temas hasta llegar al monumento a Cristóbal Colón. Después le dije textualmente: Señor Presidente, ha sido un gran bien la substitución hecha por Ud. de la política de "Buen Vecino" en lugar de la del "Big Stick" de sus antecesores. Con esto ha mejorado la atmósfera Interamericana. Empero las políticas, señor presidente varían como las nubes... si no tienen una base firme. ¿Cree Ud. señor presidente que para su política... puede haber una base más firme que los brazos de la santa Cruz?

Hubo unos instantes de silencio que él interrumpió diciendo: La idea del monumento en forma de cruz me halaga de tal manera que no quiero dejar mi cargo sin verla realizada.

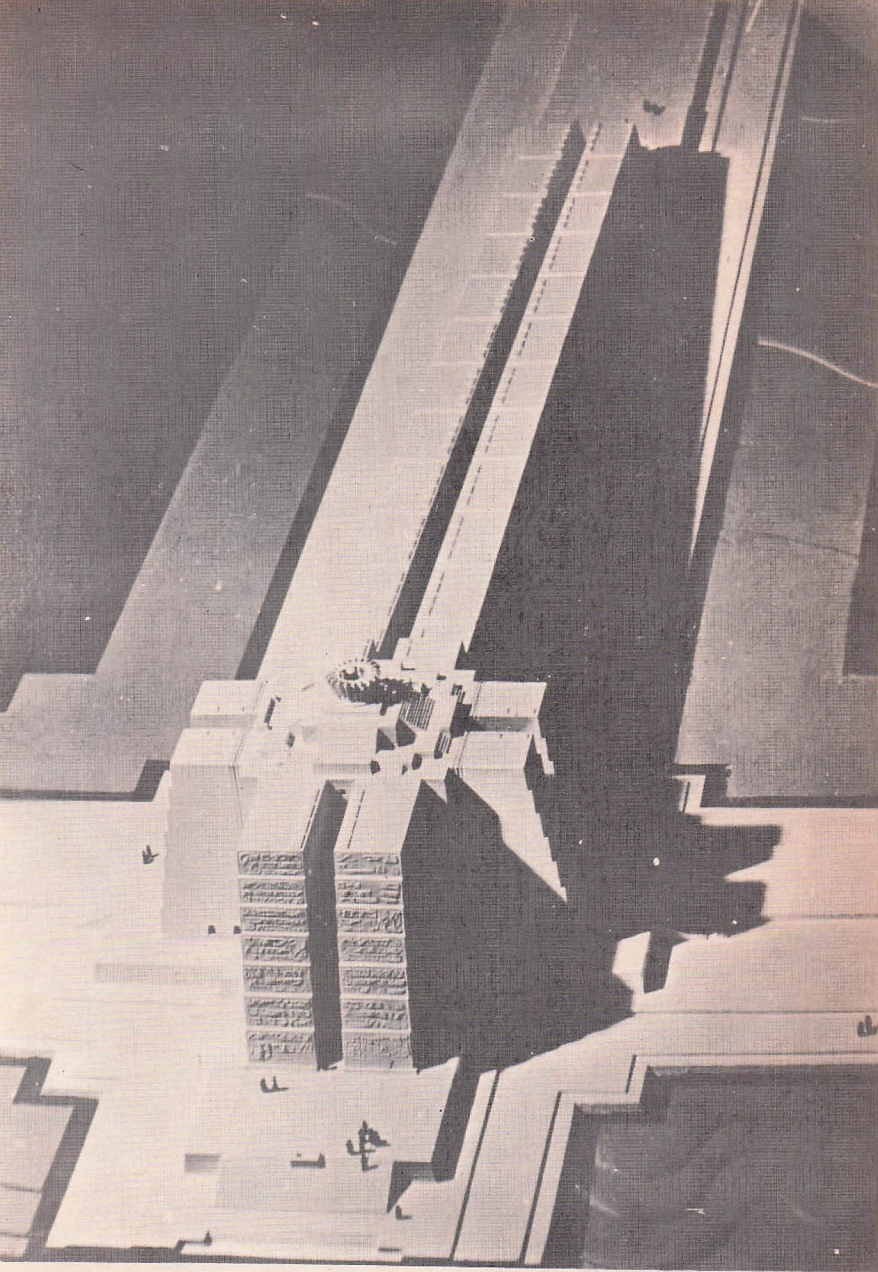
El peso de la guerra mundial y de lo que a ella siguió tronchó antes de tiempo la vida del gran hombre de estado.

Visitó con especial cariño las misiones del Chaco paraguayo y pudo abrazar a su amigo Tomasito. En Buenos Aires dictó conferencias en el Círculo de la Prensa y en el Jockey Club.

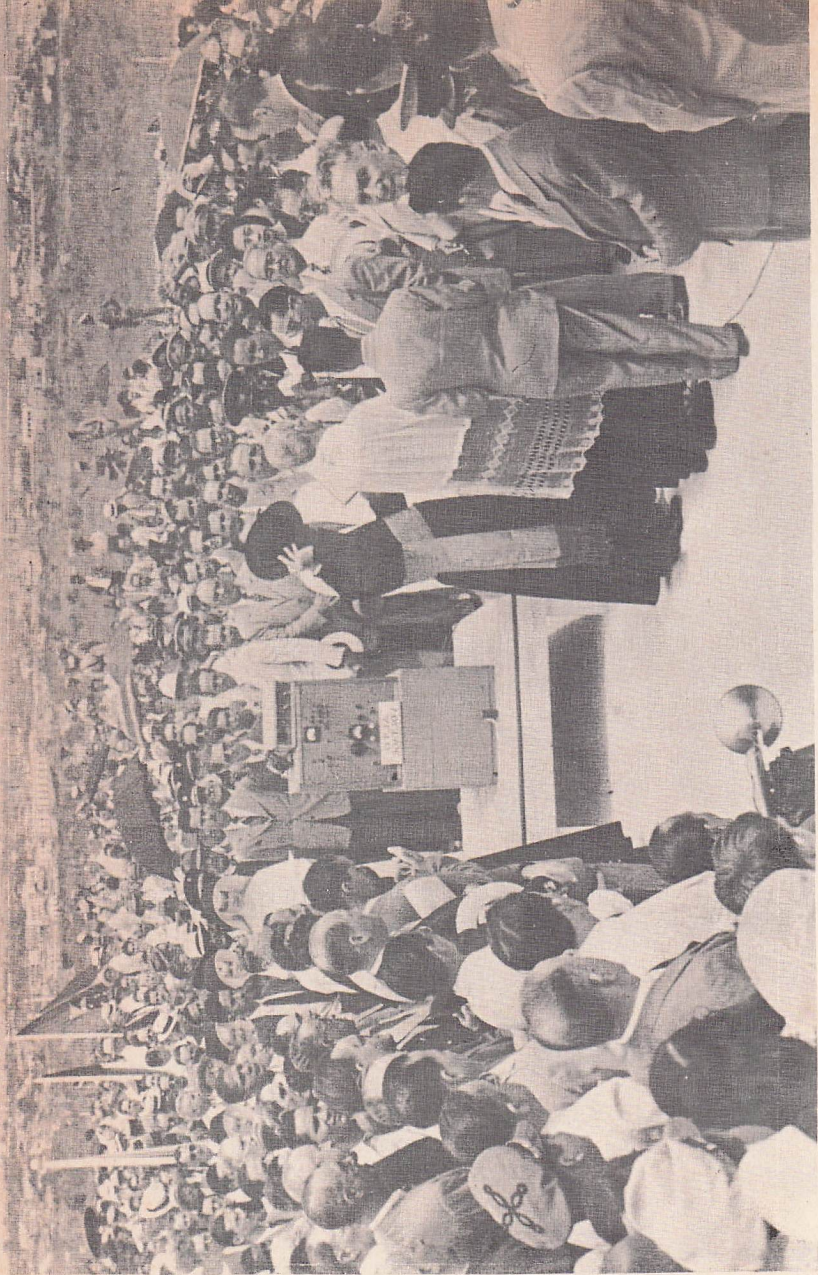
En Montevideo se vio inundado de amigos, exalumnos y cooperadores. A pesar de que en esos días ocupaban los grandes titulares de la prensa el desastre del Hindenburg, el cerco de Bilbao por las tropas franquistas y la consabida cuota trujillesca, La Opinión, después de algunos sueltos, comentó editorialmente el viaje, y el Listín Diario que lo siguió bastante de cerca durante el recorrido, el 14 de mayo del 37 dedicó un amplio reportaje al arzobispo.

Muchas circunstancias se conjuraron en contra del Faro. Las mayores fueron la segunda guerra mundial ya mentada y las feroces luchas de Trujillo y sus opositores. Con todo en 1944, al conmemorarse el centenario de la independencia dominicana, el legado pontificio que asistió a los festejos, monseñor José Beltrame, bendijo la piedra basal que no llegó a crecer.

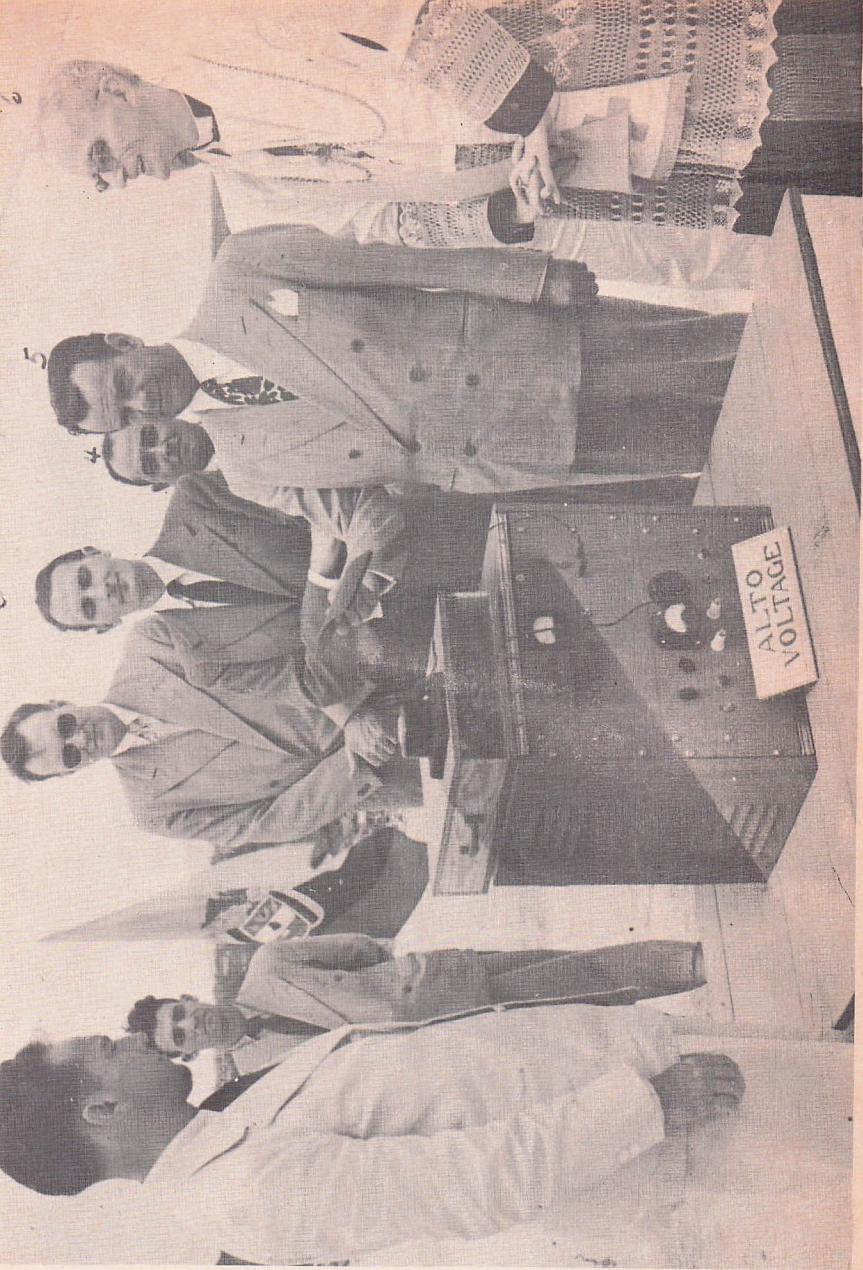
La descripción de este viaje exhibe en sus Memorias algunas facetas imposibles de olvidar. En primer lugar el conocido encanto que siente por Don Bosco y



Proyecto del FARO a COLON en Santo Domingo, que Mons. Pittini patrocinara en dos giras por toda América, en los años 1937 y 1948. (Cortesía del Diario, El Caribe)



Inauguración de los trabajos del Faño y bendición de los mismos, impartida por Mons. Pittini - 28 de Mayo de 1948. (Cortesía del Diario El Caribe



Preparativos para la nivelación de los terrenos donde se ubicaría el Faro a Colón. El No. 3 es el Ing. Gleaves, autor del proyecto que ganó el concurso. El Sr. Jesús M. Troncoso Sánchez, cerró el circuito con energía atómica - para uso pacífico.



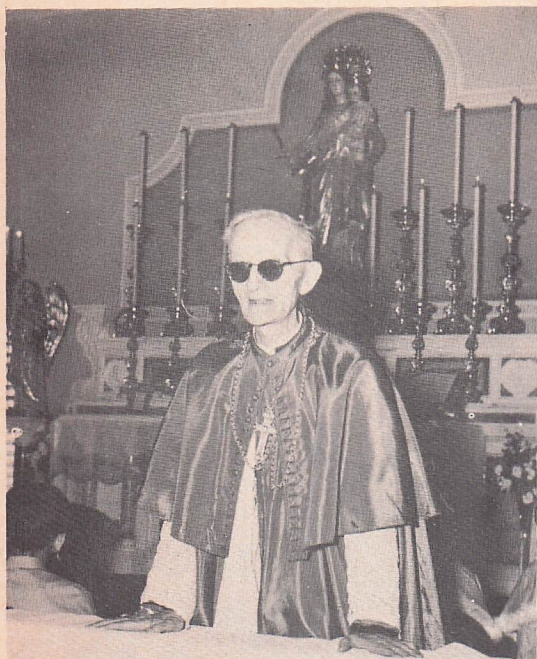
El Primer Santuario de la Altagracia en Higüey, que durante varios siglos fué meta de peregrinaciones y centro de la devoción a la Virgen.



Santo Cerro, Santuario a la Virgen de las Mercedes, Patrona principal de la República, también meta de frecuentes y devotas peregrinaciones.



Interior
del antiguo
Santuario
de Higüey.



Inauguración
de la Capilla
de Marfa
Auxiliadora



Antigua iglesia parroquial del Corazón de Jesús de Moca R.D.-1934.



Santuario al Sagrado Corazón de Jesús, que vino a sustituir la igle-
sita de madera, debido al celo y constancia del Rdo. P. Antonio
Flores, Cura Párroco, a quien Monseñor alentó y bendijo para con-
vertir en realidad un sueño por tanto tiempo acariciado - 1948-1956.



El Santo Cerro con su Santuario a la Virgen de las Mercedes. Al fondo se ve el valle de la Vega Real. Lugares Históricos desde los tiempos de Colón.

su obra, cuyos caminos recorre por los cielos de América tras la ruta de los ensueños del padre y las huellas trazadas por los pies apostólicos de sus hijos salesianos. En segundo lugar por la exquisita sensibilidad estética que trasunta. Tal vez en el fondo, refleja la nostalgia de la vista perdida que ya lo acompañaba al dictar sus Memorias.

Entre los recuerdos de este viaje no puedo dejar en la pluma, comenta, tres magníficos espectáculos de la naturaleza que me fue dado contemplar y admirar. También en la visión profética de Don Bosco se destacan las maravillas del suelo americano...

Al caer el día llegamos (en vuelo) al estuario del río Amazonas en el preciso momento en que el sol iba al ocaso... Ocaso de reyes... He visto muchas puestas de sol en mi vida; ninguna como esta. El disco del sol agrandado por los vapores de la atmósfera bajando en el horizonte con un cortejo de nubes de colores tan vivos y variables que se iban diluyendo con la distancia... Al mismo tiempo en contraste con el ocaso del sol contemplaba allá abajo la entrada tumultuosa en el océano del rey de los ríos. Una línea de espuma proyectada en forma de arco sobre el vasto estuario era la expresión elocuente de la lucha gigantesca entre las aguas del río y la resistencia del mar...

Junto al Aconcagua... el avión sube y sube, dejando a nuestras espaldas el verdor y el perfume de los viñedos para avanzar hacia la altura... sobre un indescriptible escenario de cumbres que surgen sin una señal de vegetación entrecortadas por valles arenosos distinguíase como una expresión de vida la estatua del Cristo de los Andes y a mano derecha subía hacia el cie-

lo la cumbre del Aconcagua cubierta de cándida nieve y por uno que otro espejo de lagos perdidos en aquella inmensidad. Allá abajo en aquella vasta desolación en pleno verano...

Así desfilan por sus recuerdos, las bahía de Río de Janeiro, **maravilla de la naturaleza y el arte**, las neblinas de Arica, el valle de Arequipa, las tempestades del istmo de Panamá...

Llegó a Santo Domingo justo para gozar de las alegrías del grandioso Congreso Eucarístico de La Vega que congregó 18.000 fieles bajo la égida de Pérez Sánchez; para sufrir la tristeza del fallecimiento de monseñor Nouel el 26 de junio y para palpar la realidad hosca de las medidas disciplinarias que había aguantado hasta la fecha. Pero también lo esperaban acontecimientos desacostumbrados que se desarrollaron a fines del 37 y comienzos del 38.

Con Trujillo siempre había que estar dispuesto a lo insólito. El Listín Diario del viernes 8 de octubre de 1937 anunciaba que **después de haber pasado varios días en importantes regiones del Cibao, regresaba el presidente...** Y nada más Parecía un informe de rutina. Pero, y se supo años después, parece que el 2 de octubre había inspeccionado la frontera en Dajabón, pequeña población limítrofe en la zona norte que el río Massacre separa de Ounaminthe, poblado haitiano de la otra margen. Luego había sido agasajado en Monte Cristi en la casa de una de sus amigas, Isabel Mayer, y en reunión pública había declarado en términos violentos que ya no resultaban tolerables las violaciones de la frontera. En ese momento político las relaciones de Stenio Vicent con Trujillo aparecían como brillantes.

No hacía mucho, ambos presidentes habían sido propuestos en conjunto para el premio Nobel de la Paz por entidades oficialistas dominicanas. Debe también notarse que en la frontera del Massacre, además de las tensiones históricas de larga data, obraban poderosos factores demográficos y económicos. La industria azucarera dominicana multiplicaba el fenómeno. Picadores de caña y braceros haitianos invadieron pacíficamente los ingenios del este y se establecieron más acá de la frontera. Lamentablemente con ellos avanzó el creole, el vudú, el analfabetismo, la sífilis y otras yerbas. Las autoridades dominicanas avisaron repetidamente a los desplazados que debían volver a su tierra y ahora Trujillo lo reafirmaba enfáticamente.

La prensa capitalina no dejó traslucir nada anormal. Durante el mes de octubre se ocupó ampliamente de las actividades presidenciales, de la recolección de firmas para que Trujillo aceptase la reelección, al concluir su segundo período de gobierno que acababa en agosto del 38; se refería además al discurso pronunciado sobre el Faro de Colón el 12 de octubre y en el que el generalísimo afirmó que, **la gigantesca bandera flotará sobre el mar Caribe, el mar de las peregrinaciones colombianas, reflejando en sus pliegues luminosos el ideal de la solidaridad americana.** Ocurrían además el cumpleaños del Benefactor y el de su hijo Ramfis y la campaña artificialmente agitada acerca de la conveniencia o inconveniencia del pedido de licencia para viajar al exterior que Trujillo había enviado al Congreso. Los espacios libres se rellenaban con amplios informativos sobre la guerra española y chino-japonesa o la película **Morena Clara** de Imperio Argentina. Sólo el viernes 29 de octubre asomó la noticia inesperada:

Importantes declaraciones del Honorable Presidente Trujillo en conexión con el pequeño incidente de la frontera norte. Y tras ella aparecían tímidamente algunos renglones de una carta del ministro de relaciones exteriores fechada el día 21:

Con el fin de crear división y odio entre dos pueblos... afirmaban, se agranda este pequeño incidente que no es ni podrá ser motivo de quebranto de relaciones... con Haití.

Mientras tanto cubría el cielo una espesa cortina de humo dorado. Los sentimientos patrios se exaltaban con la pormenorizada descripción del arriesgado vuelo panamericano emprendido por dos aviones cubanos y uno del país, en propaganda farista (por el Faro de Colón). El 12 de noviembre arribaron a Santo Domingo, camino de Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Perú... etc. Se produjeron ceremonias oficiales y religiosas y los valientes pilotos prosiguieron su siempre publicitada ruta. Entretanto el 8 de noviembre, el mismo día en que uno de los aviones panamericanos se estrellaba en Panamá, el gobierno solicitaba al fiscal que dictaminara sobre los **pequeños incidentes** (el adjetivo nunca falta) **de la frontera norte.**

Los que solamente leían diarios dominicanos no podían imaginar en qué consistían estos **pequeños incidentes.** El 9 de noviembre el Listín Diario publicó la primera nota oficial pretendidamente aclaratoria. Los **incidentes de la frontera,** decía, **no tienen en absoluto el carácter de un diferendo internacional, ni revisten una importancia y gravedad suceptible de quebrar las buenas relaciones creadas entre las dos repúblicas vecinas...** Pero en seguida el periódico deslizaba un suelto, tal vez más claro, al menos a contraris: el Congreso

nacional declaraba traidores a varios militantes de la oposición por efectuar declaraciones **desnaturalizando la verdad de los hechos**. Y de ahí no pasaba. No adelantaba especificación o rectificación alguna.

Como la prensa siguió ofreciendo información manipulada y el acontecimiento apareció como magnificado para deteriorar las brillantes relaciones mantenidas con Haití, Pittini pensó que la Iglesia tenía que salir en defensa de la paz y escribió al arzobispo de Puerto Príncipe. Le decía que después de visitar el propio país podía asegurarle que no hallaba en la República Dominicana animadversión alguna para los haitianos. **Los mismos hechos dolorosos, añadía, cuyo alcance está investigando la justicia, parecen haber estrechado más las relaciones de ambos países...** ¿Era posible que Pittini, asiduo oyente de los noticieros de la BBC de Londres no tuviera noticias ajustadas de los misteriosos y **pequeños incidentes fronterizos**?

Hay que confesar que aún hoy, si se examina exclusivamente la documentación oficial dominicana, el investigador llega a dudar de la existencia real de los hechos denunciados como matanzas de Haitianos, salvo que compulse referencias de apoyo. Curiosamente la primera mención internacional del hecho apareció en unos pocos renglones del **The New York Times** del 21 de octubre, a raíz de un comunicado originado en Jamaica que daba cuenta de un rumor de choques en la frontera dominicana en los que habrían muerto **varios haitianos**. Por otra parte el gobierno haitiano parecía no reaccionar adecuadamente. El 9 de octubre el representante de Haití en Santo Domingo entregó una nota denunciando genéricamente los hechos, e insinuando la duda de que pudiera existir alguna conexión entre

ellos y el gobierno dominicano. Solicitaba una investigación y la indemnización a los damnificados.

Después de largas conversaciones, el día 15, las partes llegaron a un acuerdo, que tampoco fue publicado. En él se **enaltecía la cordialidad de las relaciones** mutuas que no habían sido menoscabadas por el incidente **en el que, según informaciones no confirmadas, resultaron heridos varios civiles.** El gobierno haitiano persistía en sus tibias actitudes. Stenio Vicent, mientras recomendaba una razonable e imparcial objetividad, solicitaba la amable mediación de los Estados Unidos, Méjico y Cuba en el diferendo de la isla.

La agitación diplomática que empezaba a interesar al Continente, era acallada en Santo Domingo tanto por el silencio de la prensa, como por el ruido de un grandioso mitin con 22 oradores organizado para solicitar la reelección de Trujillo o de un desfile de 15.000 mujeres realizado el 16 de enero...

Favorecía a la situación de Trujillo el crítico panorama mundial, empañado por amenazas de guerra que amordazaban a los Estados Unidos. El jueves 13 de enero llegó a San Pedro de Macorís el Nuncio papal, Maurilio Silvani, comprometido en un esfuerzo para lograr que las cosas no pasaran a mayores. Se sucedieron discusiones en Nueva York, Puerto Príncipe y Santo Domingo. Y en un gesto teatral el 29 de enero Trujillo asumió personalmente el Ministerio de Relaciones Exteriores, cuyo titular, el licenciado Julio Ortega Frier negociaba en los Estados Unidos. El día 31, Nunciatura mediante, se obtuvo un acuerdo aceptable para las partes. Trujillo prometió abocarse inmediatamente a una investigación exhaustiva del **pequeño inciden-**

te y se obligó a pagar una indemnización global de 750.000 dólares que los haitianos debían repartir entre los deudos de las víctimas.

Sólo entonces los diarios dominicanos comenzaron a publicar más y más artículos, siempre en el mismo tono, sobre el incidente fronterizo. Hacían comprender que se trataba de una reacción impulsiva de algunos campesinos dominicanos que produjo el asesinato de 134 braceros haitianos. La policía había detenido a 60 implicados y la justicia condenaba a 18 culpables.

Los congresos de ambos países refrendaron el acuerdo y el gobierno encomendó su ejecución al arzobispo. El 25 de febrero monseñor Pittini, munido de la documentación correspondiente, voló a Haití con la primera cuota de compensación, un cheque de 250.000 dólares extendido sobre el **The National City Bank of New York** a favor del gobierno de Haití.

Para el arzobispo las dificultades no acabaron ahí. Podríamos afirmar que comenzaron. En Haití conoció parte de la otra cara de la moneda: El 2 de octubre, a tiros y machetazos, esbirros gubernamentales perfectamente organizados, habían segado la vida de innumerables campesinos haitianos infiltrados, en una operación sincronizada que abarcó desde el Massacre hasta Samaná. Se evitó cuidadosamente de tocar a nadie relacionado con empresas extranjeras. El número de víctimas era indefinido: se afirmaba que no menos de cinco mil y no más de veinticuatro mil. Luego se dijo que Trujillo en una fanfarronada había hablado de 18.000. Nunca se sabrá enteramente la verdad. Pero cuando tiempo después los salesianos comenzaron a cultivar la escuela agrícola de Moca, y este es un pequeño ejem-

plo, dejaron de arar un sector de zanjás porque encontraban restos humanos sin cuento.

Lo cierto es que Pittini volvió con otra imagen del suceso y el gobierno, que lo sospechaba, se mantuvo muy alerta. Cuando se cantó el **Te Deum** de acción de gracias en la iglesia Catedral, Monseñor dijo unas palabras alusivas a la paz reconquistada. Al término de la ceremonia una comisión Senatorial lo invitó casi compulsivamente a dependencias del cuerpo y lo sometió en forma elegante a un minucioso interrogatorio, mientras lamentaba la referencia episcopal a los peligros de una guerra.

Pittini no se dió por enterado ni otorgó ninguna importancia aparente al acontecimiento. Las colas se fueron perdiendo en los diarios y en la opinión. Los primeros ridiculizaron las cifras de muertos que algunos colegas del exterior fijaban en 8.000 y la opinión poco a poco fue olvidando el suceso. La dosificación interna de la noticia fue cuidadosamente regulada y el país, en el mejor de los casos, quedó por lo menos con la duda, apenas informado por rumores.

Por otra parte y ya agotado el episodio haitiano, el arzobispo veía con alegría y esperanza el asentamiento de la obra de Don Bosco en la arquidiócesis. No sólo por las vinculaciones familiares que lo unían a la institución o porque empezaran a cubrir el enorme sector de los jóvenes y niños más desheredados de la fortuna, sino también por las posibilidades potenciales de los salesianos, que él deseaba utilizar. En enero del 36 se inauguró el colegio Don Bosco bajo la dirección del padre José Raimondi que lo regentaría hasta el 8 de diciembre del 38. En esa fecha se hizo cargo de la dirección el padre Miguel Ceccobelli y comenzó a funcionar

con toda eficacia en todos sus niveles. Y el 24 de enero del 37 Pittini anunció públicamente la construcción del templo anexo de San Juan Bosco. Hasta ese momento las funciones litúrgicas se habían desarrollado en lo que hoy es el locutorio del establecimiento.

—Pongo a disposición de la obra, escribió Pittini en *La Verdad Católica*, cinco mil dólares depositados en el *The Royal Bank of Canada*. Es una Contribución extranjera que en estos días llegará a ocho mil. Cuando llegue a diez comenzará la obra...

Estos primeros dólares tenían su historia. Regresaba de la ciudad de Ponce, Puerto Rico, consigna Pittini en sus *Memorias*, y alguien me habló en el barco de dos sacerdotes americanos que luego encontré en el puente.

—¿De dónde son y cómo se llaman?, les pregunté.

—De la ciudad de Boston. Soy Ricardo Cushing, encargado de la oficina de la Propagación de la Fe.

—¿Ricardo? añadí, ¿Y Usted, padre?

—Ricardo Quinland, inspector de las escuelas católicas de Boston.

—Pues somos una trinidad ricardiana...

De esta comunidad brotó la pregunta del padre Cushing: —Monseñor ¿Está Usted proyectando alguna obra en su diócesis?

Efectivamente quisiera iniciar la construcción de un templo en uno de los suburbios más necesitados de la capital, dedicándolo a San Juan Bosco, fundador de la sociedad a que me honro de pertenecer.

—Si Usted se digna aceptar, pongo a su disposición para ello la suma de cinco mil dólares.

—Bien poco me cuesta dignarme aceptar, querido padre.

Así comenzó Pittini la construcción del Templo de Don Bosco en Santo Domingo y así nació la gran amistad que lo unió para siempre con el que luego fuera el Cardenal Cushing.

El 13 de octubre del 38 erigió canónicamente la Parroquia y designó titular al salesiano mejicano don Antonio Flores.

El 6 de marzo de 1939, durante su visita *ad limina* firmó un convenio con la Sociedad Salesiana que el Rector Mayor, don Pedro Ricaldone, rubricó el 9 de abril y la Sagrada Congregación del Concilio refrendó el 24 del mismo mes, por el que se entregaba a la Sociedad la parroquia de San Juan Bosco *ad nutum Sanctae Sedis* (mientras la Santa Sede lo considerara conveniente). Las obras edilicias continuaron sin pausa y el 30 de Enero de 1940, en horas de la tarde bendijo el nuevo recinto sagrado. Al día siguiente, fiesta de San Juan Bosco, celebró solemne pontifical.

Siempre en el mismo rubro, hay que tener presente que Pittini había transformado en propio un concepto de la formación educativa cristiana que había adquirido en el Uruguay, de labios y de la acción de monseñor Luis Lasagna: Las obras salesianas con sus dos ramas educativas paralelas de salesianos e hijas de María Auxiliadora, están destinadas a formar específicamente a los varones y a las niñas, pero apuntan a la integración de ambos sectores en la familia cristiana. De

ahí que no concebía el aislamiento de un colegio salesiano sin la compañía de uno de María Auxiliadora.

Por eso escribió a Trujillo en 1936: **Cuando me acerco a la escuela salesiana, goza mi oído derecho con la algarabía de centenares de niños; se entristece el izquierdo por la ausencia y silencio de las niñas. Ayúdeme a construir también para ellas un colegio.**

Casi al mismo tiempo escribió a la inspectora de Cuba, sor Esther Muga, para suplicarle que fundara una casa religiosa en Santo Domingo. **Quiero sólo cuatro hermanas, subrayaba Pittini; pero que valgan por diez. No quiero por ahora un colegio, sino que se dediquen completamente a los pobres y a la obra social.** El 30 de octubre de 1937 a las 10 de la mañana cuatro religiosas embarcaron en Santiago de Cuba: sor Adela Martín (española), sor Cristina Bustamante (mexicana), sor Teresa Lonardi (italiana) y sor María Zago (mexicana). Las acompañaba la madre inspectora. El 2 de noviembre a las 7 de la mañana el **Cuba**, que así se llamaba el barco, llegó al puerto de Santo Domingo. En el muelle las esperaba monseñor. Las llevó a la Catedral y les rezó Misa. Luego las acompañó en el desayuno y las presentó al nuncio Maurilio Silvani. Finalmente las instaló en su novísima casa de la calle Pepillo Salcedo (hoy San Juan Bosco), esquina doctor Delgado, al frente del colegio de los salesianos. En la tarde del día 5 inauguraron el oratorio festivo parroquial. El padre Flores las presentó a unas quinientas chicas.

El 10 de enero de 1938 estrenaron la escuela con 27 alumnas. Y luego vino el crecimiento exponencial que tan bien describen Sor Edilia González Pérez y Sor

Catalina Maldonado Rodríguez en su Esbozo de Crónica de la labor educativa de las Hijas de María Auxiliadora.

Casi al mismo tiempo incubaba otro proyecto que, en cierta manera, encajaba en las directivas con que llegó a Santo Domingo cuatro años antes: la fundación de una escuela agrícola. Trujillo insistía en sus deseos primitivos y Pittini ansiaba ampliar las bases de la sociedad salesiana en la isla. Escribió directamente a Turín y logró el beneplácito de los superiores, expresado concretamente no sólo con documentos probatorios, sino con el envío del padre Pablo Peruzzo en diciembre de 1937 y, un poco después, de los coadjutores José Premoli y Máximo Lomazzi, egresados de la escuela de Cumiana. El padre Peruzzo era un elemento de ciencia y experiencia más que probadas, tanto en el aspecto técnico como en la parte apostólica. Había sido inspector provincial salesiano de Chile y del Uruguay y había fundado y dirigido en las inmediaciones de Montevideo la escuela Agrícola Jackson del Manga, una de las primeras de la Congregación...

De acuerdo con las directivas de Pittini, Peruzzo consagró los primeros meses de estada en Santo Domingo a la búsqueda de terrenos apropiados para el proyecto. Tras largas inspecciones, puso los ojos en una propiedad, situada a las puertas mismas de Moca, en la provincia Espaillat, que había servido anteriormente para la fenecida escuela de agricultura del estado, fundada por Horacio Vázquez en 1925 en Haina y trasladada a ese mismo predio al año siguiente.

El arzobispo comenzó los trámites para lograr una concesión de tierras. Se estudiaron los términos y se

firmó un convenio, casi igual al producido en ocasión de la apertura de la escuela de artes y oficios. El estado donaba a la sociedad salesiana un terreno de 30 Hectáreas, 59 áreas y 4 metros cuadrados, en la población de Moca con tal que, según el artículo 3º, sostenga y opere la escuela agropecuaria que allí ha existido así como las obras educativas complementarias de acuerdo a los proyectos aprobados por el Presidente de la República; además adelantaba 8.800 pesos para habilitar edificios, y en los artículos 5º y 6º se establecían algunos recaudos: La Sociedad Misionera de la Congregación Salesiana del estado de Nueva York conservará el terreno, edificios y mejoras mientras se cumplan los fines señalados en el artículo 3º y se estipulan los procedimientos que debían adoptarse en el caso de que la sociedad perdiera sus derechos.

El 8 de setiembre de 1938, por resolución del Congreso N° 11, publicada en el ejemplar 55.227 de la Gaceta Nacional, se aprobaba el convenio y se iniciaba la ejecución de la parte gubernamental.

La escuela abrió sus aulas con doce alumnos y en seguida cobró impulso. Al poco tiempo se unieron al plantel educativo el padre Juan Ballari y el coadjutor Luis Breda. La enseñanza teórico-práctica adquirió niveles aceptables y prometía mayores éxitos cuando, en agosto del 40, el padre Peruzzo, afectado por una úlcera gástrica debió tornar al Uruguay.

Para estas fechas las fundaciones salesianas antillanas dependían de un superior con sede en La Habana, en este caso de don Pedro Savani. Este eligió como nuevo director al padre José Vandom.

Las cosas marchaban viento en popa, cuando esta-

lló una tempestad. No precisamente, como se dijo, por deficiencias del convenio firmado entre las partes, sino más bien por el autoritarismo omnímodo de los funcionarios del régimen y la falta de realismo de algunas autoridades de la escuela. Un episodio de ordinaria administración educativa rebasó de cauce. El 11 de octubre de 1940 se produjo un acto de indisciplina colectiva movido por algunos cabecillas. Se tomaron medidas disciplinarias y al fin se determinó la expulsión de dos de ellos. Por fatal coincidencia ambos estaban de alguna manera emparentados con el secretario de agricultura, Raúl Carbuccia, y el problema llegó a los más altos estrados. Carbuccia, sin más exigió inmediatamente la devolución de la escuela al gobierno. Enterado monseñor Pittini ofició de amable componedor y después de muchos tejemanejes arribó a un acuerdo viable.

Monseñor explicó a los salesianos que, por el momento, era oportuno aceptar un arreglo transitorio, aunque distara mucho de ser la solución ideal. Se constataba que la estabilidad del funcionario actuante era sumamente precaria y que en poco tiempo se podría avanzar sobre lo acordado, apelando a nuevas experiencias. Así las cosas rubricó con el secretario un documento de paz y las cosas tendieron a estabilizarse.

En esos días arribó a Santo Domingo el inspector provincial salesiano de México, Cuba y Antillas, don Pedro Savani. Reexaminó el caso y como primera medida el 21 de octubre de 1940, escribió al ya mentado secretario de Agricultura y Bellas Artes:

El Excmo. Sr. Arzobispo de Santo Domingo, a quien los salesianos veneramos por sus virtudes, dice textualmente la carta, no tiene facultades para

contraer compromisos que van a gravar a terceros que no son súbditos suyos y tampoco para adquirir responsabilidades en nombre de los salesianos ante el Superior Gobierno Dominicano. Estas actividades corresponden exclusivamente al suscrito y es al mismo, a quien las autoridades nacionales deben dirigirse en demanda de discusiones, aclaraciones o aprobación de iniciativas que afecten o puedan afectar... etc.

La respuesta del secretario estalló fulminante. Sin más revocó el decreto de donación y exigió la inmediata entrega del instituto.

Savani ordenó a Vandor que recogiera los trastos y regresara a Cuba. Los coadjutores zarparon hacia Venezuela y rumbo a la escuela agrícola de Valencia. Pittini guardó el más infranqueable de los silencios. El gobernador de Moca se hizo cargo de la casa y la entregó al ejército.

Al poco tiempo Carbuccia cayó en desgracia. El nuevo secretario, Huberto Bogaert, quiso reparar lo actuado, y conversó con el arzobispo. Pittini desalentó el proyecto y le hizo saber a Trujillo que, ni el arzobispo ni los salesianos podían depender en asuntos tan importantes del capricho o el arrebató de cualquier funcionario, y que los convenios se firmaban entre personas serias. También a Savani le mandó a decir algo parecido. Y se mantuvo firme. Adelantemos que en 1945 el director del colegio Don Bosco de la capital, don José Aguilar, reanudó gestiones para recobrar el dominio de la granja y de la escuela. Pittini estaba en los Estados Unidos. Las gestiones progresaban, pero enterado el arzobispo, y faltando la orden escrita del inspector salesiano, ordenó cablegráficamente anular las diligen-

cias. Exigió solicitud escrita de Savani y estableció claramente que no aceptaría ningún arreglo precario. Cuando fuera oportuno, él mismo compraría un nuevo terreno y la escuela no quedaría pendiente de un título revocable a capricho.

En esos mismos años mantuvo decisivas entrevistas con el padre Augusto Cadoux, superior de los misioneros canadienses del Sagrado Corazón, que empezaban a ocuparse de las misiones de Sánchez y Samaná y estableció contactos firmes con la Compañía de Jesús.

Como entendía que la tarea purificadora del clero era un empeño muy superior a la cirugía de las sanciones, el 3 de abril de 1938 lanzó la convocatoria de un acontecimiento largamente pensado, el décimo Sínodo Diocesano. Se realizó en la Basílica Catedral los días 20, 21 y 22 de abril de 1938. El sínodo inmediatamente anterior, el noveno, había sido convocado y presidido por Roque Cocchia, sesenta años antes, del 12 al 19 de mayo de 1878. El decreto de Pittini del 3 de abril, oficializaba los esfuerzos previos y nombraba promotor del evento a Eliseo Pérez Sánchez y secretario general a Octavio Antonio Beras. Fueron especialmente invitados monseñor Luis A. Mena, arzobispo titular de Parios, los canónigos honorarios de la Basílica Catedral y todo el clero diocesano y regular.

En ausencia del Nuncio Silvani, le llegó un cablegrama del Cardenal Pacelli, con fecha 16 de abril, que en nombre del Papa Pío XI invocaba asistencia divina y enviaba su bendición apostólica.

Después de las ceremonias inaugurales celebró una solemne Misa de Requiem en sufragio de los sacerdotes difuntos. Luego en tres días de sesiones se aprobó

un documento que contenía las principales disposiciones del derecho canónico en vigencia aplicadas a la realidad local.

La crónica del acontecimiento y sus conclusiones fueron publicadas ese mismo año por la Tipografía Franciscana de Ciudad Trujillo.

Al margen de toda esta actividad eclesiástica, se tejía en el orden civil uno de los tantos ardides políticos que mantuvieron a Trujillo en el poder. El 10 de enero del 38 **en magistral y patriótico mensaje**, afirmaba la prensa, **el presidente Trujillo declinaba la postulación para el próximo periodo presidencial**. Estallaron mítines, petitorios, ruegos y otros expedientes para lograr una revocatoria de la decisión. Pero Trujillo había escogido un par de testaferros que lo relevaran en la apariencia del mando y le permitieran mayor libertad de maniobra dentro del régimen instaurado.

mente la primera magistratura el presidente electo don

Hubo elecciones y el 16 de agosto asumió nominal Jacinto B. Peynado, que pondría la cara por Trujillo y ejecutaría sus órdenes. Peynado falleció dos años después y desde el 8 de mayo de 1940 y en iguales condiciones lo sustituyó Manuel de Jesús Troncoso de la Concha.

En estas fechas la Verdad Católica compilaba un inventario de las realizaciones materiales del arzobispado: Se habían renovado muchas ermitas y las iglesias de La Vega, San Pedro de Macorís, Salcedo, Moca, Mao, Seybo, Hato Mayor y otras; se contaban varios templos construídos de planta, como los de La Romana, San José de Ocoa, San Juan Bosco de la Capital, Puerto Plata y Villa Rivas, y estaban en marcha interesantes proyectos en Pimentel, Tamboril y otros puntos. El arquitecto de la curia, ingeniero Humberto Ruiz Castillo estaba sumamente atareado.

10

Gracias al Código

Con este subtítulo encabezaba Pittini el capítulo de sus Memorias, dedicado a la visita ad límina. Debo agradecer, decía entonces, mi última visita a Europa, al Código del Derecho Canónico que ordena a los Obispos visitas periódicas a las Basílicas de San Pedro y San Pablo y rendir cuentas de su mayordomía al Santo Padre y a las Congregaciones romanas.

Terminada la Semana Santa del año 39, exactamente el 30 de abril, partió en barco hacia el Havre con rumbo al Vaticano. Como siempre llevaba minuciosamente organizados itinerario y agenda, en la que no faltaban capítulos de distracción religiosa. Sus paseos terminaban siempre en algún santuario, obra de misericordia o evocación ascética.

El mismo anunciaba sus planes, cuando escribía: **Dispuse así mi itinerario: la segunda mitad de mayo junto a Don Bosco y María Auxiliadora en Turín; la primera mitad de junio en Roma; la segunda mitad en mi tierra natal y celebrando San Pedro con el Rector Mayor, Don Pedro Ricaldone, en la casa madre y la primera mitad de julio en visita a vuelo de pájaro a través de España, para embarcarse el 13 de ese mes en Gibraltar en el Rex.**

Con lágrimas celebró misa en el altar de San Juan Bosco de Turín, pronunció luego el 14 de mayo el panegírico de María Mazzarello, recientemente beatificada, y por ausencia del Obispo de Par-

ma, afrontó el sermón principal del santuario de María Auxiliadora el mismo día 24. Su elocuencia y oportunidad conquistaron auditorios. Mantuvo largas conferencias con los superiores salesianos y llegó a fructuosos acuerdos. Días después estaba en Roma. El 7 de junio fue recibido por Pío XII. Revisaron juntos los problemas arquidiocesanos y después hablaron de la paz. **Una sombra de duda, anota Pittini, cruzó la frente del Papa mientras sus labios florecían en sonrisa. La sombra se convirtió tres meses después en la tragedia de la guerra mundial.** Pittini intentó despejar la nube con las palabras que dijera el presidente Roosevelt...

De ahí pasó a la Casa Generalicia de la Compañía de Jesús. Con el P. Augusto Ledochowski conversó de sus proyectos y obtuvo firme promesa de apoyo. Pronto irían más jesuitas a Santo Domingo.

Entre los encuentros sentimentales se anota el de Gaeta con el ex-arzobispo de Santiago de Cuba, titular de Verissa, monseñor Félix Ambrosio Guerra que había sido cuarenta y seis años antes su Director de las Piedras en el Uruguay. Almorzó con él en compañía del obispo argentino de Viedma, monseñor Micolás Esandi y evocó recuerdos históricos al saborear una copita del vino de Falermo que sólo conocía a través de las estrofas seculares del poeta latino Quinto Horacio Flaco.

El primer domingo de julio ofició en la frontera española. Recién había terminado la sangrienta guerra civil. A pesar del caos, reinaba euforia en los triunfadores, condena para los vencidos y un duro espectáculo de ruinas físicas y humanas, envuelto en la efervecencia de entusiasmos desatados y sordos rencores.

Contempló las cenizas del Tibidabo, celebró en el

Pilar de Zaragoza y gozó los sanfermines de Pamplona. Dos días después llegaba a Madrid. Se hospedó en el colegio salesiano de Atocha. Durante el primer desayuno con los salesianos oyó muy cerca un coro de voces viriles. Eran tres mil quinientos prisioneros que oían misa en el patio grande del establecimiento, convertido en prisión. Durante la guerra funcionó como fábrica de armamentos.

Se levantó, miró el cuadro, pidió los correspondientes permisos y logró hablar a los presos: **Hermanos**, les dijo, **os llamo así, porque si yo hubiera cruzado por las circunstancias y el ambiente vuestro, sería, quizá, hoy uno de vosotros. Y si vosotros hubierais cruzado por las circunstancias de mi vida, quizá esta cruz pectoral colgaría sobre el pecho de alguno de vosotros.** Prosiguió con apreciaciones sobre la justicia humana y divina y recordó a todos el hogar, los padres, las esposas y prometidas... Una ola de emoción corrió por el auditorio y al romper filas los penados, muchos se agolparon en su derredor para agradecer la amabilidad, transmitirle propósitos y solicitar favores.

Cruzó luego Andalucía y se llegó hasta Gibraltar. Moró con los padres Claretianos mientras esperaba al Rex que lo conduciría a Nueva York. Desde ahí por el camino de Cuba volvió a Santo Domingo el sábado 13 de agosto.

Le esperaba una triste noticia. En el mes de julio pasado y a los 76 años había volado a la eternidad monseñor Francisco Fantino a quien acababa de conseguir una distinción pontificia, la **Prelatura Doméstica de su Santidad.**

El arzobispo guardaba en su portafolio una me-

ditada circular fechada el 8 de agosto, que había escrito durante el viaje: **hay un problema de solución urgente y necesaria, exclamaba, en el que todos debemos poner la mano: la renovación del clero dominicano** . . . Era una preocupación que lo absorbía. La expresó en un lema; **Formemos un clero dominicano numeroso y bueno**. Revisaba las estadísticas que hemos examinado y después de estigmatizar el vicio de Eva, de culpar a otros, solicitaba la cooperación de todos los responsables en la solución del problema.

Realmente acariciaba un proyecto al que sólo faltaban los últimos toques. Había acordado con el P. Ledochowski la participación de los padres jesuitas en la organización de un nuevo seminario. Quedaba pendiente la elección del local y del lugar. El testamento del Padre Fantino vino en su ayuda: legaba a la curia el colegio del Santo Cerro.

El 11 de setiembre, apenas un mes después, emitió otra circular con las siguientes consideraciones: **Falta un seminario adecuado a las exigencias de la archidiócesis; los registros oficiales demuestran que el número de seminaristas nunca superó el actual, 25; monseñor Castellanos, por falta de recursos, lo fijó en una docena; de los 25 aspirantes actuales solamente dos o tres llegarán al sacerdocio. En conclusión: debemos proceder enseguida al ensanchamiento de las bases. El colegio del padre Fantino será convertido en seminario menor. Para ello: es indispensable levantar el prestigio del estado sacerdotal, con la pureza de costumbres y el desprendimiento del dinero. Las parroquias más pobres y distantes han debido ser confiadas al clero extranjero y el pueblo igualmente les prodiga afecto. Deberían ir a comprobarlo, afirma con énfasis, ciertas cabezas lige-**

ras, cuya lengua y pluma revelan un espíritu estrecho y sectario y no el noble sentir del pueblo dominicano.

Acotemos aquí que ante el esfuerzo de una veintena de sacerdotes canadienses y americanos destacados en Samaná, Sánchez y San Juan de la Maguana y la promesa de los jesuitas españoles de evangelizar la frontera oeste ya borbotaba la xenofobia de los que poco hacían. Todavía hoy, algunos tratadistas señalan al **clero extranjero** de la época. Si fuera una descripción, pegaría mejor **extranjero**, salvo que represente un discutible juicio de valores.

La manutención del seminario, proseguía, requiere otro presupuesto, aunque la remuneración de los profesores sea modesta. Se necesitan 400 dólares mensuales. El arzobispo, su vicario y el canciller a pesar de que las asignaciones no lleguen ni de lejos a la de un diputado nacional, se las han reducido voluntariamente a casi la mitad para subvenir a las necesidades de las obras pendientes, ya que la curia sufre todavía una deuda de unos cinco mil dólares.

Y con su peculiar forma de pedir, concluía: **Reconocemos y agradecemos la ayuda constante del gobierno nacional...** y no lo consignaba en la circular, pero a algunos funcionarios, les añadía risueñamente: **Le agradezco no sólo lo que ya hizo, sino y sobretodo, lo que va a hacer.**

El 31 de mayo del 40 recibía carta de su gran amigo monseñor José Mc Laughlin, párroco de **Our Lady Queen of Martyrs de Forest Hill**. Este buen samaritano extranjero, así lo llamaba Pittini, le enviaba unos cinco mil dólares en dinero y objetos. No le remitía más porque, según escribía, andaba **con el bolsillo casi va-**

cío. Mc. Laughlin (tenía un hermano sacerdote) fue uno de esos hombres de Dios que dispuso de ingentes sumas de dinero y las empleó totalmente para la caridad. Vivió como pobre y murió santamente en un hospital.

El 3 de diciembre del 39 anunció Pittini que el próximo viernes durante el pontifical recordatorio de su cuarto aniversario episcopal habría de responder a Dios y a su conciencia sobre dos preguntas **¿Qué hiciste durante este tiempo?** y **¿Cómo lo hiciste en bien del pueblo que se te confió?** para añadir: **Me adelanto a solicitar vuestro perdón por si no he cumplido o satisfecho bien algunos de mis muchos y grandes deberes...**

Y después de señalar su gratitud a Dios y al pueblo dominicano proseguía: **Mi gratitud debe llegar también al gobierno nacional y en particular al hombre que lo guía e impulsa por su apoyo válido y generoso y nunca interrumpido a toda iniciativa católica y al arzobispo en particular.**

Aspiro a enviaros dentro de un año, la circular del quinto aniversario desde el Santo Cerro, para ser más exacto, desde el seminario padre Fantino, rodeado de 60 seminaristas.

Y concluía con un necesario toque demagógico:

—La República Dominicana no es tierra de Misión... Necesitamos clero nuestro.

A los pocos días puso en marcha la organización de un fondo para las vocaciones sacerdotales que engrosó de a poco con numerosas contribuciones entre las que se apreciaban las de muchos párrocos. Al fin de año ascendía a más de dos mil dólares.

Las construcciones comenzaron en enero del 40. El gobierno aportó ocho mil dólares destinados a edificios. El 17 de ese mes se colocó la primera piedra, con perspectivas de tener todo listo para octubre.

Se instalaron en el lugar para dirigir los trabajos el padre jesuita Felipe Gallegos y el hermano Alvarez.

El esfuerzo fue considerado tan importante que Hugo E. Polanco, hoy obispo diocesano de Higüey, lo evaluó así en el libro **Seminario Conciliar Santo Tomás de Aquino**, que publicara en Ciudad Trujillo en 1948. Se puede afirmar sin ningún temor que todos los sectores de la sociedad dominicana han recibido el influjo especial de la intensa campaña (de Pittini). La organización de la Acción Católica, la celebración de los Congresos Eucarísticos, el Sínodo diocesano, las obras sociales y la protección a la enseñanza en los colegios católicos.

Pero la obra que más ha llamado la atención de Su Excelencia es la importantísima del Seminario, de la formación del clero, porque el Seminario es la única solución de los graves problemas que presenta la atención espiritual de los dos millones de dominicanos.

El 29 de enero del 41 Pittini alertaba a los fieles porque muy pronto les anunciaría la fecha de la inauguración de las instalaciones. Y el 9 de marzo presidió la ceremonia el Nuncio Maurilio Silvani, que ya estaba destinado a la República de Chile. Asistieron los principales bienhechores, monseñor Mc. Laughlin y mister Tobías Ferrenkotp. Pittini, rodeado por unos treinta seminaristas vaticinaba: **Dentro de cuatro años los seminaristas (del Santo Cerro) habrán pasado de ciento y habrá que empezar a invertir dinero en el (Seminario**

Mayor) de Santo Tomás de Aquino para albergar a los egresados del menor. Los seminaristas costarán ochocientos pesos mensuales que han de ser aportados por el pueblo católico de la República.

Se excogitaron expedientes muy originales para sostener esta contribución. En agosto, en las fiestas de la Asunción el padre Núñez organizó una procesión de a caballo en Santa Ana de Higüey. **La Acción Católica dominicana a caballo y con banderas desplegadas, relatará La Verdad Católica.** Y como traían con ellos unos becerros que subastarían para el sostén del seminario los apodó **Toreros de la Virgen.**

Poco después la misma ceremonia se reeditaba en Bayaguana.

En los mismos días de la inauguración del seminario del Santo Cerro, se realizaba el Congreso Mariano de Higüey y en un orden confidencial, Pittini desataba firme campaña en contra de la simonía. Junto con la conminación de corregirse definitivamente, sugería como remedio del pasado, la ayuda para el mantenimiento del seminario.

En abril del 41 aprovechó la invitación que le hicieron los salesianos norteamericanos de asistir a la inauguración de una iglesia dedicada a San Juan Bosco y efectuar su panegírico, para cumplir una gira de dos semanas recolectando fondos. Se entrevistó con muchos amigos entre ellos varios altos funcionarios del Banco de Canadá y mister Klock, ex administrador de la **"Central Romana"** de Santo Domingo.

Esto no interfería en sus ordinarios deberes pastorales.

El 21 de abril del 41 asistió a la preparación y realización de los días Eucarísticos de Azua en los que participó una gran peregrinación de El Cibao conducida por monseñor Pérez Sánchez.

El 15 de mayo, aniversario de las encíclicas **Rerum Novarum** y **Quadragesimo Anno** produjo una circular pastoral referente al liberalismo y al comunismo frente al problema social. Alguien la calificó de **digna del bronce**.

En setiembre La Verdad Católica exhibía la lista de los **cinco templos bendecidos últimamente**: San Juan de la Maguana, Dajabón, Boca Chica y San Juan Bosco en la capital y Santa Rosa en La Romana.

Visitó detenidamente, pueblo por pueblo y villorio por villorio de la zona de Sánchez y asistió en setiembre al **día eucarístico** del noroeste realizado en la misma ciudad.

Con la Federación de la Juventud Católica Dominicana que guiaba Octavio Antonio Beras, organizó la fiesta de la juventud y con el padre Gallegos de la compañía de Jesús, inauguró las misiones del extremo noroeste.

A fines de ese año el conflicto que en Europa venía creciendo desde mil novecientos treinta y nueve, golpeó las puertas de la República y entre el 8 y el 12 de diciembre el presidente Troncoso declaró la guerra a todos los países del eje.

11

Hacia la Oscuridad

Dejemos que lo presente él mismo.

¡Casi ciego!, escribe en 1949, con este casi doy gracias a Dios por haberme dejado un pequeño resquicio por el que percibo algo de luz y la silueta indistinta de personas y cosas que se mueven a mi lado. Este resquicio es para mi lo que para el náufrago la tabla que lo mantiene a flote sobre las profundidades del mar...

Hubiera preferido no tocar este episodio doloroso y reciente de mi vida...

Creo haber nacido con el defecto de la miopía, original como el pecado homónimo.

Comencé a usar lentes a los quince años, aumentando periódicamente su fuerza con el debilitarse de la vista. Empero todo tiene su límite y el de mis lentes fue señalado por un aventajado profesor oculista de Turín en 1939. —Confórmese con lo que le queda de vista, me dijo, aumentar el poder de sus lentes sería ponerlo en peligro.

Le pareció anticuada esta opinión cuatro años más tarde a un joven profesor del hospital John Hopkins de la ciudad de Baltimore, Estados Unidos. Los lentes recetados por él, apresuraron el desprendimiento gradual de la retina previsto por el profesor turinés...

Yo cometí el error bastante común de abusar de mis ojos. Además de usarlos en el cumplimiento de mi

deber, abusaba de ellos por el ansia loca de saber... Leía continuamente en los viajes de ferrocarril a pesar de la trepidación, leía de noche durante los años de mi arzobispado hasta tarde y con luz a veces deficiente hasta sentir el cansancio y a veces la protesta de los ojos.

La última obra que leí en aquellas horas me había sido regalada como obsequio y producción personal, por el célebre sacerdote italiano don Luigi Sturzo, fundador del Partido Popular Italiano. Le había visitado enfermo en el hospital de San José de Jacksonville, Florida.

Finalmente las visitas pastorales por malos caminos y las consiguientes sacudidas, acabaron por provocar ciertas sombras en mi ojo derecho precursoras del desprendimiento de la retina.

En 1942 Trujillo había reasumido la presidencia para cumplir su tercera administración, y al poco tiempo donaba a la Curia el palacio episcopal cuya propiedad seguía controvertida.

Pronto recibió Pittini las importantes visitas del padre Eneas Tozzi, vicario de todos los salesianos del norte de América, durante la guerra que los mantenía incomunicados con los superiores residentes en Italia; y de monseñor John E. Mc. Rae, superior de los misioneros de Scarboro. A fines de año el clero dominicano sufrió otra baja dolorosa: el 7 de diciembre fallecía monseñor Mena a los 69 años de edad. Pittini le había administrado afectuosamente los últimos sacramentos.

El 43 la República preparaba sus festejos centenarios para el año siguiente, y el gobierno trujillista calculaba capitalizar tan fausta oportunidad.

Las relaciones con Venezuela cada día se deterioraban más visiblemente. Los exilados se reunían sin tapujos en la tierra de Bolívar y el fastidio mutuo crecía a ojos vista. Los restos de uno de los Trinitarios, compañero de Juan Pablo Duarte, Felix Ruiz, descansaban en una iglesia de la ciudad de Mérida. Trujillo deseaba enviar una delegación que los repatriara. Y como quería evitar cualquier factor irritante encomendó la misión a monseñor Pittini, en la esperanza de un nuevo éxito de su especial simpatía.

El 24 de mayo de 1943 Pittini rescataba las cenizas del héroe. Con su particular humorismo narró la escena de la partida de Mérida: Las Hijas de María Auxiliadora se encargaron de acomodar los restos en la pequeña urna y al despedirme me aseguraron que la habían colocado en el asiento delantero del automóvil que me llevaría en un viaje de casi todo un día a la ciudad de Bolívar... Después de haber dicho adiós a un grupito de amigos... se me ocurrió asomarme al asiento delantero para ver la urna y sentí un escalofrío instintivo al leer con grandes letras blancas sobre el paño negro que envolvía la urna, mi nombre y apellido.

El 8 de junio llegaron las reliquias a Santo Domingo. Y encontró la noticia de que había fallecido en Sevilla el 10 de mayo fray Juan E. de Utrera, el primer sacerdote que lo recibiera al llegar a San Pedro de Macorís, y pudo comprobar que en el Seminario Mayor se formaban 22 alumnos, y 32 en el Padre Fantino (19 en el primer curso y 13 en el segundo).

Y el 25 de junio probó la satisfacción de ordenar a dos sacerdotes egresados del seminario, Eduardo Polanco Brito y Juan Bautista Reyes Díaz. El primero, na-

cido en Salcedo el 13 de octubre de 1918, ascendería en 1953, al obispado titular de Centenaria, para ser luego en 1956 primer obispo de Santiago.

En setiembre de 1943 viajó Pittini a los Estados Unidos para celebrar las bodas de oro de profesión religiosa en la casa salesiana de Newton en Nueva Jersey, que había construido él mismo catorce años antes. Resultó buena la excusa para someterse discretamente a un buen examen médico.

Deseoso de regularizar la situación legal de los salesianos en el país, el 23 de mayo de 1944 se dirigió al Procurador General de la Nación Lic. Víctor Garrido, solicitando se permitiera el cambio de nombre de la entidad extranjera que agrupaba los bienes de los salesianos que pasaría a llamarse **"Sociedad Salesiana"**. El cambio fue autorizado el 16 de junio y publicado en la Gaceta Oficial de N° 6.105 el 1° de julio.

En julio del 44 se trasladó nuevamente a los Estados Unidos por razones particulares y se hospitalizó en Nueva York en la clínica del doctor Ramón Castroviejo. Sólo después de tres meses, el 19 de octubre, dictó una carta para todos los fieles de la arquidiócesis:

Os debo una explicación de mi ausencia, decía. En junio pasado comenzó a oscurecerse mi ojo derecho hasta perderse totalmente en julio durante la larga visita pastoral a Puerto Plata y Altamira.

Y después de comunicarles que permanecía con los ojos vendados como consecuencia de tres operaciones efectuadas al ojo izquierdo, agradecía a Trujillo que se hubiera responsabilizado de los gastos y a monseñor Octavio Antonio Beras por haber asumido todo el trabajo que significaba el gobierno de la arquidiócesis.

Aseguraba que se restablecía satisfactoriamente. Más aún, continuaba, siento que no he de recobrar nuevo vigor mientras no vuelva a los platanitos asados, al buen casabe de los Minas y al beso renovador de nuestro sol. Nunca, como en esta ocasión, pude medir la fuerza de los vínculos que me ligan a esa tierra.

La convalecencia fue dilatada y la concluyó en Tampa, Florida.

Aquí, deja constancia en sus memorias, Comenzó un calvario de operaciones: dos en el ojo derecho y cinco en el izquierdo, a cual más dolorosa.

Fue tan agudo el de la cuarta en el ojo izquierdo que él y el corazón amenazaron ir a la huelga si el dolor seguía. Fue a la huelga el pobre ojo deshecho en sangre. Y hubo que sustituir el ojo izquierdo por uno artificial por cierto muy parecido. . .

La operación del desprendimiento de retina es en extremo delicada y reclama manos muy expertas. . . Y el mismo doctor le previene a uno que la operación se efectuará dentro de lo que los moralistas llaman "tenue probabilismo".

En 1946, el 17 de marzo escribía al padre Savani: A pesar de todo. . . mi vista muy deficiente. . . me deja cumplir mi deber.

Ese mismo año sufrió una operación de próstata que le practicaron felizmente en Miami.

A pesar de que en 1949 apenas percibía la luz y la silueta de las cosas, en esa tabla de naufrago, mantuvo enhiesta la esperanza de mejorar hasta que en 1959 lo deshauciaron definitivamente.

Los avatares de las operaciones y los meses de oscura inmovilidad le hicieron madurar un pensamiento que paladeaba desde que percibió la declinación de su vista: la necesidad de un coadjutor que eventualmente lo sucediera.

El dos de mayo 1945 oído el parecer de Pittini la Sede Apostólica extendió las Bulas que designaban Arzobispo titular de Eucaita y coadjutor de Santo Domingo con derecho a sucesión a Mons. Octavio Antonio Beras Rojas, y obispo titular de Arcadia y auxiliar de la sede primada al padre Felipe Gallego, superior de las misiones fronterizas de la Compañía de Jesús.

Beras había nacido en el Seybo el 16 de noviembre de 1906 y Gallego en Villaquejida, España, el 21 de marzo de 1892.

La prolongada ausencia de Pittini determinó que fueran consagrados en Santo Domingo el 12 de agosto por manos de monseñor Manuel Arteaga y Bencourt, arzobispo de La Habana, al que asistieron monseñor Enrique Pérez Serantes, obispo de Camagüey y monseñor Luis Willinger, obispo de Ponce. Durante la ceremonia se leyó una carta de monseñor Pittini.

Unos meses después, en noviembre del 45, llegó de Haití el nuevo Nuncio, monseñor Alfredo Paccini, a quien acompañaba el secretario Luis Dadaglio. Consta por varios indicios que a la vista de las circunstancias Pittini confirió con sus íntimos, incluido algún miembro de la Nunciatura, sobre la posibilidad de su dimisión. El candado de los archivos nos veda matices de este panorama. También sabemos con relativa certeza que en 1959 algún miembro de la Nunciatura planteó claramente la alternativa. Pero como descuidó los de-

bidos miramientos, Pittini que ya se había acostumbrado a manejarse a ciegas, lo despachó sin contemplaciones y se aferró al cargo más de lo conveniente.

Desde fines del 45 y comienzos del 46 el gobierno de la arquidiócesis fue compartido con Beras, que sobrellevó la parte más pesada del trabajo. Enseguida nombraron párroco de la Catedral a monseñor Eliseo Pérez Sánchez.

Pittini, por sus dolencias, no pudo darse el gusto de ordenar, el 24 de Mayo, al primer sacerdote salesiano en Santo Domingo, el mejicano Roberto Guzmán, consagrándolo Mons. Beras.

El 21 de junio los jesuitas se establecieron en el Seminario mayor, a raíz del retiro de los cordimarianos. Ya se tenían entre manos los anteproyectos de un Seminario unificado. Preparó los planos el ingeniero Leo Pou Ricart. El 2 de octubre de 1955 escribió monseñor Beras en La Acción Católica: **El Seminario Arquidiocesano Santo Tomás de Aquino fue construido por la munificencia del Generalísimo, doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina quien a solicitud que le hiciera yo en carta del 25 de diciembre de 1946, contestó con un luminoso documento fechado el 15 de febrero de 1947 poniendo en mis manos la suma necesaria... Se construyó en terrenos que adquirí de la compañía Julia por valor de 18.500 pesos.**

El 17 de febrero del 47, monseñor Paccini dió el **primer picazo** (en rigor dos picazos en forma de cruz), y enseguida se iniciaron las obras, bajo la vigilancia del padre Luis González Posadas, jesuita director del seminario.

El presupuesto ascendía a 150.000 pesos. Trujillo por nota N° 4699 prometió la financiación. Aportó 133,000 dólares. Fue inaugurado el 8 de mayo de 1948. Pronunció el discurso preliminar monseñor Pittini y entre otras cosas elogió vivamente el trabajo tenaz y constante del arzobispo coadjutor.

A fines de año con ocasión de unas ordenaciones sacerdotales Pittini produjo la circular fechada el 24 de noviembre. La tituló **Primavera de un doble sacerdocio dominicano** y retomó el problema de los sacerdotes extranjeros en la arquidiócesis que ya pasaban del centenar:

Pasarán muchos años, prevenía, antes que nuestro seminario produzca un número de sacerdotes dominicanos suficientes para las necesidades mínimas de nuestra población católica que raya hoy en los dos millones y que se halla en constante y rápido crecimiento... (El seminario en el año 46 dió dos sacerdotes, ninguno en el 47 y seis en el 48). La Providencia nos ha enviado misioneros... Es verdad que no todos dominan nuestra lengua... Pero sustituyen la elocuencia del buen decir... con la del buen vivir sacerdotal.

Así pude seguir, afirmaba con demasiado optimismo en 1949, y aun sigo cumpliendo con los deberes de mi estado, con las almas que me han sido confiadas, y recorriendo, aunque no como antes, de un cabo a otro mi vasta diócesis.

Sin embargo, algunas penas hijas de la ceguera le nublaban el alma: De un modo particular, decía, lamento no poder ver en los ojos del amigo el reflejo de la amistad; en los ojos del niño el reflejo de la inocencia y en el centelleo de las estrellas el reflejo de Dios...

Otra cosa que me apena es la nostalgia litúrgica. Tan sólo cuando se pierde la salud se aprecia su valor; y todo el valor de la liturgia eclesiástica se aprecia cuando los ojos se cierran al rezo del breviario y del misal, y cesa el contacto con ese maravilloso ciclo del año litúrgico que interpreta y satisface todas las necesidades de la vida sobrenatural, en plena simetría con el ciclo astronómico que interpreta y satisface las de la vida material. . . (En la liturgia) se asocian de un modo admirable la religión y el arte, poniendo en el alma dos alas, que la elevan poderosamente a Dios.

Y siempre con el mismo esquema de contemplar la realidad, dimensionarla y elevarse por la ruta del optimismo y la sobrenaturalidad, prosigue: Debo agregar algo más para consuelo de los que van perdiendo la vista. La distracción que esta nos ofrece poniéndonos en contacto con el panorama exterior, queda compensada para el ciego por una mayor necesidad de reflexión y concentración en la vida interior. Disminuye y hasta llega a perderse la experiencia de los fenómenos que entran por los ojos. Pero en cambio, la mente se aplica más al estudio de sus causas, es decir, del saber verdadero, y por ese camino se acerca más y más a la Causa Suprema.

Finalmente por el hecho de ser uno ciego piensa más a menudo y con un consuelo más intenso, en aquellas frases divinas: "Si alguien quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame".

12

La Obra de Don Bosco

Monseñor Pittini no sólo profesaba cariño entrañable a Don Bosco y a su obra de la que siempre se proclamó hijo delante de quien quisiera oírle, sino que tenía fe profunda en su misión, métodos y resultados.

Salesiano de pies a cabeza y de la cabeza a los pies, gustaba repetir, y algunas dificultades le surgieron por estos afectos.

Pero amores aparte, los salesianos, entonces en pleno desarrollo en el orden mundial, significaban para las obras arquidiocesanas el apoyo, la seguridad y el respaldo que la fuerza institucional de una congregación semejante confiere a lo que sus hijos emprenden. Esta estructura, que, en orden a gobierno puede traer sus bemoles, disfruta de incalculables ventajas en el renglón seguridad, amplitud y eficacia.

Por otra parte, los salesianos, no solo misionaban y administraban parroquias u obras apostólicas; sino que estaban especialmente habilitados para atender todo el sector de la escuela católica y formación juvenil, y por lo tanto eran promesa de nacimiento de vocaciones sacerdotales tanto para ellos, como para el seminario.

Por eso afirmaba en su época el docto arzobispo de Montevideo, monseñor Mariano Soler, en público documento: **proteger las obras de Don Bosco es beneficiarnos a nosotros mismos.**

A su vez los salesianos podían aportar un factor concomitante igualmente poderoso: la institución de las Hijas de María Auxiliadora con la que tiraban parejo.

Además y con referencia al gobierno religioso no podemos eludir el hecho de que en el conocimiento y manejo interno de la sociedad salesiana, Pittini sabía, y podía moverse con seguridad y destreza. El mismo inconveniente derivado de que el superior mayor inmediato de la obra de Don Bosco residiera en otro país y a muchas millas de distancia, explotado sabiamente le produjo buenos dividendos.

Por todo ello Pittini se interesó inmensamente en la presencia de sus hermanos y de sus obras en la arquidiócesis primada.

Tenía muchos otros religiosos, a quienes quería entrañablemente; pero en rueda de madres, sin despreciar a ninguna se quedaba con la propia.

Además los salesianos adolecían de una particular flaqueza que el arzobispo sabía conjurar perfectamente.

Si bien sus institutos contenían un activo fijo muy importante, todo fructificaba y rentaba en función del apostolado, la educación y la promoción social, procesos inmensamente costosos, como lo atestiguan los presupuestos de cualquier estado. De ahí que carecieran permanentemente de liquidez monetaria.

En otros países cubrían este déficit no sólo con sus grandes ahorros, ya que viven solos y con poca cosa, sino con la beneficencia privada que espontáneamente despiertan sus desinteresados esfuerzos en favor del necesitado y que han aprendido a promover en la medida de sus necesidades. Pero en la República Do-

minicana en donde la ayuda benéfica era monopolio personal del dictador, Pittini se obligaba a una labor indispensable que lo convertía, además de superior eclesiástico, en padre y protector de las obras.

Esta última faena no necesitaba ejercitarla en tan gran escala, en favor de misioneros que venían de países con moneda fuerte y con notorios recursos, debido a la munificencia de los sacerdotes y del pueblo cristiano de origen.

Por todos estos motivos, se impone una reseña aunque sea telegráfica de la acción salesiana que Pittini impulsó en la isla. Valga de modesto homenaje y reconocimiento de sus hermanos al amor perenne y sentido que el arzobispo ciego dedicó a su padre Don Bosco.

Pues bien, fracasado el experimento de la escuela agrícola de Moca a fines de 1940, la obra salesiana de la República se limitó a la escuela de artes y oficios de Ciudad Trujillo, con la anexa parroquia de San Juan Bosco y el colegio de María Auxiliadora.

Claro que Pittini miraba lejos y animaba a ambas instituciones a atender oratorios festivos en los barrios nacientes del norte de la ciudad en donde se establecían los emigrados de la campaña.

Así comenzaron a actuar en el barrio de **Galindo**, llamado luego **Mejoramiento Social**, en donde vivía lo más pobre y abandonado de la ciudad. Pittini descubrió un baldío que pertenecía por embargo al The Royal Bank of Canadá. Acudió a su amigo O'Connell, regateó precios (estaba tasado en 50 centavos el metro pero Pittini aseguraba que sólo podía pagar 10), y al fin partiendo diferencias tranzó en 15. El arzobispo llevaba

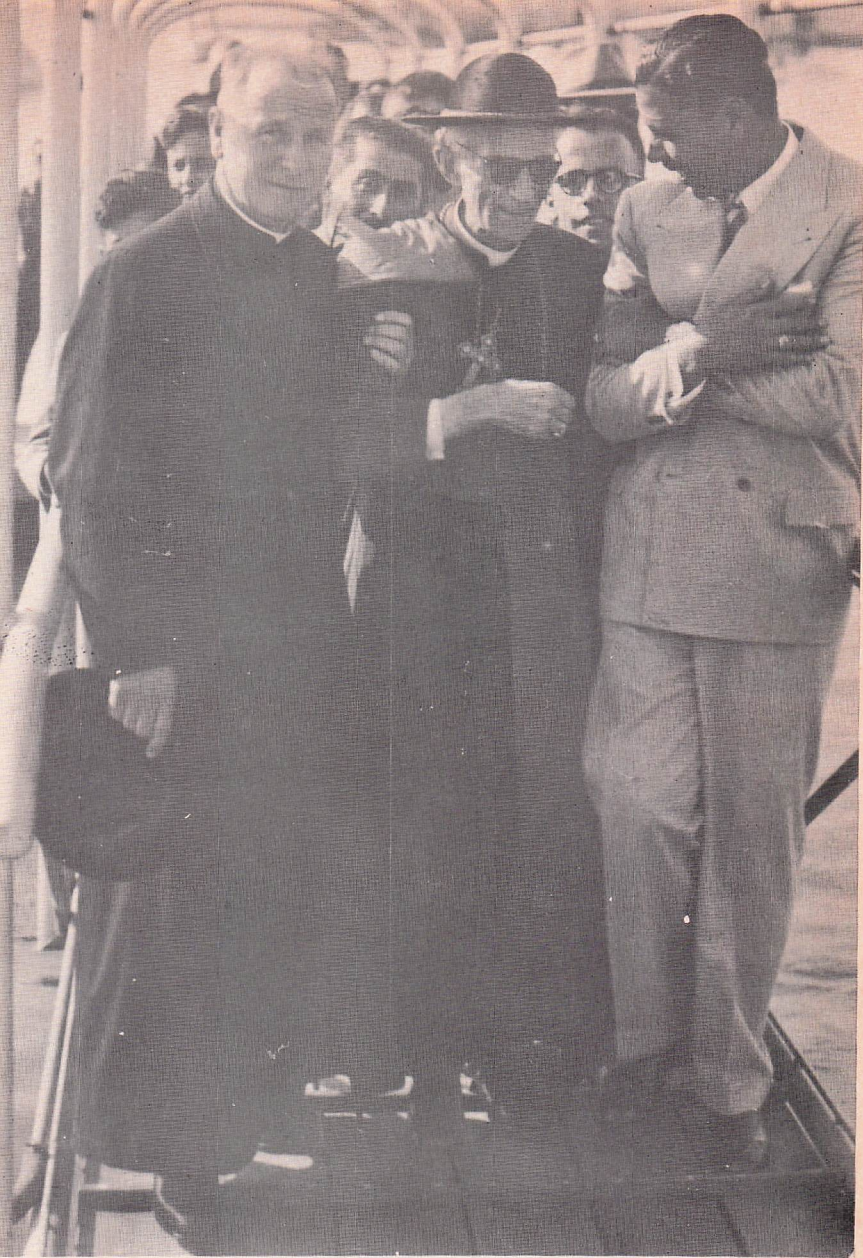
in mente el establecimiento de una casa salesiana y otra de María Auxiliadora que con escuelas profesionales regeneraran a la juventud de la zona. Pero se necesitaba dinero y la autorización de los superiores salesianos que se mostraban renuentes a nuevos pasos en Santo Domingo.

Sólo en 1942 algunas hermanas acompañadas del padre Antonio Figura y el coadjutor Celestino Dall'Alba, efectuaron visitas exploratorias y el 3 de Marzo de 1946, organizaron al descampado un oratorio festivo que se abarrotó de muchachos.

Pittini ensayó entonces un segundo paso: construir la iglesia. Ese mismo año mantuvo una entrevista decisiva con Trujillo. Conversaron largamente de varios temas y cuando creyó animado al presidente, por los tres Manhattan que había degustado, planteó la necesidad de una iglesia en el barrio Mejoramiento y todo salió a pedir de boca. A fines de 1948 la construcción estaba terminada. Y el 28 de Febrero del 49, mientras Pittini visitaba el Uruguay, monseñor Beras, en nombre del arzobispo y en evidente juego de equipo, bendijo la nueva iglesia que puso bajo la advocación de María Auxiliadora y la entregó a los salesianos, y dos años después fue erigida como parroquia, desmembrándola de Santa Bárbara.

Dícese que cuando el superior de la sociedad residente en Méjico, don Antonio Ragazzini, se enteró de la noticia probó un serio berrinche. Monseñor Beras celebró la misa de consagración y a partir de la fecha un salesiano del Don Bosco acudía diariamente para atender a los fieles.

En 1950 se construyeron unos modestos talleres de



Es recibido en el puerto de Montevideo - Diciembre de 1948.
Su sobrino, el P. Pablo Pittini, SDB, y numerosos amigos lo ayudan
a bajar.



Lo acompaña su amigo fiel, Mons. José McLaughlin, durante toda la gira, debido a su ceguera casi total. Era su "canto del cisne" como solía decir, si bien vivió 13 años más.



En la Casa de Formación del Manga (Montevideo) acompañado por sus Hermanos los Salesianos y amigos en ocasión de sus Bodas de Oro Sacerdotales.



Festejando sus Bodas de Oro, que coinciden con las de matrimonio de su hermano Pedro y Romilda los rodean sus familiares, que no son pocos y faltan algunos - Dic. 1948.



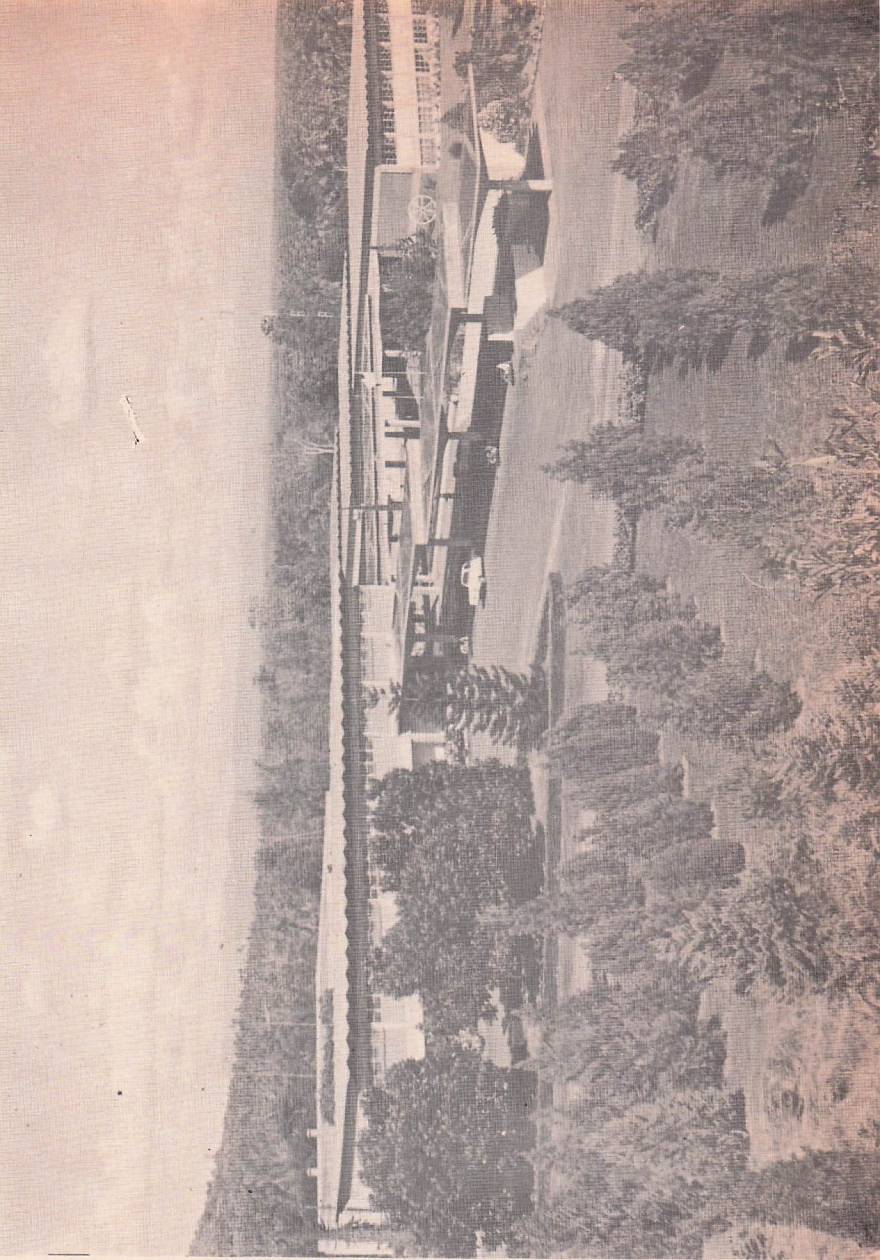
La familia de su hermano Pedro, Dic. 1948. En su pueblo natal, Tricesimo (Udine) en 1952. Los Superiores lo habían invitado para predicar a los Capitulares que se habían reunido en Turín para elegir el Rector Mayor.



Edificio principal y abajo la cocina y comedor.



La Escuela Agrícola San Juan Bosco de Moca en sus inicios - 1950.



La actual Escuela Agrícola Salesiana en La Vega, R.D., como la so-
ñara Monseñor muchos años atrás.



Sentado, ya ciego, frente a su escritorio, vetusto y lleno de recuerdos, pensando... en nuevos proyectos. Así fué soñador hasta sus últimos días, para hacer mayor bien a sus semejantes. Monseñor Tomás F. Reilly, Obispo de San Juan de la Maguana, conversando amigablemente.

Artes Gráficas. El padre Rodolfo Slezak, director del colegio Don Bosco encargó la maquinaria a los Estados Unidos y los superiores de Turín convalidaron la fundación y enviaron personal calificado, los hermanos Juan Rossotti, Antonio Crotti y Franco Graglia. Llegaron en Septiembre de 1951 y se pusieron a las órdenes del padre Ignacio Ozmec que desde el 6 de mayo ejercía el curato. Instaladas las máquinas el 9 de febrero de 1952, se inauguró el establecimiento que con el tiempo se convertiría en el Instituto Técnico Salesiano, ITESA.

También las Hijas de María Auxiliadora hicieron bendecir el salón básico el 29 de enero del 48, y el 12 de Junio de 1950 Pittini dio el **primer picazo** para iniciar las obras del taller. El 27 de octubre del 51 partieron en avión de Camagüey, Cuba, tres religiosas destinadas a la casa Santa María Mazzarello de Avenida Manuela Díez 76. Eran ellas Sor María Luisa Rinaldi, Sor Paulina Chiodi y Sor Pilar Mauricio. La tercera era cubana y las dos primeras italianas. El 2 de noviembre se instalaron en la nueva casa. Las acompañaron hasta el lugar monseñor Pittini, el director del Don Bosco Bartolomé Vegh y el de María Auxiliadora Ignacio Ozmec.

Los datos sobre las Hijas de María Auxiliadora los tomamos de la obra citada de Edilia González Pérez y Catalina Maldonado Rodríguez.

Pittini era persistente en sus ideas y planes. Y Moca era una piedrita que le había entrado en el zapato al cerrarse la escuela agrícola. Además necesitaba proveer a la regencia de la parroquia vacante. La mayor dificultad que impedía la solución de ambos problemas

residía en la carencia de personal salesiano, que los superiores de Méjico mezquinaban cuanto podían. Pero Pittini dominaba múltiples recursos. Acudía pendularmente a Méjico, a Cuba y a Turín, y generalmente no pedía todo de una vez. Comenzaba con solicitudes intermedias que solo quien estuviera muy alerta adivinaba hacia donde se dirigían. En el momento menos pensado todos se encontraban sin percatarse ante un hecho cumplido gradualmente.

Así había llegado a la concreción de la Parroquia de María Auxiliadora.

Pues bien en 1945 obtuvo que dos salesianos, el Padre Antonio Flores y David Leyba, se hicieran cargo provisoriamente de la Parroquia del Sagrado Corazón de Moca. Al mismo tiempo el 25 de Febrero de 1946 readquirió por 10.500 pesos unas diez y ocho hectáreas de la vieja granja del Caimito. La venta fue aprobada por resolución 1150 del Congreso, promulgada el 5 de abril del 46. Estaba muy abandonada y nominalmente bajo jurisdicción militar.

Como en ese momento Pittini sabía que poco podía obtener de los salesianos, la ofreció precariamente a las Hijas de María Auxiliadora hasta que les construyera el nuevo colegio. El 30 de marzo del 46 desembarcaron en Haití dos hermanas mejicanas: Sor Adelaida Bayardo y sor Esther Fuentes. También la inspectora Amina Arata había caído en sus redes. El día 2 ambas prosiguieron a Santo Domingo y el 6 de abril llegaron a Moca. Por feliz coincidencia en esos días efectuaba visita pastoral monseñor Beras que las recibió paternalmente. El padre Flores las ubicó en la vieja casona de la calle Sánchez, frente al terreno en donde iba a surgir la nueva casa. Los primeros meses los de-

dicaron a la catequesis parroquial en Moca y también en Villa Trina y Hato Viejo.

Mientras tanto la escuela agrícola esperaba turno. En su gira continental de 1948-49 Pittini solicitó a los superiores de Turín un acompañante salesiano, de acuerdo a una costumbre que la congregación observa con sus obispos. Además la ceguera muy avanzada avalaba la solicitud. Ya en el Uruguay eligió al padre Sixto Pagani, a quien le unían lazos de sangre y que era además un experimentado director de escuelas agronómicas. Al mismo tiempo logró que el prefecto general de la sociedad, don Pedro Berruti, le prometiera el envío de otros dos salesianos, que fueron el padre Renato Capello y el coadjutor Carlos Padován.

El 30 de marzo de 1949 arribaron a la capital dominicana monseñor Pittini y el padre Pagani. En noviembre, después de algunos meses de trámites administrativos y financieros, Pagani y su equipo venido de Turín, se dirigieron a Moca. Los recibió una tormenta eléctrica horrisona.

Durante el año 50 funcionaron clases y oratorio, pero la inauguración oficial se efectuó cuando llegaron los instrumentos indispensables para el estudio y el trabajo de la tierra. El 4 de febrero de 1951 presidieron la solemne ceremonia inaugural monseñor Pittini, el secretario de agricultura Luis Guzmán y las autoridades locales. La escuela albergó enseguida 50 internos, sostenidos con una subvención fluctuante de 200 pesos y la producción del establecimiento.

Con el tiempo y el incremento del alumnado y de las necesidades internas, ya que la ayuda estatal re-

sultaba muy exigua y a veces nula, se hizo indispensable la ampliación de los terrenos cultivables. En 1954 se consiguieron del gobierno algunos campos vecinos y luego se compraron lotes junto al río Camú, sección Ranchito, en La Vega, que abarcaban unas 2.500 tareas (150 hectáreas). Y el 29 de mayo de 1959, según consta en la Gaceta oficial N° 8406, **el presidente donó... una extensión de 78 tareas dentro de la parcela N° 2 y en el distrito catastral de igual número, con una casa techada de zinc.**

En 1956 se graduaron los primeros cinco peritos agrónomos, justamente cuando pasaba de visita por el país el Rector Mayor de la Congregación Salesiana.

Allí se mejoraron y racionalizaron los cultivos; se obtuvieron excelentes ejemplares vacunos y porcinos, que fueron premiados en exposiciones; se aplicó la mecánica agrícola y se efectuaron aportaciones valiosas en el campo meteorológico. A los alumnos egresados se los disputaban el gobierno y las instituciones privadas...

Pittini soñó entonces con una escuela más moderna y tecnificada, de acuerdo a las sugerencias del padre Paganí. Pero ya no le alcanzó el tiempo.

En 1949 dió su placet al P. Antonio Flores, para iniciar la construcción del grandioso templo al Sagrado Corazón en Moca. Con el dinamismo y celo del P. Flores la obra quedó terminada y el 8 de Junio 1956, Mons. Beras la consagraba solemnemente. Cubría 7.000 metros cuadrados y costó 600.000 pesos.

Trujillo donó de su peculio personal unos cien mil. Pero no asistió a la bendición del Santuario porque la policía descubrió que se preparaba un atentado contra su vida.

El campanario de 72 metros de altura albergaba un reloj de Fratelli Solari y cinco campanas importadas de la firma De Polí de Udine. La línea románica moderna del edificio fue decorada internamente por Luis Breda y adornada con estatuas de mármol de Siena y Carrara, obra de La Ditta Enrico Arrighini de Pietrasanta. Vitrales de Paolo Giannina de Turín y un órgano de 4.000 tubos de la casa Tamburini completaron el adorno.

Como cada vez que Pittini ofrecía una fundación a los superiores salesianos, solía recibir una negativa, fundamentada en la carencia de personal; cuando el inspector de Méjico y Antillas don Albino Fedrigotti debió redimensionar la casa de formación de Cuba, sita en Guanabacoa, le sugirió la promoción de un pequeño aspirantado o seminario menor en la República Dominicana. Al principio la idea pareció inoportuna, pero meses después se reunieron en el Colegio Don Bosco algunos muchachos con indicios de vocación. Y cuando en 1946 engrosó el número, se pensó en congregarlos en una casa anexa a la Parroquia del Sagrado Corazón en Moca. Pittini rechazó la propuesta y propuso el pueblo de Jarabacoa. La respuesta pareció extraña. Hacía poco tiempo que el arzobispo con algunos salesianos había visitado esa estación de veraneo situada 150 kilómetros al noroeste de Ciudad Trujillo. La belleza y la altura del lugar atrajo de tal manera a los acompañantes, que comentaron la posibilidad de fundar allí un aspirantado. Pero monseñor Pittini los desahució con una frase: —Sólo pensarlo es una quijetada. Acabo de vaciar los bolsillos en Moca...

¿Qué había ocurrido?

Parece ser que monseñor Beras había enviado a

descansar unos días en Puerto Plata al entonces padre Hugo Polanco. En esa oportunidad don José Ariza ofreció en Jarabacoa un solar para recreo y descanso de los seminaristas diocesanos. Beras no aceptó por tratarse de una ciénaga considerada insalubre.

Enterado Pittini del rechazo escribió al señor Ariza, pidiéndoselo para el aspirantado de los salesianos. A principios del 47 compró el solar y la casa de madera, **la más fea del pueblo**, acotaba sonriendo, por 2.200 pesos. Y comenzaron las adaptaciones para albergar a unos cincuenta aspirantes. El 4 de agosto de 1947 el padre Rodolfo Slezak dió el **primer picazo**, inicial de las labores. Con regalos de los aserraderos vecinos se prepararon ampliaciones y arreglos. El 13 de septiembre llegaron para encargarse de los trabajos el padre Antonio Figura y el coadjutor Celestino Dall'Alba. Diez días después arribó de La Habana el padre Bartolomé Vegh, con el título de director del aspirantado. Enseguida el padre Vegh escribía risueñamente al padre Albino Fedrigotti: **Usted me envió aquí para habilitar una casa. Esa casa no existe. Tan solo es una armazón sin paredes, sin techo, sin piso y sin ventanas...** Por si fuera poco me regalan una deuda de 800 pesos y no conozco a nadie.

El 9 de octubre del 47 el arzobispo autorizó por escrito la apertura de una casa de formación en el pueblo de Jarabacoa, con el fin de formar en ella maestros de arte y agricultura y sacerdotes salesianos, implicando dicha escuela en su futuro desarrollo el noviciado, filosofado y teologado...

El 18 de octubre habían llegado de Moca con el P. Flores los primeros 5 aspirantes, y el 1º de octubre el P.

Luis Dalbon acompañaba a un grupo de seis que venían de la capital. Al fin alcanzaron el número de 20.

El 11 de diciembre, cuando llegó Pittini con el padre Mercader, para la inauguración que se realizaría al día siguiente, **aunque encontrara la oposición de casi todos los salesianos** (según reza la crónica), descubrió que no había libros, ni cuadernos, ni nada. Solo tenían 30 sillas hechas a machetazos y unos ornamentos traídos de Guanabacoa. Faltaba la luz y el agua que había que cargarla del río Yaque y todo lo demás.

Entonces Pittini canalizó una ayuda total: intenciones de Misas, comestibles, dinero, colchonetas, una bomba de agua hasta que llegara el molino, y finalmente una planta eléctrica que desembarcó en Puerto Plata. Sus amigos americanos se portaron muy bien.

Cuando Fedrigotti visitó la nueva casa tuvo que confesar: **Corozco casas pobres; pero como esta ninguna.** Y habló con Pittini de clausurarla. El arzobispo se opuso vivamente y acrecentó su ayuda. En dos o tres años de trabajo los salesianos y aspirantes volvieron habitables casa e instalaciones.

En agosto del 51 el padre Antonio Figura, reemplazó a Bartolomé Vegh en el cargo de director, mientras que desde el comienzo se ocupó exclusivamente de la parte intelectual el padre Luis Dalbón.

Las hijas de María Auxiliadora solo llegaron allí el 20 de septiembre de 1952 y establecieron su aspirantado con 8 candidatas, en un terreno y local cercano donado también por Pittini.

Por los años de 1950 el fenómeno de urbanización

o migración de los campos a la ciudad, multiplicó los barrios periféricos de Ciudad Trujillo, sobre todo en las zonas aledañas a las parroquias de Don Bosco y María Auxiliadora. Con la colaboración del personal salesiano esos núcleos se convirtieron en centros de expansión apostólica. Se abrieron nuevos oratorios festivos y en cada uno de ellos se levantó una capilla, y a su alrededor se agrupó poco a poco la desarraigada comunidad local. Cuando llegó el momento en que la Curia pensó en erigir en parroquia, a esas comunidades, la congregación se hizo cargo sólo de algunas y entregó a la diócesis otras que había organizado pero no alcanzaba a atender cumplidamente.

En 15 años Santo Domingo se triplicó. La evangelización de los barrios de emergencia fue obra de gran visión de futuro. Alma de este movimiento que cubrió gran parte de la zona norte de la ciudad y produjo tantos enjambres, fue el padre Andrés Nemeth. Muchos años antes de que la palabra se pusiera de moda, el arzobispo, por mano del padre Andrés y de sus hermanos salesianos, se **encarnó** en el pueblo sencillo y en los elementos más necesitados de las zonas periféricas de la gran ciudad.

Cuando el padre Andrés inició la expansión misionera en 1950 oyó comentar que el licenciado Manuel Peña Batlle había ofrecido a los salesianos tiempo atrás y en la zona de **Villa Juana** un lote de terreno, para construir una iglesia en memoria de su padre fallecido. Don Manuel ya había vendido el cuadro, pero terció ante su hermano, embajador de la República Dominicana en Inglaterra, para que les cediera otro lugar. Así fue y el padre Andrés construyó una capilla al Sagrado Corazón en donde está hoy el colegio de las Hijas de María

Auxiliadora, en Mauricio Báez 65. El 8 de Mayo el arzobispo creó 8 nuevas parroquias. Junto con la del Corazón de María de los Claretianos, la del Patrocinio de San José, San Rafael de Boca Chica, Santa Cruz, Nuestra Señora del Carmen y San Isidro, entraron los oratorios del padre Andrés, Santa Teresa de Jesús, Sagrado Corazón y el Cura de Ars.

Erigida la capilla en Parroquia, el padre José Ortiz que había organizado una escuelita anexa adquirió nuevos solares y con planos del ingeniero Ramón A. Caro Brito construyó la iglesia. Bendijo la primera piedra el 6 de Febrero de 1956 don Renato Ziggiotti, superior general salesiano. La obra fue levantada por voluntarios que donaban mano de obra y algunos obreros estables solventados con limosnas.

Las Hijas de María Auxiliadora acompañaban a los catequistas desde el 9 de septiembre del 50 y abrieron su casa en los terrenos primitivos el 24 de septiembre del 61.

Por la misma ruta y con iguales procedimientos se fueron montando las feligresías y capillas de San Pedro, Santa Teresa y Nuestra Señora de las Mercedes, Espíritu Santo y Sagrada Familia, Cura de Ars, Fátima, Cristo Rey y Domingo Savio. Casi todas ellas terminaron en parroquias.

La de San José despuntó en 1954. Cuando visitó las casas don Florencio Sánchez, inspector salesiano de Cuba y Antillas, quedó tan impresionado por el espectáculo de ese oratorio, que él mismo acompañó al padre Andrés, el 22 de septiembre, a buscar un solar amplio para la capilla. Lo encontraron en la esquina de la calle Daniel Henríquez y Arzobispo Valera. Y lo adquirieron

por 3.000 pesos que se pagaron a plazos. De inmediato se inició la construcción y gracias a la generosa ayuda de los esposos Imbert-Rainieri, se aceleró tanto, que al año siguiente monseñor Pittini bendijo el templo.

En 1967 cuando monseñor Hugo Polanco Brito realizó la planificación pastoral de la ciudad la convirtió en parroquia y la entregó al clero diocesano.

De manera semejante se procedió en el barrio de Faría con la Capilla del Cura de Ars, adonde también fueron las Hermanas en 1961 y se instalaron en 1964 (como parroquia pasó a la diócesis), con la de Cristo Rey en el Barrio de Corea (las hermanas fueron en 1961 para instalarse en 1964); y con la de Santo Domingo Savio construída en el barrio Guachupita en 1959 y que pasó a la arquidiócesis en diciembre del 68.

Hacía tiempo que monseñor Pittini, deseaba ardientemente una obra salesiana en La Vega, pues esa ciudad carecía de un colegio católico para varones. El deseo se convirtió en propósito cuando las autoridades comenzaron construcciones en serie de casas higiénicas.

El ayuntamiento le había ofrecido un terreno de 5.000 metros junto al cementerio del barrio Guarionex. Pero le vió muchas pecas al regalo y declinó agradecido el ofrecimiento.

En 1954 al ser trasladado el Reformatorio de Menores José Trujillo Valdez, Pittini vislumbró la oportunidad. Se dirigió enseguida al señor Federico García Godoy que había adquirido los terrenos con todas las mejoras, por ser el antiguo dueño del predio, y le pidió que se los vendiera. Accedió gustoso don Federico por tratarse de monseñor y le vendió 155 tareas a 50 centa-

vos la unidad. Además compró dos parcelas vecinas correspondientes a una fábrica de salchichones, para redondear el lote, y se comenzaron a arreglar los locales preexistentes. El 25 de Diciembre de 1954 se ofició la primera misa bajo un árbol.

Los salesianos formaron una comisión de damas para ayudar al incipiente oratorio de Santo Domingo Savio y todos los domingos por la tarde viajaban desde Moca un sacerdote y algunas Hermanas salesianas que realizaban una verdadera misión en la villa y en la zona.

Asegurados los terrenos se levantó una gran iglesia prefabricada cuyo costo de 70.000 pesos pagó el presidente Trujillo. Fue inaugurada el 29 de diciembre de 1957 y asistió al acto el Benefactor. Ofició Mons. Pittini con asistencia del obispo diocesano Mons. Panal. Santo Domingo Savio, titular del templo y parroquia, dió su nombre al barrio.

Luego monseñor con **algunos dineritos** que había conseguido acá y acullá (unos 30.000 pesos) construyó la casa de las Hijas de María Auxiliadora que luego se llamó Escuela Profesional Laura Vicuña. Fue inaugurada el 15 de septiembre de 1959 al lado de la iglesia de Santo Domingo Savio. Tal vez, nunca pensó Pittini que en esa casa iba a acabar sus días...

Todavía resta una obra. En 1950, don Juan Román Grullón dejó en su testamento un legado para los salesianos, consistente en una modesta suma de dinero y 113 hectáreas cultivadas de arroz, en la región de Jai-bón, (Mao) y provincia de Valverde, a 80 kilómetros de Moca; y mandaba organizar una obra de asistencia social para niños pobres. El cronista señala

que se trató de un caso único en esos tiempos en que nadie se atrevía a donar para ninguna obra, so pena de encelar a Trujillo.

Al cabo de un año del fallecimiento de don Juan Román Grullón, y como el inspector salesiano no aparecía por la isla, Pittini y Sixto Pagani aceptaron el legado y las mandas en nombre de la congregación.

Como por el momento no se disponía de personal y medios para atender la finca, se arrendó a familiares de los Bogaert.

Todos los domingos un salesiano llegaba a Mao desde la escuela agrícola de Moca, rezaba Misa y atendía a un minúsculo oratorio festivo. Así por diez años.

En 1960 cuando las hostilidades de Trujillo con la Iglesia llegaron a la cima, se movieron intereses para anular la donación. Los salesianos ante el peligro de una recusación testamentaria se apresuraron a habilitar para capilla y aulas el edificio ya construido, y así comenzó la obra. La atendió durante varios meses el padre Pedro Pescatore y en el verano del 61, se eligió para encargado al padre Juan Fioroni que fue el primero en residir establemente en Mao.

Mientras tanto la primitiva obra salesiana que comenzara Pittini al llegar al País en 1934, la Escuela Salesiana de Artes y Oficios, ya no daba cabida a la ampliación de sus talleres, de acuerdo a las exigencias de los tiempos.

Después de largas consultas, sondeos y averiguaciones para buscarle un lugar más apropiado, se determinó aprovechar el solar que años antes Monseñor ha-

bía comprado a “The Royal Bank of Canada”, en el barrio María Auxiliadora, donde, como ya se dijo, estaba funcionando un taller de Artes Gráficas, al lado de la Iglesia parroquial.

Con los planos de los ingenieros-arquitectos Andrés Aybar Nicolás y Rafael Delgado Billini, en 1955 se levantó el nuevo edificio de tres plantas a lo largo de la calle Albert Thomas, y luego, bajo la dirección del Ing. Mario Penzo, los tres amplios pabellones prefabricados que dieron cabida a los talleres de Mecánica, Carpintería e Imprenta. Algunos años más tarde se añadía un cuarto pabellón para un futuro proyecto de automotriz. El taller de Carpintería cerrará las puertas para dar cabida a dos modernos pabellones de Electricidad y Electrónica, que con la Mecánica ampliada y renovada y el de Artes Gráficas modernizado con la sección Offset, fotograbados, etc. forman el actual conjunto del Instituto Técnico Salesiano (ITESA), uno de los centros de mayor prestigio de la enseñanza técnico-profesional en la República Dominicana.

Al trasladarse los talleres del sector Don Bosco al barrio María Auxiliadora, Mons. Pittini vio inmediatamente la posibilidad de completar la obra por él iniciada más de 30 años antes. Una vez más buscó los medios necesarios, llamó al ing. Caro Brito y lo encargó de transformar el local de los antiguos talleres en un moderno salón-teatro, al servicio no sólo de la juventud que siempre más numerosa llenaba las aulas y los patios del Don Bosco, sino de todas las organizaciones católicas de la Iglesia local, que hasta esa fecha no contaba con un local apto y propio para sus reuniones y actividades. Era un sueño más de Pittini que se iba realizando. En él se tuvieron las intensas jornadas del

Congreso Eucarístico de la parroquia Don Bosco, durante varios años los Cursillos de Cristiandad ahí mensualmente celebraron sus "Ultrellas", incontables son los colegios, asociaciones, movimientos culturales y religiosos que, desde entonces, han podido aprovechar ese local tan amplio y cómodo.

Queda para el final, un establecimiento aceptado en 1955, gracias al valor inaudito del padre Bartolomé Vegh, pero en que poco o nada tuvo que ver monseñor: la escuela Hogar Santo Domingo de Haina, a 13 kilómetros de la capital. Era un reformatorio con internado. Las presiones de Trujillo obligaron a los salesianos a hacerse cargo del gobierno del establecimiento con inmensos sacrificios. Y a pesar de todas las dificultades ganaron la batalla y hasta obtuvieron alguna vocación dentro del erial. ¡Otro jalón en la ruta del compromiso salesiano con los hijos de las clases más desheredadas!

13

La Cumbre del Oro Sacerdotal

Hemos llegado por la ruta de la vida del Arzobispo hasta comienzos del año 1948. La reseña de las fundaciones salesianas, examinadas en bloque desde 1942 hasta 1960, se prestaron a enredar un poco la sucesión cronológica del relato. Por eso vamos a retomar el hilo de los acontecimientos desde 1948, que para Pittini es un año de convalecencia.

Se restablece de una serie de dolorosas operaciones y al mismo tiempo reeduca su comportamiento no solo para subsistir en condición de ciego, sino para ejercer en plenitud, (al menos así lo desea), los deberes de su cargo. Los éxitos inmediatos, debido a su gran inteligencia, tenacidad, humor y espíritu, por una parte; y por otra a la benevolencia que en atención a sus méritos y a su desgracia le prodigaron los que lo acompañaban, le nublaron un poco la realidad, y así se le escapó de las manos la gran ocasión de retirarse a tiempo.

Además el 22 de enero del 49 celebraba sus bodas de oro sacerdotales. **Pronto brillará para tí el día en que cumplas felizmente el quincuagésimo año de tu sacerdocio**, le escribía el Papa Pío XII el 26 de diciembre del 48, mientras Pittini viajaba por América. Fausto acontecimiento, continuaba, **por demás alegre, así para el vigilante pastor como para la grey fiel. Porque bien sabido es el amor a las almas con que tú, con ejemplo de egregia piedad e integridad de vida, siempre te ocupaste en provecho de los prójimos; y particularmente la so-**

licitud pastoral con que riges la grey encomendada a tu cuidado. Por tanto Nos, aprovechando la oportunidad de tan fausto suceso, de corazón te felicitamos por tan prolongado y diligente ministerio...

Y tras desearle satisfacciones y prosperidad por muchos años, lo autorizaba a impartir la bendición papal en nuestro nombre y con nuestra autoridad en el día aniversario.

Como Pittini celebraba sus bodas de oro sacerdotales al mismo tiempo que su hermano Pedro, que vivía en el Uruguay, cumplía las de oro matrimoniales; pensaron en festejarlas juntos con todos los suyos. Y para no gastarle un pasaje al gobierno sin prestar ningún servicio, el arzobispo se ofreció para otra campaña Farista.

Parecía una tarea imposible para un hombre ciego y con más de setenta años encima. Pero en dos meses y medio Pittini recorrió doce países: seis sobre la vertiente del Caribe y el Pacífico (Haití, Jamaica, Colombia, Ecuador, Perú y Chile) y seis sobre el costado del Atlántico (Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Trinidad y Puerto Rico). Remontó por los ríos Paraná y Paraguay y llegó hasta la misión del Chaco convertida en Vicariato Apostólico a cuyo frente trabajaba uno de sus exalumnos, el obispo Angel Muzzolón.

En cada nación cumplió un doble programa, prefijado de acuerdo a los mismos módulos que en el primer viaje: propagar y popularizar el hondo simbolismo cristiano del gigantesco monumento en forma de cruz, llamado el faro de Colón y comprobar la prodigiosa realización salesiana del ensueño profético de Don Bosco.

Visitó a numerosos jefes de estado y a sus cancilleres y dictó brillantes conferencias y reuniones de prensa.

En Paraguay le otorgaron la **Condecoración Nacional al Mérito**. En Uruguay festejó los oros fraternales y rememoró con sus exalumnos 34 años de vida salesiana. En ese país celebró su Misa jubilar en la Cripta de Ma. Auxiliadora de los Talleres D. Bosco de Montevideo. Regaló al Museo del Colegio Pío las condecoraciones gubernamentales recibidas y visitó todas las casas salesianas. También, y ya lo hemos anotado, sacó su tajada; enganchó al padre Sixto Pagani para que lo acompañara y lo ayudara a remontar la escuela agrícola de Moca. El 30 de marzo estaba de vuelta en Santo Domingo. Recibió cúmulos de felicitaciones y votos. Fue condecorado con la **Estrella de primera clase de la orden de la Solidaridad italiana** y otras honorificencias.

Pero su gran preocupación apuntaba a los fieles, a quienes dirigió una circular que describía la ordenación de sacerdote y sus trabajos apostólicos, y se preguntaba delante de todos: —¿Cumplí (mis obligaciones y propósitos)? Si alguna vez he faltado, respondía, **tropecé siempre con la mirada de Cristo misionero...** Y añadía, evidentemente pensando en sus clérigos y en sus problemas: **Hacia el término de mi camino hay puntos que me consuelan...** (Siempre tuve) **hondo respeto a la mujer...** He convivido la mayor parte de mi vida con los humildes, los niños, los obreros, los indios.. No han faltado contactos con las clases superiores y personajes eminentes. Pero mi corazón sintió siempre una atracción especial hacia las clases más necesitadas. (Finalmente) **nunca entregué a mis parientes un solo centavo del dinero que el pueblo o mis amigos me en-**

tregaron... Todo el dinero que pasó por mis manos fue empleado exclusivamente en la caridad, en la formación de mi clero y en la creación de colegios para niños y niñas de las clases humildes.

A mitad del año de 1952 la Sociedad Salesiana debía efectuar uno de sus periódicos Capítulos Generales. Se reunían inspectores provinciales y delegados de más de medio centenar de países. Una semana de ejercicios espirituales precedía a las deliberaciones y había que pensar en el predicador. Los superiores de Turín pasearon sus ojos por el mundo y los posaron en Pittini. Lo invitaron y él aceptó complacido.

Corría junio del 52 cuando se embarcó para Italia acompañado por el padre Sixto Pagani. Comenzó la primera plática del retiro con una evocación nostálgica de su entrada en la Congregación: **Sessanta anni or sono**, dijo y se le ahogó la voz. La emoción lo dominó un largo instante y contagió al auditorio para toda la semana...

Realizó gestiones en Roma, creemos que vinculadas con la futura provincia eclesiástica de Santo Domingo. Y en septiembre estaba de vuelta, vía Estados Unidos.

Para esas fechas asumía la nunciatura dominicana Mons. Salvatore Siino. Mientras tanto Mons. Beras, en presencia de Pittini, bendecía la casa que abría en Haina la congregación de Scarboro.

El 25 de septiembre del 53 se produjo uno de los acontecimientos más auspiciosos para la iglesia dominicana aunque se lo exprese en muy pocos renglones: el Papa Pío XII restauró la provincia eclesiástica de

Santo Domingo, creando diócesis sufragáneas de la solitaria arquidiócesis metropolitana. Por la bula **Si magna et excelsa** erigió los obispados de Santiago de los Caballeros y de La Vega y la Prelatura **nullius** de San Juan de la Maguana (ésta quedaría convertida en diócesis por la bula **Summopere laetantes** el 21 de noviembre del 69). La nueva provincia se enriquecería el 1º de abril del 59, con el obispado de Nuestra Señora de la Altagracia en Higüey.

Para la diócesis de Santiago de los Caballeros el 31 de diciembre, se nombró administrador apostólico al arzobispo coadjutor con derecho a sucesión de Santo Domingo, monseñor Octavio Antonio Beras, que asumió el cargo el 14 de abril del 54. Sólo dos años después, el 22 de julio del 56, tendrá su primer obispo en la persona de Hugo Eduardo Polanco Brito, que desde el nacimiento de la diócesis había actuado como auxiliar.

Para la diócesis de La Vega fue nominado administrador apostólico fray Leopoldo María de Ubrique, capuchino español, cuyo nombre de pila era Francisco Parnal Ramírez. Fue consagrado obispo el 8 de diciembre del 56.

La prelatura **nullius** de San Juan de la Maguana quedó confiada a monseñor Tomás F. O. Reilly, de la congregación del Santísimo Redentor, consagrado obispo de Temisonio el 22 de Julio de 1956, hasta que la Prelatura quedó convertida en Obispado en 1959.

La división llenó de gozo el corazón de Pittini. La arquidiócesis llegaba a su mayoría de edad. Además, y aunque gran parte del peso de gobierno lo sobrellevaba el coadjutor, las nuevas diócesis significaban un inmenso alivio para la responsabilidad arzobispal.

Al llegar a este punto resulta indispensable recapitular algunos acontecimientos políticos que vienen sucediendo en la República, so pena de no entender las causas y efectos de muchos procederres.

La era de Trujillo se acerca a los 25 años de existencia. Había nacido en 1930, casi como un requerimiento de las circunstancias. Se había mantenido gracias al sistema compacto cuya cohesión impulsaba agresivamente la mano durísima de Rafael Leonidas Trujillo, que por dos períodos (1930-34 y 1934-38) ejerció directamente la presidencia de la Nación con autoridad omnímoda. Luego se retiró aparentemente durante los cuatro años que ocuparon en orden sucesivo la presidencia los doctores Peynado y Troncoso. Pero, de hecho, siguió manejando la suma del poder, la exclusividad de los honores y el monopolio absoluto de todos los bienes y dignidades que apeteciera.

En 1942 reasumió la primera magistratura que, por reforma de la Constitución, pudo ostentar hasta 1947, fecha en que fue reelecto para un nuevo período de 5 años.

Procedió siempre sin mayores escrúpulos, liquidó a sus enemigos con toda la gama de recursos que le dictaban su astucia y su crueldad, y no le tembló la mano ni siquiera cuando debió volcar la dureza hacia su misma sangre.

A pesar de los éxitos represivos, de la inundación de propaganda y promoción masiva del régimen y del relativo crecimiento económico; la reacción contra él, hasta ahora individual, comenzaba a corporizarse y asumir caracteres grupales, alentada por movimientos externos al país. Y el sistema debió contemplar dos

frentes: el diplomático y el subversivo; a las Naciones Americanas azuzadas por sus vecinos de cualquier color ideológico y a la Legión del Caribe y sus aliados que respondían a la oposición dominicana.

En 1947 y 1949 se produjeron dos invasiones: una marítima desde Cayo Confites y otra aérea llamada de Luperón porque allí amará el único avión atacante.

Desde el punto de vista estrictamente militar no revistieron mayor importancia. Fueron desbaratadas casi antes de comenzar y el número de rebeldes fue muy exiguo. Pero lograron gran resonancia política. El resorte más poderoso de las dictaduras es el miedo. Y cuando empieza a resquebrajarse en los sojuzgados, pareciera que se transfiere a los déspotas.

Por de pronto, y no era novedad, la represión fue implacable, matizada demagógicamente con algunos gestos magnánimos.

Vaya para muestra un ejemplo. El 2 de diciembre del 48 falleció Aníbal Trujillo, hermano del dictador. Los Trujillo eran once: Flérida Marina, Virgilio, Rafael Leonidas, Rosa María Julieta, José Arismendi (Petán), Amable Romeo, Aníbal Julio, Nieves Luisa, Pedro Vetilio, Ofelia Japonesa y Héctor Bienvenido (Negro).

Rafael había dividido el país entre algunos de ellos por zonas de influencias. Por eso alguien llamó a esta situación el **gobierno del enjambre**.

En esta circunstancia de la muerte de Aníbal, tal vez el más difícil de los hermanos, corrió la especie de que había reclamado al generalísimo **ciertos derechos**

especiales y que lo había amenazado de viva voz. Rafael, antes de que la rebelión prosperara hasta en la familia, cortó por lo sano, aunque oficialmente se anunció que Aníbal había sufrido un síncope.

Cuando el arzobispo ofreció sus pésames a doña Julia, la madre de los Trujillo, ésta lo llamó aparte para conversar a solas. Doña Julia le guardaba gran veneración. Hija de madre haitiana y apegada a sus tradiciones, escondía en su casa imágenes para ella muy sagradas. Cuando se mudaron a una mansión de más categoría, las hijas arrojaron a la basura a todos los fetiches. Doña Julia acudió desesperada al arzobispo. Entonces Pittini le regaló unos escapularios, le hizo una rápida catequesis, y santo remedio. Desde entonces recurría a él en los malos momentos. Pues bien; ese día le dijo llorando: —**Monseñor, me lo mató Rafael...** Sea lo que fuere, el suceso pasó a engrosar el fardo de rumores espeluznantes y ejemplares que rumiaba el país.

Trujillo robustecía notoriamente sus bases de sustentación por el juego de dos factores reales: Se había convertido ante el mundo circundante en adalid del **anticomunismo** y el país respiraba ya una cierta euforia económica.

Por todo eso pensó en derivar la apariencia gubernamental hacia su hermano Héctor Bienvenido (a) Negro, que ya ostentaba el más alto grado militar aunque lo más descollante de su hoja consistía en una eterna y paciente novia de apellido irlandés. Negro juramentó el cargo el 16 de agosto del 52. Una de sus primeras medidas fue nombrar a Rafael, Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, modificar el protocolo para colocarlo prácticamente en primer lugar y arreglarle en Pala-

cio un despacho más expectante que el propio. Ese mismo día se anunció la total cancelación de la deuda externa. Y el Generalísimo satisfecho preparó un plan de relaciones públicas internacionales dignas de un prócer. Dentro del país, las empresas de Trujillo prosperaban inconmesurablemente; en el hipódromo sólo triunfaban los caballos de la familia y Ramfis ganaba regatas, o practicaba polo y otros deportes en forma descollante.

El año 53 Rafael efectuó una serie de purgas en el ejército, en el gobierno y en la diplomacia, realizó varios viajes de descanso en su yate privado y finalmente, consolidada la organización estatal, pensó en visitar España, Francia e Italia **“en misión oficial”** para proyectar y robustecer su imagen en Europa.

Partió en el yate **Presidente Trujillo**, rumbo al Mediterráneo; visitó España, en donde fue acogido con los máximos honores; y el 16 de junio, después de la firma de un Concordato, acudió a la audiencia pontificia.

Una hábil preparación, por parte del Nuncio Dominicano, y algunas secciones de rutina facilitaron el éxito, estruendoso para Trujillo y relativo para la Iglesia.

El 16 de junio monseñor Doménico Tardini y el **generalísimo doctor Rafael Leonidas Trujillo** acreditaron plenipotencias y firmaron un instrumento de 28 artículos con un protocolo final, que, rubricado en Roma, fue ratificado por el Congreso Nacional y el Poder Ejecutivo por ley N° 3874 del 7 y 10 de julio de ese año de 1954, 111° de la Independencia, 91 de la Restauración y 25 de la era de Trujillo.

El Concordato después de establecer que la **Religión católica...**, seguía siendo la de la **Nación Dominicana** (artículo 1º) y que el Estado reconocía la personalidad jurídica internacional de la Santa Sede, reglaba un intercambio de embajadores reservando para el Nuncio el decanato del Cuerpo Diplomático (artículo 2º). El artículo 4º y 5º establecían el reconocimiento del carácter de sociedad perfecta para la Iglesia y de personas jurídicas para todas sus instituciones, en especial las diócesis, prelaturas, parroquias, órdenes, congregaciones, sociedades e instituciones seculares, con los derechos civiles inherentes a tal figura. Los artículos 5º y 6º se referían a la organización eclesiástica y la provisión de sus cargos: el estado acepta el actual **"status"** y el sistema de **"previa notificación secreta"** para las variantes futuras, e insistía en la preferencia para los ciudadanos dominicanos en el caso de nombramientos. En el artículo 7º, el estado se comprometía a ciertas erogaciones financieras (construcción de catedrales y oficinas de curia, subvención para gastos administrativos, etc.) compensados con el mantenimiento del título de **Primado de Indias** para la **basílica metropolitana** y su arzobispo. Reconoce también a la Iglesia la libertad de erigir, suprimir y modificar, de acuerdo al derecho canónico, cargos y funcionarios eclesiásticos, con la sola obligación de comunicarlo al poder civil y tomar en consideración las eventuales objeciones (artículo 9º). El artículo 10º está destinado a los derechos del clero extranjero invitado al país y el 10, 11, 12 y 13 a señalar la especial protección que en el orden judicial, militar, penal, jurídico y político merecerán los clérigos y el respeto que corresponde al hábito eclesiástico. El 15 y el 16, encaran el hecho del matrimonio religioso al que se le reconocen efectos civiles y cuya

disolución se reserva a los tribunales eclesiásticos que informarán al Supremo Tribunal.

Los artículos 17, 18, 19, 20, 21 y 22, garantizan la atención religiosa a las fuerzas armadas, a los hospitales y a las escuelas y aseguran la vigencia de las fiestas litúrgicas y el reconocimiento a las universidades, colegios y toda clase de escuelas en determinadas condiciones. Finalmente se garantizan las propiedades y donaciones, los edificios y las organizaciones y el funcionamiento de asociaciones católicas, al tiempo que se fija una oración especial por la República y su presidente, para ser rezada en público al final de los oficios de los días de precepto.

Después de cuatro días en París, viajó hacia los Estados Unidos y el 14 de agosto arribó a Ciudad Trujillo. La recepción resultó apoteótica. Se prolongaron y multiplicaron los desfiles y homenajes, sólo interrumpidos por sus varios viajes a los Estados Unidos, contemporáneamente se empeñó en poner en vigencia toda las disposiciones del Concordato.

Por eso en ese momento comenzó a recrudecer la vieja campaña para que se lo designara oficialmente **Benefactor de la Iglesia**. Y entre sus más fervientes propagandistas se contó el sacerdote disidente Zenón Castillo de Aza.

De esta manera se llegó a 1955, el pináculo del poder o **Año del Benefactor**, según lo declaró el Congreso.

Fueron doce meses de festejos, por los cinco lustros de la **era de Trujillo**. Recibió montañas de condecoraciones nacionales y extranjeras y presidió innumerables homenajes. Se creó el Instituto Trujilliano,

se levantaron centenares de estatuas y bustos y finalmente se organizó **La Feria Internacional de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre**: toda una ciudad para exposiciones y espectáculos principescos, que contó con famosas visitas, entre ellas la del presidente del Brasil. La coronación de la Reina de la Feria, por supuesto Angelita Trujillo, asumió caracteres gigantescos... El Cardenal neoyorquino Francis Spellman presidió el Congreso Internacional de Cultura Católica y alabó al anfitrión. Numerosos congresistas norteamericanos elogiaban sin regateos la política internacional dominicana.

Parecía que Trujillo tocaba el cielo con las manos... Álbumes y tomos impresos alargaban su alegría.

Pero a poco asomaron con timidez los signos de la decadencia: la economía aflojó, se multiplicaron las crisis en el Caribe, y se percibieron visibles señales de descontento. El caso Galíndez estremeció la opinión internacional y su libro sobre **"La era de Trujillo"** recorrió el mundo.

El gobierno fortaleció sus cuadros, hizo entrar en funcionamiento al SIM (Servicio de Información Militar) y lo puso bajo las órdenes del violento Johnny Abbes.

La guerra estaba planteada y en tales términos que la Iglesia en cualquier momento podía quedar involucrada, o tendría que pronunciarse. Cuando llegó la primavera de 1957, Negro concluía su período presidencial y debían realizarse elecciones, que en este caso se convirtieron en reelección. Rafael, que pensaba y resolvía todo, colocó en la vicepresidencia de la República a uno de los elementos más probos, doctos y religiosos de que

podía echar mano, el doctor Joaquín Balaguer. Muchos fueron los motivos que impulsaron esta elección, pero no faltaron el deseo de aliviar tensiones y mejorar la imagen interna y externa del gobierno.

Entre tanto el arzobispo aparecía de cuando en cuando en los actos públicos, según la descripción de Cassweller, con su rostro pálido y descarnado, semio-culto detrás de unos grandes anteojos oscuros, con sus ligeros mechones de cabellos blancos, hirsutos, como si descargaran las últimas chispas eléctricas de su frágil cuerpo. . .

14

Por la Calle de la Amargura

Monseñor vivió siempre en las habitaciones altas del Palacio Arzobispal. Se ascendía hasta ellas por una estrecha escalera, adosada a la pared del ábside de la Basílica Catedral, que arrancaba a un costado del altar mayor, junto a la puerta de la sacristía. Todo el servicio de palacio, por así llamarlo, se reducía a un ama de llaves y a la vez cocinera. Las más conocidas fueron dos mujeres de edad provecta que sirvieron en tiempos diferentes. El las llamaba jocosamente **las dos Marías**. Y así las describe monseñor Pepén: **María la prieta era sumamente inteligente y de cierta cultura. Le leía todas las semanas los periódicos y en sus horas libres recibía a los visitantes. Modelo de corrección en sus palabras y actitudes. La otra María "la blanca" era un ejemplo de sencillez y simplicidad de la mujer del pueblo, entregada todo el día sin pretensiones a su quehacer.**

Luego regentó la cocina Juanita, más o menos de igual condición que su antecesora. No sabía leer ni escribir, ni atender al teléfono. Preparaba las comidas en la planta baja y servía el comedor que estaba en frente. Era la única persona que dormía en Palacio, con excepción de Pittini. Este había cumplido 81 años el 25 de abril de 1957.

El momento pintaba feo para el régimen político vigente. Había caído Perón en Argentina en 1955 y la onda revolucionaria avanzó inexorablemente. En Centroamérica y el Caribe se revolvían crisis complicadas.

La agitación cubana ya mostraba las uñas y el primer día del 59 Castro asumía el poder. La insurrección incubaba hasta debajo mismo de las alas del trujillismo. El espionaje y la represión interna crecían en eficacia y ferocidad.

Así andaban las cosas cuando sucedió el extraño percance arzobispal del 7 de diciembre de 1958.

Esa noche estaba Juanita fregando cacharros, cuando oyó apenas el sonido de la chicharrita con que solía llamarla el arzobispo.

La buena mujer secándose las manos subió las escaleras, abrió la puerta que nunca tenía llave, y al dar unos pasos por la habitación se enfrentó con un espectáculo horrible. Monseñor yacía sin conocimiento entre la cama y la ventana, en medio de un charco de sangre. Corrió como pudo a pedir auxilio. En una exhalación llegó el padre Remberto Cruz Pérez que vivía frente a la Catedral, al otro lado de la Plazoleta de los Curas y trajo a un médico. Serían como las diez cuando llamaron al colegio Don Bosco y enseguida vinieron volando el P. Andrés y el padre Pagani con el Dr. Pompilio Brower. Trajeron al doctor López de Haro su médico personal. El herido pasó la noche inconciente. Había recibido un terrible golpe en medio de la cabeza y mostraba muchas pequeñas escoriaciones junto a la herida principal.

Como el padre Pagani todavía no estaba repuesto de una operación de columna, hizo llamar a una experta enfermera mocana, Hilda Schott, que inmediatamente entró en funciones. Pittini seguía desmayado y todo presagiaba el fin. Monseñor Beras fue informado a la mañana siguiente por el padre Cruz y acudió al instan-

te a la cabecera del herido. Se dió aviso al gobierno y comenzaron los preparativos para el caso del deceso.

Entre los facultativos consultados se contó al doctor Marco Soncini, joven geriatra italiano llamado por Trujillo para consultas familiares. Lo examinó a fondo, prescribió un tratamiento y luego exclamó lleno de optimismo: —**En un mes va a estar listo para el discurso de la fiesta patria** (27 de Febrero).

Después de varias semanas de semiinconsciencia, mostró signos notorios de recuperación y el 27 de febrero del 59 comenzó a hablar con total coherencia. La memoria no parecía afectada. Pero no podía evocar los ras cuando todavía no estaba totalmente recuperado.

Para otros, alguien lo esperó con cualquier intención, le dió un tremendo palo en la cabeza y lo dejó tendido. Los que examinaron detenidamente la herida se inclinan hacia la segunda posibilidad, más si recordaban que días antes, alguien había penetrado sigilosamente en la habitación, mientras el arzobispo dormitaba, y le había robado el anillo episcopal depositado encima de la mesa de luz.

Lo cierto fue que con este accidente, que pudo ser fortuito, comenzó el recorrido de una versión especial de la calle de la amargura.

El motivo desencadenante estribó en la enfermera. Hilda Schott era enemiga de Trujillo y de larga data. Su madre doña Estela fue la sobrina predilecta de Horacio Vázquez. Algunos varones de esa familia desaparecieron durante la era del Benefactor. Uno de los primos de Hilda, José Cordero Michel, militaba en las guerrillas. Y de propina Trujillo que conocía muy bien

a la familia, guardaba el recuerdo rencoroso de una escena que le tocó jugar con ella en 1933, cuando Hilda tenía 9 años y frecuentaba la escuela primaria de La Vega. Se anunció la visita presidencial al colegio y fue elegida ella para entregar un ramo de flores al dictador. Hilda se llegó frente a Trujillo, con el ramo en la mano, lo miró a la cara, arrojó las flores al suelo y las pisó. —¿Quién es esa diableja?, exclamó fastidiado el general.

Cuando Pittini mejoró, Trujillo llamó a Alvarez Pina y le ordenó que convenciera al arzobispo de que debía alejar de Palacio a la diableja. Y obtuvo el resultado que ya sabemos.

Primero Alvarez Pina y luego Rafael Paíno Pichardo, en funciones de ministro del interior y culto, excogitaron mil expedientes para ahuyentar a la diableja, sin mayor escándalo. Pero Pittini se mantuvo inmovible.

Alvarez Pina, que lo visitaba diariamente con cualquier excusa, comentó: **Trujillo lo quiere a Pittini como a un padre; pero esta diableja lo está separando de él.**

Y en verdad algo de razón tenía, porque desde ese momento el arzobispo tuvo acceso directo a informaciones diferentes de las oficiales y estableció contactos con personajes distintos de los del régimen.

El 8 de septiembre 1959 el arzobispo viajó a los Estados Unidos. Alimentaba todavía una leve ilusión de iluminar un poco sus ojos semiapagados. Estuvo un mes y medio en Patterson en un colegio de Hnas. Salesianas, mientras le realizaban los exámenes. Finalmente lo des-

hauciaron, emprendió la nueva etapa. Lo acompañaron en el viaje el padre Pagani e Hilda Schott. Entretanto mantuvo muchas entrevistas. Dos de ellas con el Nuncio electo Mons. Lino Zanini. Este llegó a la capital dominicana en octubre y de entrada, no más, debió experimentar las jugadas trujillescas. Por semejanza de apellidos, lo confundían con el Nuncio que actuara en Buenos Aires en los últimos días de Perón y estaban prevenidos contra él. Cuando volvió Pittini, el 4 de noviembre, Zanini junto con monseñor Beras y Pérez Sánchez, lo esperaban en el aeropuerto.

En el intervalo se habían producido nuevos acontecimientos. Al atardecer del 14 de junio de 1959, un avión que había despegado de una base cubana, aterrizó en Constanza, con 56 rebeldes a bordo. Después de algunas escaramuzas el pelotón se refugió en las montañas. Las relaciones con Cuba se convirtieron en una beligerancia larvada, y menudearon las tentativas de desembarco, la ruptura de relaciones, las apelaciones a la OEA, etc. Venezuela y Cuba enfrentaban visiblemente a Trujillo.

Sectores de la juventud dominicana, animados por las tensiones conspiraban en busca de un alzamiento. La represión y vigilancia actuaban cruelmente.

El gobierno mantenía con el arzobispo relaciones formales. Pero enseguida empeoraron. Para peor, Hilda había traído de Estados Unidos para sus tíos una foto del hijo guerrillero. Y para eludir cualquier inspección la había colocado en los bolsillos de Pittini... Uno de los familiares de Hilda, aterrorizado, denunció el contrabando fotográfico y reventó la tempestad. Desde entonces funcionó alrededor del arzobispado

un operativo de vigilancia, espionaje, reporte e intimidación como para desalentarlo y alejarlo de la ciudad. El régimen no deseaba que renunciara o que se retirara del país ya que temía que hablara libremente o lo consideraran como perseguido. Por eso sistemáticamente ignoró pedidos de pasaporte aun después de su renuncia.

Interfirieron el teléfono, le abrieron las cartas, lo observaban desde casas vecinas con catalejos, estacionaban **carritos** especiales en las aceras de la curia, le cortaban la luz y el teléfono y hasta montaron escenas macabras. Pittini nunca se arredró.

Cuando los curiales descubrieron que los **calieses** habían revisado y revuelto papeles de la secretaría, comunicó el caso a la Nunciatura para que se hicieran las observaciones diplomáticas correspondientes relativas al Concordato. Al percibir que el pedido no tendría eco, dijo con serenidad a los que le acompañaban —**Si ellos tienen miedo, me defenderé solo. Dios me ayudará. De aquí no salgo sino muerto.**

Se multiplicaron las burlas, pullas y amenazas. Recibía llamadas telefónicas mortificantes o simplemente maliciosas, como cuando alguien, haciéndose pasar por reportero de un medio de comunicación, le disparó esta pregunta:

—**¿Es cierto monseñor, que piensa nombrar un capellán para los guerrilleros?**

—**¿Cómo?, respondió, ¿Hay guerrilleros en la República? Ustedes no han publicado nada... Tendré que consultar a la Santa Sede.**

En este ambiente celebró los veinticinco años de

episcopado el 8 de diciembre de 1960. El agasajo lo constituyó una conceptuosa nota de la Nunciatura firmada por el encargado de negocios.

De julio a diciembre la ciudad se estremeció por el estallido de bombas caseras y la campaña panfletaria.

Un grupo de muchachos de los que preparaban panfletos y bombas incendiarias, frecuentaban el colegio Don Bosco del que eran exalumnos y parece que aprovechaban la venida para efectuar reuniones fugaces en algún rincón del inmenso patio. El 9 de noviembre al atardecer, los **calieses** irrumpieron en el establecimiento y secuestraron a un clérigo estudiante, llamado Máximo Báez. El muchacho acusaba en su contra ser hijo de Pedro Báez, un desaparecido del régimen, y ejercer el profesorado de química, que lo indicaba como potencial fabricante de explosivos. Se salvó de ser apuñaleado por la intervención de un policía que tenía su hijo en el colegio. Los superiores salesianos revolvieron la ciudad y las oficinas públicas para ubicarlo sin resultado alguno.

Por estas fechas la policía allanó a media noche el colegio Don Bosco, con la excusa que alguien había colocado en la Iglesia una bomba de tiempo que iba a explotar a las cuatro y media de la mañana y revisaron minuciosamente el edificio.

Al poco tiempo diversos sacerdotes empezaron a recibir presiones, al principio amigables, luego amenazantes, para que convencieran al arzobispo de abandonar la ciudad.

El caso Báez llegó más tarde hasta Trujillo. En una reunión de eclesiásticos con altos funcionarios, Pa-

gani aprovechó una pausa para exponer el caso, pero no obtuvo respuesta.

Al salir de Palacio se cruzó accidentalmente con Trujillo. Lo saludó y abordó nuevamente el tema. Trujillo, huraño, replicó que existían pruebas muy serias contra él... y ahí quedó todo.

La policía militar había apresado a todo un grupo de presuntos conspiradores y uno de ellos, llamado Rafael Leonidas Martínez, muy apremiado, "cantó" y para liberarse de culpa y cargo, acusó a cuántos conocía, entre ellos a Báez.

Más tarde y en otra oportunidad volverá sobre el tema el padre Enrique Mellano en una reunión dramática con Paíno Pichardo y esta vez tendrá éxito. Después de alguna vacilación Báez fue liberado.

El 1º de enero de 1960 Pittini asistió a una recepción presidencial. Trujillo lo saludó muy serio, pero respetuosamente. El arzobispo ciego inquiría al oído del acompañante: —¿Está Johnny Abbes? ¿Qué hace?, etc.

Tampoco permaneció al margen del trajín imperante el Nuncio Apostólico. Ya a su llegada se habían producido demoras y sospechas en la salida y arribo de los aviones. Lo hicieron aterrizar en horas desacostumbradas sin explicaciones potables.

Después empezó el juego del gato y el ratón, del que era tan aficionado el jefe. Primero lo obligó a aceptar un subsidio de 17.000 pesos para construir la cerca de la Nunciatura. Luego le vigilaron la correspondencia diplomática y se produjeron multitud de hechos irritantes. Es por demás conocida la burla con que el

equipo trujillista, sediento de producir ridículo, distribuyó invitaciones a todos los diplomáticos y personas importantes de la ciudad en papel de la Nunciatura. Los convidaba a una recepción oficial. El Nuncio sólo tuvo noticia del infundio al recibir una llamada telefónica de un diplomático que se excusaba de asistir. Bien aconsejado, optó por visitar ese día una casa religiosa algo lejana, y cuando llegaron los invitados, entre los que se contaba Trujillo, el personal de servicio explicó que nada sabía de invitación semejante.

Mientras se multiplicaban toda clase de escenas, se rumoreaba con fundamento en la ciudad que los jóvenes presos ascendían a tres mil, y un disgusto furioso crecía proporcionalmente en la población.

Los Obispos se creyeron en el deber de intervenir y después de seria reflexión, el 25 de enero de 1960 produjeron la **Carta Pastoral colectiva del Episcopado de la República en ocasión de la fiesta de Nuestra Señora de Altigracia (21 de Enero)**, que fue enviada a mano a todos los curas del país con orden de leerla en las Misas del domingo.

No podemos permanecer insensibles, afirmaban, ante la honda pena que aflige a buen número de hogares dominicanos.

Y tras varias consideraciones sobre la caridad, reafirmaron que la raíz y fundamento de todos los derechos está en la dignidad inviolable de la persona humana. Cada ser humano, aun antes de su nacimiento ostenta un cúmulo de derechos anteriores y superiores a los de cualquier estado... Derechos intangibles que ni siquiera la suma de todas las potestades puede im-

pedir su libre ejercicio o restringir el campo de su actuación...

Por eso la Iglesia Católica... ha sido en todo momento la defensora más ardiente y más sufrida de esos sagrados derechos universales...

Inmediatamente enumeraron los principales derechos humanos cuyo desconocimiento, **constituiría una ofensa grave a Dios y a la dignidad del hombre...** y **acarrearía numerosos e irreparables males a la sociedad.**

La pastoral de acuerdo a las normas en vigencia fue entregada en sobre cerrado a la oficina gubernamental correspondiente, el viernes 29. La pereza burocrática postergó el trámite para el lunes. Y el domingo 31 la nación entera con sorpresa, la oyó leer en las Misas. Llevaba la firma de todos los Obispos: Ricardo, arzobispo metropolitano, primado de las Américas; Octavio A. Beras, arzobispo coadjutor de Santo Domingo con derecho a sucesión; Hugo Eduardo Polanco, obispo de Santiago de los Caballeros; Francisco Panal Ramírez, obispo de La Vega Real; Juan Félix Pepén, Obispo de la Altagracia y Tomás F. Reilly, obispo titular de Temisonio, prelado de San Juan de la Maguana.

Pittini no había intervenido en la redacción y cuando le solicitaron que la ratificara, se la hizo leer pausadamente, formuló alguna observación de forma, para limar aristas (en rigor no armonizaba con su estilo) y recomendó: —¡**Manténganse unidos!**

Fue su último acto de gobierno. Hacía ya tiempo que meditaba en la renuncia. Había conversado de ello con monseñor Siino y en 1959 con el ex Nuncio, Alfre-

do Paccini, que visitaba su antigua sede. Estos fueron tan delicados en sus apreciaciones, que Pittini perseveró en su actitud. En cambio con monseñor Zanini al tratar el tema tuvo un encontronazo, que por un tiempo anuló cualquier esfuerzo para convencerlo de la necesidad de su retiro, y el momento venía a complicar el proceso, porque Pittini, además de sentirse capaz de ejercer el gobierno pastoral, ahora consideraba poco digno abandonar la nave durante la tempestad.

Al fin las presiones y recomendaciones que le llegaban de sus amigos más íntimos, lo empujaron, no muy voluntariamente, a dar el paso decisivo. Discutió con ellos la situación, y, previa consulta con la Nunciatura, el 25 de enero dictó al padre Pagani una carta dirigida al Santo Padre, concebida en los términos siguientes:

En consideración a mi avanzada edad y de mi completa ceguera pido humildemente a Vuestra Santidad, se digne nombrar, Sede Plena, como administrador apostólico de la arquidiócesis y de la vicaría castrense de la República Dominicana al Arzobispo Coadjutor con derecho a sucesión, Monseñor Octavio A. Beras, exonerándole así de toda responsabilidad en el gobierno de la arquidiócesis y de la vicaría...

Cuatro días después el Papa Juan XXIII, por decreto consistorial que llevaba la firma del Cardenal Mimmi, nombraba Administrador apostólico, de acuerdo al pedido, a Monseñor Octavio Antonio Beras.

Cuando se enteró Trujillo de la renuncia, se disgustó seriamente: no lo habían consultado y de acuerdo con sus principios, repetidamente manifestados, **en la República Dominicana nadie renunciaba, salvo que él lo echara.**

Por otra parte las 1900 palabras del documento episcopal restallaron en sus oídos como trallazo de látigo. Se puso furioso tanto por la ineficacia del sistema para preveer y evitar un desafío de esa laya, así lo entendía él, como porque algunos párrafos le resultaron particularmente picantes. Tal el penúltimo que, con visos de intimación profética, anunciaba:

Seguros del buen resultado de esta intervención hemos prometido especiales plegarias para obtener de Dios que ninguno de los familiares de la Autoridad (en el original está con mayúscula) experimente jamás en su existencia, los sufrimientos que afligen ahora a los corazones de tantos padres de familia, de tantos hijos, de tantas madres y de tantas esposas dominicanas.

Y en la carta a Trujillo, —porque la Pastoral le fue enviada con una nota de presentación más incisiva, fechada el 25 de enero, día de la conversión de San Pablo, (la mención del santo del día consta en el documento)— estas últimas insinuaciones asumieron caracteres más explícitos.

Estamos seguros, decía la misiva, de que vuestra Excelencia verá, en esta nuestra actitud de solicitud paternal, la más clara prueba de nuestro deseo de seguir colaborando en plena lealtad con el gobierno dominicano por el bien del pueblo, pues ningún servicio puede ser más útil a la causa común que hacer conocer a Vuestra Excelencia la verdad, si alguien se hubiera permitido ocultársela.

No podemos ocultar tampoco nuestra pena y nuestra sorpresa como la prensa violando la constante actitud defensora de Vuestra Excelencia en favor del Con-

cordato, se haya permitido calificar la obra de sus manos.

Vuestra Excelencia no puede como católico permitir más nuevos insultos a la Iglesia y a la Sede Apostólica sin peligro de las graves consecuencias que acarrearía sobre el pueblo. No ignora vuestra Excelencia que el Concordato ha servido más para la causa del país y su prestigio al exterior que para la Iglesia misma.

Nos honramos, por tanto, en ofrecer nuestra colaboración mientras le pedimos intervenir con todo el peso de su autoridad de Benefactor de la Patria ante las autoridades del gobierno para que sean cuanto antes enjugadas tantas lágrimas, curadas tantas llagas y devuelta la paz a tantos hogares..

Pedimos a Dios recompense su intervención para que la venerada madre y la distinguida esposa de Vuestra Excelencia, no experimenten nunca en su larga existencia, los sufrimientos que afligen ahora a los corazones de tantas madres y tantas esposas dominicanas.

Trujillo se estremeció. Pensó en el derrumbre de Perón, Rojas Pinilla y Pérez Jiménez en circunstancias semejantes y decidió proceder con cautela.

Como respuesta al pronunciamiento de los Obispos el Presidente de la República, Negro, y otros altos funcionarios propiciaron oficialmente la proclamación de Trujillo como **Benefactor de la Iglesia en la República Dominicana**, y así lo hicieron saber a los Obispos, a quienes correspondía la designación. Esta aspiración, ya lo anotamos, venía repitiéndose como un sonsonete desde la firma del Concordato y contaba entre sus fautores a algunos sacerdotes. A Trujillo la idea le halagaba in-

fantilmente. Y a Pittini le habían enrostrado su ingratitud por no hacerlo, y éste había repetido invariablemente: —Es asunto de la Santa Sede.

Ahora la campaña recrudecía. Los cabildeos gubernamentales se sucedieron sin tregua. Trujillo insistía en que **no se debía pelear con la Iglesia** y en que **el asunto había que tomarlo con calma**. Y a pesar de los “duros” tomó por el atajo de la evasión jurídico legal:

El respeto que debo a la Constitución y a las leyes de la República, respondió el Generalísimo el 3 de marzo, **no me permite interferir en la administración de la justicia de la Nación, la cual, en el caso presente, está funcionando con esa misma independencia que yo establecí como norma para el cumplimiento de ese inmaculado deber, aunque al mismo tiempo no puedo desconocer las nobles y humanitarias intenciones que inspiraron vuestra carta pastoral.**

Los obispos replicaron el 6 de marzo reclamando la liberación de los presos políticos para antes de la Pascua.

El gobierno comenzó de nuevo, como en los casos difíciles, a tejer una maraña de acciones diplomáticas, políticas, policiales y personales; en la que no faltaron amenazas, halagos, tentativas de soborno, intimidaciones, presiones legales y otros expedientes debidamente mezclados y hasta contrapuestos para disimular sus claras intenciones. Y no faltaron los amagos de pasar a mayores.

Para abril Trujillo ya se mostraba desaforado. La jauría del régimen ululó y lanzó alaridos, mientras se rasgaba las vestiduras por el alzamiento episco-

pal. Rugió amenazas y desenterró cuanta carroña histórica pudiera afeanar a la Iglesia y a sus Pastores. Fuego graneado cayó sobre las organizaciones eclesiásticas. Desaparecieron los subsidios y se persiguió a sacerdotes y religiosos. Hubo articulistas y locutores que, para ganar méritos, salieron fuera de la isla tratando de salpicar a la curia romana actual y pretérita...

Pero el mayor potencial de fuego apuntó a los dos Obispos extranjeros firmantes: a Francisco Panal, capuchino español, Obispo de La Vega y al redentorista bostoniano Tomás Reilly, prelado de San Juan de la Maguana. Pensaban tal vez, en irritar el patrioterismo de ciertos grupos, e introducir una cuña en el frente eclesiástico.

Para dar una idea del temporal que azotó al país durante el año tomemos al acaso el diario El Caribe del 16 de mayo de 1961.

Después del consabido aluvión de noticias carnavalescas sobre el candidato a **Benefactor de la Iglesia** que rondaba por todo el país apadrinando el bautismo de cantidades de niños, (algunos de los cuales volvían a bautizarse para merecer los favores del Generalísimo), adquiriendo millares de ahijados y compadres; que visitaba las iglesias parroquiales en donde se cantaba una Salve y el párroco debía ofrecerle un saludo de bienvenida; tras algunas noticias internacionales y policiales, la sección deporte y la de historietas con Rip Kirby, Mandraque, Supermán y el doctor Merengue; dedicaba páginas y páginas plenas de andanadas al episcopado, con predilección para los extranjeros ya citados. Anotemos los principales títulos de los artículos de este ejemplar: **Expulsión para Obispos** por Rafael Jo-

vino Marcelino Reyes; **Repudio a los Obispos** por Euro-po Félix; **La Expulsión de los Obispos**, por Narciso Pi-mentel; **Repudio a los Obispos Reilly y Panal**, por Car-men Ligia Morales de Fondeur; **En torno a lo de Panal y O'Reilly**, por el Lic. Tomás López Silva; **Obispos Ex-tranjeros, que se vayan**, por Luis Monsanto del Valle; **En todo el país repudian las maquinaciones terroristas de Obispos Reilly y Panal**, con una multitud de firmas; **La ingratitud de los curas**, por Andrés Jaime; **Los Obis-pos Panal y Reilly deben irse**, por Isabel Machuca Ra-mírez; **Repudio a la actitud de los Obispos Tomás F. Reilly y Francisco Panal**, por Samuel Encarnación...

Y todo en un solo diario y en un solo día. No exami-naremos la autenticidad de las firmas, pero debemos in-sistir que se trataba de verdaderos artículos de media columna, que contenían párrafos como estos que copia-mos: **La actitud de esos agresivos obispos al exhortar a la revuelta y al dirigir personalmente grupos terro-ristas...** No podemos tolerar que sigan tan diabólica misión esos curas que ni aún en la Iglesia deberían ser admitidos... **Sacerdotes extranjeros que se mezclan en nuestra política... Obispos extranjeros... extran-jeros ingratos... ni los Obispos ni nadie nos vencerá...** **Amor a Dios y a Trujillo... Religiosos desleales y ex-tranjeros... : Trujillo continúa construyendo iglesias..** Y ni hablar del famoso "foro público".

Radio Caribe abría la audición matutina con el de-voto rezo del Angelus y enseguida, como cuando estalla una bomba en un templo, Lamela Geler, uno de los co-rifeos parlantes del régimen, vomitaba un editorial sec-tario, sucio, insultante. Y así todos los días.

Había en el seminario, unos cien alumnos. El truji-



Tumba donde descansan los restos de Mons. Ricardo Pittini junto a la primera columna, entrando a mano izquierda al templo de San Juan Bosco. Lugar de los "publicanos" como solía decir. Amó tanto esta tierra, que quiso permanecer aquí, como Colón.



Exequias de Mons. Pittini en la Catedral Primada de Santo Domingo. 11 de Diciembre de 1961. Preside Mons. Octavio A. Beras, Arzobispo Metropolitano, con asistencia del Encargado de Negocios de la Santa Sede, Obispos, Clero, Autoridades y numerosos fieles.



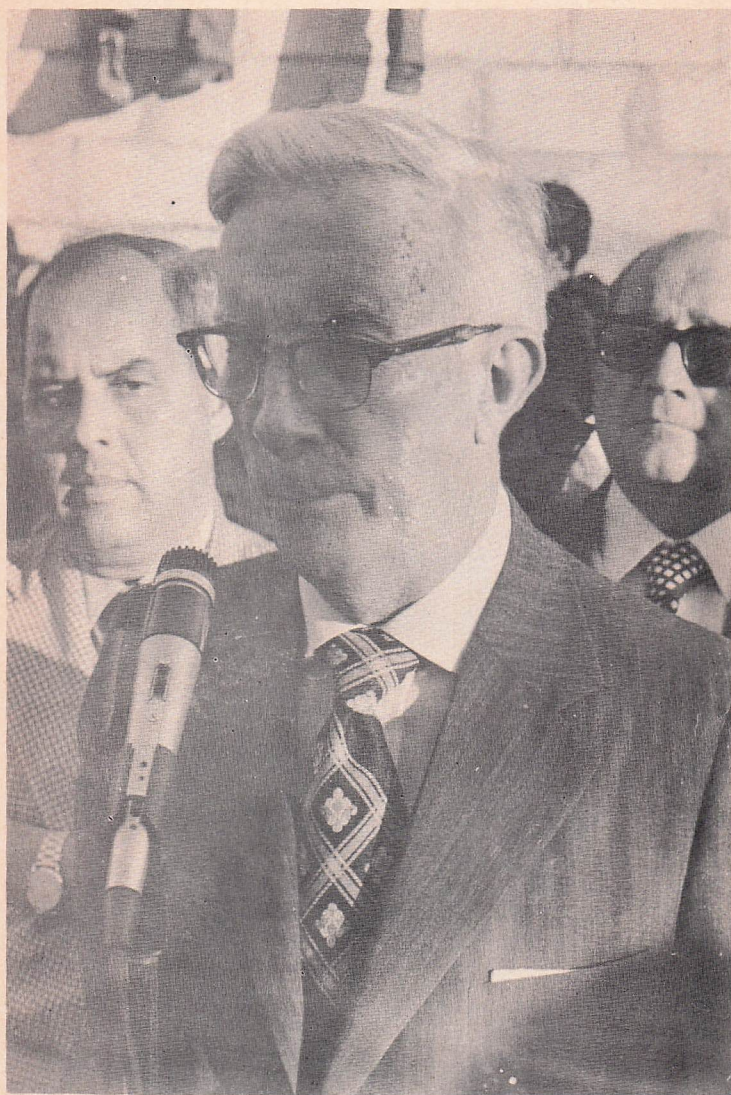
Jefes de las Fuerzas Armadas, - Ejército, Marina, Aviación y Policía, rinden honores a su ex-Arzobispo y Obispo Castrense. (Cortesía del Diario El Caribe).



Inauguración de la calle que lleva el nombre de Mons. Ricardo Pitti-
ni, en las inmediaciones del Colegio Don Bosco que él fundara.
- 10 - XII - 1974 -



Mons. Beras y el Síndico Estrella Rojas cortan la cinta simbólica



El Lic. Manuel Ramón Ruiz Tejada, improvisando su discurso en la inauguración de la calle Mons. R. Pittini.



Su Eminencia Dr. Octavio Antonio Beras Rojas, Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo y Primado de América, sucesor de Mons. Pittini y Primer Cardenal de la República Dominicana.



Inauguración del monumento a Mons. Pittini en el patio del Colegio Don Bosco. Orador el Lic. Notario Luis E. Pou Henríquez, gran amigo y colaborador en todo momento de Monseñor y de la causa católica. Marzo de 1964.

llismo los infiltró y estos no ofrecieron más garantías de fidelidad. Amedrentaban sistemáticamente a las religiosas.

Mandaban a tipos desfachatados a bañarse desnudos en la piscina interna de las dominicas norteamericanas y otras lindezas semejantes.

Los ataques periodísticos y radiales giraban siempre alrededor de dos lemas: ingratitude de la iglesia para con el Benefactor y asociación al terrorismo de los Obispos extranjeros.

Pittini siguió viviendo en Palacio con las mismas molestias y la misma tranquilidad. Eso sí, nunca más le llegó asignación alguna gubernamental. Sobrevivió con los doscientos pesos que le pasaban los salesianos.

Los Superiores Generales de la congregación salesiana que se mantenían bien informados, el 5 de marzo del 1960, por medio del Rector Mayor y de su Vicario, ofrecieron a Pittini el lugar que deseara elegir en los Estados Unidos, Italia, o cualquier otro país para pasar tranquilo sus últimos días.

En verdad deseaban sacarlo de Santo Domingo en donde su presencia se volvía más que embarazosa, y en tal sentido escribieron a cuantos tuvieran influencia en sus decisiones. El inspector salesiano don José González del Pino, volvió a tentar infructuosamente de conseguirle pasaporte. Amigos norteamericanos le telegrafiaron para ofrecerle hospedaje.

Frente a esta amable ofensiva, el 14 de marzo Pittini contestó a don Albino Fedrigotti: **Me conmueve el interés fraterno que los inspira a ustedes; pero aquí**

para mí no han cambiado las cosas. Sigo haciendo lo que hacía...

El gobierno, por medio de Paíno Pichardo, apremiaba al director del Don Bosco para que convenciera a Monseñor que debía abandonar el Palacio y alejarse de la ciudad. Por otra vía presionaban al encargado de negocios de la Santa Sede (Zanini había debido irse) y monseñor Luigi Dossena sugería indirectamente la renuncia total.

Lo visitaban a menudo algunos obispos, los salesianos y las Hijas de María Auxiliadora, el padre Roberto Hymus, que lo entretenía con suaves canciones, las dominicas americanas que le copiaban la correspondencia en inglés, lo acompañaban y lo llevaban en automóvil (Monseñor había vendido definitivamente el suyo en 1949)...

Pero un día comenzó a urdirse un acontecimiento increíble. Erase un colombiano. Según los diarios, Jairo Alberto Calderón Forero.

En ese mes de abril de 1960 concurrió varias veces a conversar con monseñor Pittini. Las personas que acompañaban al arzobispo empezaron a preocuparse. Después de las conversaciones monseñor aparecía muy impresionado. Como las entrevistas transcurrían a solas trataron de sonsacarle los temas que comentaban. A Hilda y a Pagani les refirió algunas cosas.

Según decía, Forero, era policía, pero se negaba a ser torturador. Había asistido a horribles torturas dirigidas por Johnny Abbes. Hablaba de muñones cortados y otros detalles terribles. Había actuado con Rojas Pinillas y era oficial del ejército colombiano; pero trai-

cionado en 1958 cuando conspiraba en contra de la Junta Militar, debió asilarse en la embajada de Guatemala. Cuando monseñor le aconsejaba de acudir a esa embajada, respondía que seguramente lo delatarían... En fin al terminar las entrevistas siempre le ponía diez pesos en la mano y le rogaba que rezara una Misa por él.

Los comentarios debían resultar mucho más tétricos porque monseñor quedaba como enloquecido...

Evaluada la situación se juzgó que el colombiano, (como le decían), podía ser sincero; pero también resultaba posible que se tratara de un anzuelo para que monseñor picara, y seguían enhebrándose hipótesis...

En esos días la policía fraguó un telegrama dirigido a Pagani desde el exterior y firmado por el superior salesiano, José González del Pino, en el que le ordenaba volar inmediatamente a San Juan de Puerto Rico. Pagani fue a despedirse de monseñor y por precaución, pidió al embajador italiano el auto, para ir al aeropuerto. Le mandó su chofer que lo condujo hasta el avión. Así se evitó un atentado más que, según parece, tenían preparado para eliminarlo. Pero con eso lograron separarlo definitivamente de Monseñor.

Desde esta fecha la responsabilidad del cuidado del Arzobispo ciego cargó sobre el P. Enrique Mellano, superior del Colegio Don Bosco, quien todos los días visitaba a Pittini, atendía su correspondencia, compartía con él un rato, pendiente siempre de todo lo que pudiera necesitar; lazo de unión entre los Superiores Salesianos y el Arzobispo de Santo Domingo.

El jueves santo, 14 de abril, el diario del régimen El Caribe, reproducía con intención aviesa un artículo

de monseñor Beras sobre el templo de la paz consagrado a san Eugenio y san Rafael en los terrenos de la feria de la paz, publicado tiempo hacía en las páginas de la Acción Católica.

Esa misma tarde mientras Hilda, con una compañera visitaba monumentos, se cruzó en la calle con el colombiano y casi sin detenerse les susurró: **-Váyanse para el arzobispado.** No supieron como interpretar la orden sibilina. Pero volvieron lo más pronto posible.

Hilda ya estaba de vuelta en las habitaciones de monseñor, cuando a eso de las 11 de la noche, oyó golpear la puerta. Se aprestó a abrir con tranquilidad porque esperaba a Gaspar, el sacristán, que debía traer aceite para el Santísimo, que se reservaba en las habitaciones del arzobispo. Dudó un instante al oír más golpes y más fuertes y una voz que reclamaba: ¡Abra!

Encendió la luz y entreabrió un postigo en el preciso instante en que una ráfaga de proyectiles abatía al colombiano. Las balas casi rozaron a Hilda y algunas atravesaron la puerta y fueron a dar a un armario con la ropa de Monseñor. Alcanzó a ver al tirador.

Dos policías se acercaron y pusieron un par de granadas en una mano del cadáver. En la otra (cayó con los brazos abiertos), tenía una moneda. Monseñor salió en pijama e impuesto del suceso dió la absolución sacramental...

En eso trepó por las escaleras un capitán que ordenó: **Apague la luz y lleve al viejo adentro.** Monseñor no se movió hasta que Hilda lo tomó del brazo. Entró y se puso a llorar.

El día siguiente, Viernes Santo no había diarios. El

sábado 16, El Caribe, en 1ra. pág. y en título principal anunciaba: **Dan muerte a un terrorista cuando trataba de colocar una bomba en la Catedral.** Después de trazar la filiación de Forero y denunciar la escalada terrorista (habían colocado una bomba en casa del Ministro de Agricultura y se desarrollaba una gran campaña de volantes), dejaba caer maliciosamente que **sacerdotes católicos se han infiltrado en la conspiración antigubernamental con el propósito de hacer las denuncias correspondientes. ... El descubrimiento de la red clandestina que dió lugar a los prisioneros de enero fue obra de los sacerdotes al servicio del gobierno dominicano. ...**

Al pie de la plana describía el fin de Forero. Calderón Forero, decía, se hizo sospechoso a los agentes del SIM en los alrededores de la iglesia del Carmen donde estuvo merodeando, parece que con el criminal propósito de colocar allí sus siniestros artefactos. Como continuó su ruta hasta la Catedral fue siempre seguido de cerca.

.... Allí al lado de la puerta que da a la llamada plazuela de los Curas, se detuvo frente a un tubo de desagüe que sobresale en el lado exterior de la Catedral. Al ver que los agentes de la fuerza pública bajaban del automóvil que lo seguía, penetró rápidamente en el interior del templo seguido ya de cerca por las autoridades, intentando colocar uno de los petardos junto a una señora que se encontraba en oración.

De allí salió en vertiginosa carrera, cruzando por la sacristía hasta ganar la escalera que conduce a las habitaciones superiores en donde reside el Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo, Monseñor Ricardo Pittini. La puerta que dá al despacho arzobispal estaba ce-

rrada en la cual tocó con vigorosa insistencia. Acorralado hizo uso de una pistola Colt 45, disparando sobre la cerradura de la puerta.

En ese instante llegaron los agentes de la fuerza pública sobre los cuales disparó, siendo inmediatamente fulminado por cuatro certeros balazos que pusieron fin a su carrera de terrorista y maleante.

Junto a su cuerpo que cayó sobre los peldaños superiores de la escalera estaban los dos artefactos con que quiso hacer una verdadera matanza entre los fieles que devotamente asistían a las ceremonias del Jueves Santo, así como la pistola totalmente disparada y una cajetilla de fósforos.

Después de enumerar a los funcionarios gubernamentales que se presentaron en la Catedral, destacaba intencionalmente la ausencia de sacerdotes y comunicaba: En las esferas policiales se reveló que en la Iglesia Catedral desde el momento del suceso hasta el levantamiento del cadáver del terrorista, no se presentó ningún sacerdote, a pesar de haber sido notificados algunos de ellos de la ocurrencia. El anciano arzobispo se vió únicamente acompañado de la enfermera que lo asiste y por la respetuosa deferencia de las autoridades que actuaron en el caso.

Claro que no todos tragarón la tesis oficial de la muerte de Forero en huida, y se tejieron hipótesis: que fue liquidado porque previno al arzobispo de alguna asechanza, o que se trataba de una jugada a dos puntas en la que el colombiano asesinaría al arzobispo y la policía al asesino, etc... Nunca se sabrá la verdad, porque los muertos no hablan.

Pero si alguien pensó en espantar al arzobispo se chasqueó de medio a medio. Y la campaña de intimidación buscó otros cauces. Hasta algún funcionario logró convencer a un eclesiástico, ahijado de Trujillo, para que aprovechara un momento en que el arzobispo quedara solo para sacarlo de la curia y llevárselo a otra parte. La tentativa de secuestro ocurrió el 24 de junio. Monseñor había encargado a su enfermera que comprara unos regalitos para la cocinera, Juanita, que festejaba su día onomástico.

El alerta eclesiástico no desperdició la coyuntura, se introdujo en las habitaciones de Pittini y tentó de convencerlo que lo acompañara. Exasperado ante la resistencia del arzobispo, lo tomó de un brazo y quiso arrastrar por la escalera al anciano ciego, que estaba en pijama. Pittini gritaba con todas sus fuerzas: **Me llevan, me llevan**, cuando llegó Hilda. Lloraba, pero todavía tenía arrestos para ordenar al secuestrador: **Suélteme y váyase de aquí.**

Casi se produjo un pugilato cuando Hilda arremetió como una fiera, denostando sin consideración alguna al sorprendido atacante. En esos momentos llegó un sacerdote salesiano y el ahijado puso los pies en polvorosa.

Durante ese período Trujillo ejecutó una serie de jugarretas, destinadas a aliviar la tensión interna y externa, a asegurar una mayor adhesión a su persona y a mejorar la apariencia del régimen.

La más importante, tal vez, consistió en la renuncia a la presidencia de la República de su hermano, Negro, el 4 de agosto de ese año y la asunción al mando del vicepresidente Joaquín Balaguer. El nuevo manda-

tario era todo una garantía. Calmo, austero, ilustrado, honesto...

Pero Trujillo no daba puntada sin nudo. Y enseguida el 30 de agosto, Radio Caribe lanzó un llamamiento público al nuevo presidente para que renunciara a favor del Generalísimo, e inmediatamente estalló una fragorosa campaña de nivel nacional...

Desde ese momento el presidente, más que protegido por la custodia policial pareció vigilado y convertido en virtual prisionero. Ofreció la renuncia y le contestaron que **por ahora no era necesaria**.

En rigor, poco o nada podía hacer para solucionar los conflictos en marcha. Un día de octubre vino a ver a Hilda, Máximo Antonio López, líder del Movimiento Popular Dominicano, opositor a Trujillo, con quien la unían lazos de una vieja amistad. Trujillo le había permitido ingresar al país, pero López calculaba que sólo disponía de horas contadas y se largó directamente del aeropuerto al arzobispado.

Enterada Hilda de la presencia avisó a monseñor que bajaría un momento. Inquirió Pittini de quien se trataba y cuando lo supo dijo: **Baja y dile que suba**. Presentados, Monseñor pidió una botella de vino y mantuvieron una prolongada y amistosa entrevista sobre la situación nacional y los riesgos personales. —**Me van a matar**, repitió López varias veces...

Trujillo se enteró inmediatamente del suceso, llamó al padre salesiano Antonio Flores y le intimó: —**Vaya y saque del Palacio al Arzobispo, antes de cuarenta y ocho horas. Si no, vuelo la Catedral**.

El padre Flores usó de todo su ingenio para con-

vencer a Pittini. Al fin cedió. Las Hijas de María Auxiliadora de Santo Domingo se ofrecieron valientemente para hospedarlo. Sor Ester Fuentes le mandó decir que tenía preparada una habitación. Pittini meditó un poco y dijo: —**Pregunte por Sor Auxilio... Allá en La Vega, yo hice un Colegio de María Auxiliadora con un dinerito personal...**

Y ese 12 de Octubre de 1960 por la tarde, acompañado por el P. Antonio Flores y el P. Enrique Mellano, se fue en auto con su magro ajuar a cuestras a la Escuela Taller Laura Vicuña que las Hijas de María Auxiliadora regenteaban en La Vega, no sin antes ordenar que se levantara inventario de las poquísimas cosas que llevaba.

De este modo se estableció en la diócesis de monseñor Panal, blanco apeteído de los francotiradores del régimen.

El bravo capuchino y su vicario general, Don Luis Federico Henríquez se habían plantado decididamente en el bastión de la Iglesia, a pesar de todos los ataques.

Al completar una de sus giras llegó Trujillo a La Vega y hubo que cumplir **el ritual**. Visitó la Catedral e hizo cantar la Salve. El obispo debió estar presente y le exigieron que bendijera a la comitiva. Dícese que Panal no pronunció la fórmula invocatoria hasta que todos, incluido Trujillo, se arrodillaron. **Las bendiciones, indicó, se reciben de rodillas.**

Se rumoreaba que los trujillistas planeaban incendiar la Catedral y la casa del vicario. Luego apresarían al obispo y desnudo lo pasearían en una carroza por el pueblo... Entonces para restablecer el orden, el ejército ocuparía militarmente el obispado.

Los católicos se apercibieron a la defensa, dispuestos a salir, machete en ristre en defensa del obispo, no bien sonaran las campanas. En cuanto asomaba en el pueblo gente desconocida, las mujeres salían a barrer las aceras y husmear sus movimientos.

Pittini mandó a las Hermanas que le consiguieran un auto y fue a acompañar a Panal. Días después repitió la visita.

La persecución duró exactamente un año. Después de algunos contactos officiosos, el 10 de enero de 1961 los obispos entregaron personalmente a Trujillo un Memorandum que afirmaba:

No hemos sembrado la cizaña... Jamás ha sido nuestra voluntad incitar a la revolución, ni alentar a nadie para ello... No es delito pedir clemencia..., nunca sospechamos una mala interpretación... No queremos decir que en el campo eclesiástico no haya imprudencias...

Por eso proponemos:

- 1—Recordar a los señores Sacerdotes una vez más las normas dadas en materia política.**
- 2—Tomar en cuenta las sugerencias que nos haga el gobierno y estudiarlas con el mayor empeño, principalmente en lo referente a ceremonias religiosas solicitadas por las autoridades.**
- 3—Seguir cooperando con nuestra mejor voluntad en todas las obras de instrucción.**

Deseamos vivamente y es nuestra petición unánime que Vuestra Excelencia intervenga para que:

- 1—Las autoridades no se muestren desafectas a la Igle-**

sia, sino deseosas de armonizar y cooperar con ella... y que no se inmiscuyan en los asuntos eclesiásticos y religiosos

2—Cesen la desconfianza y suspicacia contra la Iglesia y en concreto nos permitimos rogar a Vuestra Excelencia... intervenga, ya que creemos es el único que por su indiscutible autoridad puede hacerlo para que se termine la actual campaña anticatólica por radio y prensa... etc.

Al día siguiente El Caribe anunciaba, con el resobado estribillo:

Obispos reafirman gratitud a Trujillo por beneficios que presta a la Iglesia en República Dominicana.

Un gran fotografía de primera plana mostraba a cinco obispos sentados frente a Trujillo y el presidente Balaguer. La página 12 estaba toda entera dedicada a grabados que exhibían a Trujillo ya abrazándose con algún prelado o brindando con otro.

El Caribe atribuía a Trujillo la respuesta siguiente: **Tanto al presidente como a mí, nos honra mucho la visita de los prelados y deseamos que ustedes lleven la impresión profunda de que estamos en la Iglesia Católica, que somos hijos de la Iglesia y que somos católicos, apostólicos y romanos.**

La nota editorial del periódico comentaba los vínculos de el Estado y la Iglesia. Y al día siguiente, viernes 13 de enero, añadía, también en primera página y en grandes títulos: **Obispos dirigen exposición escrita al Líder. Trujillo responde: Acepta complacido la afirmación que pastoral ha sido aviesamente tergiversada.**

Corregir imprudencias. Aplaudimos sinceramente el propósito.

En el espacio editorial se examinaba: **La altura moral de un documento.** A pesar de ello no cejó la campaña periodística para que los obispos declararan a Trujillo **Benefactor de la Iglesia.**

Trujillo les envió la exposición escrita que los prelados solicitaron el 2 de marzo y se introducía así: **El deber que me impone mi condición de católico de ofrecer una vez más a la Virgen de la Altagracia, un testimonio del espíritu de absoluta devoción a los sentimientos de concordia y de fraternidad cristiana, con que me he dedicado durante treinta años a velar por la felicidad y bienestar del pueblo dominicano...**

El 6 de febrero los Obispos contestaron a la carta del presidente del 16 de enero del 61, por la que se pedía concedieran al **Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva** el título de **Benefactor de la Iglesia en la República** por razones de gratitud a la magna obra realizada en favor de las actividades eclesiásticas. Recordaron al presidente que de esa gratitud dió testimonio en numerosos discursos y documentos el **Excelentísimo Arzobispo Metropolitano Ricardo Pittini...** Y nosotros no hemos reparado en expresarlo... como Vos reconocéis..., por todos los beneficios, favores y mercedes que fueron dispensadas a las obras de la Iglesia. Pero dejaban declarado que semejante designación excedía las atribuciones del episcopado local y correspondía a la Santa Sede.

Unos meses después, el 31 de mayo a las 15 y 30 Pittini escuchaba, como todos los días, el noticiero de la BBC de Londres en su hospedaje de La Vega. En

eso salió al aire la noticia imprevista: **Trujillo había sido asesinado la noche anterior; sus hijos partían de París rumbo a Santo Domingo...** La primera frase que le brotó de los labios, junto con un gesto de incredulidad fue: —¿Cómo vas a creer eso? Hilda se asomó a la ventana y vió banderas a media asta.

El arzobispo apoyó las manos abiertas sobre los anteojos y comentó: —**Ya no va a haber quien te diga diableja...** Esto va a traer mucha sangre...

Luego rezó un réquiem: **El Señor le conceda el descanso eterno...**

Y hubo mucha sangre. El régimen en sus últimos estertores no quiso morir solo.

15

La Ultima Jornada

Ya en 1950 el arzobispo hablaba del canto del cisne, refiriéndose a su tránsito a la eternidad. Pero la muerte llegó muy tarde a la cita. La última jornada comenzó en octubre del 60. Y duró 14 meses.

Nada más emotivo y preciso para memorar los detalles de esta partida que la narración de Sor Paulina Chiodi, testigo presencial del suceso. Sólo añadiremos acotaciones.

Comienza así:

¡Qué alegría cuando me dijeron, viene a nuestra casa Monseñor! En una plácida tarde de octubre de 1960, Monseñor Ricardo Pittini, Arzobispo de Santo Domingo, dejó la capital dominicana, para establecerse en una casa religiosa de las Hijas de María Auxiliadora, en la ciudad de La Vega, la última de las varias construídas por él en beneficio de nuestra Congregación.

Lo acompañaba entre otros salesianos el P. Antonio Flores. La Directora Sor Auxilio Carrillo, lo recibió con tan expansivo y cordial cariño, que llamó la atención de todos. Repitió aquella frase tan simbólica y tan evangélica: —¿De dónde a mí tanto honor que su Excelencia venga a vivir a mi casa?

Monseñor estaba sereno. Se le notaba el completo dominio de sus facultades con relación a la voluntad de Dios, que acataba de todo corazón. Pero debía sufrir

mucho interiormente. Lo revelaba la palidez de su rostro. Se veía desterrado de su sede, por una diatriba gubernamental, obligado al silencio y a la impotencia fuera de su diócesis. Pero nuestra casa se sentía dichosa y altamente honrada al recibir al gran atleta y dignatario de la Iglesia. En su cuarto del segundo piso, contiguo a la capilla, que habíamos preparado podía descansar en su lecho o en su sillón y sentir la dulce paz de nuestra casa. Sólo pasábamos a saludarlo por la mañana y de ahí, ordinariamente no lo veíamos hasta la noche, cuando con júbilo y alegría, la Hermana Directora nos invitaba a pasar el recreo en el cuarto de Monseñor. Era un consuelo para todas. El, gran conocedor de los religiosos, después de un día de mucho trabajo, sabía levantarnos el ánimo con sus ocurrencias y chistes y hacernos reír. Siempre optimista se interesaba por nuestro trabajo apostólico y lo apreciaba. Con su experiencia de 30 años en el país, indicaba las costumbres regionales, los dichos cibaenos, los gustos artísticos y locales y, cómo no decirlo, también los defectos que brotaban en nuestro diario proceder, para evitarlos.

Le servía de enfermera, Hilda Schott, mocana, finísima y comprensiva, de esmerada educación familiar.

A los dos meses de su llegada enfermó gravemente de bronquitis aguda, por lo cual, dada su edad de más de 84 años, se pensó en darle la Extrema Unción. El Párroco de la Iglesia de Santo Domingo Savio, don Juan Fioroni, salesiano, que había sido su alumno en el Uruguay, conmovido por aquella superioridad que imponía, casi se sintió incapaz de hacerlo, pero alentado por Monseñor le administró el sacramento de los enfermos. Monseñor sentado en un sillón contestaba todas las oraciones del rito y al terminar, haciendo chas-

quear los dedos, le dijo: —Gracias Juancito, ¡qué bien lo hiciste! Seguía jovial, hasta frente a la muerte.

La enfermera, también conmovida, se retiró sollozando. Monseñor la oyó y le dijo: —Mira Hildita qué buen atleta soy; y comenzó a hacer gimnasia con los brazos, como un joven, casi desafiando a la muerte que estaba a pocos pasos.

Al día siguiente en la Parroquia, que estaba a unos 50 metros de distancia, se efectuaba un funeral. Las campanas tocaban a duelo. —Oye Hildita, dijo Monseñor, ¿verdad que estas campanas no tocan para mí?

El 26 de noviembre llegó un telegrama de Mons. Tardini, Secretario de Estado de la Santa Sede, comunicándole la bendición del Santo Padre.

Mejóro. El Señor le concedió todavía un año más de vida.

Recibía visitas, oía radio, celebraba misa, hacía sus paseítos, se recogía en profunda meditación y se alegraba mucho cuando oía los gritos de las alumnas en el patio haciendo su recreo y cantándole a veces, canciones del Oratorio compuestas por él. Entonces agradecido, hasta las lágrimas, reevocando ciertamente su vida salesiana de 60 años atrás, se acercaba al balcón y de ahí, les arrojaba sabrosos caramelos con que él pagaba el cariño de las niñas.

Agradecía las visitas de sus hermanos en congregación, gozaba en tener noticias de su apostolado y se alegraba cuando las hermanas le mostraban sus trabajos manuales. Pasaba, entonces sus manos por las carteras, los abriguitos, zapatitos, tejidos y otros mu-

chos trabajos que se ejecutaban en la escuela Hogar Laura Vicuña.

No faltaba música, canto, poesía, declamaciones y la bulla salesiana de sus aspirantes y seminaristas. Gozaba y lloraba de pura satisfacción porque con esto conocía, que sus salesianos trabajaban mucho en bien de las almas.

En los primeros días de Dic. 1961 tuvo otro descenso que degeneró en seria pulmonía. Su respiración se le hizo cada vez más afanosa. Las inyecciones ya no contrarrestaban el mal.

Todavía el 2 de Dic. quiso asistir al matrimonio de su enfermera, la señorita Hilda Schott con el señor Carlos Padován, efectuado en la capillita de las Hnas.

Acotemos de nuevo: el día 3 se llamó por teléfono a Puerto Rico al padre Sixto Pagani. El 4 llegaron a Santo Domingo el Inspector salesiano don José González del Pino y el padre Sixto. Cuando el arzobispo vio a este último lo tomó de la mano y exclamó: —“Te esperaba para poderme morir”.

Prosigue Sor Paulina: El 8 de diciembre celebró la última misa asistida de la Comunidad en su mismo cuarto y la enfermedad siguió su curso. La noche del 9 la pasó muy mal, muy mal, sin descansar un instante. Llegó la aurora rica de sol y calor y Monseñor, en su oscuridad de siempre, preguntó qué día era. —Domingo 10 de diciembre, Nuestra Señora de Loreto, se le contestó y esperamos que Ella, en su caridad de Madre, ayude a Ud. y lo alivie un poco.

La enfermera, que allí festejaba su luna de miel, se retiró a descansar, después de tantas noches de ve-

la. Yo me quedé con él. La angustia se retrataba en su semblante. Llámeme a Hilda, me decía. —Viene ahora, Monseñor.

Yo procuraba distraerlo para que se olvidara de su pedido, pero no había forma. Seguía llamándola. Una inyección de alcanfor lo alivió un poco. A eso de las 4 de la tarde vino la enfermera.

Durante todo ese tiempo no hacía más que suplicarme que lo levantara y a los 10 minutos que lo acostara. Confieso que los brazos me dolían, pero era tanto el cariño que sentía por él, que la fatiga me pareció nada.

En la mañana el doctor Esipaillat, lo visitó, sacudió la cabeza y ordenó que no lo dejaran solo. Prometió volver a las 5.

En efecto volvió a esa hora y quedó pensativo.

—No hay nada más que hacer, dijo.

Ya Monseñor no tenía fuerzas y apenas si respiraba.

Aquí finaliza el relato de Sor Paulina.

Entonces el P. Pagani rezó las oraciones de los agonizantes y le impartió la bendición papal. El paciente descansó un rato.

Pero eterno trabajador como era, pidió un cheque, lo firmó y se lo entregó a Pagani para que retirara los pocos fondos que dejaba en el banco. Luego firmó cuatro cartas a varios superiores, entre ellas una al Cardenal Cushing, la última: trazó el comienzo de su nombre Rich... pero se le aflojaron los dedos que oprimían el lapicero e inclinó la cabeza. Eran las seis de la tarde del 10 de diciembre de 1961.

Su testamento rezaba: Es mi voluntad que mis restos descansen, si es posible, en la humilde fosa ya preparada (en 1938) a mano izquierda entrando, en la Iglesia de San Juan Bosco, con una pequeña lápida en la pared que diga: Una oración por el alma de Monseñor Ricardo Pittini, arzobispo salesiano.

Los despojos, bajaron del Cibao, en medio del llanto del pueblo pobre y sencillo que tanto lo amaba y volvieron a su sede. Penetró en la Basílica Catedral por la puerta grande, entre dos filas de soldados que le rendían honores. Cinco mitras, mucetas, espadas, bandas y entorchados lo rodearon. Hubo oraciones, cantos, Misa, incienso y discursos... **El sepelio revistió las proporciones de una manifestación de duelo popular... y las exequias fueron las más solemnes que hayan podido efectuarse hasta ahora en Santo Domingo.**

Luego fue a descansar como semilla sembrada en el corazón dominicano y salesiano, en la Iglesia de su padre Don Bosco y en el lugar del publicano, espontáneamente elegido.

ANEXO DEL EDITOR

A MANERA DE EPILOGO

Por el Prof. Antonio Cuello

Agradezco sobremanera la oportunidad que se me ha dado, accediendo a mi petición, para hacer patentes los votos de mi más vivo reconocimiento a la magnífica labor realizada por su Excelencia Reverendísima Monseñor Ricardo Pittini en sus brillantes actuaciones al frente del Episcopado Dominicano y de la excelente obra educativa realizada por los hijos de Don Bosco iniciada por él en este país.

Conocí a Monseñor Pittini recién llegado al país cuando ocupaba la Presidencia del ateneo "Amante de la Luz" y lo invité a dictar una conferencia en este Centro de Cultura. En esos momentos nadie podía pensar que muy pronto habría de ser nuestro Arzobispo. En esa Conferencia, desarrollada como en conversación familiar, nos cautivó a todos por la sencillez de su palabra y la profundidad de sus conceptos: se revelaba como un verdadero apóstol, como poseído del Divino Espíritu. Nos cautivó a todos, especialmente a mí que sentía en mi alma un gran vacío por carencia de buena prédica y por no tener a mi alcance obras de buena orientación católica, motivo por el cual, algunos meses después, escuchando una prédica del entonces padre Beras, a la sazón Capellán del Hospicio San Vicente de Paúl, tan convincente y conmovedora, me decidí a escribir un artículo que fue publicado en "La Información" con el título de "Se Necesitan Maestros". Buenos Sacerdotes quería decir y así lo expresé en el desarrollo del escrito.

A partir de la Consagración de Monseñor Pittini

como Arzobispo de Santo Domingo me aceptó a su lado como un soldado decidido a prestarle mi cooperación sin reservas en los propósitos que lo animaban: **“Extender y Consolidar el reinado de Nuestro Señor Jesucristo por medio de la enseñanza de la doctrina Cristiana, que es la verdadera; inculcar la moral cristiana por todos los medios; transmitir la vida de Cristo por los sacramentos y preparar las masas marginadas para ser útiles a sí mismas, a la Sociedad, a la Patria y al mundo y lograr la vida eterna”**.

Hice míos esos propósitos y participé en la fundación de la Acción Católica Dominicana, siendo honrado con la designación de Miembro del Consejo Nacional de Acción Católica. En la Campaña de Acción Católica visité, junto con él pueblos, campos, aldeas y barriadas; hablé, prediqué y hasta me atreví a reprochar a algunos sacerdotes su falta de apostolado y su vida licenciosa. Era y lo soy todavía un católico seglar, aunque me hubiera gustado ser Sacerdote.

El momento era muy difícil para Monseñor Pittini por los siguientes motivos; el resentimiento de algunos Sacerdotes por no ser dominicano de nacimiento; la incompreensión de muchos habitantes del país que no concebían a esas alturas la designación de un Arzobispo que no fuera nativo; la escasez de sacerdotes (apenas setenta para todo el país) y la mayoría pasaban de los 60 años y muchos de ellos corrompidos por el mercantilismo y el concubinato y otros mal preparados para realizar cumplidamente su sagrada misión; y, por último, el engreimiento del régimen imperante bajo la férula de Trujillo.

Esa situación la tenía dibujada en un mapa y gra-

bada en su mente el nuevo arzobispo. Pero Dios, que con su infinita sabiduría todo lo prevee, al confiarle esa delicada misión, lo iba proveyendo de las fuerzas, los medios y las luces necesarias para llevarla a cabo con brillante éxito, correspondiendo a la fe, al valor, y a la lucha incansable por él demostrados.

Atacó certeramente por todos los frentes, sin parar mientes en las críticas por su condición de extranjero —que no dejaban de molestarle—, depuró, en lo posible, el sacerdocio militante; fortaleció al clero con sacerdotes extranjeros, especialmente los Padres Salesianos, la Congregación de los Misioneros del Sagrado Corazón bajo la dirección del Revdo. Padre Cipriano Fortín que tan brillante labor apotólica y educacional han realizado en el país, los Padres Jesuitas, los Canadienses, etc., etc., y, asimismo, con eficientes congregaciones religiosas femeninas que actuaban en la educación, en el culto, en obras pías, etc, etc., y puso en movimiento los laicos —masculinos y femeninos— con la Acción Católica. Así pudo levantar el culto católico en nuestro país, que estaba completamente por el suelo. El pueblo dominicano le correspondió como sabe hacerlo en cualquier empeño de superación, si la acción es bien intencionada y está bien dirigida.

La Editorial Duarte, C. por A., de mi humilde dirección, fue concebida y auspiciada por la Jerarquía Eclesiástica, secundada por el Clero, las instituciones católicas y por los laicos en general, con el fin de vigorizar la prédica, en la acción católica, por medio del buen libro y la buena prensa.

Puso especial empeño en la buena preparación de un gran número de sacerdotes dominicanos y nos de-

jó un Arzobispo joven, nativo, que reunía excelentes condiciones, y lo ha demostrado en el ejercicio de sus funciones por varios lustros.

Pero su tarea más difícil fue **torear** a Trujillo y al Trujillato, y supo hacerlo con gran valor, dignidad y maestría. En una ocasión, basado en la confianza que me dispensaba, me atrevía a advertirle que se le censuraba de demasiados cumplidos con Trujillo y que ese asunto le restaba mucho a su labor apostólica, y me contestó en la siguiente forma: "Mi amigo, los hombres pasan y las instituciones quedan; me he propuesto solamente sacarle al patrimonio del país que Trujillo maneja a su antojo lo más posible para la Iglesia que redundará en beneficio de la clase marginada y en impulso al movimiento evangelizador, ojalá poder, de este modo, evangelizarlo a él también; porque pasa a los hombres como a los libros, según el dicho de que "No hay libro tan malo que no tenga algo bueno" y Trujillo se manifiesta muchas veces como hombre muy generoso, y de buen corazón". Tenía razón: Trujillo desapareció del escenario de la vida, y la obra de la Iglesia y de las escuelas salesianas fue, es y será siempre de gran provecho para todos los dominicanos.

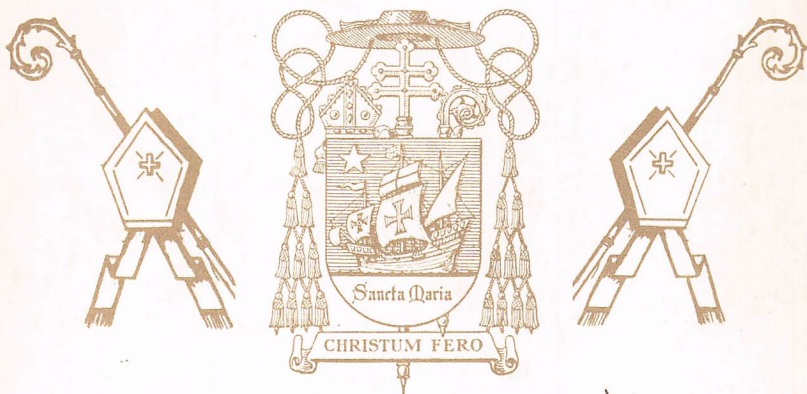
La obra de Monseñor Pittini es de gran trascendencia en el movimiento de desarrollo del país, porque es el resultado de una combinación de los siguientes elementos básicos para una solidez indestructible en los cimientos de esa patria grande y próspera que todo el pueblo dominicano siempre ha anhelado desde el nacimiento de la República: **la fe en Dios, la moral, la religión, la dignidad, la educación y la preparación de una juventud marginada para hacerle frente a la vida en forma honesta y eficiente.**

Dijo al ser consagrado arzobispo: "Santo Domingo será mi última Patria". Y así lo cumplió. Luchó por el engrandecimiento patrio como el mejor de los dominicanos, poniendo en ello todo su saber y poseer; fue un ejemplo vivo de lo que puede un hombre cuando se propone realizar la misión que se le confíe con responsabilidad, dignidad y confianza en Dios. Luchó por que el faro de Colón fuera una realidad y no pudo lograrlo, pero su vida y su obra son un potente faro que desde estas tierras privilegiadas orienta al viajero que forcejea en esta vida moderna, en un mar de confusiones, corrupción, ateísmo y desamor, anhelando ruta cierta y puerto seguro.

S U M A R I O

	Pág.
A MANERA DE PROLOGO	3
UMBRAL — Introducción	9
1 — AMARAJES	
Exploración de las posibilidades de una Escuela de Artes y Oficios en Santo Domingo...	13
2 — OLOLOI	
Antecedentes de historia dominicana	21
3 — LA IGLESIA DOMINICANA	
Resumen de las bonanzas y tormentas de la Iglesia de la isla de Quisqueya	35
4 — LA PRIMERA CAMPAÑA	
Actuación de Pittini desde la fundación del Colegio Don Bosco hasta su consagración episcopal en 1935	49
5 — ALMA Y PERFIL	
La persona, pensamiento y vivencias de Mons. Pittini	71
6 — JUVENTUD SALESIANA Y MISION URUGUAYA	
La vida de Pittini hasta 1927	97

7—	DE LOS BOSQUES A LOS RASCACIELOS	
	Gestión como Inspector-Provincial de los E.E.U.U.	125
8 —	LA MITRA DE PLOMO	
	El novel arzobispo frente al gobierno y el clero local	133
9 —	EL QUINQUENIO FUNDAMENTAL	
	Primeros años de acción pastoral y la Acción Católica	151
10 —	GRACIAS AL CODIGO	
	La visita <i>ad limina</i> , el seminario menor y las actividades hasta 1945	179
11 —	HACIA LA OSCURIDAD	
	Alternativas de la enfermedad, el arzobispo coadjutor y el seminario Santo Tomás de Aquino	191
12 —	LA OBRA DE DON BOSCO	
	Participación de Pittini en las fundaciones salesianas	203
13 —	LA CUMBRE DEL ORO SACERDOTAL	
	Bodas de oro sacerdotales y la creación de la provincia eclesiástica	223
14 —	POR LA CALLE DE LA AMARGURA	
	Atentados, persecución y renuncia	239
15 —	LA ÚLTIMA JORNADA	
	De Octubre del 60 hasta la muerte	271
	Anexo del Editor — A manera de epílogo.	
	Por el Prof. Antonio Cuello	279



Resulta difícil querer encerrar en las páginas de un libro, en los esquemas de bellas frases, toda la personalidad de un hombre, de un sacerdote, de un Obispo que llenó con su actividad y con su santidad largos años de la historia de un pueblo.

Monseñor Ricardo Pittini: orador hábil, astuto diplomático, administrador fiel, trabajador incansable, corazón paternal —pero, sobre todo, y en esto se manifestó fiel seguidor de su Padre San Juan Bosco—, Mons. Ricardo Pittini fue siempre, en todas partes y por encima de todo, sacerdote “omnibus omnia factus” —se hizo todo para todos— (como diría el apóstol Pablo).

Impreso en los Talleres Gráficos
del Instituto Técnico Salesiano ITESA
Teléfono 689-9191
Santo Domingo - República Dominicana